

los mejores cuentos policiales

ALIANZA / EMECE



selección de adolfo bioy casares y jorge luis borges

* VOLUMEN INTERMEDIO

La literatura policiaca -nunca un género oficialmente menor ha tenido tantos aficionados secretos- no solo ha producido grandes novelas: entre sus mejores frutos figuran también cuentos que combinan un altísimo valor literario con un tratamiento de la intriga casi perfecto. Realizar una selección representativa de tales relatos no es empresa difícil, aunque ciertamente la abundancia del material existente plantea numerosas dudas y problemas; si, de añadidura, los antólogos son JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES, el buen término del empeño queda asegurado por anticipado, pues ambos unen a una exquisita sensibilidad literaria un extenso conocimiento -fueron los iniciadores de la colección "El Séptimo Círculo" de Emecé Editores- de este peculiar género. Catorce son LOS MEJORES CUENTOS POLICIALES reunidos en este volumen por los dos grandes escritores argentinos; entre ellos figuran - además de "Las doce figuras del mundo", del que son coautores (bajo el seudónimo de "H. Bustos Domenech")- algunos ya clásicos: "Los tres jinetes del Apocalipsis", de G. K. CHESTERTON; "La señal en el cielo", de AGATHA CHRISTIE; "Si muriera antes de despertar", de WILLIAM IRISH; "Aventuras en la mansión de las Tinieblas", de ELLERY QUEEN; "Una salita cerca de la calle Edgware", de GRAHAM GREENE; y "Humo", de WILLIAM FAULKNER.



EMECE EDITORES EN
EL LIBRO DE BOLSILLO
ALIANZA EDITORIAL
MADRID

INDICE

CAZADOR CAZADO.....	4
LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS.....	22
COPIA DEL ORIGINAL.....	31
LA SEÑAL EN EL CIELO	41
SI MURIERA ANTES DE DESPERTAR	52
AVENTURA EN LA MANSIÓN DE LAS TINIEBLAS.....	68
TRES HOMBRES MUERTOS	83
UN LUGAR JUNTO A EDGWARE ROAD	107
PERSONAS O COSAS DESCONOCIDAS	112
LA TRAGEDIA DEL PAÑUELO	124
LAS DOCE FIGURAS DEL MUNDO	133
NUEVE MILLAS BAJO LA LLUVIA.....	144
HUMO	151
NUEVE MILLAS BAJO LA LLUVIA.....	167
JULIETA Y EL MAGO	174

Los mejores cuentos policiales

Vol I

Selección de Adolfo Bioy Casares y
Jorge Luis Borges

Cazador Cazado

Wilkie Collins

Del inspector jefe Theakstone, del Departamento de Investigaciones, al sargento Bulmer, de la misma oficina.

Londres, 4 de julio de 18...

Sargento Bulmer: Esta es para informarle que se le necesita para ayudar a resolver un caso importante que requiere la cooperación de un hombre de su experiencia. Me hará usted el favor de pasar al joven portador de esta carta el asunto en el cual está usted ocupado actualmente. Le dará usted todos los pormenores del caso, tales como están; le hará saber los progresos que ha hecho (si es que los hay) para descubrir la persona o personas que robaron el dinero. Deje que él haga lo que mejor pueda con el caso que, hasta este momento, usted ha tenido entre manos. A él le pertenecerá la responsabilidad, o el éxito si lo lleva a buen término.

Hasta aquí, las órdenes que tenía que darle.

Ahora, algo en confidencia para usted, acerca del hombre que lo reemplazará en este asunto. Su nombre es Matthew Sharpin, y se le presenta la oportunidad de entrar en las Fuerzas, sin previa preparación; depende de su inteligencia permanecer en ellas. Usted me preguntará cómo consiguió este privilegio; lo único que puedo decirle es que alguien sumamente influyente lo respalda. Una persona a quien, tanto usted como yo, preferimos no nombrar. El joven de quien le hablo ha sido pasante de un abogado; tiene una elevada opinión de sí mismo, y es tan engreído como mezquina y socarrona es su apariencia. Según dice, deja su antigua ocupación y se pasa a la nuestra, por su propia voluntad y preferencia. Usted no creerá esto más que yo. Mi opinión es que se ha enterado de algún secreto perteneciente a un cliente de su patrón, que lo convierte en persona poco grata para tenerla en la oficina; al mismo tiempo, esto le da cierto poder sobre su empleador, el cual no podría despedirlo sin peligro. Yo creo que darle esta oportunidad es lo mismo que darle dinero para silenciarlo. Como quiera que sea, el señor Matthew Sharpin se ocupará ahora del asunto; si su actuación se viera coronada por el éxito, ya lo veo metiendo su inquisidora nariz en nuestras oficinas y asuntos, tan ciertamente como que hay Dios. Todo esto se lo digo para que no le dé ningún motivo de queja con el que pudiera ir a la Jefatura y dejarlo a usted en mal lugar. Atentamente suyo,

Francis Theakstone.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

Londres, 5 de julio de 18...

Estimado señor: Después de haberme visto favorecido con las instrucciones necesarias por parte del sargento Bulmer, me permito llamarle la atención sobre ciertas directivas que he recibido relativas a los informes que, sobre mi futura actuación, he de preparar para su estudio por la Jefatura.

El objeto de que me dirija a usted, y de que usted examine lo escrito por mí antes de llevarlo a la Superioridad, es, según se me ha dicho, concederme el beneficio de su consejo, si llego a necesitarlo (y me atrevo a esperar que no será éste el caso), en cualquier momento de mis actuaciones, dada mi poca experiencia.

Las extraordinarias circunstancias del asunto en que estoy ocupado me impiden ausentarme del lugar en que fue cometido el robo, mientras no haga algún progreso en el descubrimiento del ladrón, de suerte que no puedo consultar personalmente con usted: De ahí la necesidad en que me veo de escribirle sobre varios detalles que sería preferible, tal vez, tratar personalmente. Esta es, si no me equivoco, la situación en que nos hallamos colocados. Consigno mi impresión al respecto a fin de que podamos entendernos perfectamente desde el principio, y quedo su atento y seguro servidor,

Matthew Sharpin

Del inspector jefe Theakstone al señor Matthew Sharpin.
Londres, 5 de julio de 18...

Señor: Usted ha empezado perdiendo tiempo, tinta y papel. Los dos sabíamos perfectamente bien nuestras respectivas posiciones cuando lo mandé con mi carta al sargento Bulmer. No había la menor necesidad de repetirlo por escrito. Haga el favor, en lo futuro, de emplear su pluma para el asunto que se le ha encomendado.

Son tres los informes que usted debe escribirme. Primero, debe hacer un resumen de las instrucciones que le dio el sargento Bulmer, para demostrarme que no se le olvida nada y que está completamente familiarizado con el caso que se le confía. Segundo, debe informarme qué se propone hacer. Tercero, debe referirme por escrito cada progreso que haga (si es que hace alguno) día por día, y, si es necesario, hora por hora. Ese es su deber. En cuanto al mío, cuando yo quiera que usted me lo recuerde, se lo avisaré. Mientras tanto, lo saluda,

Francis Theakstone.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

Londres, 6 de julio de 18...

Señor: Usted es un hombre de edad, naturalmente inclinado a estar un poco celoso de los jóvenes que están en la plenitud de la vida y de sus facultades mentales. En esas circunstancias, es mi deber no tomar demasiado a pecho sus pequeños defectos. Tampoco me ofendo por el tono de su carta; le doy el beneficio de mi generosidad natural, y borro de mi memoria su impertinente comunicación. En una palabra, inspector jefe Theakstone, lo perdono, y paso a otra cosa.

Mi primer deber es darle un informe completo de las instrucciones que he recibido del sargento Bulmer. Helas aquí según mi versión.

.....

En el número 13 de la calle Rutherford, en Soho, existe un comercio de papelería atendido por un señor Yatman, casado y sin hijos. Además del señor Yatman y su señora, los otros ocupantes de la casa son: un hombre soltero de apellido Jay, que vive en la habitación del frente del segundo piso; un comerciante que ocupa una de las piezas del altillo y una persona para todo servicio, que tiene su cama en la pieza de atrás de la cocina. Una mañana por semana viene una suplente para ayudar en la limpieza. Estas son las personas que tienen habitualmente libre acceso al interior de la casa.

El señor Yatman ha estado en los negocios durante varios años, llevando sus asuntos en forma próspera, hasta adquirir una envidiable posición. Desgraciadamente, empezó a especular para acrecentar el monto de su fortuna. Hizo inversiones audaces, y la suerte se

volvió contra él en forma tal que, hace apenas dos años, se encontró convertido otra vez en hombre pobre. Todo lo que salvó del naufragio de su fortuna fueron doscientas libras.

A pesar de que el señor Yatman hizo lo que pudo frente a las circunstancias, dejando de lado varios lujos y comodidades a los que él y su esposa estaban acostumbrados, vio que no podrían ahorrar nada de lo que le daba la papelería. El negocio iba declinando de año en año, a causa de competidores que trabajaban más barato. Así estaban las cosas hasta la última semana; el único remanente de la fortuna del señor Yatman lo constituían las doscientas libras que consiguió salvar del derrumbe. Esta suma estaba depositada en un banco en forma de capital común.

Hace ocho días, el señor Yatman y el señor Jay conversaron acerca de las dificultades que en estos tiempos entorpecen el comercio en todas sus ramificaciones. El señor Jay, que vive de lo que le producen los artículos que manda a diversos diarios (accidentes, querellas; en una palabra, artículos a centavo la línea), dijo a su casero que esa mañana había oído comentarios desfavorables acerca de los bancos que aceptan depósitos en forma de capital común. Esos rumores ya habían llegado a oídos del señor Yatman por otros conductos. Estas noticias, confirmadas por su inquilino, alarmaron al señor Yatman, ya que decidió sacar cuanto antes el dinero depositado en el banco.

Como era un poco tarde, llegó justo a tiempo para que se lo entregaran, antes de cerrar el banco.

Recibió el dinero en la siguiente forma: un billete de cincuenta libras, tres de veinte libras, seis de diez libras y seis de cinco libras. Pidió el depósito en esta forma porque pensaba invertirlo en préstamos de poca importancia entre los pequeños comerciantes de su distrito, algunos de los cuales están en situación apremiante en estos momentos. Las inversiones de esta índole parecieron al señor Yatman ser ahora las más seguras y provechosas.

Guardó el sobre con el dinero en un bolsillo, y al llegar a su casa pidió una caja de lata que años atrás usara para guardar valores, la cual, según creía recordar, era del tamaño exacto para contener los billetes. Durante largo rato buscaron la caja en vano; el señor Yatman preguntó a su esposa si sabía dónde estaba. La pregunta fue oída por la sirvienta, que en ese momento llevaba la bandeja con el té para el piso alto, y por el señor Jay, que en ese instante bajaba para ir al teatro. Al fin, la caja fue encontrada por el empleado del negocio. El señor Yatman colocó los billetes de banco en ella, la cerró con un candado y se la guardó en un bolsillo del abrigo, no quedando muy oculta, ya que era un poco grande para ser guardada en tal lugar. El señor Yatman permaneció toda la tarde en el piso alto de su casa; no recibió visitas, y a las once de la noche se fue a acostar, poniendo la caja con los valores, junto con su ropa, en una silla al lado de la cama.

Cuando él y su esposa despertaron a la mañana siguiente, la caja había desaparecido. El posible canje de esos billetes fue detenido, avisando al Banco de Inglaterra, aunque hasta ese momento nada se había oído de ellos.

Hasta aquí, las circunstancias del caso son perfectamente claras. Ellas demuestran que el robo debió de ser cometido por alguna persona que vive en la casa. Por esto las sospechas recaen sobre la sirvienta, el dependiente, o sobre el señor Jay. Los dos primeros estaban en antecedentes de la búsqueda de la caja, y aunque no supieran para qué se la necesitaba, era muy probable que supusieran que era para guardar dinero. Los dos tuvieron oportunidad de ver la caja que sobresalía del bolsillo de su patrón; la sirvienta, cuando retiró la bandeja con el servicio de té, y el empleado, cuando fue a entregarle las llaves del negocio, antes de retirarse por ese día. Al verle la caja en el bolsillo, pueden haber inferido que el señor Yatman pensaba llevarla a su dormitorio esa noche.

Por otra parte, el señor Jay sabía, después de la conversación de esa tarde acerca de los bancos, que el señor Yatman tenía un depósito de doscientas libras en uno de ellos; también sabía que, al separarse, su casero tenía la intención de retirar en seguida el dinero.

Cuando después oyó las preguntas relativas a la caja, era lo más natural que supusiera que el dinero estaba ya en la casa, y que la caja era requerida para guardarlo. Claro que el hecho de que él saliera de la casa antes de que la caja se encontrara, lo descarta como sabedor del lugar en que el señor Yatman pensaba guardarla durante la noche.

Lógicamente, si el señor Jay cometió el robo, tiene que haber entrado en el dormitorio después que el señor Yatman se hubo acostado, y sin saber a ciencia cierta si lo iba a encontrar o no.

Al hablar del dormitorio, me acuerdo de la necesidad de hacer notar su situación en la casa, y de lo fácil que es entrar en él a cualquier hora de la noche.

Esta habitación se encuentra en la parte de atrás del primer piso. A causa del miedo que la señora Yatman tiene a los incendios (que le hace temer el quedar apresada por las llamas en su habitación en caso de incendio al no poder abrir una puerta cerrada con llave), su marido está acostumbrado a no cerrar jamás la puerta del dormitorio; por lo demás, los dos confiesan tener un sueño profundo. De aquí se desprende que una persona con intenciones aviesas que quisiera penetrar en ese dormitorio, correría muy poco riesgo; con dar vuelta a la manija de la puerta, ésta se abriría, y agregando un poco de precaución, los ocupantes de la pieza no despertarían. Este detalle es de suma importancia, ya que fortalece nuestra convicción de que el dinero fue robado por alguna de las personas que habitan en la casa, sin que sea necesario que posea la experiencia de un ladrón profesional.

Estas fueron las circunstancias, tales como le fueron referidas al sargento Bulmer, cuando fue llamado para descubrir al ladrón y, si le era posible, recuperar el dinero. Sus averiguaciones fallaron al no producir ni la menor evidencia contra las personas de las cuales era lógico sospechar. Cuando se les informó del robo cometido, procedieron como lo harían personas ajenas al hecho. El sargento Bulmer optó, desde el principio, por hacer las indagaciones en la forma más discreta posible; comenzó por aconsejar al señor Yatman y a su señora que demostraran no tener la menor duda ni desconfianza respecto de las personas que habitaban bajo su mismo techo. El sargento Bulmer decidió ocuparse él mismo en observar las idas y venidas de estas personas, y además averiguar las costumbres, secretos y amistades de la sirvienta para todo trabajo. Durante tres días y tres noches estuvo el sargento Bulmer vigilándola, ayudado por un empleado de investigaciones tan competente como él; el resultado fue nulo; no encontraron nada que pudiera arrojar ni la más ligera sombra de sospecha sobre la muchacha.

El mismo sistema de averiguación usó para con el dependiente; en este caso tuvo más dificultades debido a lo poco que sabía del hombre, pero después de aclarar algunos detalles, y aunque no tuvo la completa seguridad (como en el caso de la joven), llegó a la conclusión de que era ajeno al robo de la caja con el dinero.

Lógicamente, después de estos procedimientos, las sospechas recaen sobre el pensionista, señor Jay.

Cuando me apersoné al sargento Bulmer con la carta de presentación, éste ya había hecho ciertas averiguaciones respecto al joven pensionista. El resultado de éstas no lo favorece mucho que digamos. Sus costumbres son irregulares; frecuenta sitios poco recomendables y sus amistades son personas de carácter disoluto. Está en deuda con todos los comerciantes con los cuales trata, y además le debe un mes de alquiler al señor Yatman. La semana pasada se le vio hablando con un boxeador, y ayer por la tarde, cuando llegó, daba muestras de haber tomado bastante alcohol. En una palabra, a pesar de que el señor se hace llamar periodista en virtud de los artículos de poca monta que manda a los periódicos, demuestra ser un joven de maneras vulgares y malos hábitos; nada se le ha podido descubrir hasta ahora que redunde en beneficio suyo.

Este es el resumen de lo que me comunicó el sargento Bulmer, hasta en sus detalles más pequeños. No creo que usted pueda encontrar ninguna omisión; además, me parece que, a pesar de los prejuicios que tiene contra mí, no dejará de reconocer que nadie le ha

presentado un informe más claro y completo. Mi segunda obligación es consignar lo que yo me propongo hacer.

En primer lugar, empezaré por tomar las cosas en el punto en que las dejó el sargento Bulmer. De acuerdo con lo dicho anteriormente, no tengo que preocuparme de la sirvienta, ni del dependiente, ya que no existe ninguna duda acerca de la inocencia de estas personas en el caso actual. Me queda por probar la culpabilidad del señor Jay, porque antes de dar el dinero por perdido debo asegurarme que es ajeno al robo.

El plan de campaña que voy a seguir cuenta con la plena aprobación de los dueños de la casa.

Me propongo llegar hoy allí aparentando ser un joven que busca una pieza para alquilar. Se me mostrará la habitación trasera del segundo piso; pienso instalarme ahí esta misma tarde, adoptando la personalidad de un hombre que viene del campo y piensa radicarse en Londres, siempre que encuentre un buen empleo en alguna casa de comercio u oficina respetable.

Quiere decir que viviré en la habitación contigua a la ocupada por el señor Jay. Como la pared divisoria es un delgado tabique recubierto de yeso, me será muy fácil hacer un pequeño agujero por el que podré verlo y oírlo cuando reciba visitas; mientras permanezca en la casa, yo estaré en mi puesto de observación; cuando salga, iré en su seguimiento. Empleando estos medios de vigilancia, creo que llegaré a tener la completa seguridad de si el señor Jay sabe algo de los billetes de banco.

No sé lo que usted pensará de mi plan de observación; a mí me parece audaz y simple a la vez. Con esta convicción termino este comunicado, con plena seguridad y confianza en el futuro.

Matthew Sharpin.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

7 de julio.

Señor: No habiendo sido honrado con ninguna respuesta a mi última carta, creo, a pesar de todo, haberle producido una buena impresión con ella. Sintiéndome recompensado por este silencio que interpreto como señal elocuente de aprobación, procedo a relatarle los progresos realizados en las últimas veinticuatro horas.

Estoy confortablemente instalado en la habitación contigua a la ocupada por el señor Jay, y me agrada decir que he practicado dos agujeros, en lugar de uno, en la pared divisoria. Mi natural sentido del humor me ha llevado a la extravagancia de ponerles nombre: el observador y el auricular. El nombre del primero se explica solo; el del segundo se debe a un pequeño caño de metal que he insertado en él, que me da la ventaja de oír mientras miro; esto se debe a la forma curva que le he dado al tubo, de modo que uno de sus extremos me lo aplico a la oreja. Así es que, mientras veo al señor Jay, también puedo oír lo que dice.

El ingenio, virtud que he poseído desde mi niñez, es lo que me ha impelido a hacer este segundo agujero, además del que fue objeto de mi primera conversación con la señora Yatman.

Esta señora, inteligente, sencilla y de modales distinguidos, ha estudiado y comprendido todos mis planes con un entusiasmo e inteligencia dignos de ponderar. La señora Yatman, que siente mucho afecto por su marido, lamenta más el estado actual de pesadumbre de éste que la pérdida del dinero; por lo tanto, dedica todas sus energías a levantar el espíritu del señor Yatman, que presenta un miserable estado de postración.

El dinero, señor Sharpin me decía ayer la señora Yatman, con lágrimas en los ojos, el dinero puede ser recuperado, haciendo economía o dedicándose al negocio. Es el estado lamentable de mi marido lo que me hace desear con ansiedad el descubrimiento del ladrón. Tal vez me equivoque, pero desde que usted entró en la casa renacieron mis esperanzas; además, creo que usted es el hombre más indicado para descubrir a ese malvado.

Yo acepté este cumplido, con la firme convicción de que tarde o temprano lo iba a merecer con toda justicia.

Volvamos al asunto, es decir, a mi puesto de observación y audición.

He pasado varias horas divertidas mirando al señor Jay, que aunque rara vez está en casa, según me ha dicho la señora Yatman, hoy no ha salido en todo el día. Para mi modo de ver, esto es sospechoso; además, esta mañana se ha levantado tarde (mala señal en un hombre joven), y perdió después un tiempo considerable en bostezar y en quejarse de dolor de cabeza. Como todos los hombres desordenados, no comió casi nada en el desayuno; después fumó una pipa, una sucia pipa de arcilla, que cualquier caballero se sentiría avergonzado de poner entre sus labios. Cuando terminó de fumar, tomó pluma, tinta y papel, y se dispuso a escribir, lanzando un gemido al sentarse, no sé si de remordimiento por haber robado el dinero o por otra cosa. Después de escribir unas pocas líneas (estoy demasiado lejos para leer lo que escribe), empezó a silbar algunos aires populares; me queda por averiguar que éstos no sean claves para comunicarse con sus cómplices. Al cabo de un rato de distraerse con sus silbidos, comenzó a pasear por la habitación, deteniéndose a veces para agregar una palabra o dos a lo que había escrito. Momentos más tarde, se acercó a un armario y sacó algo con mucho cuidado; yo agucé mi vista para no perder ni un solo detalle, pero, al darse vuelta y quedar frente a mí, ¡resultó que lo que había sacado del armario era una botella de brandy! Acto seguido se sirvió un poco del contenido de la botella, después de lo cual esta despreciable persona se tiró en la cama y se durmió a los cinco minutos.

Durante dos horas estuve oyendo sus ronquidos, hasta que un golpe dado en la puerta de la habitación vecina me llamó a mi puesto de observación. El señor Jay se levantó y abrió la puerta con sospechosa rapidez.

El visitante resultó ser un muchachito de cara no muy limpia, que al entrar dijo:

Por favor, señor; lo están esperando.

Inmediatamente se sentó en una silla muy alta para él, y se quedó dormido. El señor Jay lanzó un juramento, se ató una toalla mojada a la cabeza y, volviendo a su papel, empezó a escribir lo más rápidamente que le permitían sus dedos; de vez en cuando volvía a mojar la toalla y se la ataba de nuevo a la cabeza. Así estuvo durante tres horas, al cabo de las cuales dobló sus papeles y se los entregó al muchacho después de despertarlo, diciéndole:

Vamos, dormilón, vete rápido. Si ves al patrón, dile que tenga el dinero listo para cuando yo vaya a buscarlo.

El muchacho hizo una mueca y desapareció. Estuve tentado de seguir al "dormilón", pero me pareció más prudente quedarme observando las acciones del señor Jay. Media hora después se puso el sombrero y salió; naturalmente, yo hice lo mismo. Al bajar la escalera, me encontré con la señora Yatman, que se disponía a subir; teníamos un arreglo previo por el cual ella se encargaría de registrar la pieza del señor Jay cuando estuviera ausente, y siempre que yo me encontrara ocupado en su seguimiento. En esta ocasión vi que se dirigía a la taberna más próxima y pedía dos costillas de cordero. Yo me senté a una mesa cercana a la suya y pedí lo mismo que él. Antes que pasaran dos minutos, un joven de aspecto sospechoso, que estaba sentado a otra mesa, se levantó y, tomando su vaso, se dirigió hacia donde estaba el señor Jay y se sentó con él; yo aparenté estar enfrascado en la lectura de mi diario, poniendo mis cinco sentidos en escuchar la conversación de los dos hombres.

Jack ha estado aquí preguntando por usted dijo el joven desconocido.

¿Dejó algún mensaje? preguntó el señor Jay.

Sí contestó su interlocutor . Me dijo que si lo veía le dijera que tenía especial interés en verlo esta noche y que pasaría a las siete por la calle Rutherford.

Muy bien dijo el señor Jay . Llegaré a tiempo para verlo.

Después de esto, el joven de aspecto sospechoso terminó su oportu y, diciendo que tenía prisa, se despidió de su amigo (tal vez su cómplice) y salió a la calle.

A las seis y veinticinco minutos y medio (en estos casos hay que ser muy exacto hasta en los minutos), el señor Jay terminó sus costillas y pagó su cuenta. A las seis y veintiséis minutos y tres cuartos yo terminé mi comida y pagué mi cuenta. Diez minutos después yo entraba en la casa de la calle Rutherford, siendo recibido por la señora Yatman. Su rostro encantador tenía una expresión melancólica y desilusionada que me apenó ver.

Me temo que no ha encontrado nada sospechoso en la habitación del pensionista dije yo.

Mrs Yatman sacudió la cabeza en forma desalentadora y suspiró lánguidamente; fue un suspiro que me entristeció y me hizo sentir envidia del señor Yatman.

No se desanime dije con una suavidad que pareció emocionarla . He oído una conversación misteriosa y sé algo de una cita de aspecto culpable; espero ver grandes acontecimientos desde mi puesto de observación esta noche. Por favor, no se alarme; pero creo que estamos al borde de un descubrimiento.

Mi entusiasta devoción por mi deber se sobrepuso a mis tiernos sentimientos, así que la miré..., le hice un guiño..., me despedí y me alejé.

Cuando me instalé en mi puesto de observación, el señor Jay estaba haciendo la digestión, sentado en una poltrona y fumando su pipa. En la mesa había dos vasos, una jarra con agua, y la botella de brandy. Eran cerca de las siete; a la hora exacta llegó el hombre llamado "Jack".

Parecía nervioso; en realidad, demostraba gran agitación. La satisfacción de prever una jornada fructífera me inundó de pies a cabeza. Con gran interés miré por mi lugar de observación, y vi que el visitante se había sentado dando de frente a mi campo visual. Estos dos villanos de aspecto abandonado se parecían tanto entre sí que, viéndolos juntos, separados apenas por la mesa, llegué a la conclusión de que eran hermanos. Jack era el más limpio y cuidado en el vestir de los dos, debo reconocerlo. Es tal vez uno de mis defectos el llevar la justicia y la imparcialidad hasta su límite; donde el vicio queda redimido, lo reconozco siempre.

¿Qué pasa ahora, Jack? preguntó el señor Jay.

¿No te das cuenta por mi cara? dijo Jack . Mi querido amigo, la espera es peligrosa; terminemos con el riesgo y el temor pasado mañana.

¿Tan pronto? Bien; si estás listo, yo también. Pero, ¿estará lista Esa Otra Persona? ¿Estás seguro?

El señor Jay mostró una desagradable sonrisa al hablar y acentuó las palabras "esa otra persona" con marcado énfasis. No me cabe la menor duda acerca de la existencia de un tercer rufián en este asunto.

Puedes encontrarte con nosotros mañana dijo Jack . Así podrás juzgar por ti mismo. Puedes estar a las once de la mañana en Regent's Park, y buscarnos en la vuelta que desemboca en la avenida.

Allí estaré dijo el señor Jay . ¿Quieres un poco de brandy con agua? ¿Para qué te levantas? ¿Ya te vas?

Sí, me voy contestó Jack . El hecho es que estoy tan inquieto que no puedo quedarme tranquilo ni un minuto. Aunque te parezca ridículo, estoy presa de una constante excitación nerviosa; el pensamiento de que en el momento menos pensado nos pueden sorprender, no me abandona. Se me ocurre que cada hombre que me mira dos veces es un espía...

Al oír estas palabras, me pareció que las rodillas se me doblaban; nada más que una gran fuerza de voluntad me mantuvo en mi puesto de observación. Le doy mi palabra de honor acerca de esto.

¡Tonterías! exclamó el señor Jay, con la audacia de un criminal inveterado. Hasta este momento hemos guardado el secreto, y lo seguiremos guardando hasta el fin. Toma un trago de brandy con agua, y te sentirás tan seguro como yo.

Jack rehusó el brandy con firmeza, y con más firmeza aún persistió en retirarse.

Trataré de distraerme caminando. Y acuérdate, mañana a las once en Regent's Park, al lado de la avenida.

Con estas palabras de despedida, salió; su descuidado pariente se rió con grosería, y volvió a tomar la pipa.

Yo me senté al borde de la cama, temblando de excitación.

Me resultaba evidente pensar que no se había hecho ningún intento por cambiar los billetes de banco; y quiero agregar que el sargento Bulmer era de esta misma opinión cuando dejó el caso en mis manos. ¿Que conclusión debo sacar de la conversación oída por mí, y consignada más arriba? Que es evidente que la cita concertada para mañana será para repartirse el dinero y estudiar la forma más segura de cambiar los billetes al día siguiente; a mi modo de ver, el señor Jay es el jefe en este asunto, y será probablemente el encargado de cambiar el billete de cincuenta libras. Por consiguiente, mañana lo seguiré a Regent's Park, y trataré de colocarme lo más cerca posible para oír lo que digan y, sobre todo, enterarme si es que conciertan alguna otra cita. Para esto necesito la ayuda de dos asistentes, por si los cómplices se alejan en distintas direcciones; en ese caso, estos subordinados me servirán para hacer seguir a los dos ladrones de menor importancia. Es natural agregar que si los bribones se alejan juntos, estos ayudantes constituirán nada más que una reserva; siendo yo ambicioso por naturaleza, deseo que el éxito de aclarar el robo me pertenezca a mí solo.

8 de julio.

Agradezco la pronta llegada de mis dos subordinados; me temo que no sean hombres muy hábiles, pero no importa, ya que estaré cerca de ellos para dirigirlos.

Lo primero que hice esta mañana fue hablar con el señor Yatman y su señora para explicarles la presencia de los extraños en la casa. El señor Yatman (aquí, entre nosotros, es un pobre hombre), se limitó a sacudir la cabeza y dar un gemido. Mrs Yatman (¡qué mujer superior!) me favoreció con una encantadora mirada plena de inteligencia.

¡Oh señor Sharpin! exclamó la señora Yatman con desaliento. La presencia de esos dos hombres me da la impresión de que usted empieza a tener dudas sobre su éxito.

Yo me permití hacerle un guiño (ella es muy comprensiva y no se ofende por tal cosa), y le expliqué, en forma despreocupada, que estaba equivocada.

Porque estoy seguro del éxito mandé llamar a esos hombres. Tengo la absoluta certeza de recobrar el dinero, y esto no solamente por lo que a mí me concierne, sino también por el señor Yatman y por usted.

Acentué con énfasis estas últimas palabras.

¡Oh señor Sharpin! dijo la señora Yatman otra vez, al mismo tiempo que sus mejillas enrojecían. Con pudor volvió a inclinar la cabeza sobre su costura. Yo me sentí en ese momento capaz de ir al fin del mundo por esta mujer, siempre que al señor Yatman se le ocurriera morir.

Envié a mis dos subordinados a que me esperaran en el portón de Regent's Park que da sobre la avenida; media hora después, salí yo detrás del señor Jay.

Los dos cómplices fueron puntuales. Me sonrojo al anotar lo que viene más adelante. El tercer bribón, la misteriosa "otra persona" que los dos hermanos nombraron en su

conversación, es ¡una mujer! Y lo que es peor, una mujer joven; para colmo de males, joven y bonita. De hoy en adelante, dejaré de resistirme a la creencia general, esto es, a la convicción de que en un hecho delictuoso siempre hay de por medio una persona del sexo débil. Renunciaré a las mujeres..., exceptuando a la señora Yatman.

El hombre llamado Jack ofreció su brazo a la mujer, mientras el señor Jay se colocaba al otro lado de ésta, y así reunidos empezaron a caminar despacio a la sombra de los árboles. Yo los seguía a conveniente distancia, y mis dos subordinados más atrás.

Lamento decir que me era imposible acercarme lo suficiente como para oír lo que decían, sin despertar sospechas; lo único que pude inferir por sus ademanes, es que trataban un asunto de sumo interés para ellos. Después de transcurrido un cuarto de hora, dieron vuelta en forma imprevista, desandando el camino recorrido; mi presencia de ánimo no me abandonó en esta emergencia. Hice señas a mis ayudantes para que siguieran de largo, y yo me oculté detrás de un árbol; al pasar cerca de mí, oí al nombrado Jack que se dirigía al señor Jay con estas palabras:

Digamos mañana por la mañana a las diez y media; y por favor, ven en taxi. Mejor será que no nos arriesguemos tomando uno en este barrio.

El señor Jay contestó algo que no alcancé a oír, y al llegar al lugar elegido para la cita de esa mañana, se despidieron con una efusividad que me enfermó. Yo seguí al señor Jay, mientras mis subordinados lo hacían tras los otros.

En lugar de ir a la calle Rutherford, el señor Jay se dirigió al Strand. Penetró en una casa de poco respetable apariencia, y que, a pesar del letrero colocado en su puerta en el que se leía el nombre de un periódico, a mí me pareció más bien un receptáculo de bienes robados.

Después de permanecer adentro unos pocos minutos, salió con su inseparable silbido; un hombre menos discreto que yo lo hubiera arrestado allí mismo. Pero tenía que atrapar también a sus cómplices, y además había que esperar la cita concertada para la mañana siguiente. Es raro encontrar un aplomo semejante, en circunstancias tan difíciles en un joven principiante como yo, que estoy comenzando y tengo que hacerme una reputación como detective de la policía.

De allí, el señor Jay se dirigió a un café y se entretuvo leyendo revistas mientras fumaba un cigarro. Yo opté por hacer lo mismo. Del café se dirigió a su taberna, donde ordenó las infaltables costillas. Yo entré y pedí lo mismo. Cuando terminó, se dirigió a su alojamiento; y cuando yo terminé me dirigí al mío. Por lo que observé, tenía sueño y se acostó a dormir la siesta; después de oírlo roncar por un rato, yo también tuve sueño y me acosté a dormir la siesta.

Mis dos subordinados vinieron al día siguiente temprano a darme su informe.

El hombre llamado Jack dejó a la mujer al llegar a la puerta de una villa de respetable apariencia, no lejos de Regent's Park. De ahí dobló a la derecha y se internó en una calle suburbana donde hay varios comercios y penetró en una casa abriendo la puerta con su propia llave; al hacer esto miró en derredor, deteniendo su mirada en mis dos ayudantes que iban por la vereda de enfrente. Hice que se quedaran en mi habitación por si los necesitaba y yo me instalé en mi puesto de observación.

El señor Jay estaba vistiéndose, tratando en todo lo posible de mejorar su aspecto; esto es lo que yo esperaba, ya que un hombre con tipo de vagabundo difícilmente pueda presentarse, sin despertar recelos, a cambiar un billete de cincuenta libras. A las diez y cinco minutos, terminaba de cepillar su gastado sombrero y de borrar las manchas de sus guantes con miga de pan. A las diez y diez salía a la calle encaminándose a la parada de taxis más próxima; yo y mis subordinados íbamos detrás, casi pisándole los talones.

El tomó un taxi y nosotros lo seguimos en otro; el día anterior no pude oír el lugar a dónde irían, pero pronto vi que se dirigían hacia el portón que se abre sobre la avenida.

El taxi del señor Jay dobló lentamente hacia el parque; hice que el nuestro se detuviera antes de entrar, y yo me decidí a seguirlo a pie. A los pocos metros se detuvo el otro taxi, y vi aparecer entre los árboles a los dos cómplices; éstos subieron al auto, que dobló rápidamente hacia la salida. Yo corrí a mi taxi y ordené al conductor que siguiera al otro vehículo en cuanto nos pasara.

El hombre siguió mis instrucciones con tan poca inteligencia, que temía que nuestros perseguidos sospecharan algo. Habrían pasado unos tres minutos (durante los cuales volvimos a recorrer el camino anterior), cuando se me ocurrió mirar por la ventanilla, para ver a qué distancia iba el otro taxi del nuestro; al hacerlo vi dos sombreros que se asomaban y dos caras que me miraban. Me recosté en mi asiento, sintiéndome invadido por un sudor frío; la expresión es grosera, pero es la única que indica claramente mis condiciones en ese momento.

¡Nos han descubierto! dije débilmente a mis dos subordinados.

Ellos me miraron atónitos. Mis sentimientos variaron de la desesperación al colmo de la indignación en un instante.

La culpa es del conductor. Bájese alguno de ustedes y déle un buen golpe.

En lugar de obedecerme (tendré que consignar esta falta de disciplina en el Departamento Central), los dos se asomaron para mirar por la ventanilla; antes de que yo los pudiera atajar, ellos se habían vuelto a sentar. Estaba por dar rienda suelta a mi indignación, cuando vi que me miraban en forma rara y me decían:

Por favor, señor, mire hacia la calle.

Hice lo que me decían. El taxi de los ladrones se había detenido.

¿Dónde?

¡¡¡A la puerta de una iglesia!!!

El efecto que este descubrimiento puede tener sobre una persona común, no lo sé; pero, siendo yo profundamente religioso, me llenó de horror. He leído a menudo que los criminales son astutos y no tienen principios, pero el atreverse a penetrar en una iglesia para despistar a sus perseguidores fue para mí un sacrilegio sin precedentes en los anales del crimen.

Para la mente superficial de mis subordinados, aquello no tenía tal vez ninguna importancia; pero para mí, que veía más allá de la apariencia inocente de esos dos hombres y esa mujer bien vestidos que entraban en una iglesia, la escena tenía otro significado más siniestro que el que pudieran haber encontrado mis ayudantes. Por esto se ve que el aspecto exterior de las cosas no tiene ningún poder sobre mí. Bajando del auto penetré en la iglesia seguido de uno de mis hombres; a mi otro ayudante lo envié a la puerta de la sacristía. ¡Jamás encontrará usted desprevenido a su humilde servidor Matthew Sharpin!

Subiendo a la galería nos dirigimos hacia el sitial del órgano, para mirar a través de las cortinas. Estaban abajo, y aunque parezca increíble, estaban sentados tranquilamente en un banco.

Antes de que yo alcanzara a tomar una determinación sobre el camino a seguir, apareció por la puerta de la sacristía un clérigo con sus vestiduras de ceremonia; le seguía un acólito. Sentí que mi cerebro empezaba a girar, y se me nubló la vista.

Robos cometidos en sacristías, desfilaron por mi memoria; temblé por el clérigo, y hasta llegué a temblar por el empleado.

El sacerdote se situó frente al altar, los tres cómplices se le acercaron, mientras el ministro de Dios abría su libro y empezaba a leer.

¿Qué?, preguntará usted.

Le contesto sin el menor titubeo: las primeras líneas del oficio matrimonial.

Mi subordinado tuvo la audacia de mirarme y después se tapó la boca con un pañuelo; yo no le hice el menor caso. Al descubrir que el llamado Jack era el novio y que Jay era el padrino de la boda, salí de la iglesia seguido por mi ayudante y me reuní con el otro a la

puerta de la sacristía. Muchos, en mi situación, hubieran pensado que habían cometido una terrible equivocación; yo no sentía ninguno de estos síntomas, ni tampoco disminuida mi propia estimación. Y ahora, después de tres horas del descubrimiento, mi mente permanece, me alegra decirlo, tan tranquila como antes.

En seguida de reunirme con mis hombres fuera de la iglesia, di a conocer mi intención de seguir al otro taxi, a pesar de lo ocurrido. Tenía mis motivos para ello. Mis dos ayudantes se quedaron sorprendidos ante mi decisión, y uno de ellos tuvo la impertinencia de decirme:

Por favor, señor, ¿a quién seguimos? ¿A un hombre que ha robado dinero, o a uno que ha robado una esposa?

El otro hombre, vulgar, festejó la ocurrencia del compañero, riéndose. Los dos merecen una seria reprimenda; ya me aseguraré de que la reciban.

Una vez terminada la ceremonia, sus tres protagonistas volvieron a subir en el taxi, y el nuestro (que estaba convenientemente oculto en la esquina) comenzó a seguirlo con nosotros dentro.

Los vimos que se dirigían a la estación terminal del South Western Railway; la nueva pareja compró boletos para Richmond, pagando con medio soberano, cosa que me privó el placer de detenerlos; ya que no lo hicieron con billetes de libra. Al separarse del señor Jay lo hicieron con estas palabras:

No olvides la dirección: Babylon Terrace, número catorce. Te esperamos a cenar de hoy en una semana.

El señor Jay aceptó riendo, y agregó que volvía a su casa para ponerse cómodo y sucio otra vez por el resto de la jornada. Debo agregar que lo seguí, y puedo asegurar que se puso cómodo y sucio otra vez (para usar su desagradable lenguaje), y así está hasta este momento.

Ya sé lo que las personas que juzgan a la ligera los actos del prójimo dirán de mi actuación; asegurarán que a través de toda mi investigación me equivoqué en la forma más absurda, agregando que las conversaciones sospechosas oídas por mí, se referían únicamente a las dificultades y peligros que significa para una pareja de novios el casarse a escondidas. Para aseverar lo que digan no tienen más que recurrir a la escena de la iglesia.

Esto lo dejaré pasar sin discutir. Ahora bien; de lo más profundo de mi sagacidad haré una pregunta que mis enemigos no podrán contestar, pero que yo, como hombre de mundo, encuentro de fácil respuesta.

Dejando de lado la ceremonia nupcial, ¿qué pruebas tengo yo de la inocencia de estas tres personas? Ninguna. Al contrario, tengo más motivos que antes para sospechar del señor Jay y de sus dos cómplices. Un caballero que va a pasar su luna de miel en Richmond necesita dinero; y un caballero que tiene deudas con todos sus proveedores necesita dinero. ¿Es ésta una imputación injustificable de malos designios? En nombre de la moral y buenas costumbres, le niego justificativo alguno al hecho; esos dos hombres se combinaron para robar una mujer: muy bien pueden haber robado el dinero. Me mantengo en mis creencias estrictas en cuanto a la virtud, y desafío a cualquiera a que me mueva un centímetro de mi posición.

Hablando de virtud, debo agregar que hablé con el señor Yatman y su señora acerca de las conclusiones a que yo había llegado. En un principio, esta encantadora mujer no comprendió mi línea de razonamiento, y sacudiendo la cabeza se unió a su marido en prematuras lamentaciones por la pérdida del dinero. Una pequeña y cuidadosa explicación de mi parte, y un poco de atención de parte de la señora Yatman, la hicieron cambiar de opinión. Ahora está de acuerdo conmigo en que la ceremonia clandestina no disminuye en nada las sospechas que recaen sobre el señor Jay, el llamado Jack, o sobre la fugitiva dama. "Pícaro audaz", fue el término usado por mi preclara amiga al hablar de esta mujer. Consigno esta frase con el solo fin de hacer ver que la señora Yatman no ha perdido su

confianza en mí, y su marido tampoco; al contrario, me han prometido tener plena fe en el futuro.

Dado el giro que han tomado las cosas, me parece preferible, por el momento, esperar los consejos de usted. Espero nuevas órdenes, con la satisfacción del cazador que ha matado dos pájaros de un tiro, ya que al seguir a los cómplices desde la puerta de la iglesia hasta la estación, lo hice por dos motivos. Primero, los seguí por obligación, ya que los creo culpables del robo. Segundo, por interés particular; sería una información muy valiosa para la familia o amigos de la joven, la que yo obtendría si descubriese el refugio en que la pareja pensaba ocultarse. Pase lo que pase, me congratulo al no haber perdido el tiempo; si usted aprueba mi conducta, mi plan está listo para ser continuado, si usted la desaprueba, me iré tranquilamente con mi valiosa información a la villa situada en las inmediaciones de Regent's Park. De todos modos, el asunto coloca dinero en mi bolsillo, y me acredita como hombre de singular viveza.

Algo más debo agregar, y es esto: si alguien se aventura a asegurar que el señor Jay y sus cómplices son del todo inocentes en el robo de la caja con el dinero, y este alguien puede ser hasta el mismo inspector jefe Theakstone, yo lo desafío a que me diga quién cometi6, entonces, el robo en la casa de la calle Rutherford, Soho.

Tengo el honor de ser su seguro servidor,
Matthew Sharpin.

Del inspector jefe Theakstone al sargento Bulmer.

Birmingham, 9 de julio.

Sargento Bulmer: El cabeza hueca del señor Matthew Sharpin ha hecho, como yo lo esperaba, un enredo en el caso de la calle Rutherford. Estando ocupado por el momento en esta ciudad, le escribo para que arregle usted las cosas; adjuntos le mando los garabatos que este infeliz de Sharpin califica de informes. Cuando usted termine de leer ese palabrerío inútil, llegará a la misma conclusión que yo; ese necio engreído ha buscado al ladrón en todas las direcciones posibles menos en la verdadera. Usted puede señalar al ladrón en cinco minutos. Liquide el caso en seguida, mandándome el informe a esta ciudad, y avise al señor Sharpin que queda suspendido hasta nuevo aviso.

Lo saluda,
Francis Theakstone.

Del sargento Bulmer al inspector jefe Theakstone.

Londres, 10 de julio.

Inspector Theakstone: He leído su carta y el informe. Dicen que los hombres inteligentes siempre aprenden algo aunque sea de un imbécil. Cuando terminé con el quejumbroso reportaje de Sharpin sobre su propia estupidez, vi claramente el final del caso de la calle Rutherford, tal como usted pensó que yo lo vería. Media hora después me personé en la casa, siendo el señor Sharpin el primero que encontré.

¿Ha venido para ayudarme? me preguntó Sharpin.

No exactamente le contesté . He venido para decirle que queda usted suspendido hasta nuevo aviso.

Muy bien contestó Sharpin, sin demostrar que se le hubieran bajado los humos . Sé que han tenido envidia de mí, y no los culpo; es muy natural. Entre y póngase cómodo, yo tengo que ir a un asunto particular en las inmediaciones de Regent's Park. Hasta más ver, sargento.

Con estas palabras se salió del paso, que era precisamente lo que yo deseaba.

En cuanto la sirvienta cerró la puerta, le dije que avisara a su patrón que yo quería hablarle en privado. Me hizo pasar a la sala detrás del negocio, y allí estaba el señor Yatman leyendo el diario.

Vengo para hablarle del asunto del robo, señor le dije.

Sí, sí me interrumpió en la forma impertinente que era de esperar en un hombre como él. Sí, sí, ya sé; usted ha venido para decirme que el superhombre que hizo agujeros en el tabique del segundo piso se ha equivocado, y ha perdido el rastro del ladrón sinvergüenza que me robó el dinero.

Sí, señor; ésa es una de las cosas que tenía que decirle, pero hay algo más que debo agregar.

¿Puede decirme quién es el ladrón? me preguntó más ásperamente aún.

Sí, creo que sí le contesté.

Dejó el diario, y lo noté ansioso y al parecer asustado.

¿No será mi dependiente? Espero que no sea.

No, señor.

¿Esa sirvienta inútil? me volvió a preguntar.

Es inútil y desaseada. (Esto lo averigüé yo al principio.) Pero no es el ladrón.

¿Quién es, entonces, en nombre del cielo?

Se tiene que preparar para una sorpresa desagradable; le advierto que en el caso de que pierda usted los estribos, yo soy el más fuerte de los dos le dije a modo de aviso. No se le ocurra ponerme una mano encima ya que puedo lastimarlo al defenderme.

La cara del señor Yatman tomó un color ceniciento. Este individuo pusilánime había ido apartándose de mí a medida que yo hablaba.

Usted me ha pedido que le nombre al ladrón proseguí yo .

Si usted persiste en que le diga...

Quiero saberlo dijo débilmente . ¿Quién fue?

Su esposa dije firme y positivamente.

Saltó de la silla como si lo hubieran pinchado, y dio un golpe en la mesa tan fuerte que hizo crujir la madera.

Calma, señor. Si se enoja, no sabrá la verdad le dije a modo de consejo.

¡Es mentira! ¡Una infame y vil mentira! exclamó, dando otro golpe sobre la mesa.

De pronto, se desplomó en la silla y empezó a llorar.

Cuando recobre la calma, estoy seguro que pedirá disculpas por el lenguaje usado; mientras tanto, escuche lo tengo que decirle. El señor Sharpin envió a nuestro Inspector un informe del tipo más ridículo imaginable; anotó en él, no sólo sus estupideces, sino también los haceres y decires de su señora. En cualquier otro caso, esta nota habría ido a parar al canasto de papeles viejos; pero resulta que, en éste, la cantidad de tonterías escritas por el señor Sharpin llega a una conclusión que el cerebro simplón del escritor no supo ver. Tan seguro estoy de la explicación a que he llegado, que me juego el puesto si no resulta que su señora estuvo aprovechándose del engreimiento y estupidez de este joven, para alejar las sospechas de su persona y entusiasmarlo para que desconfiara de los no complicados en el caso. Le digo esto en confidencia, y voy más allá todavía; puedo decirle lo que su señora hizo con el dinero. Nadie puede mirar a su esposa, señor, sin quedar admirado por el gusto y elegancia de sus vestidos.

Al pronunciar yo estas últimas palabras, el pobre hombre pareció recuperar el habla; me interrumpió en forma brusca, como si en lugar de ser un pobre comerciante fuera un duque.

Busque otros medios para justificar la calumnia que ha levantado contra mi esposa dijo. Y agregó después : La cuenta de su modista está en mi archivo de cuentas pagadas.

Perdóneme, señor, pero eso no prueba nada. Las modistas tienen una poca recomendable costumbre con la que nosotros tropezamos a cada rato en nuestro oficio. Una mujer casada puede tener dos cuentas separadas en su modista; una que el marido ve y paga; la otra es una cuenta privada, resultado de extravagancias y caprichos que la esposa paga cuando y como puede. De acuerdo a nuestra experiencia, esta cuenta se paga con recortes de los gastos del hogar. En su caso, su señora no pagó ninguna cuota y, víctima tal vez de alguna amenaza, se encontró acorralada, resolviéndose a pagar con el dinero de la caja.

No lo creo. Cada palabra suya es un insulto para mí y para mi esposa.

Tratando de salvar tiempo y palabras le contesté:

¿Se atreve a tomar el recibo de la modista que usted dice tener y acompañarme a la sombrerería donde compra su esposa?

No muy convencido, buscó el recibo y poniéndose el sombrero se dispuso a acompañarme. Yo tenía listos los números de los billetes perdidos.

Llegamos al negocio (que resultó ser un elegante local del West End), y yo pedí una entrevista con la encargada del comercio. No era la primera vez que nos íbamos a encontrar en circunstancias como éstas. En cuanto la señora me vio, mandó llamar a su marido. Dije quién era el señor Yatman y el asunto que nos llevaba.

¿Esto es estrictamente confidencial? preguntó el marido de la señora.

Yo asentí.

¿Es un asunto privado? preguntó la dueña del comercio.

Yo volví a afirmar.

¿Tienes algún inconveniente, querida, en que favorezca al sargento mostrándole los libros? preguntó el marido.

Ninguno, mi amor, si tú estás de acuerdo dijo la esposa.

Durante todo este tiempo, el señor Yatman parecía la personificación del asombro y la desesperación, a más de estar completamente fuera de lugar. Trajeron los libros, y con un simple vistazo a las páginas en las que figuraba el nombre de la señora Yatman, confirmé mis palabras anteriores.

En uno de los libros estaba la cuenta arreglada por el señor Yatman; en el otro estaba la cuenta particular, también abonada, en la fecha del día siguiente al robo. La suma alcanzaba a ciento setenta y cinco libras y algunos chelines, y abarcaba un período de tres años. No había anotación de cuota alguna, y debajo de la última línea, esta anotación: "Ultimo aviso. 23 de junio". Señalé esto a la modista, y me contestó que se refería al mes de junio próximo pasado, y que esa carta había sido acompañada por una amenaza de procedimiento judicial. La señora lamentaba esto, pero no le había quedado otro recurso.

Creí que ustedes daban créditos más amplios dije.

No cuando el marido está en dificultades... me dijo la señora mirando al señor Yatman y tratando de que éste no oyera.

Al hablar, me señaló las cuentas. Las compras efectuadas después que el señor Yatman se encontró en mala situación eran tan extravagantes como en el tiempo anterior a esto. Si la dama economizaba en algo, no era precisamente en vestirse.

No quedaba más que revisar el libro de caja, por pura fórmula. El dinero fue pagado en billetes con numeración exacta a la que yo tenía en mi lista.

Después de esto saqué inmediatamente al señor Yatman de la tienda. Estaba en una condición tan lastimosa que llamé un taxi y lo acompañé a su casa. Al principio rezongó y lloró como una criatura, pero después que lo hube calmado, debo confesar que se disculpó elegantemente por su primera explosión de mal genio. Yo, en cambio, me permití darle algún consejo sobre cómo debía arreglar las cosas con su esposa; no me hizo el menor caso, y subió las escaleras mascullando algo acerca de una posible separación. No sé qué clase de táctica usará la señora Yatman para salir de esta situación; seguramente usará el

histerismo para que el pobre hombre se asuste y la perdone. De todas maneras eso no es asunto nuestro, y, en lo que nos concierne, el caso está terminado.

Esperando sus gratas órdenes, quedo de usted seguro servidor,
Thomas Bulmer

P. S. Debo agregar que al irme de la calle Rutherford, me encontré con el señor Sharpin, que venía a retirar sus cosas.

Figúrese usted me dijo restregándose las manos muy complacido . Vengo de la villa residencial, donde en el momento en que mencioné el asunto que me llevaba, me echaron poco menos que a puntapiés. Había dos testigos que presenciaron el atropello; si no saco cien libras de esto, sacaré mucho más.

Le deseo mucha suerte le dije.

Gracias. ¿Cuándo le podré hacer el mismo cumplido por encontrar al ladrón?

Cuando quiera, porque ya lo encontramos.

Lo que me esperaba. Yo hice el trabajo y ustedes se llevan el premio. Es el señor Jay, naturalmente.

No le dije yo.

¿Quién es, entonces?

Pregúntele a la señora Yatman; lo está esperando.

Muy bien. Prefiero oírlo de labios de esa mujer encantadora y diciendo esto, entró en la casa a toda prisa.

¿Qué piensa de esto, Inspector Theakstone? ¿Le gustaría estar en los zapatos del señor Sharpin? A mí no. Se lo aseguro.

Del inspector jefe Theakstone al señor Matthew Sharpin

12 de julio.

Señor: El sargento Bulmer le ha dicho ya que queda usted suspendido hasta nuevo aviso. Tengo autoridad para agregar que en el Departamento de Investigaciones declinamos el ofrecimiento de sus servicios; tome esto como notificación oficial de despido.

Le informo, para su interés, que esto no arroja una sombra sobre su persona; quiere significar solamente que usted no es lo bastante despierto para nuestra conveniencia. Si tuviéramos que tomar un empleado nuevo, preferiríamos a la señora Yatman.

Su seguro servidor,

Francis Theakstone

ACOTACIONES AGREGADAS A LA CORRESPONDENCIA QUE ANTECEDE POR EL SEÑOR THEAKSTONE

El inspector no está en condiciones de agregar ninguna explicación de importancia a la última carta. Posteriormente se descubrió que el señor Sharpin salió de la casa de la calle Rutherford cinco minutos después de su encuentro con el sargento Bulmer. Su cara reflejaba asombro y terror, además de lucir una marca roja, producida seguramente por una mano femenina. Hay que añadir que el dependiente lo oyó referirse a la señora Yatman en forma poco respetuosa; al doblar la esquina se le vio blandir un puño en forma vindicativa. Esto es lo último que se sabe de él; probablemente, habrá ido a ofrecer sus servicios a la policía de la provincia.

De la situación entre el señor Yatman y su esposa, se sabe menos aún; salvo que el médico de la familia fue llamado con toda premura, a poco de volver el señor Yatman de la modista. El farmacéutico de la vecindad recibió la orden de preparar una poción sedativa para la señora Yatman. Al día siguiente, el señor Yatman compró en el mismo comercio un frasco de sales; viéndosele también en la librería circulante, pidiendo un libro agradable para distraer a una señora enferma. De esto se infiere que el señor Yatman no ha creído conveniente llevar adelante su intento de separarse de su esposa, al menos en la presente (y presunta) condición del sistema nervioso de la sensitiva dama.

Los tres jinetes del Apocalipsis

G. K. Chesterton

La singular y a veces inquietante impresión que Mr. Pond me causaba, a pesar de su cortesía trivial y de su corrección, se vinculaba tal vez a alguno de mis primeros recuerdos y a la vaga sugestión verbal de su nombre. Era un viejo amigo de mi padre, un funcionario; y sospecho que mi imaginación infantil había mezclado de algún modo el nombre de Mr. Pond con el estanque del jardín. Pensándolo bien, se parecía extrañamente al estanque. Era, en general, tan sereno, tan regular y tan claro en sus habituales reflejos de la tierra, del cielo y de la luz del día como aquél. Y yo sabía, sin embargo, que había algunas cosas raras en el estanque del jardín. Una o dos veces al año el estanque parecía un poco distinto: una sombra fugaz o un destello interrumpía su lisa tranquilidad, y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían un instante a la superficie y luego se perdían. Tomaban las formas de observaciones monstruosas en medio de sus observaciones inofensivas y razonables. Algunos interlocutores pensaban que en la mitad de un diálogo juicioso se volvía loco. Pero también reconocían que regresaba a la cordura inmediatamente.

Una tarde, hablaba muy juiciosamente con Sir Hubert Watton, el conocido diplomático; estaban sentados bajo enormes quitasoles, mirando el estanque, en nuestro jardín. Hablaban de una parte del mundo que ambos conocían y que en Europa Occidental se conoce muy poco: las vastas llanuras anegadizas que se deshacen en pantanos y ciénegas en los confines de Pomerania y de Polonia y de Rusia, y que se dilatan acaso hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que en una región de profundas ciénegas, cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un solo camino en un estrecho terraplén empinado: una senda no peligrosa para el peatón, pero escasa para que dos jinetes pasen a un tiempo. Este es el principio del cuento.

Se refiere a un tiempo no muy lejano, a un tiempo en el que aún se usaban tropas de caballería, aunque más para correos que para combates. Baste decir que esto ocurrió en una de las muchas guerras que han arrasado a esa parte del mundo, si es posible arrasar un desierto. Esa guerra entrañaba la presión del sistema prusiano sobre la nación polaca, pero es innecesario formular la política del asunto o discutir el pro y el contra. Digamos ligeramente que Mr. Pond divirtió a los presentes con un logogrifo.

—Espero que ustedes recordarán —dijo Pond— el revuelo que produjo Pablo Petrovski, el poeta de Cracovia, que hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de Cracovia a Poznam y ser a la vez poeta y patriota. La ciudad en que vivía estaba ocupada en ese momento por los prusianos; estaba situada exactamente en el término oriental del largo camino; pues, como es de imaginarse, el comando prusiano se había apresurado a ocupar la cabeza de puente, de ese puente tan solitario, sobre ese mar de ciénegas. Pero su base estaba en el término occidental del camino: el célebre mariscal von Grock tenía el comando supremo; y su antiguo regimiento, que seguía siendo su regimiento predilecto, los Húsares Blancos, estaba acampado cerca del extremo occidental del alto camino. Por supuesto, todo era impecable, hasta el menor detalle de los espléndidos uniformes blancos, atravesados por el tahalí llameante —esto era anterior al empleo de los colores del barro y de la arcilla para todos los uniformes del mundo—. No los re-pruebo. A veces pienso que el tiempo de la heráldica era más hermoso que el tiempo del mimetismo que trajo la historia natural y el culto de los camaleones y de los escarabajos. Sea lo que fuere, este regimiento de caballería prusiana usaba su propio uniforme; y, como verán ustedes, ése fue otro elemento del fiasco; pero no sólo eran los uniformes; era la uniformidad. Todo fracasó,

porque había demasiada disciplina. Los soldados de Grock le obedecían demasiado; de modo que no podía hacer lo que quería.

—Eso debe ser una paradoja —dijo Watton, con un suspiro—. Será muy ingenioso y todo lo que quieran; pero realmente es un desatino. Ya sé que la gente suele decir que hay demasiada disciplina en el ejército alemán. Pero en un ejército no puede haber demasiada disciplina.

—Pero no lo digo de una manera general —dijo Pond, quejumbrosamente—. Lo digo refiriéndome a este caso particular. Grock fracasó porque sus soldados le obedecieron. Claro que si *uno* de los soldados le hubiera obedecido, las cosas no hubieran ido tan mal. Pero como dos de sus soldados le obedecieron, el hombre fracasó.

Watton se rió guturalmente.

—Me encanta su nueva teoría militar. Usted permite la obediencia a un soldado en un regimiento; pero que dos soldados obedezcan, ya es un exceso de la disciplina prusiana.

—No tengo ninguna teoría militar, hablo de un hecho militar —contestó Mr. Pond plácidamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados le obedecieron. Es un hecho militar que hubiera tenido éxito si uno de ellos hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Watton con cierta sequedad, como alcanzado por un insulto trivial.

En ese momento se vio la vasta y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el incongruente amigo y admirador del apacible Mr. Pond. Tenía una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa atesado sobre la roja cabellera; y aunque era relativamente joven, había en su andar un contoneo que sugería la época de los *dandies* y de los duelistas. Alto y de espaldas al sol, parecía el emblema de la arrogancia. Sentado, cara al sol, atenuaban la impresión anterior los ojos pardos, muy suaves, tristes y un poco ansiosos.

Mr. Pond interrumpió su monólogo y se perdió en un torrente de disculpas:

—Estoy hablando demasiado, como de costumbre; la verdad es que hablo de ese poeta, Petrovski, que casi fue ejecutado en Poz-nam, hace ya tiempo. Las autoridades militares vacilaban; iban a dejarlo en libertad, si no recibían órdenes directas del mariscal von Grock; pero el mariscal había decidido que muriera el poeta; y mandó la sentencia de ejecución, esa misma tarde. Después mandaron un indulto; pero como el portador del indulto murió en el camino, el prisionero fue puesto en libertad.

—Pero cómo ... —repitió mecánicamente Watton.

—Naturalmente, el prisionero fue puesto en libertad —observó Gahagan, con una voz fuerte y feliz—. Es claro como la luz del día. Cuéntanos otro cuento.

—Es una historia estrictamente cierta —protestó Mr. Pond—, y ocurrió exactamente como les digo. No es una paradoja. Claro, si se ignoran los hechos, todo puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan—, necesitaremos muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Cuéntela de una vez —dijo Watton.

—Pablo Petrovski era uno de esos hombres nada prácticos, que son de prodigiosa importancia en la política práctica. Su poder estaba en el hecho de que era un poeta nacional, pero también un cantor internacional. Es decir, tenía una bella voz poderosa con la que cantaba sus himnos en todas las salas de concierto del mundo. En su patria, naturalmente, era una antorcha y un clarín de esperanzas revolucionarias, especialmente entonces, en aquella crisis internacional en que el lugar de los políticos prácticos había sido ocupado por hombres mucho más o menos prácticos. Porque el verdadero idealista y el verdadero realista comparten el amor de la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas a cualquier acción. La obra del idealista podrá ser

impracticable; la del hombre de acción, inescrupulosa; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre ganar una reputación por no hacer nada. Es raro que esos dos tipos extremos estuvieran en los dos extremos de ese largo camino entre los pantanos: el poeta polaco, prisionero, en la ciudad, a un extremo; el soldado prusiano, comandando el campamento, al otro.

"Porque el mariscal von Grock era un verdadero prusiano, no sólo enteramente práctico, sino enteramente prosaico. Jamás había leído un verso, pero no era un imbécil. Poseía el sentido de la realidad, propio de los soldados; este sentido le impedía incurrir en el error asnal del político práctico. No se burlaba de las visiones; se limitaba a detestarlas. Sabía que un poeta, o un profeta, podían ser peligrosos como un ejército. Y había resuelto que el poeta muriera. Era su único tributo a la poesía, y era sincero.

"Estaba sentado ante una mesa, en su tienda; el yelmo con punta de acero, que siempre usaba en público, estaba a su izquierda; y su cabeza maciza parecía calva, aunque sólo estaba rapada. También la cara entera estaba rapada y nada la cubría, salvo unos anteojos muy fuertes, que daban un aire enigmático al rostro pesado y caído. Se volvió a un teniente que estaba firme a su lado, un alemán de los de cara indefinida y cabello pálido, cuyos redondos ojos azules miraban como ausentes.

"—Teniente von Hocheimer —preguntó—, ¿dijo usted que su alteza llegaría esta noche al campamento?

"—A las siete y cuarenta y cinco, mi general —respondió el teniente, que parecía poco dispuesto a hablar, como un gran animal que apenas dominase esa habilidad.

"—Estamos justo a tiempo —dijo Grock— para mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes que llegue. Debemos servir a su alteza de todas formas, pero especialmente ahorrándole molestias inútiles. Ya tendrá bastante con revistar a las tropas; cuide que todo esté a disposición de su alteza. A las ocho y cuarenta y cinco su alteza partirá para el próximo puesto avanzado.

"El teniente volvió parcialmente a la vida e hizo un esbozo de saludo.

"—Es claro, mi general, todos debemos obedecer a su alteza.

"—He dicho que todos debemos servir a su alteza —dijo el mariscal.

"Con un movimiento más brusco que de costumbre se quitó los anteojos y los arrojó sobre la mesa. Si los vagos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, se hubieran dilatado todavía más ante la transformación operada por ese gesto. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Un segundo antes, el mariscal von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coriácea mandíbula y mejilla. Ahora era una nueva clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. El frío resplandor de sus ojos viejos hubiera dicho casi a cualquiera que algo había en él que no era solamente pesado; que algo había en él, hecho de acero y no sólo de hierro. Porque todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado, o uno tan extraño a la comunidad de los hombres cristianos, que éstos apenas saben si es bueno o malo.

"—He dicho que todos debemos servir a su alteza —repitió Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a su alteza. ¿No basta a nuestros reyes ser nuestros dioses? ¿No les basta que los sirvan y que los salven? Nosotros somos quienes debemos servir y salvar.

"El mariscal von Grock raramente hablaba o pensaba (tal como entienden el pensamiento las personas intelectuales). Los hombres como él, cuando se ponen a pensar en voz alta, prefieren dirigirse a su perro. Les complace ostentar palabras difíciles y complicados argumentos ante el perro. Sería injusto comparar al teniente Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y vigilante. Sería más exacto decir que el mariscal von Grock, en ese raro momento de reflexión, tenía la comodidad y la tranquilidad de sentir que estaba reflexionando en voz alta en presencia de una vaca o de una legumbre.

"—Una y otra vez, en la historia de nuestra casa real, el sirviente ha salvado al amo —continuó Grock— sin lograr otro premio que sinsabores, a lo menos de parte de la opinión pública, que siempre gime contra el afortunado y el fuerte. Pero hemos sido afortunados y hemos sido fuertes. Maldijeron a Bismarck por haber engañado a su amo, con el telegrama de Ems; pero convirtió a su amo en amo del mundo. París fue capturada; destronada Austria; y nosotros quedamos a salvo. Esta noche Pablo Petrovski habrá muerto, y otra vez estaremos a salvo. Por eso lo mando con esta inmediata sentencia de muerte. ¿Entiende usted que lleva la orden para la inmediata ejecución de Petrovski y que no debe regresar hasta que la cumplan?

"El inexpresivo Hocheimer saludó; entendía muy bien esa orden. Al fin de cuentas tenía algunas de las virtudes del perro: era valiente como un bull-dog y podía ser fiel hasta la muerte.

"—Debe usted montar a caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y cuidar que nada lo demore, o impida su misión. Me consta que ese imbécil de Arnheim libertará a Petrovski esta noche, si no recibe mensaje alguno. Apresúrese.

"Y el teniente volvió a saludar y entró en la noche; y después de montar uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de ese regimiento espléndido, empezó a galopar por el alto y estrecho terraplén, casi como el filo de una muralla, que dominaba el sombrío horizonte, los difusos contornos y los apagados colores de aquellos pantanos enormes.

"Cuando el último eco del caballo retumbó en el camino, el mariscal se incorporó, se puso el casco y los lentes y salió a la puerta de la tienda; pero por otra razón. El Estado Mayor, con uniforme de gala, ya le esperaba; y, desde las profundas filas, se oían los saludos rituales y las voces de mando. Había llegado el príncipe.

"El príncipe era algo así como un contraste, al menos en lo externo, con los hombres que lo rodeaban; y aun en otras cosas era una excepción en su mundo. También usaba yelmo con punta de acero, pero de otro regimiento, negro con reflejos de acero azul; y había algo semiincongruente y semiapropiado, por alguna anticuada razón, en la combinación de ese yelmo con la larga y oscura barba fluida, entre aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga y oscura barba, usaba un largo y oscuro manto azul con una estrella resplandeciente, de la más alta orden real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque tan alemán como los otros, era un tipo distinto de alemán; y algo en su rostro absorto y orgulloso confirmaba la leyenda de que la única pasión de su vida era la música.

"En verdad, el adusto Grock creyó poder vincular con esa remota excentricidad el hecho fastidioso y exasperante de que el príncipe no procediera inmediatamente a revisar las tropas, formadas ya en todo el orden laberíntico de la etiqueta militar de su nación; y que inmediatamente abordara el tema que el mariscal quería evitar: el tema de ese polaco informal, su popularidad y su peligro; porque el príncipe había oído las canciones de este hombre en los teatros de toda Europa.

"—Hablar de ejecutarlo es una locura —dijo el príncipe, sombrío bajo su casco negro—. No es un polaco vulgar. Es una institución europea. Sería lamentado y divinizado por nuestros aliados, por nuestros amigos, hasta por nuestros compatriotas. ¿Quiere usted convertirse en las mujeres locas que asesinaron a Orfeo?

"—Alteza —dijo el mariscal—, sería lamentado; pero estaría muerto. Sería divinizado; pero estaría muerto. De los actos que anhela ejecutar, no ejecutaría uno solo. Todo lo que hace ahora, cesaría para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y me gustan los hechos.

—¿No sabe usted nada del mundo? —preguntó el príncipe.

"—Nada me importa del mundo —contestó Grock— más allá de los jalones de la frontera.

"—¡Dios del cielo! —gritó el príncipe—. Usted hubiera fusilado a Goethe por una indisciplina con Weimar.

"—Por la seguridad de su casa real —contestó Grock— no hubiera vacilado un instante.

"Hubo un breve silencio, y el príncipe dijo con una voz seca y distinta:

"—¿Qué quiere usted decir?

"—Quiero decir que no he vacilado un instante —dijo el mariscal, con firmeza—. Ya he enviado órdenes para la ejecución de Petrovski.

"El príncipe se irguió como una gran águila oscura; su capa ondeó como en un vértigo de alas; y todos los hombres supieron que una ira más allá del lenguaje había hecho de él un hombre de acción. Ni siquiera se dirigió al mariscal; a través de él, con voz alta, habló al jefe de Estado Mayor, general von Zenner, un hombre opaco, de cuadrada cabeza, que había permanecido en segundo término, quieto como una piedra.

"—¿Quién tiene el mejor caballo de su división? ¿Quién es el mejor jinete?

"—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a los de carrera —respondió en seguida el general—. Y es un admirable jinete. Es de los Húsares Blancos.

"—Muy bien —dijo el príncipe, con la misma decisión en su voz—. Que inmediatamente salga en persecución del hombre con esa orden absurda, y que lo detenga. Yo le daré una autorización que el eminente mariscal no discutirá. Traigan papel y tinta.

"Sentóse, desplegando la capa; le trajeron lo pedido, escribió firmemente y rubricó la orden que anulaba todas las otras y aseguraba el indulto y la libertad de Petrovski, el polaco.

"Después, en un silencio de muerte, que von Grock aguantó sin pestañear, como un ídolo bárbaro, el príncipe salió de la estancia, con su capa y su espada. Estaba tan disgustado, que nadie se atrevió a recordarle la revista de las tropas. Arnold von Schacht, un muchacho ágil, de aire de niño, pero con más de una medalla en su blanco uniforme de húsar, juntó los talones, recibió la orden del príncipe y, afuera, saltó a caballo y se perdió por el alto camino, como, una exhalación .o como una flecha de plata.

"Con lenta serenidad el viejo mariscal volvió a la tienda; con lenta serenidad se quitó el casco y los anteojos y los puso en la mesa. Luego llamó a un asistente y le ordenó buscar al sargento Schwarz, de los Húsares Blancos.

"Un minuto después se presentó ante el mariscal un hombre cadavérico y alto, con una cicatriz en la mandíbula, muy moreno para alemán, como si el color de su tez hubiera sido oscurecido por años de humo, de batallas y de tormentas. Hizo la venia y se cuadró mientras el mariscal alzaba lentamente los ojos. Y aunque era muy vasto el abismo entre el mariscal del imperio, con generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto es que de todos los hombres que han hablado en este cuento, sólo estos dos se miraron y se comprendieron sin palabras.

"—Sargento —dijo secamente el mariscal—, ya lo he visto dos veces. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro.

"El sargento hizo la venia, silencioso.

"—La otra —continuó el mariscal— cuando lo acusaron de matar de un tiro a esa vieja que se negó a informar sobre la emboscada. El incidente dio mucho que hablar, aun en nuestros círculos. Sin embargo, se movió una influencia en su favor, sargento. Mi influencia.

"Otra vez el sargento hizo la venia. El mariscal prosiguió hablando de un modo frío, pero extrañamente sincero.

"—Su alteza el príncipe ha sido engañado en un punto esencial a su propia seguridad y a la de la Patria, y ahora acaba de mandar una orden para que pongan en libertad a Petrovski, que debe ser ejecutado esta noche. Repito: que debe ser ejecutado esta noche.

Tiene usted que salir inmediatamente en pos de von Schacht, que lleva la orden, y detenerlo.

"—Me será muy difícil alcanzarlo, mi general —dijo el sargento—. Tiene el caballo más veloz del regimiento y es el mejor jinete.

"—Yo no dije que lo alcanzara. Dije que lo detuviera —dijo Grock. Luego habló más despacio—. Un hombre puede ser detenido de muchos modos: por gritos o disparos —se hizo más lenta y más pesada su voz, pero sin una pausa—. La descarga de una carabina podría llamarle la atención.

"El sombrío sargento hizo la venia por tercera vez, y no despegó los labios.

"—El mundo cambia —dijo Grock—, no por lo que se dice o por lo que se reprueba o alaba, sino por lo que se hace. El mundo nunca se repone de un acto. El acto necesario en este momento es la muerte —dirigió al otro sus brillantes ojos de acero y agregó—: Hablo, claro está, de Petrovski.

"El sargento Schwarz sonrió ferozmente; y también él, después de alzar la lona que cubría la entrada de la tienda, montó a caballo y se fue.

"El último de los tres jinetes era aún más invulnerable a la fantasía que el primero. Pero, como también era humano (siquiera de un modo imperfecto), no dejó de sentir, en esa noche y con esa misión, el peso de ese paisaje inhumano. Al cabalgar por ese terraplén abrupto, infinitamente se dilataba en derredor algo más inhumano que el mar. Porque nadie podía nadar ahí, ni navegar, ni hacer nada humano; sólo podía hundirse en el lodo, y casi sin lucha. El sargento sintió con vaguedad la presencia de un fango primordial, que no era sólido, ni líquido, ni capaz de una forma; y sintió su presencia en el fondo de todas las formas.

"Era ateo, como tantos miles de hombres sagaces, obtusos, del norte de Alemania; pero no era de esos paganos felices que ven en el progreso humano un florecimiento natural de la tierra. El mundo para él no era un campo en que las cosas verdes o vivientes surgían y se desarrollaban y daban frutos; era un mero abismo donde todas las cosas vivientes se hundirían para siempre; este pensamiento le daba fuerza para todos los extraños deberes que le incumbían en un mundo tan detestable. Las manchas grises de la vegetación aplastada, vistas desde arriba como en un mapa, parecían el gráfico de una enfermedad; y las incomunicadas lagunas parecían de veneno, no de agua. Recordó algún escrúpulo humanitario contra los envenenadores de lagunas.

"Pero las reflexiones del sargento, como casi todas las reflexiones de los hombres que no suelen reflexionar, tenían su raíz en alguna tensión subconsciente sobre sus nervios y su inteligencia práctica. El recto camino era no sólo desolado, sino infinitamente largo. Imposible creer que había corrido tanto sin divisar al hombre que perseguía. Sin duda, el caballo de von Schacht debía ser muy veloz para haberse alejado tanto, porque sólo había salido un rato antes. Schwarz no esperaba alcanzarlo; pero un justo sentido de la distancia le había indicado que muy pronto lo divisaría. Al fin, cuando empezaba a desesperarse, lo divisó.

"Un punto blanco, que fue convirtiéndose muy despacio en una forma blanca, surgió a lo lejos, en una furiosa carrera. Se agrandó, porque Schwarz espoleó y fustigó a su caballo; llegó a un tamaño suficiente la raya anaranjada sobre el uniforme blanco que distinguía al uniforme de los húsares. El ganador del premio de tiro de todo el ejército había dado en el centro de blancos más pequeños que aquél.

"Enfiló la carabina, y un disparo violento espantó, por leguas a la redonda, las aves salvajes de los pantanos. Pero el sargento Schwarz no pensó en ellas. Su atención estaba en la erecta y remota figura blanca, que se arrugó de pronto como si el fugitivo se deformara. Pendía sobre la montura como un jorobado; y Schwarz, con su exacta visión y con su experiencia, estaba seguro de que su víctima había sido alcanzada en el cuerpo; y, casi indudablemente, en el corazón. Entonces, con un segundo balazo, derribó al caballo;

y todo el grupo ecuestre resbaló y se derrumbó y se desvaneció en un blanco relámpago dentro del oscuro pantano.

"El sargento estaba seguro de haber cumplido su obra. Los hombres como él se aplican mucho en sus actos; por ese motivo suelen ser tan erróneos sus actos. Había ultrajado la camaradería, que es el alma de los ejércitos; había matado a un oficial que estaba cumpliendo con su deber; había engañado y desafiado a su príncipe y había cometido un asesinato vulgar sin la excusa de una pendencia, pero había acatado la orden de un superior y había ayudado a matar a un polaco. Estas dos circunstancias finales ocuparon su mente, y emprendió el regreso para dar su informe. No dudaba de la perfección de la obra cumplida, indudablemente, el hombre que llevaba el perdón estaba muerto; y, si por un milagro, sólo estuviera agonizando, era inconcebible que llegara a la ciudad a tiempo de impedir la ejecución. No; en suma, lo más práctico era volver a la sombra de su protector, el autor del desesperado proyecto. Con todas sus fuerzas se apoyaba en la fuerza del gran mariscal.

"Y, en verdad, el gran mariscal tenía esta grandeza: después de la monstruosidad que había cometido, o que había ordenado cometer, no temió afrontar los hechos o las comprometedoras posibilidades de mostrarse con su instrumento. Una hora después, él y Schwarz, cabalgaban por el largo camino; en un determinado sitio desmontó el mariscal, pero le dijo al otro que prosiguiera. Quería que el sargento llegara a la ciudad, y viera si todo estaba tranquilo después de la ejecución, o si persistía algún peligro de agitación popular.

"—¿Aquí es, mi general? —interrogó el sargento en voz baja—. Hubiera jurado que era más adelante; pero la verdad es que este camino infernal se estiraba como una pesadilla.

"—Aquí es —dijo Grock, y con lentitud se apeó del caballo. Se acercó al borde del parapeto y miró hacia abajo.

"Se había levantado la luna sobre los pantanos y su esplendor magnificaba las aguas oscuras y la escoria verdosa; y en un cañaveral, al pie del terraplén, yacía, en una especie de luminosa y radiante ruina, todo lo que quedaba de uno de los soberbios caballos blancos y jinetes blancos de su antiguo regimiento. La identidad no era dudosa; la luna destacaba el cabello rubio del joven Arnold, el segundo jinete, y el mensajero del indulto; brillaban también el tahalí y las medallas que eran su historia, y los galones y los símbolos de su grado. Grock se había sacado el yelmo; y aunque ese gesto era tal vez la vaga sombra de un sentimiento funeral de respeto, su efecto visible fue que el enorme cráneo rapado y el pescuezo de paquidermo resplandecieron pétreamente bajo la luna como los de un monstruo antediluviano. Rops, o algún grabador de las negras escuelas alemanas, podría haber dibujado ese cuadro: una enorme bestia, inhumana como un escarabajo, mirando las alas rotas y la armadura blanca y de oro de algún derrotado campeón de los querubines.

"Grock no expresó piedad y no dijo ninguna plegaria; pero de un modo oscuro se conmovió como en algún instante se conmueve la vasta ciénega; y, casi defendiéndose, trató de formular su única fe y confrontarla con el universo desnudo y con la luna insistente.

"—Antes y después del hecho, la voluntad alemana es la misma. No la destruyen las vicisitudes y el tiempo, como, la de quienes se arrepienten. Está fuera del tiempo, como una cosa de piedra que mira hacia atrás y hacia adelante con una sola cara.

"El silencio duró lo bastante para halagar su fría vanidad con una sensación de prodigio; como si una figura de piedra hubiera hablado en un valle de silencio. Pero la soledad volvió a estremecerse con un remoto susurro que era el redoble de un galope; poco después llegó el sargento y su cara oscura y marcada no sólo era severa, sino fantasmal en la luz de la luna.

"—Mi general —dijo, haciendo la venia con una singular rigidez—, he visto a Petrovski, el polaco.

"—¿No lo enterraron todavía? —preguntó el mariscal sin levantar los ojos.

"—Si lo enterraron —dijo Schwarz—, ha removido la lápida y ha resucitado de entre los muertos.

"Schwarz seguía mirando la luna y la ciénega; pero, aunque no era un visionario, no veía lo que miraba, sino más bien las cosas que había visto. Había visto a Pablo Petrovski, recorriendo la iluminada avenida de esa ciudad polaca; imposible confundir la esbelta figura, la melena romántica y la barba francesa que figuraban en tantos álbumes y revistas. Y detrás había visto la ciudad encendida en banderas y en antorchas y al pueblo entero adorando al héroe, festejando su libertad.

"—¿Quiere decir —exclamó Grock con estridencia repentina en la voz— que han desafiado mi orden?

"Schwarz hizo la venia y dijo:

"—Ya lo habían puesto en libertad y no habían recibido ninguna orden.

"—¿Pretende usted hacerme creer —dijo Grock— que del campamento no llegó ningún mensajero?

"—Ningún mensajero —dijo el sargento.

"Hubo un silencio mucho más largo, y por fin dijo Grock, roncamente:

"—¿Qué ha ocurrido, en nombre del infierno? ¿Puede usted explicarlo?

"—He visto algo —dijo el sargento— que me parece que lo explica.

Cuando Mr. Pond llegó a este punto, se detuvo con una placidez irritante.

—¿Y usted puede explicarlo? —dijo Gahagan.

—Me parece que sí —dijo Mr. Pond, tímidamente—. Como usted sabe, yo tuve que aclarar el asunto cuando el ministerio intervino. Todo fue motivado por un exceso de obediencia prusiana. También fue motivado por un exceso de otra debilidad prusiana: el desdén. Y de todas las pasiones que ciegan y enloquecen y desvían a los hombres, la peor es la más fría: el desdén. Grock había hablado con demasiada libertad ante el perro y ante la legumbre. Desdeñaba a los imbéciles, aun en su regimiento: había tratado a von Hocheimer, el primer mensajero, como si fuera un mueble, sólo porque parecía un imbécil. Pero Hocheimer no era tan imbécil como parecía: había entendido, tanto como el sargento, lo que el gran mariscal quería decir; había comprendido la ética del mariscal, la que afirma que un acto es irrefutable, aunque sea indefendible. Sabía que lo que su jefe deseaba era el cadáver de Petrovski; que lo deseaba de todos modos, a costa de cualquier engaño de príncipes o muertes de soldados. Y cuando oyó que lo perseguía un veloz jinete, comprendió inmediatamente que éste traía un indulto del príncipe. Von Schacht, muy joven pero muy valiente oficial, que era como un símbolo de esa más noble tradición de Alemania, que este relato ha descuidado, merecía la circunstancia que lo convirtió en heraldo de una política más noble. Llegó con la rapidez de esa equitación que ha legado a Europa el nombre mismo de caballería, y ordenó al otro, con un tono como la trompeta de un heraldo, que se detuviera y se volviera. Von Hocheimer obedeció. Se detuvo, sujetó el caballo y se volvió en la silla; pero la carabina estaba en su mano, y una bala atravesó la frente de von Schacht. Luego se volvió y prosiguió, con la sentencia de muerte del polaco. A su espalda el caballo y el jinete se desmoronaron por el terraplén, y quedó despejado todo el camino; por ese camino despejado y abierto avanzó el tercer mensajero, maravillándose de la longitud de su viaje; hasta que divisó el uniforme inconfundible de un húsar que desaparecía como una estrella blanca en la distancia; pero no mató al segundo jinete: mató al primero. Por eso no llegó ningún mensaje a la ciudad polaca. Por eso el prisionero fue libertado. ¿Me equivocaba yo al decir que el mariscal von Grock fracasó porque dos hombres lo sirvieron fielmente?

Copia del original

Hylton Cleaver

Traducción de Eugenia Candelón

Paul Wattie cometería un crimen original. Era un hombre de edad mediana, con el ceño de un revolucionario y el perfil de un rey. De gesto inescrutable y enigmático, agradaba a las mujeres por sus maneras. Su víctima sería el hermano de una de estas mujeres.

Jennifer Scott estaba a salvo fuera del país, pero su hermano, no. La gente consideraba inseparables a Wattie y a Scott; mas, desgraciadamente, Paul Wattie no podía hacer concesiones a las personas que bebían y hablaban demasiado.

El joven Scott había recibido ciertas confidencias de Paul; y si bebía tanto era porque había descubierto algo que no le confiaron. Wattie era un bígamo en perspectiva, y vivía del dinero que le daban las mujeres. Paul Wattie suponía, y tal vez bien, que el joven Scott escribiría en cualquier momento una inculpadora carta a su hermana, que estaba en Georgetown.

Tom Scott estaba bebido esa noche; Paul Wattie demostró su disgusto y se fue antes.

Se le vio partir en una dirección; Tom Scott, rechazando el ofrecimiento de un taxi hecho por el portero, caminó en dirección opuesta. A unos trescientos metros más allá, Wattie esperaba al joven Scott; al llegar éste junto a él, ofrecióle su brazo para que se apoyara.

Evitando las calles concurridas, y al mismo tiempo los taxis, de los cuales algún conductor podía recordar después haber dejado dos pasajeros en algún lugar, los dos hombres llegaron al pequeño alojamiento de Tom, situado encima de una caballeriza, y cuya puerta principal estaba en un rincón poco visible. Wattie le dijo a Tom que no hiciera ruido; el joven, que no estaba para tonterías ni peleas, sino más bien deprimido, sacó su llave y, después de dos o tres tentativas, abrió la puerta.

Una vez arriba, Tom se desplomó en una silla; su aspecto era miserable y estaba medio dormido. Wattie, que no quería dejar rastros de su visita, no quiso fumar ni beber. Estaba apoyado contra la pared, con el abrigo desabrochado y las manos en los bolsillos. Mirando a su víctima, le dijo:

—Lo mejor para usted, jovencito, es un baño bien caliente y tres aspirinas; después se acostará a dormir.

Tom estaba adormecido ya, y parecíale que Wattie le daba un consejo más bien que la reprimenda de un hombre mayor. Tom Scott suspiró, se encogió de hombros y se dejó llevar al dormitorio.

Wattie ayudó a Tom a desvestirse, agregando otro gesto de generosidad al encender el calentador del baño.

Tom se puso una *robe de chambre* y su amigo le dio las aspirinas; al llegar a este punto, el joven hizo un tartamudeante comentario, según el cual las aspirinas debían tomarse después del baño y una vez en cama.

Wattie, tomando la temperatura del agua de la bañera, le contestó que estaba en un error. Tom, dejando su pijama en una silla, admitió que Wattie sería una nurse perfecta.

Tom, que no tenía las piernas muy firmes, entró en el agua y se arrodilló cautelosamente, después se estiró cuan largo era, con satisfacción.

Wattie dijo que iría a tomar algo mientras Tom se remojava, y éste agregó que a él también le gustaría tomar algo; así que, un poco después, Wattie le trajo a Tom un último whisky con soda, y se lo dejó en una silla cerca de la bañera.

Paul Wattie tuvo sumo cuidado en mantener un pañuelo entre su mano y todo lo que tocaba: el frasco, el vaso, el sifón, la manija de la puerta y el calentador.

Aprovechando que Tom se había quedado dormido en la bañera, Wattie apretó los dedos de su víctima contra el vaso.

Después, Wattie estudió el calentador.

Los constructores de estos aparatos se jactan de que no se puede abrir el paso del gas sin estar abierta la llave del agua, pero hay una estratagema que anula esta seguridad: se abren el agua y el gas al mismo tiempo, después se cierra el agua hasta que el chorro quede reducido a un hilo casi imperceptible; y el gas sigue saliendo.

Si el gas está encendido, esta pequeña cantidad de agua hervirá, y el calentador estallará; pero si el gas no está encendido y sigue saliendo... Wattie preparó todo para que así fuera. Ya se oía el suave silbido y el olor del gas en el cuarto de baño.

¿Podría el tenue hilo de agua, ahora frío, despertar a Tom? Wattie pensó que, de todas maneras, no despertaría a tiempo; el cuarto de baño estaría lleno de gas. A Tom lo esperaban dos posibles formas de morir; asfixiado por el gas o ahogado en la bañera, ya que de todas maneras estaría inconsciente.

El agua no podría desbordar, ya que, un poco más abajo de las llaves, había un sumidero; por lo tanto, al llegar a ese nivel, empezaría a salir por ese sitio. Para entonces, según los cálculos de Paul, el joven se deslizaría bajo el agua y se ahogaría. ¿O estaría asfixiado ya? Paul Wattie no podía adivinar cuál de las dos cosas sucedería primero.

Parecería que el pobre joven se había ido a su casa y que había perdido el conocimiento al pretender tomar un baño. Acaso había tratado de cerrar el paso del gas, y no lo consiguió; también pudo haberse equivocado, y abrir el paso creyendo que lo cerraba.

Wattie miró alrededor.

Había pensado con minuciosidad en todo. No podría cerrar la puerta por el lado de adentro, pero un hombre en las condiciones de Tom, difícilmente se preocuparía por ese detalle.

Mañana vendría la mujer que hacía la limpieza. Acerca de este punto, Wattie sentía cierta ansiedad. Deseaba que esa mujer no tuviera la ocurrencia de encender un fósforo; no quería tener dos muertes en su conciencia.

Pensó que sería una buena idea tirar el teléfono de Tom al suelo, dejándolo con el tubo descolgado. Paul no tenía la menor noción de cómo trabajaba la central; creía muy posible que alguna persona, en el otro extremo de la línea, empezara a inquietarse al no obtener contestación, y mandara algún mecánico a arreglar el aparato. De todos modos, nadie llegaría a tiempo.

¿Qué pasaría si él, Tom, llamaba al número de Tom, al llegar a su casa, quejándose después a la central de que no obtenía comunicación? En cualquier caso, no mandarían a nadie hasta la mañana siguiente.

Wattie cerró la puerta del cuarto de baño; olfateó el aire y escuchó. No oía ningún llamado de auxilio. En realidad, el fin de Tom sería muy apacible. Menos mal que la central no podía oler el gas por teléfono.

Se acordó de dejar las luces encendidas, tal como Tom lo hubiera hecho y, al llegar al pasillo que conducía a la salida, miró hacia ambos lados; una vez seguro de que no había nadie, salió y cerró la puerta.

Wattie caminó silencioso y rápidamente, eligiendo calles solitarias. Iba estudiando la posibilidad de volver al club y preguntar si el señor Scott se había retirado ya. Pensó que era mejor no hacer esa tentativa, y se dirigió a su casa.

En la puerta de su departamento había un hombre sentado en el felpudo.

Estaba muy tranquilo apoyado contra la pared, tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y el ala del sombrero le cubría los ojos. Una ola de temor invadió la imaginación de Wattie; la penumbra reinante le impedía ver la cara del hombre. Trató de alejar este temor;

pensándolo bien, era imposible que Scotland Yard se hubiera enterado tan pronto del asunto y, más aún, que hubieran mandado un hombre a su casa. No podían haber descubierto nada todavía, y las sospechas que pudieran tener caerían sobre el mismo Tom.

El hombre parecía un polizonte, pero cuando levantó la cabeza, Wattie lo reconoció.

—¡Santo Cielo! ¡Wenway! —dijo con tono de reserva.

Roger Wenway le contestó con una despreocupada sonrisa.

Erguido, era mucho más alto y corpulento que Wattie. Era uno de esos hombres tranquilos y solitarios que nunca tienen un amigo íntimo y que nunca están mucho tiempo en un mismo lugar.

—Has empleado bastante tiempo para venir andando desde el club.

Wattie permaneció inmutable a pesar del peligroso sentido de la frase. Contestó simplemente:

—¿Así que fuiste al club?

—Primero vine aquí y no encontré a nadie; entonces caminé hasta el club; allí me dijeron que te acababas de ir. No sé cómo no nos encontramos por el camino. Desde que volví te estoy esperando.

—No tenía prisa. Estaba de mal humor y quise tomar un poco de aire. El joven Scott estaba allí, y tan bebido, que me fui antes de que se le ocurriera pegarse a mi persona. No sé cómo no lo viste en el club —dijo Wattie.

—Al no encontrarte pregunté por Tom, pero también se había ido. Pensé llamarlo, aunque de nada hubiera valido.

Wattie sacó sus llaves y abrió la puerta.

—Puedes entrar. Uno nunca sabe si estás en el país, o fuera de él.

—Estoy aquí..., y sin un centavo. Claro que sólo por un día o dos, hasta que llegue mi paga. Al desembarcar tenía unos pocos centavos, y esperaba que me dieras una cama y desayuno.

Wattie se sacó el sombrero y lo colgó junto con su abrigo negro. Cruzó el *hall* con aire de señorío desprovisto de cordialidad. Entró antes que Wenway, haciéndole seña de que lo siguiera.

Tomó algunas cartas que había en la repisa y, después de mirar la escritura, las volvió a dejar en el mismo lugar. Encendió las luces de la sala. En una mesa había una bandeja con bebidas.

—Sírvete lo que quieras.

—Vi a Jennifer hace cosa de un mes —dijo Wenway después de sentarse.

— ¡Ah!, ¿estaba allí? ¿Cómo está Jennifer?

—Muy bella —contestó Wenway.

Wattie inclinó la cabeza.

—Por eso te buscaba. Jennifer está muy preocupada por Tom. No le ha dicho nada a su padre, pero cree que Tom anda descarriado, y que tú deberías hacer algo. Le contesté que yo vería lo que pasaba. Dice que le escribas.

—Sí, hace tiempo que tengo la intención de hacerlo. En realidad, Tom se ha estado portando muy mal últimamente.

—Jennifer piensa que tienes mucha influencia sobre Tom.

Wattie hizo un gesto y se sirvió otra copa.

—Jennifer se podría haber casado contigo, creo —dijo

—¿Tú te habrías casado con Jennifer?

—¡Oh, no!, yo no me puedo casar con nadie. Un vagabundo inquieto como yo está mejor solo; por lo demás, nunca me quedaré tranquilo en un mismo lugar.

—Ya veo.

—Aquí me tienes esta noche, sin un lugar donde dormir.

Wattie metió las manos en los bolsillos con ostentación.

—Te prestaré lo que quieras.

—No, no me prestes nada. No te lo devolvería. Todo lo que quiero es una cama... y desayuno.

—No hay más que este sofá. Es un departamento muy chico (son para hombres solos), y tiene servidumbre, pero después de las nueve y media no hay nadie.

—Con un par de mantas dormiré muy bien aquí.

Wattie no se sentía muy cómodo, aunque no quería demostrarlo. No sentía ninguna simpatía por aquel hombre; además, su llegada en un momento tan crítico era una eventualidad imposible de prever y difícil de afrontar.

Wattie no quería que Roger Wenway se quedara, pero tampoco podía sugerirle que se fuera. Bebió un trago; la mano que sostenía el vaso era muy firme.

Wenway buscó algo en su libreta de bolsillo, y sacó una instantánea que le pasó a Wattie.

—Es de Jennifer, me la dio a mí; le dije que te la mostraría.

Wattie tomó la fotografía sin mirar a Wenway; el individuo lo ponía nervioso; tamaña adoración parecía perruna.

—Sí, muy buena. Ese clima le debe de venir bien a Jennifer, con el tipo que tiene —comentó Wattie con frialdad.

—Jennifer usa shorts para salir en canoa... Hay muy poco que hacer allá. Trataré de ir otra vez —añadió pensativo Wenway—. Le diré cómo van las cosas por aquí; también le contaré que esta noche la pasé en tu casa.

Hablaron durante un rato, con una botella entre ellos y vasos en las manos; parecían dos diplomáticos educados, cuyos países estuvieran en más o menos buenas relaciones.

—Mañana por la mañana iré a ver a Tom, antes que nada, para hablarle de su conducta.

—No creo que se levante muy temprano.

Wattie estaba en su oficina esperando que la primera noticia llegara por teléfono. Pero no fue así; la trajo Wenway en persona.

Lo anunciaron, y entró con solemnidad detrás de una empleada. Una vez cerrada la puerta, se quedó parado con el sombrero en la mano, mirando a Wattie, que dio señales de sorpresa ante la expresión de Roger Wenway.

—¡Hola!... ¿Pasa algo?

—Sí, me temo que algo desagradable para ti. Se trata de Tom.

—¿Qué ha pasado?

Como un artista consumado, Wattie hizo la pausa exacta que haría un hombre inocente antes de adivinar la verdad. Estaba haciendo este papel cuando Wenway contestó:

—Ha muerto.

Wattie quedó inmóvil; después se levantó y, dando la vuelta al escritorio, miró a Wenway sin hablar. Parecía que la noticia le había hecho perder el don de la palabra.

—Parece que, tal como tú dijiste, Tom fue anoche a su casa —dijo Wenway—. Ellos presumen que se dio un baño caliente; lo encontraron en la bañera, asfixiado por el calentador. Por lo menos, se había deslizado bajo el agua y ahogado, pero el cuarto de baño estaba lleno de gas.

Wattie le hizo una pregunta.

—¿Quién... le encontró?

—La mujer que hace la limpieza diaria. El lugar apestaba a gas, y mandó llamar a un policía. Parece que Tom intentó llamar a alguien por teléfono, pero estaba demasiado bebido para hacerlo; el aparato estaba en el suelo de su dormitorio. No puedo concebir por qué quería darse un baño.

—¿Estaba en el baño?

—Sí. Debajo del agua. Lo extraordinario del caso es que el calentador estaba apagado y el gas seguía saliendo. Ellos no pueden creer que Tom quisiera un baño frío; y en caso de desearlo así, no tenía por qué abrir el paso del gas.

—Tal vez entró en el agua cuando estaba caliente, y luego quiso más agua; al tratar de encender de nuevo el calentador resbalaría, y al caer perdió el conocimiento. ¿Está la policía allí, todavía?

—Sí; y les dije dónde te podían encontrar.

—¿A mí?

Por primera vez, Wattie casi perdió la compostura.

—Tú eras amigo de Tom; estabas en el club y lo viste antes de irte. Puedes decirles en qué estado se encontraba.

—Sí, sí. Ya veo.

Wenway se inclinó hacia adelante y empezó a morderse los nudillos de la mano.

—Linda vuelta al hogar. Y cuando pienso en Jennifer preocupándose...

—¿Dejó alguna carta o algo?

— ¡Por Dios!, no. No fue una cosa premeditada. Tom no pensaba en la muerte. ¿Por qué iba a pensar en ella?

Hasta se llevó un whisky con soda al cuarto de baño. Estaba intacto; es el hábito del bebedor: servirse un trago que no piensa beber.

—¿Eso es todo? ¿No encontraron nada más?

Wenway arqueó las cejas y miró a Wattie en forma un poco rara. Casi en seguida sus cejas tomaron la acostumbrada posición, y cambió de tono.

—Tienen un detective bastante inteligente allí. Señaló una cosa que los tiene intrigados a todos.

—¿De qué se trata?

—No pueden encontrar por ninguna parte una caja de fósforos —dijo Wenway.

Ni siquiera entonces cambió Wattie de expresión. Demostró sorpresa como es natural, pero nada más. Miró fijamente a Wenway, sintiendo que le sucedería lo que no creyó que podría pasarle.

Wenway repetía tontamente lo que ya había dicho.

—Ni una caja de fósforos. ¡Qué raro que hayan notado una cosa semejante!

—¿Cómo encendió el calentador, entonces? —preguntó Wenway humedeciéndose los labios.

—Eso es lo que tratan de averiguar.

—Bien —dijo Wattie—. El gas estaba apagado cuando ellos llegaron. Tal vez Tom nunca alcanzó a encenderlo.

—Eso significa —dijo Wenway con impaciencia— que, en una noche tan fría, Tom se dio un baño helado para estar mejor.

—Quién sabe si no pensó que sería mejor.

—No era un baño de ducha. ¡Estaba adentro del agua! ¿Y por qué abrió el paso del gas? ¿Para qué están las llaves?

Wattie hizo otra tentativa.

—Supongo que abrió el gas, y después buscó los fósforos. Y no tenía... estaba muy bebido... Le pareció que daba lo mismo. Tú sabes las tonterías que hace la gente a veces.

— ¡Sí; y se puso a dormir en el agua fría! —dijo Wenway en tono burlón.

Roger Wenway había estado contemplando el dibujo de la alfombra, pero de pronto miró otra vez a Wattie, y al hacerlo, el silencio se tornó opresivo.

Wattie permanecía tranquilo. La expresión de Wenway fue cambiando, y de pronto dijo agitando un dedo:

—Al venir hacía acá, pasé por tu club. Quería saber a qué hora exacta se fue Tom para su casa; tú no lo sabías.

—Se fue después que yo me retiré.

—Casi en seguida. Quería saber también si se fue caminando o no. Parece que sí, y con más o menos firmeza. Después con el mozo del bar. Me intrigaba el asunto de los fósforos; es decir, desde que oí a aquel detective mencionar el detalle, todos quedamos intrigados. Buscaron hasta en el dormitorio y en la pieza de vestir...

—Pero, ¿por qué?

—Supongo que será una de esas cosas que impresionan a la gente por lo raras. A mí, al menos, me llamó la atención; una pequenez, pero inexplicable. En el club hablé con el mozo del bar que los atiende a ustedes, y le dije: "El señor Scott fumaba mucho, ¿no?"

—Sí —dijo Wattie—. No mucho, pero bastante.

—Lo estuvieron embromando anoche. ¿Te acuerdas? Tal vez no los oíste. Cada vez que se ponía un cigarrillo entre los labios decía: "Déme fuego alguien..." Por eso le preguntaron por qué no se compraba una caja de fósforos. Tom contestó que en el club los fósforos eran gratis, pero que no se sentía con ánimo de ir a buscarlos en aquel momento. El hecho es que no tenía fósforos. El mozo del bar está seguro de eso...

Wattie carraspeó. De pronto, su apariencia pareció flaccida, y hasta se le notaba un doble mentón. Habló con voz indiferente:

—¿No encontraron un encendedor?

—No; si hubiera encendido el calentador con un encendedor, tendría que estar por allí cerca.

—¿Quieres decir que en la cocina tampoco había fósforos?

—¡Ah!, la mujer que hace la limpieza nos habló de eso. Ella tiene una caja de tamaño grande, que no se puede llevar en el bolsillo. Ya que Tom, como muchos otros, estaba siempre usando los fósforos de la casa, ella prefería tener a mano una para su uso. La tenía atada con una cuerda a la cocina de gas. Ahora bien, si Tom usó uno de los fósforos de esa caja y, haciendo pantalla con la mano para que no se le apagara, lo llevó hasta el cuarto de baño y encendió el calentador, tuvo que dejar después el fósforo en alguna parte.

A Wattie no se le movía ni un músculo de la cara.

!—Y no han encontrado ni siquiera eso —siguió diciendo Wenway.

—Me parece que le dan demasiada importancia a un punto que no la tiene.

—Sí, pero me gusta ese detective. Me impresionó bien. Debe de estar por llegar en cualquier momento... para hablar contigo.

Wenway se levantó para irse, y dirigió una penetrante mirada a Wattie. Parecía que algo le preocupaba.

—Me voy; tengo una cita a las once y media para arreglar mi próximo viaje. No puedo faltar; te llamaré más tarde.

La puerta se cerró tras él, y Wattie quedó solo, sintiéndose incapaz de trabajar ni de pensar con claridad.

Wenway no tenía ninguna cita, simplemente quería irse de allí. Estaba en camino al departamento de Wattie, y tomó el metro. Wattie se sentiría incapaz de pensar, pero Wenway pensaba por dos.

Se sentía poseído por una extraña sospecha. Wattie salió del club antes que Scott. ¿En dónde estuvo desde que salió hasta que llegó a su departamento?

Wenway sabía que el calentador fue encendido, y que en alguna parte tenía que haber un fósforo quemado. ¿Dónde estaba esta prueba? Y si Wattie había acompañado al joven Scott a su departamento, ¿por qué no lo admitía?

Wenway pensaba que cuando un hombre enciende un fósforo en casa ajena, y no tiene un cenicero a mano, una innata meticulosidad le impide arrojarlo al suelo. En este caso, se presentan dos posibilidades: algunos abrirán la caja otra vez y guardarán en ella el fósforo

quemado; otros se lo echarán al bolsillo, para encontrarlo después entre las monedas o papeles.

Si Wattie encendió ese fósforo, existía la posibilidad de que se lo hubiera llevado.

La noche anterior, Wattie llevaba traje de etiqueta y abrigo negro liviano; ahora no tenía puestos ninguno de los dos.

Además, Wenway, recordaba muy bien que, cuando entraron, Wattie se quitó el abrigo y lo colgó en una percha. Se acordaba también de haberlo visto fumar, y no había olvidado que encendió los cigarrillos con un encendedor plateado en forma de bola, que estaba sobre una mesa.

Veinte minutos después, Wenway entraba en el departamento de Wattie. Lo primero que hizo fue inspeccionar el abrigo negro que estaba en el hall. Metió una mano en el bolsillo y sacó una caja de fósforos, tiró de la tapa y miró. Encima de los fósforos sin usar, *había uno ya quemado*.

Wenway se sentó en una silla y empezó a analizar la situación. Se daba cuenta de que si aquel detective más o menos inteligente supiera tanto como él, la única dificultad estribaría en saber si el reciente descubrimiento, agregado a otros hechos anteriores en la vida de Wattie, bastaría para convencer a un jurado.

En Inglaterra se dice que ningún hombre es condenado mientras exista una partícula de duda en cuanto a su culpabilidad. Wenway veía que éste era un caso dubitativo para un jurado, aunque él, personalmente, estuviera satisfecho. ¿Por qué había negado Wattie el haber acompañado a Tom a su casa? Wenway estaba convencido de que Wattie había estado con Tom.

Claro que todo esto iba a ser un golpe para Jennifer; solamente con la muerte de Tom ya tendría bastante.

Naturalmente que muchas personas han muerto asfixiadas en el baño a causa de un escape de gas del calentador, sin que estos casos pasen de trágicos accidentes. Pero que su hermano fuera asesinado, y que por este crimen juzgaran al hombre de quien todavía estaba enamorada, sería para Jennifer una pena insoportable. Para Wenway, esto era innecesario.

Wenway quería volver al lado de Jennifer para consolarla, pero no pensaba dejar a Wattie, que se había librado de muchas cosas, que se librara de pagar por este crimen.

Wenway permanecía sentado con el mentón apoyado en una mano, los hombros encorvados, inmóvil y flemático. Poco a poco se iba transformando en un ser frío, cruel y calculador, tal como Wattie lo había sido doce horas antes.

Wenway no volvió al escritorio de Wattie, y éste llegó temprano al departamento aquella tarde. Wattie cerró la puerta de entrada, y Wenway oyó que sus pasos se detenían en el hall; por la puerta entreabierta vio la mano de Wattie que tomaba el abrigo negro y buscaba algo en el bolsillo.

Muy despacio, la mano volvió a dejar el abrigo; Wenway podía imaginar la expresión de Wattie. Pasado un momento, Paul empujó la puerta y entró, deteniéndose sorprendido al ver quién estaba allí.

La palidez de Wattie no era de extrañar. Wenway pensó que él estaría lo mismo o peor. Se miraron un momento en silencio, y después habló Wenway:

—¿Fue la policía?

—Fue un individuo, supongo que era tu inteligente detective. Le dije lo que sabía; pensé que ibas a volver, te estuve esperando.

—No. Tuve una caída y me torcí la muñeca —dijo Wenway, y levantando la mano derecha mostró un vendaje—. Me dolió bastante, así que vine aquí para descansar un rato. Es una maldita incomodidad; no puedo ni sostener una lapicera, y tengo una carta que escribir. No es que se trate de algo importante, pero tengo unos papeles que mandar y quería agregar una nota. ¿Podrías garabatear unas palabras por mí?

Wattie parecía titubear.

—Tengo sólo papel con esta dirección.

—No importa. Quiero despachar eso esta tarde, son solamente unas pocas líneas.

Wattie estaba en un dilema. ¿Cómo podía rehusarse a escribir? Tomó una hoja de papel y esperó, mirando a Wenway por sobre el hombro.

—Escribe esto, por favor —dijo Wenway—: "Pido disculpas a todos por las molestias que sufrirán. Siento no haber podido decir adiós".

Wattie titubeaba, pero no veía escapatoria ni qué objeción podía hacer.

Escribió, y luego levantó la cabeza mirando a Wenway con mirada inquisitiva.

—¿Quieres que firme esto por ti?

—No; prefiero más bien que sea anónimo. Voy a mandar algunos papeles a alguien que conocía a bordo. Gracias. Lo pondré en un sobre que tengo listo y lo despacharé cuando salga.

Wattie parecía intrigado por algo.

—Fuma un cigarrillo antes de irte.

Wenway le pasó una cigarrera con la mano izquierda, y Wattie lo aceptó sin darse cuenta. Wenway sacó su caja de fósforos y extrajo uno. Trató de encenderlo y no pudo; se quedó mirándolo con pretendido fastidio.

—Si hay algo que no me gusta es encontrar un fósforo quemado entre los sin usar.

Mientras decía esto, observaba a Wattie con el rabillo del ojo; primero vio que reprimía un estremecimiento, que poco a poco se fue transformando en satisfacción cuando él tiró el fósforo al suelo. Entonces Wenway volvió a levantar el fósforo y lo guardó otra vez en la caja.

—Tal vez encuentre al que lo puso aquí. Será una casualidad.

Wattie volvió a salir y Wenway se quedó; allí estaba cuando Wattie regresó con las mejillas enrojecidas. Había estado bebiendo.

Era bastante tarde y ya no había más servicio en esos departamentos de solteros. Los dos hombres estaban sentados frente a frente; en la mesa que los separaba había una botella y vasos medio llenos.

Por tercera vez, Wattie repetía, con voz áspera y una vehemencia desconocida en él, la misma frase.

—Tengo dinero y deseo ayudarte. Podemos llegar a un arreglo. Te daré todo lo que quieras para que te pongas al día. Todo lo que pido en cambio es tener la certeza de que sujetarás la lengua.

—No tengo nada que contar.

—El arreglo es... no contar nada. Te pago..., y tú no dices nada a nadie, sin importarte lo que pregunten... acerca de mí.

Wenway lo miró serenamente.

—No quiero tu dinero. Mejor dicho, sería un inconveniente si me lo encontraran por la mañana.

Los ojos enrojecidos de Wattie no se apartaban de los de Wenway. Los párpados se le caían; sacudía la cabeza, sintiéndose incapaz de mantenerse despierto. Solamente el pensamiento de su propia seguridad lo revivía y le obligaba a implorar.

De pronto, se agitó en su silla y miró con recelo a Wenway; le pareció verlo a través de la niebla. Trató de hablar sin poder casi pronunciar las palabras.

—Me imagino que no pusiste nada... en mi último trago..., ¿no? Tenía... un gusto raro..., y siento... algo.

—Sí. Claro que puse algo —dijo Wenway.

Wattie no pudo hablar más; la cabeza le cayó sobre el pecho.

—Una droga —continuó Wenway, esperando que Wattie le alcanzara a oír—. Yo viajo mucho y para mí es fácil conseguir esas cosas.

Hizo una pausa mirando a Wattie con disgusto.

—Creíste que habías planeado el crimen perfecto. Fue una forma brutal, sórdida y desagradable de matar a Tom. Pero me has dado una idea respecto de lo que haré contigo. Cometiste un crimen casi perfecto y lo arruinaste con un paso en falso. Aprovechando tu experiencia, yo haré lo mismo..., y si evito tu equivocación, será perfecto. Creo que es lo mejor para todos. Morirás mejor que en la horca y en forma menos notoria.

Wenway no estaba seguro de si Wattie lo oía ya. Se quitó la venda de la muñeca y tomó a Wattie en sus brazos; no era pesado, y él, Wenway, era un hombre fuerte y corpulento. Lo llevó al dormitorio y empezó a desvestirlo.

En esta operación tuvo alguna dificultad y hasta rompió un gemelo de Wattie al quererlo sacar, pero no podía detenerse a buscarlo; además, esto podía haberle pasado al mismo Wattie. Después le puso un pijama y una bata, y lo llevó al cuarto de baño.

No había temor de inundar el baño, ya que no pensaba tapar la bañera.

Sentó a Wattie en una silla apoyándole la cabeza en el borde de la bañera, cerca de la salida del gas, como si lo hubiera hecho deliberadamente. Después abrió el gas.

Al lado de Wattie colocó la famosa caja de fósforos, y fuera de ésta, el fósforo que le sirvió de prueba. Esto le pareció un toque artístico. No sólo estaba usando el modelo criminal empleado por Wattie, sino también el mismo instrumento... El que sirvió para acarrear la muerte a Scott, serviría para la de Wattie.

Wenway salió del cuarto de baño y cerró la puerta. Después de echarle llave por el lado de afuera, aseguró con un alfiler una hoja de papel en ella. Una hoja de papel con la escritura de Wattie y que decía:

"Pido disculpas a todos por las molestias que sufrirán. Siento no haber podido decir adiós."

Wenway volvió a la sala y se sirvió otra copa. Estuvo un rato bebiendo despacio... Después mojó una toalla y se tapó con ella la boca y la nariz. Así protegido, rompió una tabla de la puerta del baño con un atizador de la chimenea.

Sacando la llave de la cerradura, que estaba por el lado de afuera, pasó la mano por el agujero en el panel, y la colocó por el lado de adentro. Y por último, tal vez porque el olor a gas era insoportable, salió corriendo hacia el pasillo, cerró la llave principal del gas y, abriendo las otras puertas, gritó pidiendo ayuda.

En el barco que iba hacia Georgetown, Wenway pensaba en lo que diría a Jennifer. Seguramente, la muerte de Tom había acabado con la resistencia de Wattie. Parecía obsesionado por la idea de que él tenía la culpa, ya que no debió dejar solo al joven aquella noche. Habían sido tan inseparables... El pobre hombre daba muestras de no estar en sus cabales.

Wenway se estaba haciendo limpiar los zapatos. El lustrador le había desdoblado la vuelta de una pierna del pantalón, y la estaba cepillando. Wenway era poco cuidadoso con sus trajes.

Al desdoblar la otra, cayó el pedazo de gemelo.

Wenway lo miró fijamente, y se agachó a levantarlo.

¡Era precisamente la prueba que podía haberlo llevado a la horca!

Humedeciéndose los labios, se acercó al costado del barco y con ademán indiferente tiró al mar la prueba inculpadora. Su gesto de recriminación a su propio descuido era digno de verse.

La Señal en el Cielo

Agatha Christie

El juez daba fin a sus recomendaciones al jurado.

-He dicho, señores, casi todo lo que tenía que decirles; ustedes resolverán si hay pruebas suficientes para dictaminar si este hombre es o no culpable del asesinato de Vivian Barnaby. Han oído las declaraciones de los sirvientes sobre la hora en que fue disparado el tiro. Todas ellas concuerdan. Tienen ustedes la prueba de la carta que escribió Vivian Barnaby al acusado, en la mañana de ese mismo día, viernes 13 de septiembre, y que la defensa ni siquiera ha tratado de negar. Han oído, también, que el acusado negó rotundamente haber estado en Deering Hill, hasta que tuvo que admitirlo ante las pruebas terminantes presentadas por la policía. Ustedes sacarán sus conclusiones de lo que sugiere esa negativa. En este caso no hay pruebas directas. A ustedes les toca resolver las cuestiones de móviles, medios y oportunidad. La defensa alega que una persona desconocida entró en la sala de música, después de haber salido el acusado, y mató a Vivian Barnaby y con la misma escopeta que, por un olvido un tanto asombroso, el acusado había dejado allí. Han oído cómo el acusado justifica haber tardado media hora en llegar a su casa. Si ustedes no aceptan la explicación del acusado y creen que el 13 de septiembre éste disparó su arma sobre Vivian Barnaby con el propósito de matarla, tienen, señores, que declararlo culpable. En cambio, si aceptan su explicación, tienen el deber de absolverlo. Ahora les ruego que se retiren y deliberen. Cuando hayan arribado a una conclusión, la formularán. Antes de treinta minutos volvió el jurado. Dio a conocer el veredicto, anticipado por la mayoría de la concurrencia: culpable.

Mr. Satterthwaite salió de los tribunales preocupado. Los meros homicidios no lo atraían. Era de temperamento demasiado exquisito para interesarse en los sórdidos pormenores de un crimen vulgar. Pero el caso Wylde era otra cosa. El joven Martin Wylde era lo que se llama un caballero, y la víctima, la joven esposa de sir George Barnaby, había sido amiga personal de Mr. Satterthwaite.

En todo ello pensaba mientras recorría el barrio de Holborn y penetraba en el laberinto de calles pobres que llevan a Soho. En una de estas calles hay un pequeño restaurante, frecuentado por una selecta minoría que incluía a Mr. Satterthwaite. No era un sitio económico, pues estaba dedicado a los gourmets más exigentes; era un lugar tranquilo -ninguna jazz-band lo vejaba-, más bien oscuro, con mozos que surgían silenciosamente de la penumbra, cargados de grandes fuentes de plata, como si participaran en un rito sagrado. El restaurante se llamaba Arlecchino. Mr. Satterthwaite, pensativo aún, entró y se dirigió a su mesa; en un rincón apartado. Sólo cuando estuvo cerca vio que la mesa estaba ocupada por un hombre moreno y alto que tenía la cara en la sombra. Los reflejos que despedía una ventana de vidrios de colores convertían su traje austero en un juego de rombos tornasolados.

Mr. Satterthwaite estaba a punto de retirarse, pero en ese momento el desconocido dejó ver su cara.

-¡Alabado sea Dios! -dijo Mr. Satterthwaite, cuyo vocabulario era un tanto arcaico-. Es Mr. Quin.

En tres oportunidades anteriores se habían encontrado, y siempre había ocurrido algo singular. Era un hombre extraño aquel Mr. Quin, con su don de mostrar todas las cosas bajo una luz distinta.

Mr. Satterthwaite sintió una íntima felicidad. Su papel en la vida era el de espectador, y lo sabía; pero bajo la influencia de Mr. Quin tenía la ilusión de ser un actor: un actor principal.

-¡Qué sorpresa más agradable! -dijo-. ¿Puedo sentarme?

-Encantado. Como usted ve, aún no he empezado a comer.

Inmediatamente surgió el maître de entre las sombras: Mr. Satterthwaite, como correspondía a un hombre de paladar exigente y delicado, se dedicó de lleno a la tarea de seleccionar el menú. Pocos minutos después, con una ligera sonrisa de aprobación en sus labios, se retiró el maître con el pedido y encomendó a un mozo el servicio.

Mr. Satterthwaite se dirigió a Mr. Quin: -Vengo de Old Bailey -dijo-. Me ha impresionado profundamente este asunto.

-Lo declararon culpable, ¿verdad? -preguntó Mr. Quin.

-Sí, el jurado sólo necesitó media hora para decidir.

Mr. Quin movió la cabeza y dijo: -Ese fallo era inevitable, dados los testimonios existentes.

-Y no obstante... -empezó a decir Mr. Satterthwaite, y se calló.

Mr. Quin terminó la frase por él.

-... y sin embargo, sus simpatías estaban del lado del acusado. ¿No es eso lo que iba a decir?

-Sí; eso es. Martin Wylde es una persona tan agradable que cuesta creer en su culpabilidad. De todos modos, es cierto que, últimamente, ha habido varios jóvenes al parecer intachables que han resultado criminales de la peor especie.

-Demasiados -murmuró Mr. Quin.

-¿Cómo dijo? -preguntó Mr. Satterthwaite con atención.

-demasiados... para mal de Martin Wylde. Desde un principio hubo una pronunciada tendencia a considerar este crimen como uno de tantos de la misma índole: el hombre que se saca de encima a una mujer para poder casarse con otra.

-Tal vez -exclamó Mr. Satterthwaite, en tono de duda-. Pero las pruebas...

-¡Ah! -contestó rápidamente Mr. Quin-. Temo no conocer íntegramente las pruebas expuestas.

La fe en sí mismo renació en Mr. Satterthwaite. Sintió que una fuerza extraña lo impulsaba a hablar. Tuvo la sensación de que iba a decir algo extraordinario..., profundo y dramático.

-Permítame que trate de hacerle ver las cosas. Yo conozco a los Barnaby, ¿comprende? Estoy enterado hasta de las circunstancias más peculiares. Lo conduciré a usted entre bastidores, para que pueda observar la representación desde adentro.

Mr. Quin se inclinó hacia adelante con una sonrisa alentadora.

-Si hay alguien que pueda revelarme eso, nadie mejor que usted, Mr. Satterthwaite -dijo.

Mr. Satterthwaite se aferró a la mesa con ambas manos. Estaba como trastornado. En aquel momento era un artista; un artista cuyo recurso eran las palabras.

En forma suave y a grandes rasgos pintó la vida en Deering Hill. Sir George Barnaby, anciano y obeso, orgulloso de su fortuna, era un hombre que vivía pendiente de los detalles más insignificantes. Era metódico, disciplinado, incapaz de olvidarse de dar cuerda a sus relojes todos los viernes por la noche. Liquidaba personalmente sus cuentas los martes por la mañana y vigilaba noche a noche que la puerta de la calle estuviera debidamente cerrada. En otras palabras, era un hombre exageradamente cuidadoso.

De sir George pasó luego a lady Barnaby; su crítica fue menos dura, pero no por eso menos firme. La había visto relativamente poco, pero su impresión había sido definida y duradera.

Era una criatura llena de vitalidad; demasiado joven para su marido. Sin experiencia de la vida, pero con ansias de vivirla.

-ella odiaba a su marido. Había llegado a casarse con él sin saber lo que hacía, y ahora....

Estaba desesperada, según siguió explicando, desorientada. No contaba con ninguna clase de recursos propios y dependía exclusivamente de su anciano marido. Sin embargo, parecía no darse cuenta de lo que esto significaba para ella. Era hermosa, aunque su belleza era más una promesa que realidad. También era ambiciosa. A su ansia de vivir unía una gran ambición; un deseo vehemente de tener más de lo que tenía.

-Nunca llegué a conocer a Mr. Wylde -continuó Mr. Satterthwaite- más que por referencias. Se dedicaba de lleno a las tareas de su granja, situada a poco más de un kilómetro de Deering Hill. Y Vivian Barnaby se interesó vivamente por la agricultura o, por lo menos, hizo creer que se interesaba. Mi opinión es que no fue más que un pretexto. La realidad es que vio en él una válvula de escape. Y se aferró a él con la misma fuerza con que un niño se aferra a un juguete. Claro que esto sólo podía llevar a un fin... Sabemos lo que ocurrió, porque las cartas fueron leídas en el tribunal. Mr. Wylde había guardado las cartas de Vivian, pero ésta no había hecho lo mismo con las de él; sin embargo, del texto de las cartas leídas parece desprenderse que Wylde iba perdiendo interés por ella. El mismo lo admitió. Estaba de por medio la otra chica, que también vive en el pueblo de Deering Vale. Su padre es el médico del lugar. Usted lo habrá visto en el juzgado, ¿verdad? ¡Ah!, no; ahora recuerdo que usted no estuvo, según me dijo. Se la describiré. Es una chica rubia, muy rubia, de apariencia dulce, quizás un poquito tonta; muy reposada y leal. Sobre todo muy leal.

Miró a Mr. Quin como requiriendo su aprobación, y éste se la otorgó en forma de amable sonrisa. Mr. Satterthwaite continuó: -Usted oyó la lectura de la última carta... Perdón... Quiero decir que la habrá leído en los diarios, supongo. Me refiero a la que fue escrita el viernes 13 de septiembre por la mañana. Contenía una serie de desesperados reproches y amenazas, y terminaba rogándole a Martin Wylde que fuera a Deering Hill esa misma tarde a las seis. "Dejaré la puerta abierta para ti, para que nadie se entere de que estuviste aquí. Te esperaré en la sala de música." La carta fue llevada personalmente.

Mr. Satterthwaite hizo una breve pausa y luego prosiguió: -Cuando Martin Wylde fue arrestado, negó rotundamente haber estado en la casa esa noche. Declaró que había tomado su escopeta y había ido a los bosques a cazar. Pero en cuanto la policía presentó sus pruebas, esa declaración no le sirvió de nada. En efecto, sus huellas digitales fueron halladas en la puerta lateral y en uno de los dos vasos de whisky que había en la sala de música. Sólo entonces admitió que, efectivamente, había estado a visitar a lady Barnaby, y que la entrevista había sido sumamente violenta, aunque pudo lograr, finalmente, que ella se serenara.

Juró que había dejado la escopeta afuera, apoyada contra la pared exterior de la casa, y que cuando se separó de Vivian, uno o dos minutos después de las seis y cuarto, ella estaba viva y perfectamente bien. De allí se encaminó directamente a su casa. Sin embargo, de las declaraciones recogidas se desprende que no llegó a su residencia hasta las siete menos cuarto. Y esto es raro, por cuanto, como ya he mencionado, vive escasamente a una milla de distancia. No puede tomarle media hora cubrir ese trecho. Dice que se olvidó por completo de la escopeta. No parece muy probable que haya sido así, y sin embargo...

-¿Y sin embargo? -inquirió Mr. Quin.

-Pues -contestó lentamente su interlocutor-, tampoco es imposible. El fiscal, naturalmente, ridiculizó esa suposición, pero creo que estaba equivocado. He conocido a muchos jóvenes y sé que escenas como éstas los alteran sobremanera, especialmente a aquellos de tipo nervioso, como Martin Wylde. Las mujeres pueden participar en una escena como ésta y sentirse más aliviadas después; les sirve de válvula de escape, les calma los nervios y quedan más tranquilas y des congestionadas. Pero, en cambio, creo poder imaginarme a Martin Wylde saliendo de esa casa con la cabeza hecha un torbellino, fastidiado y desdichado, sin acordarse siquiera de la escopeta que había dejado apoyada contra la pared exterior.

Se calló durante unos minutos y luego continuó: -No es que tenga mayor importancia, pues, desgraciadamente, la segunda parte es bien clara. Eran exactamente las seis y veinte cuando se oyó la detonación. Todos los sirvientes la oyeron; la cocinera, su ayudante, el mayordomo, la sirvienta de comedor y la doncella de lady Barnaby. Todos corrieron hacia la sala de música. Allí la encontraron, tirada sobre uno de los dos sillones. El arma había sido disparada a quemarropa, con el fin de no errar el blanco. Dos balas, por lo menos, le perforaron la cabeza.

Hizo una ligera pausa, que aprovechó Mr. Quin para preguntar: -Supongo que los sirvientes habrán prestado declaración de todo eso...

Mr. Satterthwaite asintió.

-Sí, el mayordomo llegó al lugar dos o tres segundos antes que los demás, pero las declaraciones de todos ellos coinciden punto por punto.

-¿Así que declararon todos? -insistió Mr. Quin pensativamente-. ¿No hubo excepciones?

-¡Hum...! Ahora recuerdo; la sirvienta de comedor sólo fue citada para la indagación judicial. Creo que después se fue a Canadá.

-Entiendo... -contestó Mr. Quin.

Hubo un momento de silencio, y la atmósfera del pequeño restaurante pareció cargarse de incertidumbre. Mr. Satterthwaite se sintió de repente como actuando a la defensiva.

-¿Acaso hizo mal en irse? -preguntó precipitadamente.

-¿Y por qué se ha ido? -contestó Mr. Quin con un leve fruncimiento de cejas.

Estas palabras preocuparon un tanto a Mr. Satterthwaite. Quería abandonar ese tema; volver al terreno que dominaba.

-No puede haber dudas sobre quién disparó el tiro. Parece que los sirvientes perdieron la cabeza en aquellos momentos. No había nadie en la casa que supiera lo que había que hacer, y así transcurrieron varios minutos antes de que a alguno se le ocurriera llamar a la policía, y cuando quisieron hacerlo descubrieron que el teléfono estaba estropeado.

-¡Ah! -exclamó Mr. Quin-. El teléfono estaba estropeado...

-Sí -contestó Mr. Satterthwaite, y por un momento pensó que había dicho algo de suma importancia-. Pudo haber sido hecho adrede, pero no veo la necesidad. La muerte fue instantánea.

Mr. Quin no dijo nada y Mr. Satterthwaite comprendió que su explicación no era muy satisfactoria.

-el joven Wylde era el único de quien se podía sospechar -continuó luego-. Según su propio relato, salió de la casa sólo dos o tres minutos antes de que se oyera el disparo. ¿Y quién otro pudo haber sido? Sir George estaba jugando al bridge en casa de unos amigos, a escasa distancia de la suya. Salió de allí apenas pasadas las seis y media, y en la misma puerta se topó con una sirvienta que le llevaba la noticia. El último rubber de la partida terminó exactamente a las seis y media; sobre eso no hay ninguna duda. Después tenemos al secretario de sir George, Henry Thompson. Estaba en Londres ese día, y a la hora en que ocurrió el asesinato asistía a una conferencia comercial. Por último, está Sylvia Dale que, al fin y al cabo, tenía un buen motivo, aunque resulta imposible suponer que pueda estar ligada en forma alguna con el crimen. Fue a la estación de Deering Vale a despedir a una amiga que partía en el tren de las 6.28. Eso la exime por completo. Respecto de los sirvientes, ¿qué motivo podrían haber tenido? Además, todos ellos llegaron al lugar del hecho simultáneamente. No; tiene que haber sido Martin Wylde.

Pero su voz no era del todo convincente.

Continuaron con el almuerzo. Mr. Quin no estaba ese día con muchos deseos de conversar, y Mr. Satterthwaite había dicho cuanto tenía que decir. Pero el silencio no era total. Estaba impregnado del resentimiento de Mr. Satterthwaite, nervioso y fastidiado por la indiferente actitud de su interlocutor.

De repente, Mr. Satterthwaite bajó bruscamente sus cubiertos y exclamó: -Supongamos que ese joven sea inocente... ¡Lo van a colgar!

Dijo esto con voz exaltada y con grandes muestras de inquietud. No obstante, Mr. Quin no articuló palabra.

-No es como si... -continuó Mr. Satterthwaite, pero se interrumpió-. ¿Por qué no había de ir a Canadá esa mujer? -preguntó.

Mr. Quin agitó la cabeza.

-Ni siquiera sé a qué punto de Canadá fue -agregó Mr. Satterthwaite.

-¿Podría averiguarlo? -sugirió el otro.

-Me imagino que sí. El sirviente podría saberlo. O quizá Thompson, el secretario.

Volvió a hacer una pausa. Cuando reanudó la conversación, su voz parecía suplicante.

-No es que haya en todo esto algo que me importe...

-¿Acaso el hecho de que van a colgar a un hombre dentro de tres semanas?

-Bueno, sí, por supuesto. Ya veo lo que insinúa. Es la vida o la muerte. Y, además, está esa pobre chica. No es que yo sea duro de corazón... Pero, ¿qué puedo hacer? ¿No es un poco fantástico todo esto? Aun suponiendo que yo pudiera localizar a esa mujer en Canadá, ¿de qué serviría? Como no fuese yo mismo hasta allá...

Mr. Satterthwaite parecía seriamente disgustado.

-Yo pensaba ir a la Riviera la semana entrante -dijo lastimosamente.

Y la mirada que fijó en Mr. Quin decía con claridad meridiana: "Déjeme en paz, ¿quiere?" -¿Ha estado usted alguna vez en Canadá? -preguntó Mr. Quin.

-Nunca.

-Es un país muy interesante.

Mr. Satterthwaite lo miró con cierto aire de duda.

-¿Cree usted que yo debería ir?

Mr. Quin se echó hacia atrás y prendió un cigarrillo. Luego continuó, entre bocanadas de humo: -Usted, según entiendo, es hombre de fortuna. No millonario, precisamente, pero sí un hombre que puede darse un gusto sin reparar en los gastos. Usted se ha dedicado a observar y analizar los dramas de otras gentes. ¿Nunca se le ha ocurrido la idea de encarnar un papel en una de esas escenas? ¿Nunca se ha visto, por espacio de un minuto, como el árbitro de los destinos de los demás, en medio del escenario, teniendo en sus manos la vida y la muerte?

Mr. Satterthwaite se inclinó hacia adelante y dijo con su vehemencia proverbial: -¿Quiere usted decir que yo podría ir a Canadá tras esa mujer...?

Mr. Quin sonrió.

-¡Ah! Fue usted el que sugirió la idea de ir al Canadá, no yo -dijo en tono ligero.

-Usted es lo suficientemente hábil como para manejar a los demás a su antojo -dijo Mr. Satterthwaite-. Cada vez que me he encontrado con usted...

Pero al llegar aquí se interrumpió.

-¿Qué?

-Hay algo en usted que no comprendo. Quizá nunca llegue a comprenderlo. La última vez que estuvimos juntos...

-La víspera de San Juan.

Mr. Satterthwaite se estremeció como si esas palabras encerraran un misterio que no alcanzaba a comprender.

-¿Fue por San Juan? -preguntó turbadamente.

-Así es. Pero no hagamos hincapié en ese detalle. No tiene mayor importancia, ¿verdad?

-Si usted lo juzga así -contestó cortésmente Mr. Satterthwaite. Se dio cuenta de que aquella misteriosa clave se le escurría entre los dedos-. Cuando regrese de Canadá me será muy grato volver a verlo -terminó diciendo en tono confundido.

-Temo que por el momento no pueda darle a usted una dirección fija -contestó Mr. Quin, disculpándose-. Pero, de todos modos, vengo aquí muy a menudo. Si usted también viene, no será difícil que nos encontremos.

Se separaron cordialmente.

Mr. Satterthwaite estaba muy agitado. Se dirigió a la agencia Cook y pidió informes sobre la salida de vapores. Luego llamó a Deering Hill. La voz de un criado, suave y deferente, atendió el aparato.

-Mi nombre es Satterthwaite. le habló de parte de... de una firma de abogados. Tendría interés en obtener algunos informes acerca de una joven que trabajó últimamente de sirvienta en esa casa.

-¿Se refiere usted a Louise, señor? ¿Louise Bullard?

-Esa misma -contestó Mr. Satterthwaite, encantado de haberse enterado del nombres sin preguntar.

-Lamento comunicarle que ya no está en el país; se fue a Canadá hace seis meses.

-¿Puede usted facilitarme su dirección actual?

El criado no la sabía con exactitud. Sólo estaba enterado de que era un lugar en las montañas, un nombre escocés... ¡Ah! Banff; eso era. Las otras criadas de la casa habían esperado recibir noticias de Louise, pero hasta la fecha no había escrito ni enviado su dirección.

Mr. Satterthwaite agradeció la información y cortó. Se sintió poseído del ansia de aventuras. Su espíritu intrépido lo impulsaba a hacer algo importante. Iría a Banff, y si Louise Bullard estaba allí, la buscaría hasta encontrarla.

Contrariamente a lo que suponía, gozó bastante durante la travesía. Hacía mucho tiempo que no realizaba un viaje tan largo por mar. La Riviera, Le Touquet, Deauville y Escocia constituían su acostumbrada gira. La sensación de que estaba embarcado en una misión tan delicada aumentaba su regocijo.

¿Qué pensarían de él sus compañeros de a bordo si conocieran el motivo de su travesía? Pero, claro..., ellos no conocían a Mr. Quin.

En Banff le fue fácil dar con su objetivo. Louise Bullard estaba empleada en el mejor hotel de la localidad. Doce horas después de su arribo, consiguió entrevistarse con ella.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, de apariencia anémica, aunque de sólida contextura. Tenía cabello castaño claro levemente ondulado y un par de ojos pardos de mirada honesta. La primera impresión de Satterthwaite fue que estaba tratando con una persona algo tonta, pero digna de la más absoluta confianza.

Ella aceptó sin rodeos su afirmación de que le habían encargado que consiguiera mayores informes con respecto a la tragedia de Deering Hill.

-Vi en los diarios que Mr. Martin Wylde había sido condenado. Realmente, es muy triste.

No obstante, demostró no tener ninguna duda acerca de la culpabilidad del acusado.

-Un verdadero caballero que fue por mal camino. Aunque no me gusta hablar mal de los muertos, debo decir que fue la señora la que lo condujo a eso. No podía dejarlo en paz; no podía. Pero, en fin, ya han recibido ambos su castigo. Me acuerdo de un proverbio que cuando chica tenía colgado sobre mi cama, que decía: "A Dios no se lo puede burlar". Y eso, es una gran verdad. Yo tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir esa noche, y no me equivoqué.

-¿Cómo es eso? -preguntó Mr. Satterthwaite.

-Yo estaba en mi cuarto, cambiándome de ropa, señor, y se me ocurrió mirar por la ventana. Pasaba un tren en ese momento, y el humo rosado que despedía adquiría en el aire, créame señor, la forma de una mano gigantesca. Una enorme mano blanca en contraste con el carmesí del cielo. Los dedos estaban crispados como si quisieran apoderarse de algo. Le aseguro que tuve un sobresalto. Me dije a mí misma: ¿Sabes?, eso

es el augurio de que algo va a ocurrir, y en ese mismo instante se oyó el tiro. Ya ocurrió, me dije, y corrí escaleras abajo a reunirme con Cata y los demás que ya estaban en el hall, y apresuradamente nos dirigimos al salón de música. Allí estaba la señora, con la cabeza atravesada por un balazo. Y la sangre.... ¡Era espantoso! ¡Horrible! Yo reaccioné enseguida y fui a enterar a sir George de lo que había pasado; le hablé también de la mano blanca en el cielo, pero no le dio mucha importancia a esta parte de mi relato. Un día funesto, ya lo había sentido con todo mi ser desde la mañana temprano. ¡Viernes 13! ¿Qué otra cosa cabía esperar?

Siguió hablando. Mr. Satterthwaite la escuchaba pacientemente. Una y otra vez la hacía volver a la escena del crimen con preguntas precisas. Al final, no obstante, debió aceptar su derrota. Louise Bullard había relatado todo cuanto sabía, y su historia era tan simple como sincera.

Sin embargo, Satterthwaite alcanzó a descubrir un hecho de importancia. El puesto que Louise tenía ahora le había sido sugerido por Mr. Thompson, el secretario de sir George. El sueldo que le asignaban era tan ventajoso que la tentó, y aceptó el puesto pese a que le significaba abandonar Inglaterra precipitadamente. Un tal Mr. Denman se encargó de hacer todos los arreglos de su viaje y le había aconsejado que no escribiera a sus compañeros de Deering Hill, ya que esto podía acarrearle serias dificultades con las autoridades de inmigración, argumento que ella había aceptado con absoluta fe.

El monto de su salario, mencionado por ella accidentalmente, había asombrado sobremanera a Mr. Satterthwaite. Tras un momento de vacilación, optó por entrevistar a Mr. Denman.

Afortunadamente, encontró poca resistencia en conseguir que esta persona le refiriera todo lo que sabía. Conoció a Thompson en un viaje que había hecho a Londres y le quedó obligado por un gran servicio. Después el secretario de sir George le había escrito una carta, en septiembre, diciéndole que, por razones especiales, sir George tenía interés en sacar a aquella muchacha de Inglaterra y, en consecuencia, le preguntaba si habría alguna forma de conseguirle un puesto. Al mismo tiempo, le fue enviada una suma de dinero destinada a elevar el sueldo a una cantidad muy importante.

-Un caso de apuro muy usual -exclamó Mr. Denman, recostándose en su sillón-. Parece una chica muy callada.

Mr. Satterthwaite no estaba de acuerdo en que aquél fuera un caso de apuro usual. Louise Bullard, estaba seguro de ello, no había sido un capricho pasajero de sir George Barnaby. Por alguna otra razón, y muy poderosa, por cierto, había sido necesario que ella saliera de Inglaterra. Pero, ¿por qué? ¿Qué había en el fondo de todo eso? ¿Habría sido todo instigado por el propio sir George, valiéndose de su secretario? ¿O sería este último, por propia iniciativa, que invocaba el nombre de su patrón?

Con todas estas ideas en la cabeza, Satterthwaite emprendió el regreso. se sentía desanimado y casi desesperado. El viaje no le había reportado ningún beneficio.

Con la sensación de fracaso, al día siguiente de su llegada se dirigió al restaurante Arlecchino. No esperaba tener suerte en su primera tentativa, pero con íntima satisfacción pudo distinguir la figura familiar de Mr. Harley Quin, sentado a la misma mesa, en la penumbra, en cuya cara morena asomaba una expresiva sonrisa de bienvenida.

-Pues bien... -dijo Mr. Satterthwaite, mientras tomaba una tostada con mantequilla-. ¡Linda cacería la que me encomendó usted!

Mr. Quin levantó las cejas.

-¿Qué yo le encomendé? -objetó-. Fue idea suya enteramente.

-Bueno, sea de quien haya sido la idea, no prosperó. Louise Bullard no tiene nada que decir de importancia.

A continuación, Mr. Satterthwaite relató los detalles de su conversación con la sirvienta y luego refirió su entrevista con Mr. Denman. Mr. Quin escuchó en silencio.

-En cierto modo, mi viaje se justificó -continuó Mr. Satterthwaite-. A ella la quitaron de en medio deliberadamente. Pero no alcanzo a comprender por qué.

-¿No? -dijo Mr. Quin, y su voz, como de costumbre, resultó desafiante. Mr. Satterthwaite se sonrojó.

-Me imagino que usted pensará que debí haberla sondeado más hábilmente. Puedo asegurarle que le hice repetir la historia punto por punto. No es culpa mía el no haber conseguido lo que quería.

-¿Está usted seguro -preguntó Mr. Quin- de que no consiguió lo que quería?

Mr. Satterthwaite lo miró en el colmo del asombro y se topó con aquella mirada lánguida y burlona que tan bien conocía. No fue capaz de interpretarla, y movió la cabeza lentamente.

Hubo un prolongado silencio y luego habló Mr. Quin, cambiando radicalmente el tono de su voz.

-El otro día me pintó usted un magnífico cuadro de los protagonistas de este asunto. En pocas palabras, consiguió usted que se destacaran claramente como si fueran grabados por un buril. Me gustaría que hiciera otro tanto con el lugar del hecho. Se olvidó de mencionar eso.

Mr. Satterthwaite se sintió altamente lisonjeado con estas palabras.

-¿El lugar? ¿Deering Hill? Pues bien; hoy en día es una casa de aspecto vulgar. De ladrillos colorados y ventanas color rojizo. Exteriormente es bastante desagradable, aunque por dentro es sumamente cómoda. No es una casa muy grande, y tiene un terreno de regulares dimensiones. Todas las casas de los alrededores son muy parecidas entre sí. Fueron construidas para personas pudientes. El interior de la casa se parece al de un hotel, con las habitaciones a lo largo de los corredores. En cada una de ellas, un baño con agua caliente y fría y una buena cantidad de enchufes eléctricos. Todas son espléndidamente cómodas, aunque no son nada rurales. Deering Vale está situada a unos treinta kilómetros de Londres.

Mr. Quin escuchaba atentamente.

-El servicio de trenes es pésimo, según he oído -observó.

-Yo no diría eso -objetó Mr. Satterthwaite-. Estuve vivienda, allí durante una corta temporada, el verano pasado, y el horario me pareció muy cómodo para llegar al centro. Por supuesto, los trenes circulan cada hora. Salen de Waterloo doce minutos antes de las horas, y el último es el de las 22.48.

-¿Y cuánto tardan en llegar hasta Deering Vale?

-alrededor de 40 minutos. Los trenes llegan siempre dos minutos antes de cada media.

-Claro, debía haberme acordado -dijo Mr. Quin con un gesto de fastidio-. La señorita Dale fue a despedir a alguien que partía en el tren de las 6.28, ¿no es así?

Mr. Satterthwaite demoró uno o dos minutos en contestar. Su mente estaba ocupada en solucionar un problema no resuelto aún. Finalmente exclamó: -querría que me dijera qué quiso significar hace un momento cuando me preguntó si yo estaba seguro de no haber obtenido lo que quería.

Dicho de esa manera resultaba un tanto confusa la pregunta, pero Mr. Quin no aparentó no haber comprendido.

-Nada; sólo que pensaba si no habría sido usted un poco demasiado estricto. Al fin y al cabo, usted averiguó que Louise Bullard había sido alejada deliberadamente del país. Siendo así, debe haber una razón, y la razón debe encontrarse entre lo que ella le refirió a usted.

-Pues bien -dijo Mr. Satterthwaite razonando-, ¿qué me dijo? Si hubiera tenido que prestar declaración ante el jurado, ¿qué hubiera dicho?

-Hubiera podido decir lo que había visto -dijo Mr. Quin.

-¿Y qué vio?

-Una señal en el cielo.
Mr. Satterthwaite levantó la mirada y la fijó en Mr. Quin.
-¿Acaso está usted pensando en esa necedad? ¿En esa interpretación supersticiosa de la mano de Dios?
-Quizá -replicó Mr. Quin-. Por lo que usted y yo sabemos, esa mano pudo haber sido la de Dios.
Mr. Satterthwaite no podía ocultar su asombro ante la gravedad de Mr. Quin.
-¡Qué desatino! Ella misma declaró que era producida por el humo del tren.
-¿Era un tren que iba o que venía? -murmuró Mr. Quin.
-Difícilmente pudo ser un tren que venía. Estos pasan por Deering Vale a las horas y diez minutos. Debe de haber sido un tren que iba; el de las 6.28. No, no puede ser. Louise dice que el grito se oyó inmediatamente después, y nosotros sabemos que fue disparado a las 6.20. No es posible que el tren pasara con 10 minutos de adelanto.
-No lo creo, en esa línea -asintió Mr. Quin.
-Quizá fuera un tren de carga -murmuró Mr. Satterthwaite, con la mirada perdida en el vacío-. Pero, si hubiera sido así...
-... no hubiera sido necesario sacar a Louise de Inglaterra. Estoy de acuerdo -terminó diciendo Mr. Quin.
Mr. Satterthwaite lo contempló estupefacto.
-El tren de las 6.28... -murmuró lentamente-. Pero si es así, si el tiro fue disparado a esa hora, ¿por qué dijeron todos que era más temprano?
-Es obvio que los relojes estaban mal -contestó Mr. Quin.
-¿Todos? -preguntó Mr. Satterthwaite en tono de duda-. Sería una coincidencia muy grande.
-Casualmente, no estaba pensando en que fuera una coincidencia -dijo-, sino en que era viernes.
-¿Viernes? -exclamó Mr. Satterthwaite.
-Según me dijo usted, sir George en persona arreglaba y daba cuerda a todos los relojes el viernes por la tarde -dijo Mr. Quin.
-Los atrasó a todos 10 minutos -murmuró Mr. Satterthwaite, maravillado de los descubrimientos que iban haciendo-. Luego salió a jugar al bridge. Estoy por creer que esa mañana interceptó la carta que su mujer escribió a Martin Wylde... Sí, por cierto que la leyó. Abandonó su partida de bridge a las 6.30, encontró la escopeta de Martin apoyada contra la puerta, entró y mató a su mujer. Después volvió a salir, tiró la escopeta entre los matorrales, donde fue hallada más tarde y aparentó salir del portón de la quinta del vecino en el mismo momento en que alguien llegó corriendo a buscarlo. Pero, el teléfono, ¿qué pasó con el teléfono? ¡Ah, claro, ya veo! Lo desconectó para que no pudieran dar aviso a la policía, pues de hacerlo, hubieran tomado nota en la comisaría de la hora en que se había recibido la llamada. Ahora resulta verídica la declaración de Martin Wylde. Todo concuerda. El salió realmente a las 6.25. Caminando lentamente, llegaría a su casa a las 6.45. Sí, ahora lo veo todo muy claramente. Louise constituía el único peligro por su continua charla de raras supersticiones. Alguien podría haber sacado alguna conclusión de su extraña narración del paso del tren, y entonces... la coartada quedaba destruida.
-¡Estupendo! -exclamó Mr. Quin.
Mr. Satterthwaite lo miró encendido de entusiasmo por su triunfo.
-La cuestión es... ¿cómo proceder ahora?
-Yo sugeriría el nombre de Sylvia Dale -dijo Mr. Quin. Mr. Satterthwaite vaciló.
-Como ya le dije -observó-, me dio la impresión de ser un poco... tonta...
-Pero tiene padre y hermanos que podrían tomar las medidas necesarias.
-Es cierto -contestó Mr. Satterthwaite, tranquilizándose.

Un momento después estaba con la muchacha. refiriéndole la historia. Ella escuchó atentamente; y no hizo preguntas, pero cuando Mr. Satterthwaite hubo terminado se levantó y dijo: -Necesito un taxi ahora mismo.

-Mi querida niña, ¿qué piensa hacer?

-Voy a ver a sir George Barnaby.

-No haga eso. Es el peor procedimiento. Permítame...

Se mostró sumamente agitado, pero no produjo ninguna impresión. Sylvia Dale tenía su plan concebido y estaba dispuesta a cumplirlo. Accedió a que él la acompañara durante el trayecto, pero hizo caso omiso de todas sus indicaciones. El la esperó dentro del taxi mientras ella se dirigía a la oficina de sir George.

Media hora después salía. Daba la sensación de estar extenuada, su rara belleza aplastada como una flor marchita. Mr. Satterthwaite la miró anhelosamente.

-Triunfé -murmuró ella entrecerrando los ojos y echándose hacia atrás en el asiento.

-¿Qué? -preguntó excitado Mr. Satterthwaite-. ¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

Ella se irguió un tanto.

-Le dije que Louise Bullard había ido a la policía a contar toda la historia. Le dije que la policía había estado averiguando y se había enterado de que él había sido visto entrando en su propia finca y saliendo pocos minutos después de las 6.30. Le dije que el plan había sido descubierto. El hombre, al oír esto, se derrumbó. Le dije, también, que aún estaba a tiempo de desaparecer, ya que la policía no vendría a arrestarlo hasta dentro de una hora. Lo convencí de que si él firmaba una confesión de que había asesinado a Vivian, yo no diría ni haría nada; pero que si no lo hacía, yo me encargaría de que la casa entera se enterara de toda la verdad. Estaba tan amedrentado que no sabía lo que hacía. Firmó el papel sin saber a conciencia lo que estaba haciendo.

Ella lo puso en manos de Mr. Satterthwaite.

-Tome... tome... Ya sabrá usted qué debe hacer para que pongan en libertad a Martin Wylde.

-¡Realmente lo ha firmado! -exclamó Mr. Satterthwaite, en el colmo de la sorpresa.

-Es un poco tonto -dijo Sylvia Dale-. También lo soy yo -agregó tras una pausa-. Por eso conozco la forma de actuar de los tontos. Nos trastornamos, llevamos a cabo los actos más disparatados y luego nos arrepentimos.

Todo su cuerpo tembló convulsivamente y Mr. Satterthwaite le palmeó una mano.

-Usted necesita tomar algo para reponerse de esto -dijo él-. Venga conmigo, estamos cerca de uno de mis lugares favoritos, el Arlecchino. ¿Ha estado ahí alguna vez?

Ella movió la cabeza negativamente.

Mr. Satterthwaite pagó el taxi y penetró en el restaurante en compañía de la joven. Se encaminó con el corazón palpitante hacia la mesa apartada, pero la mesa estaba vacía.

Sylvia Dale notó la desilusión que inundó el rostro de su acompañante.

-¿Qué pasa? -preguntó intrigada.

-Nada -contestó él-. Es decir, tenía la esperanza de encontrar a un amigo. Pero no importa. Espero que algún día lo volveré a ver...

Si Muriera antes de Despertar

William Irish

La pequeña que tenía el pupitre delante del mío en el 5° A se llamaba Millie Adams. No recuerdo mucho acerca de ella, porque yo tenía 9 años en ese entonces; ahora voy a cumplir 12. Lo que recuerdo con toda claridad son aquellas sus golosinas y que, de pronto, no la volvimos a ver. Mis compañeros y yo acostumbrábamos molestarla mucho; más adelante, cuando ya fue tarde, deseé que no lo hubiéramos hecho. No era porque tuviéramos nada contra ella, sino porque era una chica. Usaba el cabello peinado en trenzas que le colgaban en la espalda; yo me divertía metiéndolas en mi tintero, o si no, pegándoselas con chicles. Purgué más de una penitencia por ese motivo.

La seguía a través del patio de la escuela, tirándole de las trenzas y gritando: ¡Ding, ding!, como si fueran campanas. En esas ocasiones, ella me decía: -¡Te voy a acusar a un policía!

-¡Ajá! -le contestaba yo, para desarmarla-. Mi padre es detective de tercer grado.

-¡Bueno, entonces te acusaré a un detective de segundo grado; es más importante que uno de tercer grado!

Esa contestación me fastidió, así que por la tarde, cuando volví a casa le pregunté a mi padre lo que significaba. Mi padre miró un poco avergonzado a mi madre y fue ella la que me contestó.

-No muy superior; se necesita un poco más de experiencia, eso es todo. Tu padre llegará a ser uno de ellos, Tommy, cuando tenga 50 años.

Esto pareció mortificar a mi padre, pero no dijo nada.

-Yo seré detective cuando sea grande -dije.

-¡Dios no lo permita! -dijo mi madre. Me dio la impresión que más que hablar conmigo hablaba con mi padre-. Nunca a tiempo para las comidas; levantarse a mitad de la noche. Arriesgando la vida, y la mujer sin saber cuándo lo verá llegar en una camilla o... no lo verá nunca más. ¿Para qué? Por una pensión apenas suficiente para no morir de hambre una vez que han dado toda su juventud y fortaleza y ya no les sirve más para nada. A mí me pareció maravilloso. Mi padre sonrió.

-Mi padre fue detective, y yo recuerdo haber dicho las mismas cosas cuando tenía la edad de Tommy, y mi madre le contestaba como tú lo haces. No puedes disuadirlo, está en la sangre; será mejor que te acostumbres a la idea.

-¿Sí? Pues saldrá de la sangre, aunque tenga que usar la parte de atrás de un cepillo para disuadirlo.

A causa de que la molestábamos, Millie Adams adquirió la costumbre de tomar su lunch en la clase, en lugar de hacerlo en el patio. Un día, en el momento en que yo me disponía a salir de clase, Millie abrió la cajita en que llevaba su almuerzo, y yo alcancé a ver los caramelos verdes en el interior de la caja. No eran de los más baratos, sino de los que costaban un níquel cada uno, y los verdes son de limón, mis preferidos. Por ese motivo me quedé y traté de hacer las paces con ella.

-Seamos amigos -le dije- ¿De dónde sacaste eso?

-Alguien me los dio -me contestó Millie-. Es un secreto -las chicas son siempre iguales; cada vez que uno les pregunta algo, ellas no pueden contestar, porque se trata de un secreto.

Por supuesto que yo no lo creí; Millie no tenía monedas para caramelos, y el señor Beiderman, propietario de la dulcería, no los fiaba nunca, y menos lo iba a hacer con caramelos de 5 centavos envueltos en papel encerado.

-¡Apuesto a que los robaste! -dije yo.

-¡No! -exclamó Millie, indignada-. ¡Te digo que me los dio un hombre! Es muy simpático; estaba en la esquina cuando yo venía esta mañana para la escuela. Me llamó y sacando unos caramelos de su bolsillo me dijo: "Oye, pequeña, ¿quieres un dulce?" Me dijo que yo era la chica más linda que había visto pasar esa mañana, mientras él estaba...

De pronto, Millie se cubrió la boca con la mano y exclamó: -¡Oh! ¡Me olvidé! El me advirtió que no se lo dijera a nadie; si no, no me daría más caramelos.

-Déjame probarlo -le dije yo-, y no se lo diré a nadie.

-¿Lo juras?

Yo hubiera jurado cualquier cosa, con tal de probar el caramelo; se me estaba haciendo agua la boca, así que juré y prometí... y una vez que uno hace estas cosas, ya no las puede repetir a nadie, especialmente si se es hijo de un detective de tercer grado como mi padre. Yo no era como los demás compañeros, y no podía faltar a mi palabra, aunque ésta fuera dada a una chica tonta como Millie, so pena de ser un traidor. Mi padre siempre me decía esto, y él no decía más que la verdad.

Al día siguiente, cuando Millie abrió su caja de mediodía, tenía un caramelo de naranja; también éstos son mis preferidos. Por supuesto que no me moví del lado de Millie, y compartimos el caramelo.

-¡Hum! -me dijo en un momento en que se sintió inclinada a hacer confidencias-. Es un hombre simpatiquísimo; tiene unos ojos enormes, y está siempre mirando en derredor. Mañana me va a dar un caramelo de canela.

-Apuesto a que se olvida -dije, pensando en que la canela constituye una de mis golosinas preferidas.

-Me dijo que, si se olvidaba, yo debía recordárselo; además puedo ir con él y tomar todos los que quiera. Tiene una gran casa en el bosque, llena de caramelos, pastillas de goma y tizas de colores..., y puedo traer todo lo que quiera.

-¿Y por qué no lo has hecho? -pregunté, pensando que ninguna chica en su sano juicio debía desperdiciar esa oportunidad, aunque sabía que estaba haciéndose la importante.

-Porque faltaba un minuto para las nueve, y la campana estaba sonando. ¿Quieres que pierda el premio de puntualidad? Pero mañana saldré más temprano de mi casa, y así tendré mucho tiempo.

Cuando salimos, a las tres de la tarde, tuve buen cuidado de mantenerme alejado de ella; no quería que mis compañeros pensaran que me estaba aficionando a las muñecas; pero Millie se me acercó justamente cuando yo empezaba a jugar a la pelota con Eddie Riley. Ya habríamos andado una manzana camino de nuestros hogares (éramos un grupo numeroso), cuando Millie me tiró de la manga.

-Mira -susurró-; ahí está el hombre que me da los caramelos. ¿Lo ves ahí debajo de ese toldo? ¿Me crees ahora?

Yo miré y no encontré nada maravilloso en lo que vi. Era un hombre que vestía un traje raído, y que tenía unos brazos tan largos que le llegaban a las rodillas; me hacía recordar los monos del Zoo. La sombra azulada del toldo, medio le ocultaba la cara y los hombros, pero aquellos ojos saltones brillaban a través de la sombra. Con un cortaplumas se estaba escarbando un dedo, y miraba continuamente en derredor, como si no quisiera que nadie viera lo que estaba haciendo.

Yo me sentí avergonzado de que Eddie Riley me viera hablando con una chica; por lo demás Millie no tenía más caramelos. Así que le dije: -¡Uf! ¿Y a quién le interesa? -rezongué-. ¡Eddie, tírame la pelota!

Por dos veces, Eddie no pudo atajar mis tiros, y en un momento en que él corría tras la pelota, yo aproveché para mirar en derredor; Millie y el hombre iban tomados de la mano caminando calle abajo. De repente, el hombre se separó, y caminó en dirección opuesta, como quien ha olvidado algo. En eso llegó el señor Murphy, el agente de tránsito, y se paró

frente a la escuela, como lo hacía siempre a la hora en que salían los alumnos. Eso fue todo.

Al día siguiente, Millie perdió su premio de puntualidad, ya que no fue a la escuela en todo el día.

Dos días después, yo esperaba ansioso la llegada de Millie y toda la cantidad de caramelos que, según me había dicho, iba a compartir conmigo; pero el pupitre de Millie permaneció vacío.

El director de la escuela vino antes de las tres, acompañado de dos hombres vestidos de gris que parecían oficiales de policía. Pero aunque éstos se quedaron en el hall, nosotros estábamos asustados pensando que alguien se había quejado de que habíamos roto el vidrio de alguna ventana; pero no era eso ni nada por el estilo. El director quería saber si alguno de nosotros había visto a Millie Adams camino de la escuela dos días antes.

Una chica levantó la mano y dijo que ella había ido a buscar a Millie ese día, pero no la había encontrado; Millie había salido de su casa más temprano que nunca, a las ocho y cuarto.

Yo estuve a punto de decirles que Millie me había contado acerca de la casa del bosque llena de caramelos; pero recordé que había jurado y prometido y, además, que mi padre era un detective de tercer grado, así que me contuve. Por lo demás, todo eran embustes y lo único que conseguiría sería que me mandaran a un rincón.

Nunca más volvimos a ver a Millie. Un día, más o menos tres meses después de lo que acabo de relatar, vimos a miss Hammer, nuestra maestra, con los ojos enrojecidos como si hubiera llorado; eso fue en el momento en que sonaba la campana. Desde ese día, mi padre faltó, por así decirlo, de nuestro hogar durante una semana; una que otra vez venía a altas horas de la noche para afeitarse y tomar una ducha, y volvía a salir. En una ocasión oí, a través de una puerta, que mi padre hablaba y decía algo de un lunático escapado, pero yo no supe qué quería decir esa palabra; se me ocurrió que hablaba de algún animal, alguna clase de perro, tal vez.

-Si al menos tuviéramos una pista -decía mi padre-. ¡Alguna descripción, un rasgo..., una nada! Si no lo pescamos, volverá a suceder, siempre es lo mismo.

Saltando de la cama me acerqué a mi padre y le dije: -Si un tipo da su palabra de honor y el viejo..., el padre de ese tipo es un detective de tercer grado..., ¿quedaría mal si no cumple su promesa?

-Sí -me contestó mi padre-. Sólo los rufianes y los bandidos no cumplen sus promesas.

-¡Es suficiente con un policía en la familia! -exclamó mi madre-. ¡Basta! -yo salí a escape al ver que mi madre tomaba una zapatilla con mucha decisión.

Las contadas veces que esa semana mi padre venía a casa traía los diarios; pero cuando yo los buscaba al día siguiente, siempre les faltaba la primera página. Me daba la impresión de que en esas páginas había una fotografía que ellos no querían que yo viera. En realidad, lo único que a mí me interesaba era la página de los chistes. Pasada esa semana, los diarios volvieron a quedar intactos y mi padre empezó a venir puntualmente a la hora de las comidas.

Pasado un tiempo, los chicos de la escuela habíamos olvidado todo lo concerniente a Millie Adams.

Aprobé mis exámenes en el otoño y en la primavera, y también en el otoño y la primavera siguientes, aunque mis calificaciones no fueran muy altas y bastante bajas en conducta. A mi padre lo único que le interesaba era que adelantara en mis estudios y que no me aplazaran, así que cuando le mostraba mis calificaciones me acariciaba la cabeza y me decía: -Está bien, Tommy, serás un buen detective; lo llevas en la sangre.

-Claro que mi padre me decía estas cosas cuando mi madre no estaba cerca para poder oírnos.

¡Oh! Casi me olvido; mi padre ascendió a detective de segundo grado cuando tenía 35 años, y no 50, como pronosticaba mi madre.

Recuerdo que mi progenitora se ruborizó cuando mi padre le dio la noticia.

Tuve suerte en 5° B, en 6° A y en 6° B, porque ninguna chica se sentó en el pupitre delante del mío. Pero en el 7° A vino una chica nueva, ya que pasaba de otra escuela; se llamaba Jeanie Myers. Siempre usaba una blusa blanca y el cabello era una mata de rulos castaños sujetos en la nuca.

Me gustó desde el principio, porque sacaba buenas notas, y además me resultaba muy útil, ya que me dejaba mirar por sobre su hombro, y así yo podía copiar las respuestas correctas; en general, las chicas son egoístas, pero ésta era como un buen compañero. Por ese motivo, cuando uno de mis amigos la empezó a molestar, le di un golpe en la nariz; desde entonces se portaron como es debido. Jeanie pensó que debía demostrarme su agradecimiento, y lo tuvo que hacer delante de los demás, cosa que no me gustó mucho.

-¡Tommy Lee, eres realmente maravilloso! -me dijo.

Aparte de que me dejaba copiar sus deberes, era tan tonta como las demás chicas que conociera; tenía algunas debilidades dignas de un bebe. Se volvía loca por las tizas de colores; siempre llevaba algunas consigo, y donde uno veía una pared o una verja marcada con rayas rosas o amarillas, podía tener la seguridad de que Jeanie Myers había pasado por allí. No podía resistir la tentación de marcar todo lo que encontraba a su alcance; parecía que era incapaz de ir a un lugar sin dejar un rastro de su paso, aunque fuera una raya en la acera. Nosotros, los muchachos, también usábamos tiza, pero de la común, blanca; por lo demás, la usábamos para algo útil, como por ejemplo el resultado de un partido de béisbol, o el lugar donde debíamos mantener a un prisionero. Nunca jamás para hacer rayas, como Jeanie, que la mitad del tiempo las hacía sin darse cuenta, cuando iba caminando.

Como Jeanie gastaba en tizas todo lo que le daban, y las de color costaban diez centavos la caja (a veces cometía la temeridad de comprarse hasta dos cajas por semana), me sorprendió verla un día, durante el recreo, desenvolviendo un caramelo de cinco centavos.

Era de color verde, que significaba limón; siendo uno de mis preferidos.

-Ayer tarde -le recriminé- no me quisiste prestar un centavo para caramelos, y ahora veo que te has comprado uno de cinco centavos. ¡Egoísta!

-¡No lo compré! -me contestó-. Un hombre me lo regaló cuando venía esta mañana para la escuela.

-¡Já! ¿Desde cuándo las personas mayores les regalan caramelos a los chicos? -le pregunté yo.

-¡Pues éste lo hizo! Tiene un almacén lleno de caramelos y todo lo que tengo que hacer es ir a buscarlos; no me cobrará nada.

Durante un momento, una sensación rara se apoderó de mí; me pareció que alguien a quien yo conocía obtenía también caramelos gratis. Traté en todas formas de recordar, pero fue inútil... No había sido la semana pasada, ni el mes pasado, ni tampoco el año anterior. En vista de este esfuerzo inútil, alejé el pensamiento de mi mente.

Después de saborearlo un rato, me dio la mitad. Jeanie era realmente muy simpática.

-No le repitas a nadie lo que te he dicho -me observó-; si no, los otros chicos van a querer caramelos también.

Al día siguiente, cuando estábamos en el recreo, Jeanie se acercó y me dijo en voz baja: -Quédate un momento, después; tengo otro.

Mantuvo su caja tapada, hasta que los otros se fueron; entonces la destapó y me mostró uno de color naranja, que es también de mis preferidos. Una vez en clase me senté al lado de Jeanie, y así compartimos el delicioso manjar.

A ratos yo miraba el pizarrón, en el que no había nada escrito. A toda costa quería atrapar un recuerdo huidizo; era algo relativo a un caramelo de limón, seguido por otro de

naranja. Tenía la impresión de haber vivido ya estos momentos. Jeanie se regocijaba entre chupada y chupada.

-¡Cómo me estoy divirtiendo esta semana! Todos los días un caramelo gratis. No sé quién será este hombre, pero es muy simpático. ¿Qué clase de caramelo crees que me dará mañana? ¡Canela!

Sin saber qué me pasaba, yo no pensé más en caramelos, sino que trataba de recordar los nombres de razas de perros; en realidad, nada tenía que ver una cosa con la otra, pero así era. Hasta le pregunté a Jeanie que me dijera algunos nombres, pero ella me dio los que yo ya conocía: airedale, San Bernardo, collie... No, no se trataba de éstos.

-¿No hay una raza cuyo nombre termina en tico? -le pregunté.

-¿Dalmático? -me contestó Jeanie.

-No, tonta, éstos se llaman dálmatas -le contesté con aire de superioridad.

Yo tenía la impresión harto desagradable de que debía hablar con alguien, pero lo peor del caso era que no sabía con quién debía hablar ni qué debía decir. ¿Qué podía hacer yo? En eso sonó la campana de la una, y entonces fue demasiado tarde...

Esa noche tuve una horrible pesadilla; soñé con montones de diarios viejos que estaban tirados por el suelo en algún bosque. A todos les faltaba la primera página. Cuando yo trataba de tomarlos, el brazo de un muerto aparecía por una grieta en la tierra, sosteniendo en la mano un caramelo de canela. ¡Qué susto me llevé! En un momento que pude despertar, me tapé hasta la cabeza.

Al día siguiente, mi madre tuvo que despertarme tres veces, tal era el sueño que yo tenía. Llegué a la escuela justo a tiempo, y cuando me senté la campana terminaba de sonar. La vieja Flagg me miró en forma desagradable, pero no pudo hacer nada.

Cuando recobré el aliento vi delante de mí a Eddie Riley, dos asientos más lejos. El pupitre de Jeanie estaba vacío; aquello me pareció muy raro, ya que nunca había llegado tarde antes.

Flagg me llamó enseguida al frente, y estuve muy ocupado pensando en dónde estaba el ángulo recto de algún maldito objeto. Después de las diez llegó Jeanie acompañada de otra chica que se llamaba Emma Dolan.

Cuando terminó el turno, Flagg dijo: -Jeanie, esta tarde se quedará castigada por haber llegado tarde; en cuanto a Emma, se lo dejaré pasar por esta vez, ya que sé que tiene a su madre enferma, y usted tiene que ayudar en la casa.

Era la primera vez que Jeanie quedaba castigada y yo la compadecí mucho.

Al mediodía, Jeanie sacó de su caja un caramelo rojo de canela; estaba furiosa.

-¡Tendría un millón de caramelos como éste, si no hubiera tropezado con esa tonta de Emma! -se lamentó Jeanie-. Ibamos al lugar donde él guardaba los caramelos, y tuvo que llegar Emma y echar a perder todo. ¡Cuando él la vio se fue y me dejó sola! Y esta tarde no podré ir, ya que tengo que quedarme castigada.

Como al día siguiente teníamos exámenes, y las respuestas de Jeanie me venían muy bien, yo traté de ser lo más simpático posible con Jeanie, así que le dije para conformarla.

-Te esperaré afuera, Jeanie.

A las 3 sonó la campana, y todos los chicos se fueron, menos Jeanie.

Yo me quedé jugando a la pelota solo; la pateaba, la lanzaba al aire y trataba de alcanzarla cuando caía. Hasta que corriendo tras la pelota me alejé más de dos manzanas de la escuela sin darme cuenta. De pronto, la pelota fue a detenerse en los pies de una persona que estaba parada bajo un toldo en la acera.

Me agaché a recogerla, y al levantarme vi que se trataba de un hombre; estaba de pie casi inmóvil, bajo las sombras azules del toldo. Los ojos eran grandes y escrutadores, y los brazos parecían los de un chimpancé, de los que yo había visto en el Zoo. No pude darme cuenta qué significaba el movimiento que hacía con los dedos; los abría y los cerraba como si quisiera agarrar algo que se le escapaba.

Apenas si me miró; tal vez los chicos de mi edad no le interesaban. Yo lo miré durante un momento y me pareció haberlo visto antes, en algún lugar; sobre todo esos ojos saltones. Me volví con mi pelota, y él se quedó inmóvil; sólo los dedos estaban en actividad, tal como ya les he dicho.

Tiré la pelota muy alto, y de pronto junto con ella, pareció caerme del cielo un nombre: ¡Millie Adams! Ahora recordaba dónde había visto esos ojos saltones, y quién había compartido los caramelos verdes y naranjas. El se los daba, y de resultas de estos regalos... Millie no volvió más a la escuela. Ya sabía lo que tenía que decirle a Jeanie; que no se acercara a ese hombre, porque si lo hacía algo le iba a pasar. No sabía qué, pero algo malo era.

Me asusté tanto, que dejé de jugar a la pelota, corrí hacia la escuela y entré; esto nos estaba prohibido fuera de las horas de clase. Empinándome, miré por una ventana.

Jeanie estaba en su pupitre haciendo los deberes, y miss Flagg estaba al frente haciendo algunas correcciones. Sin saber qué hacer, di unos golpecitos en el vidrio para llamar la atención de Jeanie; ésta me vio, pero también miss Flagg, que me hizo entrar en la clase.

-Bien, Tom -me dijo, agria como el limón-, ya que parece que se siente incapaz de alejarse de la clase, será mejor que se siente y se ponga a estudiar. No, ahí no. Al otro lado de la clase, no se ponga tan cerca de Jeanie.

Pasados unos minutos, para que las cosas fueran peor de lo que estaban, miss Flagg dijo: -Ya puede irse, Jeanie, es suficiente el tiempo que se ha quedado. Trate de ser puntual mañana -cuando vio que yo también me disponía a salir me dijo-: ¡Usted no, jovencito! ¡Quédese donde está!

No pudiendo contenerme más, le grité: -¡No! ¡No la deje salir, miss Flagg! ¡Oblíguela a quedarse! ¡No la deje! ¡Irá a buscar caramelos y...!

Miss Flagg se enfureció, y golpeando su pupitre me espetó: -¡Basta! ¡No quiero oír una palabra más! ¡Por cada vez que abra la boca tendrá media hora de castigo!

Jeanie recogió sus libros y yo hice otra intentona.

-¡Jeanie! -le grité-. ¡No salgas! ¡Espérame en el patio!

Ante esta desobediencia, miss Flagg se levantó y acercándose a mí me amenazó: - ¡Quiere que mande llamar al director? ¡Lo mandaré a 6º B si lo vuelvo a oír! ¡Haré que lo echen del colegio por insubordinado! -jamás la había visto tan enojada.

Lo peor era que Jeanie también estaba enojada, y... conmigo.

-¡Traidor! ¡Cuentista! -me dijo por lo bajo, y salió, cerrando la puerta. La volví a ver cuando pasaba frente a la ventana.

Traté en todas formas de hablar con miss Flagg, pero no me dejó. De todas maneras, yo estaba tan excitado que no podía decir nada comprensible.

-Jeanie irá a buscar caramelos y no volverá más..., y las páginas de los diarios, las primeras quiero decir, las suprimirán... -Yo estaba llorando, así que difícilmente se podía entender lo que decía. miss Flagg estaba escribiendo una nota de queja a mi padre.

-¡Igual que Millie Adams, y usted tendrá la culpa...!

Miss Flagg no estaba en la escuela cuando sucedió lo de Millie, así que menos podía entender lo que quería decirle. El resultado de esta escena fue que miss Flagg siguió añadiendo medias horas de castigo, que tuve que cumplir quedándome durante toda esa semana hasta las seis de la tarde. Además, me suspendieron, tuve que ir un día con mi padre..., y un millón de cosas más. Estaba vencido y lo sabía; me quedaba sentado hasta que el sol desaparecía y el patio se cubría de sombras. Entonces era cuando miss Flagg concedía la luz, pero no me dejaba salir ni un minuto antes de las seis.

Cuando salía, las calles estaban oscuras y desiertas; sólo un arco de neón en la esquina. Durante las horas de sol, en esa misma esquina había un toldo extendido de color azul; pero durante mis días de castigo el toldo estaba recogido, y ningún hombre estaba parado

mirando en derredor con ojos saltones. Siempre sentía algo raro en la espalda cuando pasaba por ese lugar.

Un día, en lugar de irme a casa fui primero a la de Jeanie; antes de entrar, miré por las ventanas para ver si la divisaba. El interior estaba iluminado y vi a la madre de Jeanie y a la hermana menor. La señora miraba continuamente por la ventana y así fue como me vio.

-Tommy, ¿has visto a Jeanie? Es muy tarde para que esté fuera de casa; creo que ha ido a casa de Emma. Si la ves, ¿quieres decirle que venga enseguida? Son las seis pasadas, y no me gusta que se quede tan tarde...

Yo me sentí enfermo, pero no me atreví a confesarle mis temores. Le contesté en forma indiferente: -Si, señora -y salí corriendo como alma que lleva el diablo.

Emma vivía muy lejos; pero tenía que ir, aunque fuera para convencerme de una cosa que ya sabía. Jeanie no estaba en esa casa. Emma en persona salió masticando pan, y me dijo que Jeanie no iba nunca a su casa. Si al menos la familia de Emma hubiera tenido teléfono, me habría ahorrado el viaje. No me quedaba otro remedio que irme a casa.

En realidad, tenía miedo de llegar, ya eran las siete pasadas. Mi padre había llegado, la cena estaba lista. Me pareció que mis padres, además de disgustados conmigo, estaban algo asustados.

No pude sacarles una sola palabra acerca de Jeanie. En cuanto abrí la boca para hablar del castigo, que sólo era la primera parte de lo que quería decir, mi padre se enojó conmigo y me envió a mi cuarto. Yo insistí, pero en eso vio la nota de miss Flagg, y aquello fue el acabose. Formó un alboroto, y me encerró con llave por el lado de afuera.

Yo era el único que sabía algo; pero nadie me escuchaba ni me creía, ni siquiera quería ayudarme. No podía contar con miss Flagg, o con la madre de Jeanie ni mucho menos con mi padre, al que yo consideraba un hombre normal. Ahora ya sería tarde; me senté al borde de la cama, sujetándome la cabeza con las manos.

Oí la campanilla del teléfono, y después de un momento la voz de mi madre que decía: -¡No, no, Tom! ¡No puede ser...! -dijo con voz aterrorizada.

-¿Y qué otra cosa puede ser? El jefe dice que encontraron sus libros tirados en un paraje. Te dije que volvería a suceder si no lo pescábamos... la primera vez.

¡Yo sabía que hablaban de Jeanie!

Me acerqué a la puerta y empecé a golpear y a gritar.

-¡Papá! ¡Déjame salir un minuto! ¡Yo te puedo describir a ese hombre! ¡Lo he visto con mis propios ojos! -Pero la puerta de calle se cerró antes de que terminara de explicar lo que sabía; me supuse que mi madre también se había ido para consolar a la señor Myers. Seguí golpeando, aunque sabía que en la casa no había nadie más que yo.

Sin saber qué hacer, me volví a sentar al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, pensando en qué forma iban a pescar al hombre si no lo habían visto en su vida. ¡Yo lo conocía y no me querían dar la oportunidad de decirlo! ¡Tenía que quedarme encerrado, yo, el único que sabía cómo eran las cosas!

El pensar en Jeanie me dio miedo, a pesar de estar en mi propia casa. Trataba de imaginarme qué le podría hacer a Jeanie un hombre como ése; algo terrible, con toda seguridad; si no, no hubieran llamado a mi padre después de terminar su tarea diaria.

Me levanté y, con las manos en los bolsillos, fui a mirar por la ventana. ¡Qué oscuro estaba todo! La calle solitaria, apenas iluminada por un farol en la esquina. Otra vez pensé en Jeanie, sin tener a nadie junto a ella para que la ayudara. Sin darme cuenta de lo que hacía saqué una cantidad de objetos de los bolsillos: bolitas, clavos, fósforos... y un trozo de tiza...

Permanecí mirando la tiza y recordando cómo Jeanie siempre...

Levanté la hoja de la ventana, y pasando una pierna por el alféizar empecé a apoyarme en la cañería. Vivíamos en el segundo piso de una casa de departamentos. Tal vez una

persona mayor hubiera tenido mucho trabajo para bajar, pero yo con mi poco peso y la ayuda de una enredadera, me deslicé sin mayor dificultad.

Una vez en la calle, salí corriendo, por las dudas de que llegara mi madre; no tenía temor de encontrarme con mi padre, ya que cuando lo llamaban por la noche, pasaban días antes de que volviera a aparecer por casa. Una vez que me alejé del camino que seguía Jeanie, se me acabó la preocupación de que me pudiera encontrar con algún conocido.

Recorrí el camino que hacía todas las mañanas para ir a la escuela, aunque, claro, nunca lo había hecho de noche. Pero no llegué hasta el edificio, sino que me detuve dos manzanas antes, en el lugar del toldo. Todo era diferente a esa hora, las casas me parecían negras y no se veía ningún chico... sólo yo.

Empecé a reflexionar y me dije: "Jeanie compró una caja de tizas anteayer; lo sé porque vi un trozo entero cuando salimos a las tres". Pero aquello no servía, ya que las gastaba muy de prisa. ¿Y si hoy no le hubiera quedado nada?

Doblé por la esquina del toldo, mirando las paredes; no se veía ninguna marca, pero eran más bien vidrieras y puertas, así que no constituían lugar propicio para marcarlas con tiza. Anduve por toda la manzana sin encontrar marcas, hasta que al fin me dije: "Tal vez fuera por el centro de la calle, y mal podía dejar marcas en el aire".

Al llegar a la esquina estaba por volverme, cuando vi una boca de riego que tenía una marca de tiza color rosa alrededor. ¡Eso quería decir que Jeanie había pasado por ese lugar en algún momento de ese mismo día, ya que su casa quedaba en sentido opuesto!

Me puse contento. ¡Ya sabía que iba a dar resultado el buscarla de aquella manera! "¡Apuesto a que la voy a encontrar!" Por un momento, hasta me olvidé de que estaba asustado. Lo que estaba haciendo se parecía a nuestros juegos de niños de guardias y ladrones. Seguí caminando por la otra cuadra y en ésa también había muchas vidrieras; pero encontré un tacho de desperdicios, olvidado seguramente, que también tenía una raya de tiza de color rosa alrededor.

En la cuadra siguiente no había nada, a pesar de que había lugares muy a propósito para garabatearlos; Jeanie no había pasado por ese lugar, así que decidí cruzar a la otra acera. Allí, en un poste de alumbrado, había una marca casi invisible. Ya no me cabía duda de que la suerte me acompañaba.

Caminé unas cuantas cuadras, siempre encontrando alguna marca; hasta que, de pronto, desaparecieron. Busqué y rebusqué, pero no, no había más. ¿Se le habría terminado la tiza? ¿O él la había visto y se la había quitado? No, Jeanie no se separaría jamás de semejante tesoro y, además, ésa era la avenida Allen, muy concurrida durante el día. El hombre no se iba a arriesgar a ser grosero con ella delante de otras personas.

Empecé a caminar hacia la izquierda; sé que a la izquierda está el corazón, y seguí en esa dirección. Era que había lugares muy adecuados para garabatearlos; las casas estaban viejas y descuidadas, pero las marcas de tiza eran maravillosas. Había demasiada tiza, eso era lo malo. Todas las paredes estaban garabateadas y en algunas estaban escritas las palabras que, cuando uno las dice, le lavan la boca con jabón. Pero era tiza blanca, no era la tiza de Jeanie. De pronto, volví a encontrar su rastro; era una raya que sólo se interrumpía cuando había una puerta o una ventana. Era tiza amarilla. Seguramente se le habría acabado la tiza roja, y había empezado con la amarilla.

Era tan difícil de seguir que empecé a correr en lugar de caminar. Mejor no lo hubiera hecho; de pronto, en mi loca carrera, llegué a un pequeño paraje donde había varios hombres. Un auto estaba estacionado en la esquina, con los faros encendidos. Pero lo que más me asustó fue que uno de esos hombres era mi padre, y estaba parado en medio de los otros. ¡Qué salto di hacia atrás! Felizmente, estaba de espaldas a mí, así que no me vio. Oí que decía: "... por alguno de estos lugares. Cuanto antes empecemos a registrar las casas, mejor será.

Uno de los hombres tenía un libro de los que usamos en el colegio, con el nombre escrito en la parte interior de la tapa. Me pareció que era una libro de aritmética.

Me escondí del otro lado del auto, tratando de evitar las luces; la raya de tiza amarilla seguía sin interrumpirse.

Me moría de ganas de encararme con mi padre y decirle: "Papá, no tienes más que seguir esa raya y encontrarás a Jeanie".

Pero no tuve valor, si me llegaba a ver en la calle a esas horas y especialmente después de haberme dejado encerrado, era capaz de darme una paliza delante de todos esos hombres. Así que no tuve más remedio que seguir solo, en la oscuridad de aquel paraje, tras la línea amarilla, y deseando fervientemente que mi padre no se enterara jamás de que yo había pasado por aquel lugar.

No me explicaba por qué Jeanie había tirado los libros; no era tan tonta como para hacer semejante cosa con algo que era propiedad de la escuela, y la prueba de que nada le había pasado era que la raya de tiza continuaba como si tal cosa. La única explicación que encontraba al asunto de los libros abandonados era que tal vez el hombre se ofreció para llevárselos para que Jeanie no se cansara, y en un momento en que ella se distrajo, él los había tirado, pensando que la chica no los necesitaría más. O también podía ser que el hombre le dijera que, como iban a volver pronto, los dejarían allí para recogerlos después.

Pero caminaron mucho, y yo me convencí de que Jeanie jamás se dio cuenta de que sus libros habían quedado abandonados. De pronto, las casas fueron espaciándose hasta que no había más que terrenos baldíos; tampoco había lugares propicios para marcarlos con tiza. Había llegado al límite de la ciudad; el camino seguía, pero ya no había aceras.

Nunca había estado antes por aquellos andurriales, y estaba bastante asustado. La última casa que pasé tenía una marca de tiza, la continuación de la línea debió quedar en el aire, así que me propuse seguir esa línea imaginaria; las perspectivas no me halagaban, ya que el camino era malo y lleno de piedras, además, tenía que arreglármelas para esquivar los contados autos que pasaban.

Algo más lejos (a mí me pareció como a una milla) vi una empalizada de madera; cuando llegué, y tardé bastante tiempo en llegar, me alegré de haberlo hecho. Los soportes de la empalizada, que eran más o menos de mi altura, estaban marcados con tiza amarilla. Hasta esta distancia, Jeanie había permanecido fiel a su costumbre; en horas de la tarde, este lugar debía ser muy solitario; ahora era terrible. Ese camino desierto, con la negrura del campo a los costados, y los altos pastizales susurrando agitados por el viento. Había postes de alumbrado, pero estaban muy lejos uno del otro, así que los trechos oscuros me resultaban muy largos. Todos los postes estaban señalados, lo que quería decir que él tuvo miedo de pedir a alguien que los llevara.

Miré por sobre mi hombro, y las luces de la ciudad eran apenas un resplandor que se reflejaba en el cielo. ¡Qué deseos tenía de volverme! Pero seguía pensando: "No querría estar en los zapatos de Jeanie". Y siendo yo el único que sabía dónde estaba la pobre, ¿cómo me iba a volver atrás. Así que continué en la brecha.

Algo peor me esperaba más adelante; algo en que no quería ni pensar. ¡Los bosques! Eso era lo más negro de todo lo negro que se me iba acercando poco a poco. Era como una gran muralla, que a medida que yo me aproximaba se iba haciendo más alta. ¡Los bosques! Al fin me cercaron y me rodearon como apretándome. Di una última mirada al lugar donde estaría mi padre, y respirando hondo, penetré en los bosques. El camino seguía por el centro y, con las luces, aquella aventura no me resultó tan terrible, después de todo; eso sí, tuve buen cuidado de no mirar más que adelante. Quizá viera algo que no quería ver. En realidad, tenía tanto miedo que lo único que me sentía capaz de hacer era seguir adelante.

Había una marca de tiza en el siguiente poste de alumbrado; en el próximo no... En algún lugar por allí acerca se habían desviado de su ruta. Yo pensaba: "¿Tendré que

internarme entre esos árboles? ¿Y si hay alguien detrás de alguno de ellos, y me salta encima?" Más que asustado me sentía aterrorizado; me parecía que iba a morir sin remedio si me internaba entre esos árboles. Si al menos Eddie Riley estuviera conmigo; pero estaba tan solo...

Probablemente hubiera estado toda la noche tratando de tomar una determinación, pero algo la tomó por mí. De pronto oí un ruido áspero entre los árboles y vi los faros de un auto que venía por el camino. Antes de darme cuenta de nada, salté hacia un lado para que no me atropellara; me pareció que iba a una velocidad fantástica.

El crujido de los frenos me indicó que el auto se había detenido en algún lugar del camino; escondiéndome detrás de un árbol, oí la voz de una mujer que decía: -¡Te digo que no era un animal! ¡Le vi la cara! ¿Qué andará haciendo una criatura sola de noche por estos lugares? A ver si lo encuentras, Frank.

La puerta del auto se abrió y un hombre vino hacia mí, llamándome.

-¡Ven, pequeño; no te vamos a hacer nada! ¡Ven!

Yo deseaba ardientemente correr hacia ese hombre y decirle: "¡Por favor, señor, lléveme con usted!" Pero yo debía pensar en Jeanie y no en otra cosa.

Cuando se acercó más, di media vuelta y salí corriendo de miedo a que me fuera a atrapar y me impidiera encontrar a Jeanie; así fue como me interné en el bosque. Una vez que me alejé un poco, me detuve conteniendo la respiración, no fuera cosa que me oyera. El auto reanudó la marcha y alcancé a divisar entre los árboles la luz roja de su parte trasera.

Cuando uno está en el interior de un bosque, los árboles no son tan tupidos como parecen vistos desde afuera; mi situación era bastante desagradable, pero no tan mala como si estuviera en una jungla o algo por el estilo, como uno lee en los libros. Unos minutos después sucedió algo raro; las copas de los árboles se pusieron rojas, como si se estuvieran incendiando. Poco a poco, ese color rojo fue descendiendo. Al rato, el color se transformó en blanco; entonces me di cuenta de que era la luz de la luna llena. Por un lado, yo estaba mejor que antes, ya que podía ver bien por dónde caminaba; pero, por otro, estaba peor, ya que veía una cantidad de sombras raras que antes no veía, cuando me rodeaba la negrura. Ahora veía demasiado...

Penetré en el bosque sabiendo que no volvería a ver el camino, pero estaba demasiado asustado para preocuparme de ello. De vez en cuando me parecía ver algo, y salía corriendo... en dirección contraria. En una de esas corridas tropecé con una cosa que brillaba a la luz de la luna; lo que vi apresuró los latidos de mi corazón.

Tirada en el suelo, estaba la caja en que Jeanie llevaba su almuerzo a la escuela. Seguramente, pensó traerla llena de caramelos. En ese momento, tuve la certeza de que Jeanie, al llegar a ese lugar, no siguió caminando por su propia voluntad. Seguramente, el hombre le estuvo hablando todo el camino para entretenerla y para que no se diera cuenta de que se iban internado en el bosque y cada vez más lejos. Pero aquí era donde Jeanie había notado que algo andaba mal. Además de la caja, encontré otras cosas; me costó un poco de trabajo, pero encontré dos pedazos de tiza que alguien había pisado y estaban rotos; también encontré la cinta que Jeanie llevaba atada a la cintura; el lazo estaba roto, como si se le hubiera enganchado al querer escapar. "¡Oh, Jeanie!", pensé yo. "¿Te habrá matado?" Un poco más adelante de la negrura en que me encontraba, descubrí un sitio iluminado por la luz lunar; corrí hacia él, apretando en mis manos los efectos de Jeanie. Cuando llegué, supe que ése era el lugar. No veía nada ni oía nada que me lo indicara, pero lo supe, parecía que ese sitio me estuviera esperando. Era un lugar más espacioso que el anterior y en el centro había una casa vieja en estado de abandono; las ventanas no tenían vidrios y parecía deshabitada desde mucho tiempo atrás. Quizás alguna vez fuera una granja; había árboles grandes en la parte posterior, y por delante la ocultaban árboles

pequeños. A la luz de la luna, el viejo edificio parecía decirme: "Ven, pequeño, acércate", para poder devorarme luego.

Di un rodeo, evitando los árboles; ojos misteriosos parecían mirarme desde las negras bocas de las ventanas, esperando que me acercara. Al fin me decidí y me acerqué al lugar en que la casa proyectaba su sombra; allí no me podía traicionar la luz de la luna. Me acerqué a una de las ventanas para escuchar; no podía oír nada a causa de los latidos de mi corazón. Lo más bajo posible susurré: -¿Estás aquí, Jeanie?

Casi me caí muerto después de hablar, pero no oí nada. No me atrevía a ir a la puerta principal, porque la luz de la luna daba de lleno en ese lugar; por lo demás, el porche estaba oscuro como boca de lobo. Sin pensarlo más, me subí a una ventana, tratando de no hacer ruido; en realidad, soy muy bueno en materia de escalar paredes. Una vez adentro, no pude ver absolutamente nada. El edificio me parecía seguir en actitud de espera; pero nada se movió ni hizo ruido alguno. A horcajadas en la ventana, tiré unas piedritas para ver qué pasaba, pero al no suceder nada, me decidí a entrar en aquella pieza o lo que fuera.

Esperé que unas manos me atraparan, pero no pasó nada; poco a poco vi que la luz de la luna iluminaba el frente de la casa, y ella me sirvió de guía. Pasé por un hueco en el que alguna vez hubo una puerta y me encontré en una especie de hall muy iluminado por la abertura de la puerta y por la claraboya que había en el techo; a un costado vi una desvencijada escalera que se perdía en la oscuridad.

Puse la mano en el pilar del pasamanos, armándome de valor; subí despacio, deteniéndome en cada escalón. Estos crujían y en un momento dado me pareció que la maldita casa se venía abajo, pero no pasó nada, ni nadie apareció; yo estaba con la lengua afuera del susto. La casa seguía a la expectativa.

Cuando llegué arriba, encontré a un lado una puerta cerrada; al menos había una puerta; la fui empujando para abrirla. Yo me decía que si alguien estaba detrás de ella, ya me habría oído hacía rato. Estas reflexiones las hacía para conformarme. (Ojalá no hubiera nadie.) Y al fin miré al interior por la abertura.

La pieza debía estar iluminada por la luz de la luna, pero tenía las persianas bajadas sobre las ventanas y sin vidrios. Unos rayitos de luz penetraban por las persianas. Me atreví a susurrar: -¿Estás ahí Jeanie? -esta pregunta la hice una vez en cada pieza; en la última, alguien tosió en respuesta a mi pregunta. Me tapé la boca con la mano para no gritar. Transpiraba como si fuera verano, a pesar de estar en pleno invierno. De pronto, me quedé helado, al volver a oír la tos. Parecía la tos de una criatura, y reuniendo el poco valor que me quedaba me apoyé en la puerta para reprimir el deseo de correr escaleras abajo. Pensándolo bien, me parecía más bien un pedido de socorro.

En el suelo había un montón de desperdicios, o lo que fuera; volví a llamar un poco más fuerte: -¡Jeanie! -en el colmo de mi desesperación, los bultos o lo que fuera, que había en el suelo, empezaron a moverse. Me parecía que de ese promontorio salían ratas... o víboras. Me sujeté firmemente de la puerta para no caer redondo al suelo.

Lo que salió de ese promontorio fueron dos pies; dos pies pequeños. Uno era negro, porque tenía una media puesta; el otro era blanco y estaba sin media. El miedo se me pasó repentinamente, porque sabía. Aun en la semioscuridad podía ver la blusa; el motivo por el cual tosió era que tenía una mordaza.

Corrí un buen riesgo y encendí un fósforo; podría haber subido las persianas, pero eso me iba a llevar más tiempo. La luz del fósforo nos indicó que no había nadie más que nosotros en la habitación. Los ojos de Jeanie brillaban, pero estaban ojerosos de tanto llorar. Observé el nudo de la mordaza y después apagué el fósforo; necesitaba las dos manos para deshacer el nudo.

Me fue bastante bien, ya que soy diestro en esta clase de cosas. Jeanie tenía las manos atadas a la espalda y los pies sujetos en forma muy apretada; las manos me resultaban algo

pequeñas para esta faena. Me pareció que pasaban siglos mientras terminaba; a cada momento tenía el presentimiento de que unas manos se posesionaban de mi cuello.

Pasándole el brazo por la espalda, la ayudé a sentarse; Jeanie lloró un poco más, tal vez porque ya había adquirido la costumbre.

-¿Hacia dónde se fue? -le pregunté.

entre sollozo y sollozo salió un hilito de voz.

-N-o... sé -me contestó al fin Jeanie.

-¿Hace mucho que no lo ves?

-Desde que apareció la l-u-n-a.

-¿Salió de la casa?

-Me pareció oír sus pasos afuera.

-Tal vez se ha ido para siempre -dije esperanzado.

-No... Dijo que iba a cavar un pozo y... que volvería después... para...

-¿Para qué?

-Para matarme con ese cuchillo; me arrancó un pelo y delante de mí probó en él el cuchillo, para ver si estaba bien afilado.

Los dos miramos a nuestro alrededor poseídos de un terror inimaginable.

-Salgamos de aquí. ¿Puedes caminar? -dije de pronto.

-Tengo las piernas dormidas -dijo Jeanie.

Al ponerse de pie, una de sus piernas se le dobló y yo la sujeté para que no cayera.

-Apóyate en mí -le aconsejé.

Salimos de la pieza y después bajamos la escalera, llegando al hall iluminado por la luna. ¡Si alcanzáramos a salir!

Caminamos lo más silenciosamente posible, y la circulación en las piernas de Jeanie se iba restableciendo poco a poco, así que nuestro avance era cada vez más fácil.

-No hagas ruido, puede estar esperándonos -le advertí.

De pronto, sucedió lo que me temía. Un estruendo que pareció el disparo de un revólver nos dejó paralizados. La tabla en que estábamos parados se dobló quebrándose en dos. Lo peor de todo fue que uno de mis pies quedó aprisionado y no lo podía sacar.

Trabajamos como si fuéramos un regimiento, Jeanie y yo, para sacar mi pie del cepo en que había quedado atrapado; lo tenía encajado de tal forma que ni siquiera podía sacarlo quitándome el zapato.

Al final renunciamos y nos sentamos en el penúltimo escalón, resignándonos a nuestra suerte... y a esperar.

-Jeanie, vete -le decía yo-. Vete mientras puedas, y sigue el camino a la luz de la luna...

Jeanie se me pegaba como si fuera de engrudo, y me decía: -¡No, no! No me voy sin ti. Si tienes que quedarte yo me quedaré también. No sería justo.

Estuvimos un rato sin cambiar una palabra, escuchando..., escuchando con toda atención. De vez en cuando, tratábamos de animarnos diciendo cosas que sabíamos no eran ciertas.

-Tal vez no vuelva hasta que sea de día y para entonces alguien nos habrá encontrado.

-¿Pero quién iba a venir a una casa abandonada en medio del bosque?

El era el único que conocía la existencia de aquella casa.

-Tal vez no vuelva más.

Pero si no pensaba volver, no se habría tomado el trabajo de atarla de esa manera; los dos sabríamos esas cosas.

-¿Por qué crees que lo hizo? Yo nunca le hice nada malo -me dijo Jeanie una vez.

Yo recordé algo que había oído decir a mi padre en ocasión de la desaparición de Millie Adams.

-Es un camótico escapado o algo por el estilo.

-¿Te hicieron algo a ti? -preguntó Jeanie.

Yo sólo sabía que mucho tiempo después la habían encontrado en el bosque bajo unos diarios viejos. Pero eso no se lo podía contar a una chica como Jeanie.

-Me parece que en la escuela te van a embromar mucho después -le dije en son de broma.

-El no hacía más que beber de una botella y cantar en forma desafinada; después me mostró qué afilado estaba el cuchillo, y para eso me cortó uno de mis rizos, y se lo envolvió en un dedo.

Oímos pasos sobre el pedregullo fuera de la casa, y nos abrazamos tan fuerte que parecíamos una sola persona.

-¡Rápido, corre! -le dije al oído.

Jeanie estaba tan asustada que no pudo hablar; solamente sacudió la cabeza.

Pasó un momento en el que todo fue silencio, y nos hablamos en voz baja.

-Tal vez fue algo que cayó de los árboles.

-A lo mejor se queda afuera...

Los dos vimos la sombra al mismo tiempo; la luz de la luna le daba de lleno, y parecía que estaba parado en la puerta del frente, escuchando. Al principio no se movió; yo veía con toda claridad sus hombros y su cabeza.

Nos apretamos contra la pared, tratando de permanecer a la sombra; pero mi pie no salía de su fastidiosa posición, y la blusa de Jeannie era muy blanca.

La sombra empezó a moverse y a acercarse, se iba agrandando como una mancha de tinta sobre el papel secante. Al fin me pareció muy larga, como si usara zancos. Ahora estaba en el hall; él, no su sombra.

-Esconde la cara en mi hombro, no lo mires, así tal vez no nos vea -le dije con la boca pegada a la oreja. Yo miraba a través del cabello de Jeanie.

El piso crujió un poco, lo que me dio a entender que el hombre empezaba a caminar..., y tal vez a subir la escalera. Parecía un gato, tan furtivos eran sus movimientos. No nos había visto todavía, ya que venía de la claridad de la luna. Paso a paso se iba aproximando a nosotros. Jeanie quiso volver la cabeza, pero yo se la sujeté.

De pronto, el hombre se detuvo, y quedó inmóvil. Seguramente, había visto la blusa de Jeanie. Oímos un chasquido y una luz amarillenta nos iluminó; no era muy brillante, pero sí lo suficiente para vernos.

Yo tenía razón, era el hombre que se paraba bajo el toldo. ¿Pero de qué me servía eso ahora? ¡Esos largos brazos, los ojos saltones!

El tipo sonrió, y dijo: -¿Así que mientras me alejé vino un muchachito? ¡Y no pudieron escapar...! ¡Ja, ja! -el individuo subió otro escalón-. No me gustan los pequeños, pero ya que se tomó el trabajo de venir, tendré que hacer la fosa un poco más grande.

Yo quise sacar el pie de su incómoda posición y al mismo tiempo alejarme lo más posible de aquel monstruo. Jeanie parecía un ovillo a mi lado. Haciendo un esfuerzo, encontré voz para hablar.

-Váyase, déjenos solos! ¡Salga!

El hombre se acercó más, y ya se inclinaba sobre nosotros cuando yo grité: -¡Papá! ¡Ven pronto! ¡Papá!

-¡Sí, llama a tu papito! -dijo alargando uno de esos largos brazos, como para tirar de la blusa de Jeanie-. Llama a tu papito. Te encontrará cortado en pedazos; le mandaré por correo un trozo de oreja tuya.

Yo ya no sabía lo que hacía. Empecé a golpear al hombre con la pierna que tenía libre, mientras sostenía a Jeanie en los brazos. Mi pie lo alcanzó en el estómago en forma inesperada para él; lanzó una exclamación: -¡Uf!

El match continuó; la escalera crujía, produciendo ruidos como fuegos artificiales o una andanada de cañones. En esto resbaló y cayó rodando por la escalera, levantando una nube de polvo. Cuando por fin pude ver algo, observé que a la escalera le faltaba un buen trecho,

aunque no muy grande como para no poder saltarlo; la baranda estaba colgando, y lo mejor de todo era que mi pie estaba libre al fin.

El hombre yacía al pie de lo que fuera una escalera, pero no parecía muy mal herido, ya que estaba tratando de incorporarse. Buscó algo apresuradamente en los bolsillos, y en una mano apareció un objeto que brillaba.

-¡Pronto, Jeanie, mi pie ya está libre! -le grité, y los dos salimos corriendo usando las manos y los pies.

Nos metimos en la pieza en que había estado Jeanie y cerramos la puerta. El hombre tenía que subir despacio para que la escalera no se derrumbara, así que tuvimos tiempo de buscar cosas pesadas con que apuntalar la puerta; desgraciadamente, no había nada que pesara mucho; sólo encontramos dos cajas vacías.

No podíamos saltar por la ventana porque era muy alta, y Jeanie se hubiera lastimado; yo mismo me habría roto un brazo en la intentona. Por lo demás, para entonces el hombre ya estaría arriba.

Tomando los dos cajas, las pusimos una sobre otra, y nosotros nos apoyamos en ellas para hacer peso. Podíamos oír al hombre subiendo con cautela mientras juraba y nos maldecía. Pasado un momento, pudimos oír cómo su ropa rozaba la fina pared que nos separaba. Al llegar arriba soltó una carcajada escalofriante y empezó a empujar la puerta; ésta cedió un poco, pero nosotros la soportábamos con todas nuestras fuerzas.

Volvió a darle un empujón, pero esta vez no la pudimos cerrar del todo; yo sentía su aliento, tan cerca de nosotros estaba.

-¿No deberíamos rezar? -me preguntó Jeanie.

-Sí -le contesté yo, mientras seguía empujando.

Jeanie empezó a orar a mis espaldas.

-Si yo muriera antes de despertar, ruego a Dios, que...

El hombre empujó más fuerte y esta vez se podía decir que la puerta estaba casi abierta del todo; yo no podía más. Uno de los brazos de aquel monstruo pasó por la abertura, como para alcanzarnos.

-¡Reza más fuerte! ¡Oh, Jeanie, reza para que te oigan! ¡No puedo más...!

La voz de Jeanie se elevó en un grito.

-¡Si yo muriera antes de despertar...!

El último empujón fue el final de todo. Rodamos por el suelo, Jeanie, yo, las cajas, la puerta... Esto nos dio un momento de alivio, porque el hombre fue a parar al centro de la habitación, perdió un instante antes de incorporarse. Yo le lancé una de las cajas, y Jeanie y yo nos separamos; él la siguió, blandiendo el cuchillo. Yo me iba para el hall, pero tuve que volverme. Jeanie se había equivocado, y el hombre la tenía acorralada. Lo único que hacía la pobre era correr de un lado para otro frente a las ventanas; el tipo brincaba de un sitio a otro con el cuchillo en la mano. Jeanie y yo gritábamos como locos; aquella casa, tan tranquila unos momentos antes, parecía ahora un manicomio.

Tomando una de las cajas se la lancé con todas mis fuerzas; le dio en la nuca y por un momento estuvo como atontado. Pero la caja no pesaba mucho, ya que estaba vacía. Se volvió hacia mí, furioso.

-¡Dentro de un minuto me ocuparé de ti! -me gritó.

Al decir esto revoleó los brazos queriéndome atrapar como si yo fuera un mosquito.

Con el dorso de la mano alcanzó a pegarme en la cabeza; a consecuencia del golpe fui a dar contra la pared. Vi un cometa con una cola muy larga en el momento en que me deslizaba al suelo. Lo último que alcancé a ver fue al hombre en el momento en que le cubría la cabeza a Jeanie con una de las bolsas que habíamos visto antes. El cometa se fue haciendo cada vez más brillante, hasta que pareció dividirse en varios, pero esta vez los veía por la abertura de la puerta; después vi unos hombres que llevaban unas linternas como la que usa mi padre, y hasta me pareció que uno de ellos era él. Pero no, no podía

ser; todo era producto del mareo. Me quedé dormido, deseando despertar a tiempo para salvar a Jeanie.

Cuando desperté, me pareció que estaba flotando entre el suelo y el techo; lo mismo le sucedía a Jeanie. Me parecía que los dos nos balanceábamos en el aire. Pensé que estábamos muertos y convertidos en ángeles. La realidad era otra. Un hombre tenía en los brazos a Jeanie y otro me tenía a mí.

-Cuidado con las escaleras -dijo uno de ellos.

Ninguno de los que venía era mi padre; de pronto, lo vi, manoteando con un cuchillo en la mano, mientras uno que estaba con él trataba de sujetarlo. Mi padre decía: -¡Qué lástima que no llegué antes! ¡Difícilmente lo hubiera dejado vivo! ¡Sin testigos delante...!

A Jeanie y a mí nos llevaron al médico en cuanto llegamos a la ciudad; dijo que estábamos bien, sólo que, durante un tiempo, tendríamos pesadillas. Yo me pregunté cómo sabía de antemano qué clase de sueños tendríamos. Cuando volvimos a casa le pregunté a mi padre:

-¿Estuvo mal lo que hice? ¿Cómo me porté?

Mi padre se sacó la insignia y me la prendió en mi pijama.

-Pareces un detective -fue todo lo que me contestó.

¡Ah! Casi me olvido de decir una cosa: a Jeanie no le gustan más los caramelos.

Aventura en la Mansión de las Tinieblas

Ellery Queen

Traducción de Eugenia Candelón

—Y esto —dijo el señor Dieudonné Duval moviendo el bigote— es de una ingeniosidad incomparable, amigo mío; tal vez no sea yo el más indicado para decirlo, pero si lo mira bien... ¿No le parece, como dicen ustedes, algo fantástico?

Ellery Queen se secó el sudor frío del cuello y se sentó en un banco situado enfrente de la callejuela de las diversiones.

—Sí, en realidad, es algo fantástico, mi querido Duval. Comparto su entusiasmo creador... ¡Djuna, por Dios misericordioso, quédate quieto!

El sol de aquella tarde tropical era insoportable; hacía rato que sentían la ropa adherida al cuerpo.

—Entremos —sugirió Djuna con un dejo de esperanza en la voz.

—No entremos, y digamos que hemos entrado —gimió Ellery Queen estirando las largas piernas. Durante todo el verano, había estado prometiendo a Djuna aquella calaverada; pero no había contado con la Ley de las Compensaciones. Ya llevaba dos horas de agobiadora actividad en compañía del señor Duval, ese demonio incansable creador de fantásticas escenografías, y otra de las extraordinarias amistades de Queen; estas dos horas de recorrido por las dependencias del Parque de Diversiones habían acabado con las energías del señor Ellery Queen. En cambio, la juventud radiante de Djuna estaba tan fresca como la brisa que venía del mar.

—Verá que es de lo más divertido —dijo Duval con entusiasmo, mostrando sus blancos dientes—. Es mi obra maestra en Joyland.

Joyland era algo nuevo en el condado, un modelo como parque de diversiones; montado con precisión, ofrecía ingeniosos entretenimientos y diversiones mecánicas, todo ello planeado por Duval, y, además, tenía la ventaja de no ser igual a ningún otro parque en la costa del Atlántico.

—¡La Mansión de las Tinieblas...! ¡Esto es inspiración!

—Creo que ha de ser una maravilla —dijo Djuna mirando a Ellery Queen con astucia.

—Tus adjetivos han de quedar cortos, Djuna —dijo Queen volviendo a secarse el cuello.

La Mansión de las Tinieblas, que quedaba al otro lado del paseo, no parecía muy divertida, ni aun para un caballero de gustos no muy católicos. Era más bien una visión de pesadilla, que combinaba la realidad con la ficción; una imaginación diabólica había ideado sus muros y techos inclinados. Le recordaba a Ellery, aunque tuvo el tacto suficiente para no decírselo al señor Duval, una película alemana que se titulaba El gabinete del doctor Calegari. Esa casa no representaba nada normal ni decente, con sus simuladas y rotas puertas y ventanas, a más de sus decrepitos balcones. Construida sobre un terreno rectangular, los tres cuerpos del edificio daban a un patio convertido en una calleja fantasmagórica, con mal empedrado y retorcidos postes de alumbrado; el costado del rectángulo que quedaba libre estaba ocupado por la taquilla y una baranda. Ellery pensaba con desconsuelo que la callejuela era sólo la antesala de lo que habría detrás de los surrealistas muros.

—Si me permiten que me aleje por un momento —dijo el señor Duval levantándose—, nada más que un momento, volveré para que visitemos... ¡Perdón! —inclinó la cabeza en forma pedante, y se dirigió a la taquilla, donde un joven con uniforme arengaba a un pequeño grupo de personas. Ellery Queen cerró los ojos suspirando; el parque nunca estaba muy concurrido, pero aquella tarde de verano estaba casi desierto. Los altavoces ocultos en estratégicos lugares propalaban músicaailable que llegaba hasta los rincones más alejados.

— ¡Qué raro! —dijo Djuna, masticando ruidosamente maíz tostado.

—¿Qué? —preguntó Queen mirando a Djuna con ojos soñolientos.

—Quisiera saber a dónde va tan de prisa.

—¿Quién? —Queen abrió más los ojos y miró en la dirección que mostraba Djuna. Un hombre corpulento, de cabellos grises, caminaba con paso diligente por la avenida; llevaba traje oscuro, y el sombrero caído sobre los ojos. En la cara perlada de sudor y en su porte se leía una obcecada determinación.

— ¡Uf! —dijo Ellery haciendo una mueca—. A veces me pregunto de dónde saca la gente tanta energía.

—Es raro, de veras —murmuró Djuna entre una y otra masticada.

—Muy raro —dijo Ellery volviendo a cerrar los ojos—. Has tocado un punto interesante; nunca se me había ocurrido, pero, en realidad, hay algo extraño en un hombre que camina apurado en un parque de diversiones. ¿No será el "Conejo Blanco"? Los habitantes de Joyland han de ser inveterados caminantes. Un fastidioso problema... —terminó Ellery con un bostezo.

—Debe de estar loco —dijo Djuna.

—No, no, hijo; ésa es la deducción de un malpensado. Una deducción comienza con la observación de que el señor Conejo no ha venido al parque con el objeto de divertirse; para él, Joyland es sólo un camino hacia su meta. Mejor dicho, para el señor Conejo, fíjate en el corte de su arrugado traje, Joyland ni siquiera existe. Ha pasado por el Infierno del Dante y por el peligroso Dragón... como si estuviera ciego, o como si esos lugares fueran invisibles. ¿El diagnóstico? Una cita, tal vez con una dama, y el caballero está retrasado. *Quot erat demonstrandum...* ¡Por favor, Djuna, termina tu alimento petrificado, y déjame en paz!

—Se terminó —dijo Djuna tristemente, mirando la bolsa vacía.

— ¡Aquí estoy! —exclamó una voz con acento galo. Al oírla, Ellery reprimió un gemido. Casi en seguida, el señor Duval estuvo junto a ellos.

—¿Vamos? Les prometo el entretenimiento más divino... ¡*Ouch!* —El señor Duval retrocedió unos pasos; Ellery se irguió alarmado; pero no era más que el hombre corpulento, que en su apuro tropezó con el vivaz hombrecillo, y casi le hizo perder el equilibrio.

—¡*Cochon!* —dijo el señor Duval con ojos relampagueantes, y encogiéndose de hombros miró al hombre que se alejaba.

—Aparentemente —dijo Ellery Queen—, nuestro Conejo Blanco no puede resistir la atracción de su obra maestra, amigo Duval. ¡Habrás escuchado las alabanzas de sus pregoneros!

—¿El Conejo Blanco? —dijo el francés, intrigado—. ¡Ah, claro, es un cliente, y uno no debe enojarse con ellos! ¡*Voilà!* Entren, amigos.

El hombre corpulento interrumpió su marcha de improvisado, y se abrió paso entre los que escuchaban al joven de uniforme. Ellery suspiró, levantándose, y se dirigieron al camino.

El joven de uniforme hablaba en tono confidencial:

—Señoras y caballeros, si no han visitado la Mansión de las Tinieblas, piensen que no han venido a Joyland. ¡Nunca hubo nada tan emocionante! Es nuevo, es diferente. ¡No hay nada igual en el mundo entero! ¡Terrorífico! ¡Horripilante!...

Una joven esbelta hablaba con un hombre de edad y le decía riendo:

—¡Mira, papá, entremos, nos vamos a divertir mucho!

Ellery vio la cabeza blanca que asentía con agrado; la joven se dirigió a la taquilla. El viejo no soltó el brazo de la joven; tenía una curiosa forma de caminar que intrigó a Ellery. La joven compró dos entradas, mientras el viejo se apoyaba en la baranda.

— ¡La Mansión de las Tinieblas!... —continuaba el joven orador de uniforme— ...es justamente eso. No hay una sola luz. ¡Deben buscar el camino como puedan! Y si alguno

no se siente bien..., tanto peor... Me parece que el caballero del traje castaño está algo asustado. No se asuste, nos hemos preocupado hasta por los débiles de corazón.

—No es cierto —protestó una voz de bajo profundo. El caballero del traje castaño resultó ser un negro imponente, vestido en forma impecable; el único contraste en el color de piel y traje era el sombrero de paja. Una negrita simpática se le colgaba del brazo.

—Ven, linda. Vamos a mostrarles que no tenemos miedo. ¡Eh, señor; déme dos entradas!

La pareja caminó detrás de la joven esbelta y su padre.

—Pueden andar durante horas en la oscuridad —continuaba el entusiasta pregonero— sin encontrar la salida. En caso de que no puedan resistir, hay unas pequeñas flechas verdes, distribuidas a lo largo de los pasillos, que señalan una puerta invisible; si siguen la dirección de la flecha, atravesarán esa puerta, y se encontrarán en un pasillo oscuro que rodea toda la mansión y que termina en el... fantasmal sótano, el salón de reuniones que está abajo. No traten de salir por esa puerta, porque se quedarán afuera; la puerta se abre en una sola forma, hacia afuera. No podrán volver a entrar en la Mansión de las Tinieblas otra vez. Por lo demás, nadie se fija en las flechas verdes, todos siguen las rojas...

Un hombre barbudo y desaliñado, con un maltrecho sombrero y una corbata no mucho mejor, se acercó a comprar una entrada. En la mano llevaba una valija chata del tipo que usan los artistas.

—¿A qué se debe, Duval, la idea de las flechas? —preguntó Ellery.

—¿Las flechas? —el señor Duval sonrió como pidiendo disculpas—. Es una concesión a los viejos, los enfermos y los miedosos. En realidad, mi obra maestra le pone los pelos de punta a cualquiera. Así que no tuve más remedio que... idear un pasillo para permitir la salida en un caso de apuro; sin esa idea, como dice ese admirable joven, uno puede deambular durante horas en el interior. Por lo demás, las flechas no interrumpen la oscuridad.

El joven continuaba con la explicación:

—Si ustedes siguen las flechas rojas, encontrarán la salida... tal vez. Algunas son indicadoras, otras... Pero eventualmente... Después de encontrar aventuras tan excitantes... Señoras y caballeros, por el precio de...

—Vamos —imploró Djuna, entusiasmado por la propaganda—; yo apuesto que será muy divertido.

—Apuesto —dijo Ellery sombríamente, mientras el grupo de curiosos empezaba a empujarse y a dispersarse en derredor. El señor Duval sonrió con deleite, y haciendo una reverencia entregó dos entradas a Ellery y su acompañante.

—Los esperaré aquí, amigos —dijo Duval—. Tengo curiosidad de oír sus comentarios acerca de mi pequeña *Maison des Ténèbres*. Vayan con Dios —terminó diciendo con regocijo.

Como Ellery pareciera indeciso, Djuna se adelantó demostrando apuro, internándose por el camino cercado hasta una puerta situada en un ángulo inverosímil. Un portero tomó las entradas, señalando con el pulgar el camino a seguir; la luz del día se abría paso con dificultad y dejaba ver unos escalones medio derruidos.

—¿Una cripta? —murmuró Ellery entre dientes—. ¡Ah, el sótano fantasmal! ¡Ayyy, Diudonné, con cuánta satisfacción lo estrangularía!

Se encontraron en una cámara con aspecto de sótano, muy angosta y apenas iluminada por unas bombillas eléctricas festoneadas de falsas telarañas; además, las paredes estaban agrietadas, y en el ambiente parecían flotar la humedad y el moho. Todo esto estaba presidido por un cortés esqueleto, que tomó el sombrero "Panamá" de Ellery y le entregó en cambio un disco de metal; el sombrero lo colocó en uno de los compartimientos de un largo estante de madera. Ellery observó que el estante estaba casi vacío, apenas ocupado por la valija, tipo caja de artista, y el sombrero de Leshorn del hombre de la cabeza blanca,

y algunos otros casilleros ocupados. El rito era escalofriante, y Djuna se estremeció con anticipación. La cámara estaba dividida en dos partes por una reja de hierro; Ellery razonó que los visitantes terminaban su aventura al otro lado de la reja, allí obtenían la devolución de sus pertenencias a través de una ventanilla situada en la misma reja, subiendo a la bendición de la luz diurna por una escalera que se hallaba en el ala derecha.

—Venga —volvió a decir Djuna—. ¡Qué despacio camina! Éste es el camino para entrar —añadió acercándose a una ridícula puerta que tenía escrita arriba la palabra "Entrada". De pronto, se detuvo y esperó a Ellery, que caminaba con indecisión detrás de él—. Lo vi —susurró.

—¿Eh? ¿A quién?

—El. ¡El Conejo!

—¿Dónde? —preguntó Ellery, sorprendido.

—Acaba de entrar —dijo Djuna achicando los ojos de mirada traviesa—. ¿Cree que su cita será aquí?

—Lugar bien incómodo eligió para una cita —dijo Ellery, mirando la extraña puerta con recelo—. Aunque tal vez no tanto... Bueno, Djuna, no es asunto que nos concierne. Tomemos nuestra medicina como hombres, y tratemos de ahuyentar al diablo. Yo entraré primero.

— ¡Yo primero!

—Sobre mi cadáver. Le prometí a papá Queen llevarte de vuelta sano y salvo... Tómate de mi chaqueta, y bien firme... ¡Allá vamos!

Lo que sigue es una verdadera historia. El clan de los Queen, como muy a menudo lo señala el inspector Richard Queen, tiene pasta de héroes; y a pesar de ser de tales la sangre que corre por las venas de Ellery, esa tarde se abrió paso tembloroso y desesperado, deseando estar a miles de leguas del lugar.

El sitio resultó diabólico desde el principio; después de atravesar el umbral, propio de la imaginación de un lunático, bajaron un tramo de escalones, tropezaron con algo que lanzando un horrible alarido desapareció corriendo. Ya, en ese momento, conocieron las torturas de los condenados. No tenían forma de orientarse; los rodeaba la oscuridad más negra y espesa que Ellery hubiera tenido la desgracia de conocer. Todo lo que podían hacer era caminar agrupados, adelantando los pies en forma vacilante, y desearse buena suerte; hasta era materialmente imposible verse las manos.

Tropezaban con muros que los repelían con descargas eléctricas, mientras pisaban objetos que parecían huesos provistos de un sonido quejumbroso. Después siguieron una pequeña flecha roja sin brillo, y encontraron un agujero en la pared, suficiente para una persona, siempre que pasara gateando. No estaban preparados para lo que encontraron al otro lado; un suelo que se hundía peligrosamente bajo sus pies, y que, para espanto de Ellery, se inclinaba suavemente y los empujaba al otro lado de la habitación, si es que aquello era una habitación. De ahí fueron a dar a una superficie acolchada, situada unos tres pies más abajo. Entonces vino el momento de los huidizos escalones, que uno se apuraba en subir, sólo para comprobar que no conducían a ninguna parte, ya que estaban sujetos a un mecanismo giratorio. Otros incidentes desagradables fueron: el muro que caía sobre las cabezas, el pasillo del laberinto (cuya anchura para los hombros de un hombre normal, pero su altura apenas para un enano que caminara erguido); las ráfagas de aire helado que pasaban por entre las piernas, el cuarto del terremoto, y otras tantas cosas agradables muy propias de esta morada. Y para desgastar más los arruinados nervios, el aire estaba lleno de crujidos, chillidos, silbidos, golpes y explosiones, formando todos una sinfonía digna de una casa de orates.

—Divertido, ¿no? —gruñó débilmente Ellery, aterrizando con la parte baja de la espalda, después de un resbalón imprevisto. Y agregó algunas cosas desagradables respecto del señor Dieudonné Duval—. No veo nada, ¿y tú?

—Está muy oscuro —dijo Djuna aferrándose al brazo de Ellery.

—Puede ser que esto resulte algo —dijo Ellery mientras tocaba una superficie lisa que parecía de vidrio. Era un panel estrecho y más alto que él, y por las molduras de los costados daba la idea de una puerta o ventana. Pero por más que buscó no encontró manija ni pestillo de ninguna especie; sacó su cortaplumas y empezó a raspar el vidrio, porque algo le decía que estaba cubierto de una capa de pintura opaca. Al cabo de varios minutos, sólo consiguió ver una pequeñísima vislumbre—. Aquí no es —dijo desalentado—. Es el vidrio de una puerta o ventana, y la luz que entra me sugiere que da a un balcón; tal vez sobre el patio. Tenemos que encontrar...

— ¡Huy! —chilló Djuna en algún sitio detrás de Ellery. Se oyó un ruido raspante seguido de un golpe. Ellery dio un brinco.

— ¡En nombre del cielo, Djuna...! ¿Qué te pasa? La voz del joven se oyó muy cerca.

—Estaba buscando por dónde salir, y... y resbalé en algo y me caí.

—Oh... —dijo Ellery aliviado—. Por tu tono de voz creí que habías sido atacado por un duende precursor de la Parca. No es la primera vez que te caes en este maldito lugar.

—P-p-pero, es húmedo —balbuceó Djuna.

—¿Húmedo? —Ellery se agachó buscando a tientas, hasta que encontró una temblorosa mano—. ¿Dónde?

—En el s-suelo. Se me pegó en la mano cuando resbalé..., la otra mano. Es algo húmedo... y pegajoso..., tibio.

—Húmedo, pegajoso y ti... —Ellery no terminó la frase; buscó en el bolsillo el lápiz-linterna. Al apretar el botón, presentía un drama. Era una sensación irreal, pero curiosamente definida en esa oscuridad. Muy próxima sentía la respiración jadeante de Djuna...

La puerta era moderadamente normal, con una leve sugestión cubista en el marco; el dintel bajo y la manija pequeña. La puerta estaba cerrada; desde el otro lado se filtraba un líquido viscoso de color rojo oscuro.

—Muéstrame la mano —dijo Ellery con voz desprovista de emoción. Djuna obedeció y alargó la mano, pequeña y delgada. Ellery se fijó especialmente en la palma; estaba roja. Ellery la olió, sacó su pañuelo y limpió aquella mano—. ¡Bien! Esto no es olor a pintura, ¿eh, Djuna? Y no me atrevo a pensar que Duval se deje llevar por el entusiasmo hasta el punto de desparramar algo en el suelo para empeorar el ambiente; no, creo que le queda algo de sentido común —Ellery hablaba desviando la mirada desde la mancha en el suelo a la cara horrorizada de Djuna—. Bueno, hijo. Vamos a abrir esa puerta.

Empujó, y la puerta, después de ceder un centímetro, volvió a quedar firme. Apretando los labios, embistió con más fuerza aún. Había algo pesado que obstruía el paso de la puerta. Poco a poco fue cediendo, y...

Deliberadamente ocultó la visual de Djuna; paseó el delgado rayo luminoso de la linterna en todo lo que le permitía la abertura de la puerta. La habitación era de forma octogonal, desprovista de muebles; eran solamente ocho paredes, el techo y el suelo. Había otras dos puertas, además de aquella en que Ellery estaba parado; las dos estaban cerradas, y sobre una de ellas había una flecha roja, y encima de la otra una de color verde... Desviando el rayo de luz, trató de ver lo que obstruía la abertura.

El hilillo luminoso se posó sobre algo ancho y oscuro; era una masa informe tirada en el suelo, completamente inmóvil. Parecía una figura doblada en dos; la luz se detuvo en cuatro orificios oscuros por los que la sangre había manado, empapando la chaqueta antes de llegar al suelo.

Ellery dijo algo a Djuna, se arrodilló y levantó la cabeza de la figura. Se trataba del corpulento Conejo Blanco: estaba muerto.

Cuando Ellery Queen se incorporó, parecía abstraído; paseó el haz de la linterna por el suelo, vio un reguero de sangre que atravesaba la habitación. Un poco alejado del cuerpo

había un revólver de caño corto; el olor a pólvora todavía flotaba en el aire.

—¿Está..., es-tá? —preguntó Djuna con un susurro.

Ellery Queen tomó al joven por un brazo, y se dirigieron a la pieza que acababan de dejar; con la linterna iluminó el vidrio que había empezado a rasgar. Ellery le dio un puntapié y el vidrio cayó en pedazos, dejando pasar la luz del día; Ellery sacó los pedazos que faltaban para que la abertura le permitiera el paso, y salió, encontrándose en uno de los fantásticos balcones que daban sobre el patio interior de la Mansión de las Tinieblas. Allí abajo la gente empezaba a apiñarse atraída por el ruido de vidrios rotos; Ellery vio a Duval cerca de la taquilla, en animada conversación con un oficial de traje color kaki. Era un miembro del cuerpo policial de Joyland.

—¡Duval! —gritó Ellery—. ¿Quién ha salido de la casa?

—¿Qué? —preguntó el francesito.

—Desde que yo entré, ¿quién? ¡Vamos, hombre, no se quede ahí como embobado!

—¿Que quién ha salido? —el señor Duval se humedeció los labios, mirando con ojos en los que el miedo estaba reflejado—. Pero, nadie ha salido, señor Queen... ¿Qué pasa? ¿Tiene la cabeza..., el sol..., tal vez?

— ¡Bien! —gritó Queen—. Eso quiere decir que todavía está en este maldito laberinto. Agente, llame a la policía del condado, y fíjese que nadie salga. Arreste a cualquiera que salga. ¡Un hombre ha sido asesinado aquí dentro!

La nota estaba garabateada por una mano femenina, y decía así: "Querido Anse: Tengo que verte; es muy importante. Encuéntrame en el lugar de antes, Joyland, el domingo por la tarde a las tres; en la Mansión de las Tinieblas. Tendré mucho cuidado de que nadie me vea, en especial esta vez. Él sospecha algo. No sé qué hacer. ¡Te amo, te amo!... Magde."

El capitán de detectives del condado, Ziegler, hizo crujir los nudillos y dijo:

—Por eso lo despacharon, señor Queen. Se lo encontré en uno de los bolsillos. ¿Quién es Magde, y quién es el que "sospecha"? ¿Quién...?

La habitación estaba surcada en todas direcciones por las luces de varias linternas, que los policías parecían manejar en forma extravagante de acuerdo con el lugar; una linterna más poderosa daba de lleno sobre el cadáver. Seis personas estaban alineadas contra la pared; cinco de ellas miraban como magnetizadas el bulto informe en el suelo. El sexto, el hombre del cabello blanco, todavía apoyado en el brazo de la joven esbelta, miraba simplemente delante de sí.

— ¡Hum! —gruñó Ellery recorriendo con la mirada a los seis detenidos—. ¿Está seguro, capitán Ziegler, que no hay nadie escondido en la Mansión?

—No, éstos son todos. El señor Duval hizo parar el mecanismo, y nos acompañó para buscar en todos los rincones, y hasta en las grietas. Así que, desde el momento que nadie ha salido de este agujero infernal, el asesino tiene que ser uno de estos seis —Ziegler miró a los detenidos; todos parpadearon menos el viejo de pelo blanco.

—Duval —murmuró Ellery. El interpelado dio un respingo; estaba pálido como un muerto—. ¿No hay alguna forma secreta para salir sin ser visto?

—¡Ah, no, no, señor Queen! En seguida puedo procurarme una copia de los planos para...

—No es necesario.

—El... salón de... asambleas es el único lugar por donde se puede salir... Esto tenía que pasarme... —dijo Duval tartamudeando.

Ellery le habló a una mujer elegante, vestida de negro, que se apretaba contra la pared.

—¿No es usted Magde? —preguntó Ellery, recordando que era la única persona que no vio mientras estuvo afuera con Djuna y Duval, escuchando al pregonero. Aquella mujer debió de entrar antes que ellos. Los otros cinco estaban allí: la joven esbelta y su extraño

padre, el barbudo de la corbata voladora, y el negro con su bonita y mulata compañera—. ¿Su apellido..., por favor?

—No..., no soy Magde —susurró la mujer, tratando de confundirse con la pared. Tenía los ojos rodeados de una sombra violácea, que acentuaba la trágica mirada. Tendría unos treinta y cinco años, y parecía la ruina de lo que una vez fue una linda mujer. Ellery tuvo la curiosa sensación de que era el miedo y no los años lo que la había avejentado.

—Es el doctor Hardy —dijo de pronto la joven esbelta, con voz entrecortada. Se aferró al brazo de su padre, como si se hubiera arrepentido de hablar.

—¿Quién? —preguntó el capitán Ziegler.

—El... hombre asesinado. Es el doctor Anselm Hardy, oculista, de la ciudad de Nueva York.

—Es verdad —dijo el hombre de pequeña estatura que estaba arrodillado junto al muerto—. Aquí hay una tarjeta.

—Gracias, Doc. ¿Cómo se llama usted, señorita?

—Nora Reis —contestó la joven estremeciéndose—. Este es mi padre, Matthew Reis. No sabemos nada de..., esta cosa horrible. Vinimos a Joyland para distraernos. Si hubiéramos sabido.

—Mi querida Nora... —dijo el padre con suavidad, sin mover la cabeza ni los ojos.

—Así que conocían al muerto, ¿eh? —dijo Ziegler, mientras la sospecha parecía manifestarse en sus rasgos desagradables.

—Si me permite... —dijo Matthew Reis con voz suave y musical—. Mi hija y yo conocimos al doctor Hardy sólo en el aspecto profesional. Me sometió a un tratamiento durante un año, y después me operó de la vista. Su diagnóstico fue cataratas...

—¡Hum! —masculló Ziegler—. ¿Resultó...?

—Estoy completamente ciego.

Hubo un silencio de conmiseración. Ellery sacudió la cabeza con impaciencia ante su propia ceguera; debía haberse percatado: la rigidez del hombre al caminar, la mirada tan fija, aquella vaga sonrisa...

—¿Fue el doctor Hardy responsable de su ceguera? —preguntó Ellery bruscamente.

—Yo no he dicho eso —murmuró el viejo—. Fue, sin duda alguna, la voluntad de Dios. El doctor Hardy hizo lo que pudo; hace más de dos años que estoy ciego.

—¿Sabía que el doctor Hardy iba a estar aquí hoy?

—No, hace dos años que no lo vemos.

—¿Dónde estaban todos ustedes cuando la policía los encontró?

—Un poco más adelante, cerca de la salida, según creo —contestó Matthew con un encogimiento de hombros.

—¿Y ustedes? —preguntó Ellery Queen a la pareja de negros.

—Me llamo..., es..., Juju Jones, señor. Soy boxeador de peso liviano, y no sé nada de este doctor. Yo y Jessie estábamos contentos, en una pieza que saltaba y daba vueltas todo el tiempo. Estábamos...

—¡Dios! —gimió la linda mulata, colgándose del brazo de su compañero.

—¿Y usted? —preguntó Ellery al hombre barbudo.

El aludido se encogió de hombros en forma exagerada.

—Esto es griego para mí; estuve casi todo el día en las rocas de Point, pintando dos cuadros del mar y un panorama. Soy artista pintor, y me llamo James Oliver Adams, para servir a usted —dijo todo esto con un dejo hostil y despreciativo en el gesto y la voz—. Encontrarán mi valija y mis bocetos en el guardarropa de abajo. En mi vida he visto al muerto, y desearía no haber puesto jamás los pies en esta casa digna de ser habitada por las Gárgolas.

—Garg... —el señor Duval se atragantó y... se enfureció—. ¿Sabe de quién está hablando? —gritó acercándose al hombre barbudo—. Soy Dieudonné Duv...

—Vamos, vamos, Duval —dijo Ellery en forma apaciguante—. No tenemos interés en participar en un altercado entre temperamentos artísticos; al menos en este momento. Señor Adams, ¿dónde estaba usted cuando se detuvo el mecanismo?

—En algún lugar más adelante —el hombre tenía una voz áspera, como si sus cuerdas vocales no funcionaran bien—. Buscaba un camino para salir de este sitio infernal. Ya estaba hartado. Ya...

—Basta —le espetó el capitán Ziegler—. Yo encontré a este pajarraco; estaba maldiciéndose como un carretero, mientras daba tropezones, y me dijo: "¿Cómo diablos se sale de aquí? El tipo ese, ahí fuera, dijo que uno tenía que seguir las flechas verdes, pero lo único que conseguí fue ir a parar a otro agujero de monos". Ahora bien; ¿por qué estaba tan apurado por salir, señor Adams? ¿Qué sabe usted? ¡Vamos, lárguelo!

El artista demostró su disgusto al no dignarse contestar; se encogió de hombros, y se apoyó en la pared en actitud resignada.

—Me parece, capitán —murmuró Ellery mirando las caras de los seis detenidos—, que usted debe dedicarse a buscar quién es el que "sospecha", según la nota de Magde. Vamos a ver, Magde, ¿se decide usted a hablar? Su actitud es tonta; este asunto no podrá mantenerlo en secreto. Tarde o temprano...

La elegante mujer se humedeció los labios; parecía indefensa, y cuando habló lo hizo con voz baja y desprovista de expresión.

—Creo que tiene razón, tendrá que saberse. Hablaré. Me llamo Magde, Magde Clarke; yo escribí esa nota dirigida al... al doctor Hardy —al llegar a esto la voz se elevó con pasión—. ¡Pero no la escribí por mi propia voluntad! El me obligó. Era una trampa. Yo lo sabía, pero no pude...

—¿Quién la obligó? —rugió el capitán Ziegler.

—Mi marido. El doctor Hardy y yo habíamos sido amigos..., éramos amigos en secreto. Al principio, mi marido no lo supo..., después se enteró. Nos debe de haber seguido... varias veces. Nos habíamos encontrado aquí, en algunas ocasiones. Mi marido es muy celoso. El me obligó a escribir esa esquela. Me amenazó... con matarme, si no la escribía. Ahora no me importa. ¡Déjenlo...! ¡Es un asesino! —cuando terminó, se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

—Señora de Clarke —dijo el capitán Ziegler en tono severo. La mujer miró el revólver en la mano del capitán—. ¿Es esta arma propiedad de su marido?

Magde se estremeció antes de contestar.

—No, él tiene un revólver de caño largo. Es muy... buen tirador.

—Comprado de segunda mano —dijo Ziegler guardando el revólver en el bolsillo. Después miró a Ellery Queen sombríamente.

—Señora de Clarke —dijo Ellery suavemente—. ¿Vino usted a este lugar a causa de las amenazas de su marido?

—Sí, sí. No pude resistir la tentación de venir. Quería prevenir a... Pensé que...

—Demostró valor. ¿Vio usted a su marido entre la gente amontonada afuera, delante de este lugar?

—No, no lo vi. Pero tuvo que ser Tom. ¡El me dijo que mataría a Anse!

—¿Vio al doctor Hardy, cuando aún estaba con vida?

—No, no lo pude encontrar... —dijo Magde estremeciéndose.

—¿Vio a su marido aquí?

—No...

—Entonces, ¿dónde está? —dijo Ellery con sequedad—. No pudo desaparecer en una nube de humo. La era de los milagros ya pasó... Capitán Ziegler, ¿cree usted que puede descubrir el origen de ese revólver?

—Trataré —dijo Ziegler—. El número de fábrica ha sido borrado. Es un revólver antiguo. No hay impresiones digitales. Malo para el D. A.

Ellery miró irritado al hombre arrodillado al lado del cuerpo. Djuna contenía la respiración detrás de Ellery. De pronto, este último preguntó:

—Duval, ¿no hay alguna forma de iluminar esta habitación?

El señor Duval se sobresaltó; parecía más pálido que antes, ¿o sería tal vez por la luz de las linternas?

—En todo el edificio no hay instalación eléctrica, excepto en el salón de reuniones.

—¿Y qué me dice de las flechas que señalan el camino? Son visibles.

—Es un procedimiento químico. Lo siento... por este...

—Naturalmente; un asesinato no es motivo de hilaridad. Este pozo estigio complica las cosas. ¿Qué opina usted, capitán?

—Para mí es asunto claro. No sé cómo habrá salido, pero el tal Clarke es el asesino. Cuando lo encontremos, ya lo haremos confesar. Le disparó al doctor, desde el lugar en que usted encontró el revólver —Ellery frunció el entrecejo—. Después arrastró el cuerpo hasta la puerta de la habitación contigua; lo apoyó en la puerta, para darse tiempo de escapar. Esto nos lo dice el reguero de sangre. Los disparos se perdieron entre el estruendo de este maldito lugar; seguramente, el asesino contó con esto.

— ¡Hum! Todo está muy bien, menos la forma en que desapareció Clarke..., si es que se trata de Clarke. ¡Ah!, veo que el forense ha terminado. ¿Y bien, doctor?

El hombre pequeño y reposado se incorporó quedando a plena luz de la linterna más poderosa. Las seis personas alineadas contra la pared estaban inmóviles.

—Muy sencillo —dijo el forense—. Cuatro balazos casi en el mismo sitio; dos de ellos perforaron el corazón por la parte posterior. Buena puntería, señor Queen.

Ellery pestañeó.

—Buena puntería —repitió—. Sí, muy buena puntería. Dígame, doctor, ¿cuánto tiempo lleva sin vida?

—Más o menos una hora. Murió instantáneamente.

—Eso quiere decir —dijo Ellery como hablando consigo mismo— que fue atacado unos minutos antes de que yo lo encontrara; el cuerpo estaba tibio —Ellery miró atentamente la cara enrojecida del muerto—. Está equivocado, capitán Ziegler, en cuanto a la posición del asesino cuando disparó su arma. No pudo situarse tan lejos del doctor Hardy; al contrario, yo creo que debió de estar muy cerca de su víctima. Usted, doctor, habrá notado las marcas de pólvora, ¿no?

El forense parecía intrigado, y dijo:

—¿Marcas de pólvora? No, ni una. El capitán Ziegler está en lo cierto.

—¿Ni una? —preguntó Ellery con voz ahogada—. ¡Pero eso es imposible! ¿Está seguro? ¡Tiene que haber marcas de pólvora!

El capitán y el forense se miraron en silencio.

—Como experto en estos asuntos —dijo el hombrecillo secamente—, puedo asegurarle que la víctima fue atacada desde una distancia de doce pies por lo menos; tal vez más.

La expresión del rostro de Ellery fue notable; abrió la boca como para hablar, y la volvió a cerrar; pestañeando una vez más, sacó un cigarrillo, y luego de encenderlo empezó a inhalar el humo despaciosamente.

—Doce pies. No hay marcas de pólvora —dijo en voz baja—. Bien, bien; esto es extraordinario. Es una lección de ilógica que interesaría al mismo profesor Dewey. No puedo creerlo. Realmente, no puedo.

—Soy un hombre medianamente inteligente —dijo el forense mirándolo con hostilidad—, y le aseguro, señor Queen, que, para mi modo de encarar las cosas, usted está diciendo tonterías.

—¿Qué está pasando? —preguntó el capitán.

—¿Usted tampoco lo sabe? —preguntó Ellery. Y agregó en forma abstracta—: Echemos un vistazo a sus ropas.

Un detective indicó con la cabeza una pila de objetos en el suelo; Ellery se arrodilló indiferente a las miradas de los presentes. Cuando se incorporó, masculló algo entre dientes con aire de petulancia; no había encontrado lo que esperaba, ni lo que la lógica le decía que debía encontrar. Ni siquiera las cosas del fumador. Ni reloj de ninguna clase, ni marcas en la muñeca que indicaran que usara alguno.

Caminó por la pieza, con la cabeza gacha, ignorando la presencia de las demás personas; la linterna que tenía en la mano parecía un dedo acusador.

— ¡Pero ya hemos rebuscado en esta pieza! —exclamó el capitán—. En nombre del cielo, ¿qué busca?

—Algo que debería estar aquí, si es que queda un poco de cordura en este mundo —dijo Ellery con tono sombrío—. Veamos lo que sus hombres han encontrado en el suelo de esta habitación.

— ¡Pero si no encontraron nada!

—No hablo de lo que puede parecer importante a un investigador; me refiero a objetos triviales, como un pedazo de papel, una astilla de madera..., cualquier cosa.

Un hombre ancho de hombros dijo respetuosamente:

—Yo busqué, señor Queen. No había ni siquiera polvo.

—*S'il vous plait* —dijo nerviosamente el señor Duval—. Nos hemos preocupado mucho de eso. Hay un sistema de ventilación, y otro de aspiración, que absorbe hasta la última partícula de polvo; de esta manera la *Maison des Ténèbres* es de una limpieza imaculada.

— ¡Aspiración! —exclamó Ellery—. ¡Un proceso de succión!... ¡Es posible! Señor Duval, ¿esa máquina aspiradora funciona todo el tiempo?

—No, solamente de noche, cuando la Mansión de las Tinieblas está vacía... y, ¿cómo diría usted?, sin funcionar. Por eso sus gendarmes no encontraron nada, ni siquiera polvo.

—Frustrado —murmuró Ellery, petulante, pero su mirada era grave—. El mecanismo no funciona durante el día. Así que no puede ser. Capitán, perdone mi persistencia. ¿Todo ha sido registrado? ¿El salón de reuniones también? Alguien pudo...

—¿Cuántas veces tengo que repetirle que sí? —dijo el capitán con un tono que presagiaba tormenta—. El hombre que está en el sótano dice que nadie se asomó siquiera en el momento del crimen. ¿Qué más ?

—Entonces —dijo Ellery suspirando— tendré que pedirle que registre a esta gente, capitán —en la voz de Ellery había algo de desesperación al hacer su pedido.

La expresión de Ellery Queen, cuando terminó de examinar los objetos pertenecientes a las seis personas, era digna de estudio. Había sufrido una lluvia de protestas, especialmente de parte del artista Adams y Nora Reis. Pero Ellery no encontró lo que buscaba, y que para su modo de ver debía estar allí. Abandonó su posición de cuclillas en el suelo, y con un ademán indicó que las cosas podían ser devueltas a sus dueños.

—*Parbleu!* —exclamó de pronto el señor Duval—. No sé qué está buscando, amigo mío, pero también lo podemos tener alguno de nosotros sin saberlo, *n'est-ce pas?*

Ellery levantó la cabeza y lo miró con interés.

—Bien por usted, Duval. No había pensado en eso.

—Vamos a ver —dijo Duval empezando a vaciar sus bolsillos— si el cerebro de Dieudonné Duval sirve para algo... *Voici!* ¿Quiere mirar estas cosas, señor Queen?

Ellery examinó cuidadosamente la abigarrada colección de objetos.

—No. Pero es muy generoso de su parte, Duval —dijo Ellery, mientras rebuscaba en sus propios bolsillos.

—Tengo todo lo que debo tener —anunció Djuna con orgullo.

—¿Y bien, señor Queen? —preguntó Ziegler, impaciente.

—He terminado, capitán —dijo Ellery, agitando una mano—. ¡Espere! Tal vez sea posible... —y sin más explicación desapareció por la puerta señalada con una flecha verde,

siguiendo por el pasillo. Todo estaba oscuro, así que se alumbró con la linterna. Una vez en el corredor, empezó a buscar y escrutar todos los rincones con minuciosidad tal que parecía que de esa búsqueda dependía su vida; el corredor tenía dos ángulos, en el último que encontró había una puerta con un letrero que decía: "Salida. Salón de reuniones". Ellery abrió la puerta y penetró en la habitación; la luz reinante lo cegó al primer momento. Un policía lo saludó, y el esqueleto del guardarropa parecía asustado.

—Ni un poco de yeso —murmuró Ellery—, ni un pedacito de vidrio, ni siquiera un fósforo quemado —de pronto se le ocurrió una idea—. Por favor, agente, ábrame esta puerta divisoria.

El policía obedeció, y Ellery entró en la división más espaciosa de la pieza. En seguida se dirigió al estante donde los visitantes dejaban sus cosas, como había hecho el mismo Ellery, antes de entrar en el cuerpo principal de la Mansión. Inspeccionó todo con esmero; cuando le tocó el turno a la caja del artista, la abrió y vio las pinturas, pinceles, paletas, y tres pequeños bocetos: dos paisajes marinos y un panorama terrestre, completamente ortodoxos y sin inspiración alguna... Después cerró la valija... Recorrió la habitación a largos pasos, con el entrecejo fruncido. Los minutos pasaban; la Mansión de las Tinieblas estaba silenciosa, como rindiendo tributo a aquella muerte inesperada. El policía tosió.

Súbitamente, Ellery terminó su paseo, y una sonrisa de triunfo reemplazó al gesto hosco.

—Sí, sí, eso es —murmuró Ellery para sí, y después dijo en voz alta—: ¡Agente! Lleve todo esto a la escena del crimen. Yo llevaré esta mesa. ¡Tendremos todos los decorados y, en la oscuridad, produciremos una verdadera escena de "suspense"! ¿Cómo no lo pensé antes...?

Cuando golpeó la puerta de la habitación octogonal, el capitán Ziegler le abrió.

—¿De vuelta? —gruñó—. Estamos listos para irnos. Un poco hartos...

—Tendrán que esperar un momento —dijo Ellery suavemente, haciendo señas de que entrara al policía cargado con las cosas que había sacado del guardarropa—. Traigo un pequeño discurso preparado.

—¡Discurso!

—Sí, un discurso preparado a base de sutilezas e inteligencia, mi querido capitán. Duval, esto va a deleitar su alma gala. Señoras y caballeros, por favor, no se muevan. Está bien, agente, sobre la mesa. Ahora bien; si tienen la bondad de dirigir los rayos de luz sobre mi persona y la mesa, podemos empezar la demostración.

El ambiente estaba muy tranquilo. El cadáver del doctor Anselm Hardy estaba en una canasta cubierta con algo castaño, casi invisible en un ángulo de la habitación. Ellery, en el centro donde convergían los rayos de luz parecía un Swami presidiendo una ceremonia; contra la pared, los ojos de las seis personas brillaban como puntos luminosos. Ellery estaba de pie con una mano apoyada contra la mesa atestada con las pertenencias de los presentes.

—*Alors, mesdames et messieurs*, empecemos. Empezamos por el hecho extraordinario de que lo más significativo de la escena de este crimen es la oscuridad; esto sale de lo común, y es, antes de pensarlo, un detalle muy fastidioso. Esta es, literalmente hablando, la mansión de la oscuridad; un hombre ha sido asesinado en una de sus habitaciones. En la casa propiamente dicha hemos encontrado, dejando de lado a la víctima, a mí y a mi joven acompañante, a seis personas, dedicadas en apariencia a gozar de la satánica creación del señor Duval. No se ha visto salir a nadie, en el momento en que se cometió el crimen; esto queda corroborado, además, por el arquitecto de este edificio, el señor Duval. Así que llegamos a la conclusión de que una de esas seis personas es el asesino del doctor Hardy.

Un murmullo de protesta se elevó, apagándose casi en seguida.

—Hay que observar —continuó Ellery en tono soñador— qué travesuras nos juega el destino. En esta tragedia de las tinieblas, el reparto puede incluir por lo menos a tres

personas relacionadas con el ambiente; me refiero al señor Reis, que es ciego, y al señor Juju Jones y su compañera, que son negros. ¿No es esto muy significativo? ¿No les dice nada esta coincidencia?

—Yo no lo hice, señor Queen —gimió el negro.

—El señor Reis tiene un motivo posible —continuó Ellery—. La víctima, después de someterlo a un tratamiento, lo operó, y el resultado fue que quedó ciego. La señora de Clarke, por otra parte, nos habla de su celoso marido. Nos encontramos con dos motivos. Hasta aquí, muy bien... Pero esto no nos ayuda en nada, en el crimen propiamente dicho.

—Bien —gruñó Ziegler—. Entonces, ¿qué nos ayuda?

—La oscuridad, capitán; la oscuridad —replicó Ellery gentilmente—. Parece ser que he sido el único en darle importancia —la voz se hizo incisiva—. Esta habitación es completamente oscura; no hay electricidad, ni lámpara, ni linterna, ni gas, ni vela, ni siquiera una ventana. Las tres puertas dan a lugares tan negros como la misma pieza. Las flechas no son luminosas, no irradian luz alguna para el ojo humano... ¡Y sin embargo, en esta completa oscuridad, alguien pudo, a una distancia de lo menos doce pies, dispararle a la víctima cuatro balazos por la espalda, y casi en el mismo sitio!

Alguno de los presentes empezó a decir algo.

— ¡Maldición! —gruñó el capitán Ziegler.

—¿Cómo? —preguntó Ellery—. Estos disparos fueron hechos con premeditación y buena puntería; no fueron accidentales, sería imposible tratándose de cuatro. Al principio, pensé que en la chaqueta de la víctima habría marcas de pólvora, ya que el matador tuvo que situarse detrás de él y casi tocándolo, en el momento de apretar el gatillo. ¡Pero el forense me demuestra que no! Parece imposible, en una habitación oscura, dispararle a una persona y acertarle en puntos vitales, a una distancia de doce pies. El asesino no pudo guiarse por el oído, escuchando los movimientos de su víctima; la puntería de los impactos nos demuestra lo contrario. Por lo demás, era un blanco en continuo movimiento, por muy lento que fuera. No lo podía entender; la única explicación posible es que el asesino tenía luz para ver. Y, sin embargo, no había.

—Muy ingenioso, señor —dijo Reis con su voz musical.

—Elemental, más bien, señor Reis. En la habitación propiamente dicha, no había luz... Ahora bien, gracias al mecanismo de aspiración inventado por el señor Duval, no hay jamás la más pequeña partícula de polvo en este lugar. Esto quiere decir que si encontrábamos algo, tenía que pertenecer a uno de los concurrentes. Yo mismo busqué con todo cuidado, sin encontrar linterna, ni fósforo, ni cosa por el estilo, que me demostrara la luz que pudo usar el asesino para matar al doctor Hardy. Desde que analicé los hechos sabía lo que debía buscar, como lo hubiera sabido cualquiera persona que se tomara ese trabajo. Al no encontrar nada que diera veracidad a mis deducciones, me sentí decepcionado. Examiné los bolsillos de los seis sospechosos, sin resultado. Hasta un simple palito de fósforo me hubiera ayudado, a pesar de darme cuenta que éste no era el medio empleado. Este crimen fue planeado con anticipación. El asesino atrajo a su víctima a la Mansión de las Tinieblas, porque había resuelto ejecutar el crimen en este lugar. Sin duda alguna, ya había visitado el edificio para cerciorarse de la falta de iluminación; así que tuvo que proveerse de un medio para ver con anticipación. Difícilmente hubiera elegido los fósforos; lo más probable era una linterna. Pero no se encontró nada, nada, ni siquiera el resto de un fósforo. Si no había nada en su persona, ¿dónde estaba? En ninguna parte.

Ellery hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Así llegué a la conclusión de que la luz la irradiaba la misma víctima —anunció Ellery exhalando una bocanada de humo.

— ¡Pero no puede ser! —exclamó el señor Duval—. Nadie puede ser tan tonto...

—Naturalmente que sin saberlo; pero pudo hacerlo inconscientemente. He mirado mucho a la víctima; usaba ropa oscura. No tenía reloj de cuadrante luminoso; ni objetos de fumador, seguramente porque no fumaba. Entonces, ni fósforos, ni encendedor; y no llevaba linterna. Nada que nos explicara cómo pudo ser visible para el asesino..., es decir, nada, menos una posibilidad.

—¿Qué...?

—Por favor, señores, ¿quieren apagar sus linternas?

Hubo durante un momento inacción, fruto de la incredulidad; poco a poco empezaron a apagarse todas las luces, hasta que reinó la oscuridad más completa.

—Quédense en sus lugares. Nadie se mueva —ordenó Ellery.

No se oía más que la respiración de las personas presentes; hasta el cigarrillo de Ellery dejó de brillar. De pronto, se oyó un golpe seco, y ante los ojos atónitos apareció un rectángulo luminoso del tamaño de un dominó; no estaba inmóvil, sino que empezó a atravesar la habitación en línea recta. Un segundo punto luminoso se desprendió del primero y... otro más.

—Con esto se demuestra cómo la madre Natura provee a las criaturas más porfiadas. Fósforo en forma de pintura. Por ejemplo, si el asesino tuvo tiempo de embadurnar la espalda de la chaqueta de su víctima, antes de que entrara en la Mansión de las Tinieblas, se aseguraba luz suficiente para cometer el crimen; sería muy fácil ver esa fosforescencia en la oscuridad. Disparar los cuatro balazos a una distancia de doce pies no es nada para un buen tirador; lo poco que quedara de pintura fosforescente desaparecería con la hemorragia..., y el asesino, libre para... Sí, sí, muy inteligente. ¡No, no!

El tercer rectángulo luminoso entró en un violento movimiento, apareciendo y desapareciendo, y en dirección a la flecha verde... se oyó un golpe, y los ruidos propios de una lucha violenta. Las linternas se encendieron, y sus rayos de luz se entrecruzaron. En el suelo, Ellery estaba trabado en furiosa lucha con un hombre; al lado de ellos, estaba la valija del pintor.

El capitán Ziegler dio un salto y golpeó al hombre en la cabeza con la cachiporra; el hombre cayó de espaldas inconsciente. Era el artista pintor, Adams.

—¿Pero cómo supo que era Adams? —preguntó Ziegler unos momentos después, cuando se restableció más o menos el orden. Los presentes daban señales, unos de temor, otros de alivio.

—Cuando usted, capitán, me dijo... —Ellery se sacudía el traje mientras hablaba—. ¡Djuna, por favor, no me manosees, estoy perfectamente...! Como iba diciendo, cuando usted encontró a Adams, dijo que estaba dando tumbos en la oscuridad diciendo que quería salir pero no podía encontrar la salida. ¡Claro que no podía! Dijo que él sabía lo de las flechas verdes; pero cuando las siguió, lo único que hizo fue internarse más y más en el laberinto. ¿Cómo pudo ser así, si siguió las flechas verdes? Cualquiera de ellas lo hubiera conducido al corredor y después a la salida. Eso quiere decir que no siguió las verdes. Ya que no tema motivos para mentir, yo pensé que Adams creyó seguir las verdes, cuando en realidad estaba siguiendo las coloradas, y por eso no hacía más que ir de una habitación a otra...

—Pero, ¿cómo...?

—Muy sencillo. Daltonismo. Adams padece esa afección, que confunde el verde con el rojo; naturalmente, no lo sabe (muchas personas afectadas de este mal no se dan cuenta). El esperaba escaparse en seguida, guiándose por las flechas verdes, según lo dicho por el anunciador de afuera. Pero lo más importante es que él dijo ser artista. Ahora bien, a un daltónico le es imposible ser pintor; el hecho de que fue atrapado por su misma enfermedad prueba que no lo sabía. Cuando examiné sus cuadros, me di cuenta de que además de ser extravagantes no eran suyos; entonces me pregunté: ¿Por qué miente? ¡Esa mentira lo inculpaba! Cuando agregué esta última deducción al descubrimiento de dónde

provenía la luminosidad, tuve la respuesta en seguida. Había entrado en la Mansión antes que Hardy... Lo demás fue una ficción. Estaba seguro de no correr ningún riesgo usando el fósforo, ya que cualquiera que mirara y abriera su caja de pinturas, lo haría a la luz del día; en ese caso, la luminosidad sería invisible. Y eso es todo.

—Entonces, mi marido... —empezó a decir la señora de Clarke, mirando al hombre inconsciente.

—Pero el motivo, amigo mío —protestó el señor Duval secándose la frente—. Un hombre no mata por nada. Si...

—¿El motivo? —dijo Ellery encogiéndose de hombros—. Ya conoce el motivo, Duval... —Ellery se arrodilló junto al hombre; cuando se incorporó, tenía en la mano una barba postiza. La señora de Clarke gritó y retrocedió unos pasos—. Hasta disfrazó la voz... ¡Me temo que éste es su desaparecido señor Clarke!

Tres hombres muertos

Eden Phillpotts

Traducción de Cecilia Ingenieros

I

Cuando Miguel Duveen, el jefe de investigaciones, me invitó a ir a las Indias Occidentales en una misión especial, me alegré sobremanera, pues estábamos a fines de enero, en Londres hacía un tiempo abominable y la perspectiva de unas pocas semanas en los trópicos ofrecía un verdadero atractivo.

—Me ofrecen diez mil libras por ir —explicó Duveen—, y si representara algo menos de diez días en el mar, estaría encantado de hacerlo. Yo mismo tengo unas gotas de sangre negra, ¿sabe usted?; y siento siempre cierta simpatía por los etíopes. Pero el mar y yo somos enemigos acérrimos y soy demasiado viejo para renovar nuestras querellas. Sin embargo, les he dicho que enviaré a alguien en quien deposito absoluta confianza; que dedicaré mi atención personal al asunto desde aquí, y que, si les resolvemos el misterio, me contentaré con cinco mil libras de honorarios; si fracasamos, no pediré nada más que los gastos. Me enteran hoy telegráficamente de que están satisfechos con estas condiciones, y por lo tanto le invito a embarcarse el próximo miércoles en Southampton, en el vapor *Don* de la Mala Real.

—Encantado, jefe.

—Si consigue algo en este asunto, será un triunfo para usted. Los datos son complicados, y con ellos no puede construirse ni la más indefinida hipótesis de lo que ocurrió. Realmente, no lo perturbaré con estos voluminosos, pero vagos documentos. Vaya con la mente abierta y despejada, porque si le entrego este legajo, usted lo leerá durante el viaje a Barbada y llegará posiblemente con alguna idea preconcebida que se interpondrá en su camino antes de que empiece. Tiene el aspecto de un caso criminal, e implica a tres muertos, pero, aparentemente, a ningún vivo. Muy interesante, diría, y bien difícil; pero esto es sólo una impresión. Puede aclararlo usted mismo sin demasiadas complicaciones; o puede ponerme en condiciones de hacerlo desde Inglaterra; o el caso puede derrotarnos a ambos. Véame de nuevo antes de irse, y tome su pasaje hoy mismo; de otro modo, no conseguirá comodidades. Este año hay una gran aglomeración que se precipita hacia las Indias Occidentales.

—¿A dónde debo ir?

—Solamente hasta Barbada, con el barco inglés. Por lo que sé, el caso está situado solamente en la isla. Si necesita ir más lejos, lo hará, naturalmente. Buena suerte, amigo mío. Espero que resulte algo provechoso para usted, y confío en su éxito.

Agradecí al gran hombre y me retiré muy satisfecho, pues los cumplidos de Duveen eran pocos y nada frecuentes. Nunca alababa, pero su satisfacción se transformaba en trabajo, y sabía muy bien que no me había elegido para lo que aparentaba ser una investigación bastante importante sin estar seguro de que yo haría justicia a su renombre internacional.

Quince días después, llegó la mañana en que, vagando por la desierta cubierta del *Don*, contemplaba yo una gloriosa mezcla de luz de luna y aurora. Mirando hacia el Este, a eso de las cuatro, vi una débil onda rosada que tocaba primero el cielo y luego cambiaba a blanco purísimo y azafrán pálido. Pero la luna era todavía señora de su dominio; las estrellas resplandecían; la falsa Cruz del Sur brillaba radiante y la verdadera constelación centelleaba a lo lejos en el horizonte. Entonces ocurrió un rápido cambio. Grandes copos y destellos de luz anaranjada estallaron al Este; la luz de la luna se tornó pálida y débil; una por una las estrellas se apagaron y la Cruz del Sur fue devorada por la aurora.

Barbada había sido visible por cierto tiempo, flotando como un inmenso monstruo marino entre la brillante luz blanca de Ragged Point y un faro carmesí sobre un promontorio más lejano; pero ahora el sol se elevaba en el cielo, como sólo lo hace en los trópicos, y todos los detalles de la isla se dibujaban bajo su tremendo brillo. Vi campos bajos cultivados, ondulantes, sobre los cuales las millas de caña de azúcar parecían al principio campos de trigo o cebada tiernos; advertí los molinos de viento, los edificios dispersos y la tierra parda cultivada, mientras que allá abajo, coronada de palmeras que se agrupaban hacia la costa, se extendía Bridgetown, con sus brillantes masas de edificios blancos junto a las aguas azules y las playas blanqueadas de sol.

El barco avanzó orgullosamente en medio de una multitud de lanchones y alegres barcos costeros, atravesó la bahía de Carlisle, saludó con su insignia roja a un pequeño acorazado y luego disparó su cañón para hacer saber que había llegado a la hora señalada.

Una flota de lanchones tripulados por hombres de todos los tonos, desde el caoba hasta el castaño, del amarillo al blanco terroso, estuvo pronto alrededor de nosotros, mientras docenas de barcos más pequeños se iban amontonando, a la espera de su turno para entrar a puerto. Brillaba el sol; las grúas del barco gemían y chasqueaban; las personas corrían aquí y allá estrechando manos y despidiéndose, amontonando equipajes y dando propinas a los camareros antes de partir.

Entonces vino un mensaje para mí, e inmediatamente mi baúl y mis valijas fueron descendidos a una elegante lancha blanca con almohadones rojos.

Un hombre bien parecido estaba sentado en ella y me saludaba amablemente, mientras dos negros remaban hacia la costa. Estaba quemado por el sol de los trópicos, pero sus ojos claros, su cabello rubio y el corte de la cara lo proclamaban inglés. Era alto, de buena figura, y estaba vestido con ropas negras, lo que en cierto modo disimulaba su tamaño y su desarrollo muscular. Aparentaba cuarenta y cinco años, pero la vida en Barbada lo había avejentado y pude saber en seguida que no tenía más que treinta y cinco.

Amos Slanning, propietario de las famosas plantaciones y fábricas Pelicano, charlaba mientras remábamos hacia la costa; y entre otras cosas me proporcionó varios datos de información que sirvieron como preliminares para la historia que luego contaría.

—Barbada —dijo—, a diferencia de la mayor parte de las Indias Occidentales, ha tenido una historia bastante pacífica. Un barco inglés tomó posesión de ella en 1605 y no ha cambiado de manos desde entonces. No hay rincón más leal en el imperio que Bimshire, como llamamos a esta isla. Mi familia ha estado relacionada con ella desde la Gran Rebelión, porque en aquel tiempo una gran cantidad de realistas arruinados huyeron hacia aquí, y los Slannings eran de la partida. Aquellos refugiados establecieron firmes principios monárquicos que todavía prevalecen, aunque tal vez nosotros, los nativos, exageramos un poco nuestra importancia en el conjunto general de las cosas. Mis antepasados, en todo caso, prosperaron de generación en generación, se convirtieron en grandes terratenientes y poseyeron grandes colonias de esclavos. Antes de la emancipación éramos, de hecho, los colonos más acaudalados del Caribe, y ni aun ese acontecimiento nos arruinó, como ha ocurrido en muchos casos. Ve usted ante sí al último de los Slannings de las Indias Occidentales. El tiempo y los acontecimientos nos han reducido a uno, puesto que mi hermano gemelo Enrique fue asesinado recientemente; y aunque nada pueda devolverlo a la vida, yo no iré en paz a la tumba si el misterio de su muerte queda sin explicación.

Se interrumpió aquí y me hizo preguntas referentes a Duveen, mientras yo explicaba que, aunque mi jefe no podía ir personalmente a investigar el problema, me había enviado para que yo pudiera reunir todos los detalles posibles y luego informarle. Había llevado cartas de mi jefe para el señor Slanning, y en seguida fuimos juntos al Ice House y nos sentamos durante media hora en aquel famoso restaurante mientras él las examinaba.

Durante ese tiempo, tuve libertad para examinar la vida de la ciudad, bajo el sombreado balcón donde nos sentábamos.

Se extendía allí una calle de casas blancas, bajo tejados de madera, que la luz del sol teñía de gris plata. Abajo se extendían las fachadas de los comercios, y de la brillante calzada blanca, llena de polvo bajo el incesante paso de las gentes, subía un vaho de aire cálido. Ruidosos grupos iban y volvían despreocupadamente. Pequeños tranvías pasaban sin cesar hacia Bellfield, Fontabelle y otros lugares en las afueras de la ciudad; yuntas de mulas chillonas traían barriles de azúcar y melaza desde propiedades vecinas; unos burros acarreaban brillantes haces de verdes puntas de caña; los vehículos públicos se arrastraban junto a la acera y los coches particulares iban y venían apresuradamente. El gran automóvil de Slanning —una curiosidad en aquel tiempo— estaba parado bajo el balcón y atraía el interés general. Las mujeres llenaban las calles; las de la clase pudiente usaban velos negros para protegerse los ojos de la luminosidad. Con los pies descalzos, vestidos blancos y turbantes alegres, las negras se paseaban conversando, con sus canastos cargados de mercancías sobre las cabezas. Vendían cocos, caña de azúcar, naranjas, limas, bananas, higos, sapodillas, mangos, batatas, pescado, tortas y confituras, nueces, ananaes, conservas en salmuera y otra docena de comestibles.

Los hombres de color, brillantes como metal pulido, trabajaban perezosamente arrastrando carros de mano, conduciendo ganado y parloteando sin cesar. En rincones frescos, donde los balcones arrojaban manchas de sombra aterciopelada, se sentaban los holgazanes y desocupados mascando caña y fruta, fumando, negociando con las mujeres que vendían bebidas, chupando hielo, riendo, burlándose y haciendo payasadas.

Había ancianos mendigos y enjambres de niños, como muñecos de chocolate con cabezas lanudas y grandes ojos negros. De tiempo en tiempo, la calle ardiente era remojada con una manguera; pero la calzada estaba nuevamente seca cinco minutos después de esta operación. Policías negros, vestidos de blanco, mantenían el orden, y de vez en cuando un harapiento y quejoso bribón era conducido ante la justicia. Más mujeres pasaban conduciendo flacos y tiesos animales que parecían galgos, pero que eran cerdos; mientras otras llevaban patos bajo el brazo, o transportaban cacareantes gallos y gallinas en canastos de mimbre. Había gente acomodada: clérigos negros, abogados negros, soldados negros, comerciantes negros y sus mujeres, ostentando llamativos sombreros y parasoles, aparatosas baratijas y trajes de corte anticuado. Los comerciantes iban apresuradamente de un lado a otro con sombreros de copa y pantalones cortos blancos. Grandes moscardones fulguraban sobre sus cabezas, y el pesado aire estaba perfumado con cálidos olores de polvo y fruta.

Subconscientemente me dejé absorber por la escena, pero pronto el señor Slanning interrumpió mis observaciones.

—Ahora comprendo —dijo—, y espero de corazón que no esté usted aquí en vano. Iremos al club a almorzar. Después le contaré la historia, hasta donde la sé; y luego nos dirigiremos a casa. Confío en que se alojará usted en ella.

Decliné hacerlo, sin embargo, y expliqué que mi propósito era estar enteramente libre durante las semanas venideras.

—Vivir en su casa puede crearme dificultades en muchos aspectos —dije; y él no se opuso.

El gran automóvil nos llevó rápidamente hasta el club. Pero un incidente interrumpió el breve viaje.

Nos pasó una pequeña victoria en la que iban sentadas dos damas, y el auto se detuvo, mientras Amos Slanning descendía y hablaba con ellas. Se dirigió a una de las dos, elegante mujer de mediana edad, mientras la otra escuchaba. Era ésta una jovencita muy linda, extranjera allí, según me pareció, pues era pálida y a sus ojos azules les faltaba

brillo. Uno podía imaginársela en su patria con rosas en las mejillas. Allí desafiaba las simpatías como una atrevida flor de invernadero.

—Dígame que está usted mejor —dijo Slanning a la mayor; y ella le estrechó la mano calurosamente y le aseguró que lo estaba.

—La pobre May no lo está, sin embargo. Voy a llevarla a Estados Unidos durante el verano —dijo.

—Hace usted muy bien —contestó él, contemplando a la muchacha con dulzura—. Trate de que se distraiga; la pobre niña lo necesita.

Entonces bajó la voz, y no dudó de que estaba mencionándome.

Un momento después me presentó. La muchacha saludó con la cabeza, pero no habló; su madre me estrechó la mano y me deseó éxito.

—Todos los que amaban al hermano de mi querido amigo comparten su pena —dijo tranquilamente—. Todos los que le conocieron lo apreciaban mucho. Pero se enfrentará usted con grandes dificultades, porque este hecho espantoso no tuvo motivo; ningún motivo que ser humano alguno pueda comprender.

Hablaba claramente y con profunda seriedad. Finalmente, agregó que esperaba que fuese a verla, si lo deseaba.

Se alejaron en su coche y Slanning confió en que yo las habría observado cuidadosamente.

—Nada —dijo— las conecta con la muerte de mi hermano, y, sin embargo, puede haber algún vínculo. Son amigas muy queridas, y el que fue esposo de lady Warrender, el general sir George Warrender, fue también íntimo amigo tanto de mi hermano como mío. Pero, en forma completamente inconsciente e inocente, las señoras pueden, a pesar de eso, estar complicadas de alguna manera que tanto ellas como nosotros ignoramos. Eso lo resolverá usted cuando sepa todo lo que puedo decirle.

—La muchacha parece muy enferma —dijo.

—Lo está, y con razón. Pero la enfermedad está en su mente, no en su cuerpo. Ha sufrido un triste golpe.

Llegamos a una plaza pública, donde el objeto de mayor interés era una estatua de bronce verde de lord Nelson, y luego, al llegar al club de Slanning, descendimos y disfrutamos en seguida de un copioso almuerzo.

Después de la comida me llevó a una pequeña sala de fumar privada, donde estaríamos solos. Me ofreció un cigarro, que rehusé, pues deseaba entrar en materia en seguida. Tampoco fumó él, sino que comenzó inmediatamente su relato.

—Interrúmpame y haga cualquier pregunta que se le ocurra —dijo; y luego prosiguió— : Mi madre murió cuando Enrique y yo teníamos catorce años. Estábamos en esa época en Inglaterra y acabábamos de pasar de una escuela preparatoria a Harrow. De allí pasamos juntos a Cambridge. Durante las vacaciones de invierno solíamos venir aquí a ver a mi padre; en verano, él solía viajar a Europa y nos llevaba consigo a Francia o a Italia. Estábamos terminando nuestros estudios en la universidad cuando mi padre, Fitzhebert Slanning, murió, en cierto modo, inesperadamente (siempre había sido un hombre delicado), y Enrique y yo fuimos llamados a sucederle en sus propiedades. Mi padre sostenía que los propietarios ausentes eran la ruina de las Indias Occidentales, y mucho antes de morir nos hizo prometer que viviríamos y trabajaríamos aquí. Cumplimos nuestra palabra. Es, creo, opinión arraigada la de que los gemelos se parecen entre sí estrechamente en cada detalle de aspecto, carácter y gusto; e indudablemente sucede así a menudo; pero no puedo halagarme diciendo que soy ni la mitad del hombre que mi hermano era. Poseía más inteligencia, mejor juicio y mucho más dominio de sí mismo. Nos parecíamos superficialmente, pero él tenía un aspecto más pensativo y un genio menos impetuoso. No diría yo que era el optimista y Enrique el pesimista; pero en tanto mi naturaleza me lleva a ser entusiasta y confiado, él era más precavido y un juez de

caracteres mucho más perspicaz. Teníamos un hábil administrador, fiel a mi padre y adiestrado en una escuela para la cual los Slannings son una tradición. Nos ayudó a afirmarnos al principio, y como ambos éramos trabajadores y estábamos bien preparados, llevamos adelante con éxito la gran industria del azúcar que nuestros antepasados habían fundado. Ahora soy el último de mi raza y ningún otro Slanning tiene interés directo en las propiedades Pelicano. Son mías, junto con las rentas que proveen y las responsabilidades que envuelven. La vida se deslizaba, para Enrique y para mí, próspera y sin incidentes. Eramos el uno para el otro, y no teníamos, según yo creía, una sola idea que no compartiéramos, o una ambición que no sostuviéramos juntos. Yo me concentré totalmente en el trabajo; Enrique desarrolló actividades más amplias, entró en la administración y realizó obras públicas muy útiles. Era un hombre de extraordinaria generosidad; le gustaba llevar adelante el bienestar de la isla y de sus más humildes habitantes. Si puede decirse de algún hombre que no tenía un solo enemigo, es de mi hermano. Era la encarnación de la justicia y desplegaba un entusiasmo por la humanidad que ganó el respeto de los ricos y la devoción de los pobres. Sin embargo, este hombre ha sido asesinado por un semejante, en circunstancias profundamente misteriosas; y cuando él pereció, otro murió también, alguien que hubiera renunciado a su vida por Enrique o por mí, mil veces. Este fue Juan Diggle, un negro de sangre pura, cuyos antepasados habían trabajado durante generaciones en el Pelicano. Su trabajo consistía en vigilar las plantaciones durante la noche. Los negros vagabundos serán siempre rateros y nadie está libre de esa molestia. En la época de cortar la caña, por consiguiente, vigilamos nuestras plantaciones, y si los bandidos que vienen a robar saben que pueden recibir una bala cerca de las orejas lo piensan dos veces antes de cometer cualquier saqueo. Existía la vieja costumbre de lanzar el "¿Quién vive?" a los negros a quienes nuestra policía sorprendía rondando por la noche en el cañaveral; si no contestaban, se tiraba sobre ellos. Es una ley muy antigua, que, naturalmente, no se aplica en nuestros días. Ahora describiré de qué manera fue muerto Enrique. Después de una noche de luna llena, no se reunió conmigo para el desayuno como era su costumbre, y el sirviente a quien envié a buscarlo me dijo que no estaba ni en su dormitorio ni en su estudio. Intrigado, busqué en derredor, pero no pude encontrarlo. Luego vinieron las malas noticias de los cañaverales, y monté en mi caballo guiándolo hasta un lugar, a una milla de la casa, que queda en un claro en los linderos de la plantación, no muy lejos del Hotel Crane en la costa sur de la isla. Mi hermano yacía muerto, con el pecho atravesado por una bala, y justamente sobre él yacía también Juan Diggle, ya cadáver. Su escopeta, con ambos cargadores vacíos, fue hallada a cerca de veinte yardas de los cuerpos; y no podía haber ninguna duda de que había sido la escopeta de Diggle el arma que se había empleado para matar a mi querido hermano y a él, porque los cartuchos eran de un calibre especial, y la pesada arma tiraba como ninguna otra semejante en Barbada. También hallaron otra arma, un revólver, completamente nuevo y con el tambor vacío. Evidentemente, no había sido disparado nunca, y jamás lo había visto ni oído hablar de él; pero una investigación posterior demostró que mi hermano lo había comprado en Inglaterra con una caja de cien balas que ni siquiera llegó a ser abierta. El revólver es de manufactura Forrest. Por qué Enrique lo compró, teniendo en cuenta su extraño odio y temor por las armas de fuego, es una parte de este misterio. El examen médico probó que ninguno de los dos hombres había sido herido desde cerca, con lo que quedaba descartada una teoría obvia. Pues la policía local (gente de color) sostenía que el pobre Diggle había asesinado a Enrique y luego había disparado sobre sí mismo; pero esto es imposible. En primer término, quería entrañablemente a Enrique y habría sufrido cualquier tortura imaginable antes que tocar un cabello de su cabeza; y, en segundo lugar, él mismo fue herido desde cierta distancia. Por la naturaleza de las heridas se calculó que la escopeta debió ser disparada a una distancia aproximada de veinte yardas, la misma distancia que la separaba de los cadáveres cuando fue encontrada. A diez yardas del punto donde cayó mi hermano, oculta en la plantación,

descubrimos una pila de caña cortada y una de las hachas comunes que se usan para cortarlas. Esta no hubiera estado allí en circunstancias normales e hizo pensar en la existencia de un ladrón. Aparentemente, estaba muy ocupado cuando lo interrumpieron. Pero, aunque se ha ofrecido al bribón el perdón total y una excelente recompensa si se presenta y nos dice cualquier cosa que sepa, no ha dado señales de vida. Por qué había salido mi hermano aquella noche es, naturalmente, parte del problema; porque no existe ni la sombra de una razón para ello. Nunca había hecho tal cosa, que yo sepa, y aunque a menudo realizaba solitarios paseos a pie o a caballo, pues tenía un espíritu meditativo, no era natural en él levantarse inmediatamente después de haberse acostado. Sin embargo, la noche de su muerte debió de despertarse, se calzó las botas, se echó un liviano saco de alpaca sobre el pijama y se internó una milla o más en las plantaciones, hacia el punto en donde sabía que Diggle estaría haciendo sus rondas. Llego ahora al tercer hombre que parece haber perdido su vida en esa noche fatal. Personalmente, no lo asocio de ningún modo con la historia que le he contado. No veo ni sombra de conexión entre los dos crímenes, y estoy bastante seguro (en realidad todos lo estamos) de que al pobre diablo conocido por el nombre de Solly Lawson lo degolló algún enemigo. Era un mestizo, empleado en el Pelicano, que vivía con su vieja madre negra en una cabaña cerca de los acantilados. Era un tipo inútil, de mal carácter, con un afecto perruno por mi hermano y por mí; pero peleaba con sus compañeros y se daba siempre grandes aires a causa de su sangre blanca. Solly tenía también éxito con las damas y traía una buena cantidad de calamidades a su propio círculo social. Intervino en varias peleas y figuró en más de un caso de paternidad, pero aunque el infortunado se ganó así bastantes reprobaciones, nosotros fuimos lo suficientemente débiles como para perdonarle muchas de sus faltas, pues tenía un espíritu que regocijaba, un ingenio rápido; y tanto por su vieja madre y por su padre muerto, como por él mismo, lo conservábamos y le perdonábamos sus estúpidos pecados. Había sido encarcelado dos veces y sabía que una ofensa más sería la última en lo que se refería al Pelicano; pero últimamente parecía haberse reformado y se estaba transformando en un miembro responsable de la comunidad. Así, al menos, lo declaró la vieja señora de Lawson. Bien; en el oscuro día de este doble asesinato, llegaron noticias del fin de Solly Lawson. Aquel hombre tan ingenioso y lleno de vida (una tan secreta alegría para nosotros y una tal fuente de interminable exasperación para sus compañeros) fue encontrado muerto, degollado de oreja a oreja. Un accidente reveló el asesinato, pues el cuerpo yacía en una saliente bajo los acantilados, a medio camino entre la cima y el mar que se agitaba abajo. Era evidente que los responsables de su muerte lo habían arrojado allí después de asesinarlo, y que en lugar de caer, como ellos se lo habían propuesto, en poder de los tiburones que estaban en el agua a doscientos pies más abajo, el arrecife invisible lo había recibido. De allí, cuando se lo encontró, fue subido en seguida a un bote y traído a la costa. En la caída se había roto varios huesos, pero la herida fatal estaba en la garganta. En su caso, tampoco ha aparecido ningún motivo que explicase el crimen; y aunque no dudo de que la causa debe de haber sido alguna mujer, nada arroja luz sobre el asunto, y nadie en Barbada puede ser justamente sospechado de él. De este modo tenemos tres crímenes importantes, todos ellos, aparentemente, sin motivo; y aunque en el caso de Solly, como digo, podemos estar seguros de que despertó algunos secretos rencores y atrajo su propio castigo (pues probablemente hay entre nosotros alguien que conoce el secreto de su muerte), en lo que concierne a mi hermano y a Juan Diggle, no puede encontrarse ni en la isla ni en el mundo la sombra de un motivo para su muerte. Ya he hablado de mi hermano; Diggle, en su humilde condición, disfrutaba del mismo modo del respeto y las consideraciones generales. No teníamos en la plantación o en las fábricas un sirviente más popular. Deja una esposa y tres hijos, y mi hermano era el padrino del mayor. Ese es el terrible bosquejo que usted deberá completar, joven; y ahora le ruego me haga todas las preguntas que se le ocurran, salvo que prefiera dejarlas para otra ocasión.

—Tendré muchas preguntas que hacer, señor Slanning —contesté—, pero, ¿me diría usted ahora, tal vez, algo más sobre lady Warrender y su hija?

—Gustosamente. El incidente que las relaciona con el nombre de mi hermano está fuera de lo que le he narrado; ni puedo tampoco relacionarlo con la muerte de Enrique. Pero usted abordará el asunto sin prejuicios; y en todo caso debe oírlo y considerarlo como estricta confidencia. Esta fue una de las pocas experiencias que mi querido hermano me ocultó completamente; no lo habría sabido nunca si no me lo hubieran dicho las señoras. Hace un año, Enrique me dijo que debía casarme, y yo le repuse que él debía hacer otro tanto. Lo admitió y nos burlamos el uno del otro; pero, en el fondo, yo tenía la certeza de que éramos dos solterones incurables. Sin embargo, la verdad es que Enrique deseaba casarse y, con lo que ahora parece extraordinaria reserva, cortejaba a la pequeña May Warrender. Su madre no lo supo hasta después; pero cuando Enrique murió, la muchacha reveló a su madre que había deseado mucho casarse con ella y se lo había propuesto dos veces.

—¿No tiene usted razones para dudar de ella?

—Ninguna, porque no es de las personas que inventan tales historias. Tal vez, de haber oído semejante cosa de alguna otra, podía haber desconfiado; pero es imposible dudar de esta gente. Evidentemente, Enrique la amaba y se esforzó mucho en conquistarla; pero representaba más edad de la que tenía, y seguramente le pareció todavía más viejo a una niña que aún no tiene veinte años. Nunca podrá saberse si quedó profundamente desilusionado o no. Era a tal punto un filósofo que no creo que permitiera que la cuestión lo perturbara más de lo inevitable. May lo quería muchísimo, y después de su muerte estuvo bastante enferma por un tiempo; pero cuando habló con su madre declaró también que su matrimonio con él hubiera sido imposible. Probablemente, como digo, su fracaso no abatió a Enrique más de lo justo, pues era un hombre vivaz e inteligente y un gran estudioso de la naturaleza humana. Más aún, en caso de haber hecho una impresión muy aguda en él, no creo que la habría ocultado, aun si hubiera tratado de hacerlo. Nos conocíamos mutuamente demasiado bien, y ciertamente que en aquel momento no se apartó de su habitual firmeza mental, no ante mí, en todo caso. Tenía el juicio recto y equilibrado de siempre.

Así terminó el relato de Amos Slanning, y lo que principalmente me chocó fueron las innumerables permutaciones y combinaciones que podían deducirse de él. No podía dudar de que el relator me había dicho la verdad tal como él la veía. Era un hombre simple e ingenuo, y evidentemente estaba muy conmovido por la muerte de su hermano. Para lo restante, el problema era cómo continuar mis averiguaciones de la mejor manera posible.

La policía local no tenía teorías ni pistas; y los principalmente interesados en el muerto estaban en las mismas condiciones. Nadie podía coordinar los hechos entre sí y sacar de ellos un relato racional; sin duda, el mismo material parecía dudoso, pues la opinión general separaba la muerte del joven mestizo, Solly Lawson, de la de los otros y sostenía que era una simple coincidencia que aquél hubiera perdido la vida al mismo tiempo que éstos.

Después de su relato, el señor Slanning me llevó a dar un largo paseo por la isla, y nos detuvimos en los escenarios de los incidentes de su historia. Milla tras milla de caña de azúcar se extendían en derredor. Grandes cañaverales bordeaban el camino con inclinados tallos pulidos, atezadas marañas de hojas secas abajo y coronas de verde brillante arriba. Angostas acequias se entretejían en la tierra, y alrededor de la caña principal ascendían a veces grupos de bananas, con sus anchas hojas que pendían al viento. Aquí y allí se levantaban árboles del pan, o arboledas de elegante caoba, o tamarindo, ofreciendo acogedora sombra.

Junto a una casita rodeada por un seto espinoso, crecía un árbol de calabaza, y su fruto verde y pulido colgaba de las ramas melladas, casi sin hojas.

—Aquí vive la pobre viuda de Diggle —dijo Slanning—, y estamos a menos de una milla del escenario de la tragedia. Ahora puede ver el delineamiento general de las posesiones Pelicano que se extienden en arco hacia el Norte y el Sur, y llegan casi hasta los acantilados de coral cerca del Hotel Crane. Si no viene usted a vivir conmigo, puede tomar habitaciones allí, para estar en el escenario de su trabajo.

Pero, no sabiendo dónde estaría ese trabajo, determiné por el momento permanecer en Bridgetown, y luego de quedarnos en un claro, en donde había ocurrido la muerte de su hermano, y después de visitar la casa señorial del último de los Slannings de Barbada, regresé a la ciudad y tomé en seguida un par de habitaciones en una plaza apartada, no lejos del club.

II

Mi objeto era trabajar como un desconocido, en lo posible, y en ello me asistió Amos Slanning. Mi misión no fue especificada, aunque pronto me di cuenta de que muchas personas estaban enteradas de ella. Naturalmente, quería llegar a conocer muchas cosas que el hermano del muerto no podía decirme, y como aún sobrevivía la expectativa de lo ocurrido, todo el mundo se alegraba de hablar de ello, y la conversación en el salón de fumar del club derivaba a menudo hacia ese tema.

Fui aceptado como socio transeúnte de esta institución y pasé unos días casi enteramente entre sus paredes. Hallé que Amos Slanning era inmensamente popular, sin duda aún más de lo que Enrique había sido, pues aunque los hombres hablaban del muerto con respeto y lamentaban su fin imprevisto, no parecía tener muchos admiradores. Indudablemente, el resto de la humanidad no lo veía con los mismos ojos que su hermano gemelo. Un abogado que frecuentaba el club, y que conocía bien a ambos, me dio de ellos una descripción amistosa, pero objetiva.

—Enrique Slanning —dijo— era un hombre de negocios con grandes ambiciones. No le gustaba que lo contradijeran, pero pocas personas lo hacían, porque era un hombre sensato, un demócrata cabal, y muy al tanto de las corrientes y tendencias del pensamiento contemporáneo. Usted no puede formarse una opinión completa de él a través de su hermano. No tenía nada del espíritu entusiasta ni de la jovialidad que caracterizan a Amos. Tenía, en verdad, un carácter sombrío.

—¿Tiene usted alguna teoría sobre los hechos? —pregunté por decir algo; y el otro contestó que no tenía ninguna.

—Si Enrique hubiera sufrido algún desengaño muy grande —dijo—, o un descalabro económico o moral, puedo imaginar que se hubiera suicidado. Su hermano, naturalmente, dice que bajo ninguna circunstancia imaginable habría hecho tal cosa; otros, sin embargo, están de acuerdo conmigo en lo que a eso se refiere. Pero es obvio que esto no es un suicidio. Dispararon deliberadamente sobre él desde cierta distancia, veinte yardas por lo menos, según dicen los médicos.

Esto fue lo que dijo. También otros proporcionaron algunas informaciones, o algunas experiencias que arrojaban luz sobre su carácter. Todos ayudaron a completar el retrato de Enrique Slanning; pero nadie pudo proporcionar un retrato amplio; y comprendí que el retrato no podría ser completado nunca, a no ser que el mismo Duveen probara ser capaz de esa tarea.

Una de mis primeras visitas fue para lady Warrender, y su descripción del hombre asesinado difirió ligeramente de las restantes. Dijo que era de temperamento religioso, pero no ortodoxo ni devoto de ninguna forma particular de fe.

—Habría terminado sus días como católico, si hubiera vivido —declaró. Y prosiguió—: Sus gustos eran intelectuales y le gustaban los problemas metafísicos y psicológicos. Mi difunto esposo compartía sus inquietudes y los dos gozaban con sus interminables argumentaciones sobre el tema del libre albedrío y el determinismo, la fe y la razón, etc. Había una parte de Enrique que estaba completamente oculta a su hermano. Sin duda, Enrique sabía que tenía una mente mucho más sutil y un poder de imaginación mucho más amplio. Quería mucho a Amos; pero más como un padre ama a un hijo que como un hermano quiere a su hermano. Nunca perturbó a Amos con sus profundas meditaciones, o puso en duda la fe de su hermano. Siempre tuvo mucho cuidado de no hablar delante de Amos de cosas que pudieran ponerlo en una falsa posición, o hacerlo aparecer mentalmente inferior en una conversación. Era extremadamente tierno y sensitivo para con todo el mundo. Pero odiaba a la gente vanidosa y petulante, y se indignaba ante las críticas sobre las Indias Occidentales, y sobre Barbada en particular.

—¿Ignoraba usted que deseaba casarse con la señorita Warrender?

—No tenía idea de ello. A veces les hacía burla, a él y a su hermano, y les decía que debían encontrar esposas para no permitir que los célebres Slanning de Barbada se extinguieran con ellos, pero Enrique decía siempre que Amos era el hombre casadero. May habría, naturalmente, guardado el secreto de su propuesta, tal como él se lo rogó, de no haber sido por su muerte. Entonces pensó que lo mejor era confiar en mí, y yo se lo dije a su hermano. Nunca se sabe si dos hechos tienen relación.

—¿No notó usted ningún cambio en él, últimamente?

—Ninguno. Fue alrededor de seis semanas después de su segundo rechazo cuando murió.

—¿Habría usted objetado a ese matrimonio?

—No habría puesto obstáculos. Era un hombre distinguido y honorable; un caballero, en el más alto sentido de la palabra. Mi hija gustaba mucho de él y le dolió causarle una pena; pero no lo amaba. Aunque sólo quince años mayor que May, aparentaba mucho más ante ella; era viejo para su edad; un hombre sosegado, tranquilo, solitario, a quien le gustaba leer, y sin placeres que una muchacha corriente hubiera podido compartir. Habría sido un espléndido esposo, pero no para May.

Gradualmente construí una visión de Enrique Slanning, aunque no puedo decir que llegué a ver al hombre muy claramente. Iba y venía, a veces se aclaraba, luego retrocedía otra vez. Algunos, según descubrí, lo consideraban un cínico, con el ardiente corazón que puede ocultar un cínico; otros, de mentalidad religiosa, dudaban de él como de un librepensador. Nadie negaba que podían acreditársele muchas cosas buenas; pero sólo en un sitio, y en uno muy inesperado, encontré una sugestión de que había cometido un acto objetable.

Visité a la viuda de Juan Diggle, que resultó muy conversadora. Pero era inteligente, su memoria parecía merecer confianza y su honestidad era evidente. Estaba recogiendo la ropa tendida sobre el seto espinoso, junto a su casa, y se refirió tristemente al guardián muerto y a sus virtudes.

—El no tenía un enemigo, señor; el mejor hombre y el mejor marido. Trabajó para el señor Amos y para el señor Enrique por años y años, y nunca escuchó una palabra fuerte de ellos en todo el tiempo. Pensaban maravillas de él; y mi pobre Juan pensaba maravillas de ellos.

—Permítame entrar en su casa y sentarme, señora de Diggle, fuera del sol. Estoy seguro de que todo el mundo está muy apenado por usted. El señor Diggle era muy respetado.

—Un hombre muy respetable, señor, y sólo los perversos bribones que robaban la caña peleaban con él.

—¿Tuvo él alguna discusión con Solly Lawson, el pobre negro a quien degollaron?

—Nunca. Sabía que Solly era un negro pícaro, pero Juan era muy amable con los jóvenes, y afirmaba que Solly se enmendaría algún día. Mi Juan era una persona muy cristiana.

—Cuénteme cosas de él. Tengo mucho interés.

La mujer divagó por un momento, y gradualmente la traje a sus últimos recuerdos del hombre.

—¿Alguna vez hizo él algo que el señor Enrique no aprobara?

—No, señor; el señor Enrique era un hombre bueno. Pero, pero...

—¿Estaban siempre de acuerdo?

—Ahora que usted dice eso, recuerdo una cosa rara, señor. Un día, uno, dos, tres días antes de ser asesinado, mi Juan volvió tristísimo y le dije: "¿Qué pasa, Juan?" Y él me contestó: "Nada". Pero yo insistí: "Debe de haber algo, porque tienes arrugas en la frente y bufas por la nariz". Y él dijo: "Maldita mujer tonta, Juana". Entonces, antes de que él

saliera a trabajar, comentó: "La maldita gente perversa que roba la caña trae complicaciones y todo cae sobre mí".

—¿Se robaba mucha caña?

—No, señor. Siempre había algunos robos por la noche, y Juan sorprendía a un hombre alguna que otra vez, pero no muchas, y nunca supe que se preocupara por eso. Por eso le dije: "No te preocupes, Juan, de cosas tontas como ésa"; y él me contestó: "Tengo que preocuparme porque el amo Enrique se preocupa. Y el amo Enrique me dijo que yo no soy bastante inteligente y que no cumplo con mi deber con los ladrones y que no sé tratar a los bribones". Yo estaba terriblemente sorprendida de oír a mi esposo decir eso, y Juan agregó que él haría en el futuro lo que le ordenaran sin examinar las órdenes y sin preocuparse por lo que pudiera ocurrir; y yo le dije: "Tú siempre debes hacer lo que te ordenan, Juan".

—¿Le explicó algo más sobre eso?

—No; se fue gruñendo; pero pronto volvió a estar alegre otra vez. No mencionó más el asunto y yo no pensé más en él hasta que Juan murió; entonces quise saber algo más sobre eso, pero ya era tarde. El pobre Juan, herido en el costado y con el corazón volado en pedazos.

—Supongo que el señor Slanning no puede haber tirado sobre su esposo, ¿verdad?

— ¡Dios mío! ¿El amo Enrique disparar un balazo a Juan? Es lo mismo que pensar que Juan disparó un tiro al amo Enrique. El amo Enrique era un caballero; incapaz de matar. Nunca disparó una escopeta en su vida. Nunca aplastó un escorpión. Quería a Juan; me lo dijo cuando Juan cayó enfermo una vez. Y Juan, él habría muerto cien veces por el señor Enrique o por el señor Amos. Era un hombre muy fiel y vivía para sus amos.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que pasó, señora de Diggle? Si Juan arrestó gente por robar caña de azúcar, podría tener enemigos.

—No, uno o dos hombres fueron encarcelados, pero nunca pensaron mal de Juan. Es lógico que los hombres malos sean prendidos alguna vez. Y Juan fue asesinado con su propia escopeta, recuerdo eso. Juan llevaba su escopeta. Nunca se separaba de ella.

—¿Cree usted que habría sido posible que alguien se apoderara de la escopeta de Juan?

—Solamente el amo Enrique podía hacerlo. Si el amo Enrique venía de noche y decía: "Préstame tu escopeta, Juan", entonces Juan se la prestaba. Pero el amo Enrique no quería escopetas. Las odiaba.

—¿Dijo su esposo alguna vez que había encontrado al señor Slanning en sus rondas nocturnas?

—Nunca, señor. Seguramente que lo habría dicho. Hubiera sido muy raro, porque el señor Enrique y el señor Amos nunca se acercaban a la plantación de noche.

—¿Tiene alguno de sus amigos alguna idea de lo que puede haber pasado?

—Son gentes tontas. Piensan que el diablo le dijo al amo Enrique que saliera de noche y metió en la cabeza de Juan la idea de tirar sobre él, y luego el diablo mató a Juan; pero, ¿qué hacía Dios mientras tanto? El amo Enrique y Juan eran hombres muy buenos y ahora están en el cielo con coronas de oro en la cabeza, alas de oro y arpas de oro, señor, pero no debe ser agradable para el perverso asesino que ellos sean felices ahora. El irá al infierno, que es el sitio que le corresponde.

—¿Usted no cree que Solly Lawson tuvo algo que ver con el asunto?

—No sé nada de eso. Murió también; nadie puede saber si fue él o no.

—¿Era de la clase de individuos que podría haber robado caña?

—Creo que robó mucha caña, señor; pero nunca hizo nada contra el señor Enrique, que se puso de su parte muchas veces. Los negros roban caña, porque son gente terriblemente ignorante y no piensan en lo malvados que son; pero no hacen mal a otros hombres buenos por eso. Ese pobre Solly, si llegaba a ver que alguien trataba mal a Juan, o al amo Enrique, hubiera corrido a ayudarlos, estoy segura.

Continuó lloriqueando. Era una mujer bastante perspicaz y sensata, y no se podía menos que sentir pena por su dolor, cuando se interrumpía para sollozar. Era la pena personal por su pérdida y no el temor al porvenir lo que la afligía, puesto que Amos Slanning se había preocupado de su futuro y el de sus tres hijos.

Y, en otra parte, algunos días después, mis investigaciones me llevaron a ver a otra triste mujer negra, la madre del asesinado Solly Lawson.

Vivía cerca de unos escalones de coral cortados en el acantilado, no lejos de la costa del litoral. Se llegaba a su cabaña por un promontorio, donde, en la tierra chamuscada, crecían la opuntia y enormes áloes. Grandes langostas voladoras saltaban y volaban perezosamente; los lagartos se calentaban en la hoguera del sol desnudo, y reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por la áspera estridencia de los insectos. Una cabra negra rondaba por allí y en un arroyuelo seco saltaba una rana solitaria. Sobre las carnosas hojas de los áloes las gentes en vacaciones habían grabado sus iniciales, y los enamorados habían colocado sus nombres entrelazados.

La cabaña de María Lawson se levantaba cerca del lugar donde habían asesinado a su hijo. Era una negra pequeña y ajada, que se había casado con un inglés —un viejo marinero— que encontró trabajo en el Pelicano cuando abandonó el comercio costero en las Antillas. María pudo agregar poca cosa a lo que yo sabía; pero confirmó lo que otros habían dicho de Solly.

—No era un hombre muy malo, señor; sólo que le gustaban mucho las chicas, y era muy buen mozo, mi querido muchacho. Perdió la cabeza e hizo cosas tontas y reñía con sus vecinos; pero en el fondo no era malo y siempre se arrepentía de sus malas acciones. Un muchacho muy excitable, señor. Se llevaba las cosas por delante y luego empezaban los dolores de cabeza, pero todo el mundo lo perdonaba cuando después se arrepentía de lo que había hecho. Y el señor Enrique nunca fue duro con Solly, porque Solly era tan charlatán que siempre se las arreglaba con el señor Enrique, y con el señor Amos también, y los hacía reír.

—¿Tenía cariño por ellos?

—Los adoraba; nada era demasiado bueno para ellos, me lo dijo mil veces. Todo el mundo los quería. Nadie habría podido hacerles daño. Y si Solly llegaba a ver a alguien hacer mal al señor Enrique o al señor Diggle, se enfurecía tanto que peleaba con quien fuera.

—¿Era amigo de Juan Diggle, también?

—Sí, señor; era amigo del señor Diggle. El señor Diggle era un caballero muy bondadoso con mi hijo cuando otras personas se enojaban con él.

—Pero, ¿y si el señor Diggle hubiera visto a su hijo robando caña de azúcar?

—Entonces el señor Diggle habría hecho encerrar a Solly. ¡Dios perdone a mi Solly! Eso ocurrió una o dos veces, pero Juan perdonó a Solly después que éste fue castigado, y Solly nunca le guardó rencor por eso. Cosa hecha, hecha está, señor.

—No diría usted que Solly podría haber estado robando caña esa noche, ¿no?

—No, señor, no diría eso. Puede ser, pero no creo que Solly se atreviese. No estaba lejos de su casa. Yo creo que algunos hombres malos pelearon con él por una chica, se escondieron, se lanzaron sobre él cuando el pobre Solly regresaba a casa y lo mataron.

—¿Más de un hombre?

—Sí, porque Solly era rápido y fuerte. No hay por aquí ningún negro lo bastante fuerte para matar a mi Solly sólo con sus manos y un cuchillo, y después tirarlo por el acantilado. Se necesitarían seis o siete hombres para hacer eso.

Se extendió sobre la fortaleza de su hijo con triste satisfacción.

—¿Podría usted nombrar a alguien que tuviera algo contra él?

—No, señor; nadie. Se comportaba muy bien desde hacía tiempo. Y yo pregunté a muchos negros si conocían a alguien que estuviera resentido con Solly, y me dijeron que

no. Pero alguien lo hizo, seguramente. Unos marineros que se embarcaron al día siguiente podrían haber sido los autores.

—¿Conoce usted a alguna muchacha que quisiera a su hijo o se peleara con él?

—Muchas muchachas, señor; pero él era amigo de una sola chica en Georgetown ahora, y ella no tenía más amigo que Solly, y ella lo quería mucho.

—¿El la trataba bien?

—Era muy generoso y bueno con ella. Ella le diría lo mismo si la interrogaran.

Investigaciones posteriores respecto al carácter y a la historia de Juan Diggle y Solly Lawson confirmaron estos relatos de esposa y madre. Testigos independientes concordaron con ellas y con Amos Slanning, que ya me había contado la misma historia. Era, precisamente, una coincidencia curiosa que los tres muertos carecieran de cualquier cualidad siniestra o peligrosamente antisocial. Por lo que se refería al joven mestizo, aunque era claro que nunca había respetado la ley y que tenía mala reputación, no parecía probable que hubiera despertado la suficiente enemistad para que lo matasen a causa de sus pecados. Los negros suelen lanzar grandes amenazas, pero supe que sólo muy rara vez llegan al crimen; y un crimen como éste, realizado a sangre fría, parecía difícil de explicar o de comparar con otra experiencia. Era suficientemente claro que, en verdad, había sucedido; pero que hubiera sucedido sin dejar tras de sí una clave, sin levantar sospechas en ningún sector y sin incriminar siquiera remotamente a nadie, intrigaba grandemente a la policía local.

Encontré en ella a caballeros bastante inteligentes, y era claro que habían proseguido las primeras investigaciones en una forma efectiva y totalmente profesional, de acuerdo con métodos convencionales y perfectos. No se les ponía dificultades y no había, aparentemente, una sola persona en Barbada que no los habría ayudado con la mejor voluntad en su investigación, de haberles sido posible. Ni aun la más vaga explicación del crimen recompensó sus enérgicas investigaciones: ni los ciento un detectives aficionados que lucharon para solucionar el misterio pudieron arrojar ninguna luz sobre él.

La mayor parte de la gente que me encontraba, separaba las muertes de Slanning y Diggle de la de Solly Lawson. Sin duda, la única cosa que podía unirlos era la pila de caña cortada cerca del sitio donde habían caído Enrique Slanning y su guardián. Pero mientras éste parecía ser el trabajo de un ladrón nocturno a quien hubieran sorprendido, nadie podía decir que Solly fuera ese hombre. Y, de haberlo sido, era demasiado seguro que no hubiera atentado contra la vida de su amo ni del guardián nocturno. Sin duda, ni los registros de la hacienda Pelicano, ni los de ninguna otra hacienda contenían, entre muchos trabajadores, a ninguna persona que pudiera ser señalada como capaz de tal crimen. Ser apresado robando caña era una ofensa muy venial a los ojos de los negros. La posibilidad de que un hombre blanco robara caña parecía muy remota; no obstante, algunos compartían la impresión de la señora Lawson, de que un marinero, o marineros, podían estar complicados. No aparecía, sin embargo, ninguna justificación para esa opinión.

La explicación de por qué Enrique Slanning salió de su casa por la noche, se me presentaba como el punto fundamental, pues aclarado este paso más que desacostumbrado, todo lo demás hubiera brotado de él; pero ninguna razón se ofrecía. En cada vuelta de esta exasperante investigación me veía detenido como en un callejón sin salida; pues el motivo, aunque debía haber existido para cada incidente secreto de esta trampa, resultó inaccesible para mi capacidad. Evidentemente, Enrique Slanning había ido al lugar donde sabía que Juan Diggle debía encontrarse en sus rondas; pero nunca podría saberse si realmente había buscado a Diggle o a otra persona, a menos que un hombre vivo, o una mujer, suministrara la información. Nadie se presentó, sin embargo; había una extraordinaria falta de testimonios. En tales casos, nueve veces de cada diez, la casualidad ofrece una huella para dar el primer paso, por medio de algún incidente u observación que pueden abrir el camino

de la investigación, o sugerir una manera de búsqueda; pero no sucedió ninguna de esas cosas. Nadie aportó un testimonio de ninguna clase, y nadie entró realmente dentro del radio de la investigación. Aquí, aparentemente, uno se enfrentaba con tres crímenes descarados y deliberados, cometidos en una noche en una pequeña isla. Sin embargo, ni la sombra de un motivo los explicaba, y ni un solo ser viviente podía ser señalado justamente como sospechoso en la menor medida.

Hice notas muy copiosas y, naturalmente, proseguí la investigación a través de muchos rastros menos importantes, todos los cuales terminaron en el fracaso y no aportaron ninguna luz. Me encontré en la desagradable situación de no poder formular un alegato, y después de seis semanas de trabajo muy duro y concienzudo me vi forzado a confesármelo a mí mismo. De ello resultó una pérdida de mi propia estima. Recomencé todo, sólo para completar otro círculo de fracasos. Ni siquiera podía llamársele, comparativamente, falta de éxito. La futilidad de mi investigación fue casi absurdamente completa. No llegué a ninguna teoría de ninguna especie, y aunque una vez atisbé oscuramente la verdad, tal como apareció después, me aparté del buen camino no bien comenzó a parecerme equivocado.

Mi última semana en Barbada, la última de las seis que empleé en el caso, fue ampliamente dedicada a Amos Slanning. Había sido extraordinariamente generoso conmigo, e insistido en que pasara algunos días en la hacienda Pelicano, como huésped suyo, antes de abandonar las Indias Occidentales. Estaba francamente desilusionado de mi fracaso, pero no más de lo que yo mismo confesaba estarlo. La verdad es que aunque preparado para esta clase de trabajo por instinto e inclinación natural, y aunque había obtenido ya muchos éxitos en varios casos oscuros, en éste fracasé completamente.

No podía sino admitirlo y esperar que mi jefe resultara más afortunado. Hablamos mucho de Enrique Slanning; sin duda, yo hice girar la conversación sobre él tanto como decentemente se podía, y no sólo con su hermano gemelo; porque ahora comprobaba la exactitud de lo que algunos me habían dicho: Amos tenía una opinión de su hermano que difería de la verdad. No menospreciaba su rectitud, o la consideración y el respeto extendidos universalmente al muerto; pero nunca había sondeado ese carácter, tan diferente del suyo, y, probablemente, nunca había advertido el aspecto intelectual y lleno de curiosidad de la mente de Enrique Slanning. Por ejemplo, cuando insistía sobre la posibilidad del suicidio (pensamiento que me perseguía en conexión con el caso, aunque los hechos estuvieran allí para probar el asesinato), Amos Slanning aseguraba que nada era menos probable, y aun cuando se demostró que su hermano había comprado el revólver en Inglaterra, afirmó que no lo había comprado con tal propósito. Otros, sin embargo, no consideraban improbable la idea de que Enrique Slanning se hubiese suicidado bajo ciertas circunstancias; pero puesto que nos enfrentábamos con un asesinato evidente y no con un suicidio, no consideraron necesario plantear esa cuestión.

Le pedí una fotografía del muerto, para llevármela con el resto de mi elaborado dossier. El retrato que me prestó se parecía mucho al mismo Amos en las facciones, pero la expresión era diferente, más sutil y melancólica. Sin duda, era un rostro que reflejaba el desasosiego y la frustración de las ambiciones de su vida. Sin embargo, ninguna expresión cínica nublabá sus facciones, y su boca era tan bondadosa como la de su hermano, aunque más firme. La fotografía había sido tomada antes del asunto amoroso de Enrique. Lo que me resultó más útil vino a mis manos por accidente dos días antes de abandonar la isla. Amos, buscando entre las cosas de su hermano, había encontrado un diario, que no contenía nada que arrojara luz sobre el pasado y, evidentemente, se abstenía a propósito de toda mención al romance de Enrique; pero, además de esto, descubrió una pila de manuscritos, las meditaciones de un intelectual sobre variados temas, todos de directo interés humano. El estudio de la biblioteca personal de Enrique Slanning me había ya convencido de su actividad en el campo del pensamiento, hecho que lady Warrender había

confirmado. Sus libros eran en su mayoría filosóficos, y encontré una traducción de Gomperz (que había ocupado, indudablemente, gran parte de su tiempo), y traducciones de otros autores alemanes, incluyendo la versión inglesa en veinte volúmenes de Nietzsche. Tenía también los trágicos griegos traducidos por Gilbert Murray, con Platón y Aristóteles frecuentemente leídos. Sus inclinaciones, evidentemente, lo empujaban hacia los grandes paganos. En lo que se refiere a sus propios escritos, hacían recordar a la *Anatomía de la Melancolía*. Abundaban en ellos extrañas citas y tendían a lo mórbido; pero estaban llenos de luz que revelaba el carácter del hombre a través de sus inclinaciones. Había recopilado escritos sobre el amor, la pasión, la ambición, la paciencia, el deber, el suicidio, la justicia, el pensamiento libre y el libre albedrío como opuestos al destino. Era claramente racionalista en este momento de su vida y no reconocía ninguna inhibición sobrenatural de la conducta; pero su sentido del deber era exquisitamente agudo; debatía problemas de justicia con espíritu tan imparcial como notable y uno se sentía en presencia de un hombre casi abrumado por sus obligaciones hacia sus semejantes. Escribía sobre la superioridad y la dominación, la astucia y la desgraciada necesidad de la mentira en los asuntos de la vida, de la herencia y del medio como fuerzas rivales, o gemelas, en el desarrollo del carácter.

Pedí este voluminoso documento puesto que, en mi opinión, probaría ser de gran valor para Duveen cuando comenzara a investigar la suerte de Enrique Slanning; y su hermano estuvo conforme en que lo llevara conmigo.

—Publicaré todo después —me aseguró—. Será un valioso recuerdo de Enrique y ayudará a mostrar al mundo que era un hombre notable y un pensador mucho más grande de lo que la gente suponía.

Y así abandoné las Indias Occidentales (alcanzando el vapor *Don* a su regreso de Jamaica). Partí agradecido por tanta generosidad y consideración, y enriquecido con uno o dos buenos amigos que todavía hoy conservo. Pero estaba desilusionado y entristecido en lo más profundo de mi ser ante este total fracaso: no haber conseguido adelantar, ni siquiera mediante una simple especulación fecunda, en los problemas que me habían llevado tan lejos, y para resolver los cuales había trabajado tan esforzadamente.

Mi fracaso total tuvo, sin embargo, buen resultado, pues despertó el interés de Miguel Duveen, quien no ocultó su asombro ante un fiasco tan completo.

—Naturalmente, elaboré una docena de teorías —expliqué—, pero cada una a su turno chocó con una negación desconcertante. No pude encontrar ninguna explicación que se ajustara a todos los hechos; peor aún, no pude encontrar ninguna explicación que se ajustara a ninguno de ellos. Por lo que pude deducir, como resultado de una búsqueda sin reposo, estos hombres no tenían, entre los tres, ni un solo enemigo en el mundo; ni era posible encontrar un ser viviente o saber de algún ser viviente que ganara algo con la muerte de alguno de ellos. Naturalmente usted dirá que Amos Slanning gana; pero, realmente, no es así, pues él y Enrique tenían prácticamente todo en común, y estaban profundamente unidos entre sí. Si una cosa es cierta, dentro de lo incierto que es todo, yo diría que es la absoluta inocencia de Amos Slanning. Lo más fantástico es que, contra la evidencia de mis propios sentidos y la realidad del asesinato debidamente probado, encuentro que mi mente vuelve una y otra vez a la convicción de que no pudo ser. No hay un solo individuo de quien podamos sospechar que asesinó a Slanning; y en su propia mente había una razón para suicidarse. Sin embargo, no lo hizo.

Duveen me palmeó en el hombro.

—Veremos si usted debe ser perdonado —me dijo—. Al menos ha despertado mi curiosidad, y cuando me ponga a trabajar en sus notas, podré juzgar mejor si ha fracasado tan sin esperanza como imagina. Mientras tanto, hay muchísimo que hacer. Venga a cenar conmigo de aquí a una semana, si no tiene compromisos; entonces oirá su sentencia o su absolución, según sea el caso. El cambio le ha hecho bien. Salvo por su expresión de remordimiento, nunca lo he visto con mejor aspecto.

Así me despidió, y me alegró pensar en otras cosas hasta la noche en que debía cenar con él. La postergó para una semana más tarde, sin embargo, pero me vio en su oficina y me hizo unas pocas preguntas concernientes al problema de las Indias Occidentales. Las contesté y no hizo comentarios sobre mis respuestas.

Por fin cené con él, y después de la comida se dispuso a leerme su solución.

—He resuelto el problema —dijo.

—¿Resuelto? —balbuceé.

—A mi propia satisfacción, y me sentiré desilusionado si no lo está también a la suya. No puede culpársele. Hizo usted lo que yo podría haber hecho. Le faltó la necesaria inspiración sintetizadora, para armar el rompecabezas después de juntar las piezas; eso es lo que faltaba.

—Faltaba todo.

—Usted tenía razón. Solamente debía seguir a su intuición, pero la abandonó cobardemente.

—¿Cómo podía seguirla contra un hecho absoluto?

—Querido amigo, ningún hecho es absoluto.

—Pero un asesinato no puede ser un suicidio.

—Un asesinato puede ser un suicidio y un suicidio puede ser un asesinato. No haga afirmaciones temerarias; encienda su cigarro y escuche. Estoy bastante complacido con esto; aunque es muy posible que nadie más que nuestras nobles personas lo apreciemos en su verdadero valor. Por su descripción de Amos Slanning estoy seguro de que él no lo apreciará. Por consiguiente, no esperemos ninguna recompensa.

Entonces me leyó su solución del misterio.

III

"Sólo por medio de un estudio conciso y exhaustivo del carácter, es posible alcanzar una explicación de este problema; y en el caso de Enrique Slanning, de cuya muerte veremos que dependieron las de otros hombres menos importantes, Juan Diggle y Solly Lawson, existe amplio material para una estimación de su complejo temperamento. No sólo puede estimársele por los hechos registrados que le conciernen, sino por sus propias disertaciones y meditaciones; y es con mi juicio sobre él, basado en datos complejos, que reconstruyo los hechos que arrebataron su vida y las de las otras dos víctimas.

"Ciertamente, el fin de Solly Lawson forma parte del problema mayor, pues lo considero un componente esencial del todo. Un accidente lo envolvió en el corazón de la catástrofe, y sin él hubiéramos tenido un solo muerto en lugar de tres y una tragedia de naturaleza psicológica interesante, pero ningún misterio. Porque el misterio que explicaremos ahora no es el trabajo premeditado de un hombre, sino la obra ciega de la casualidad.

"Echemos primero una ojeada al carácter del problema y tomemos los tres muertos uno a continuación del otro. Como demostraré, sólo ellos nos conciernen. No hay villanos por descubrir, que acechan ocultos; ningún hombre vivo, salvo, tal vez, yo mismo, comprende todavía el misterio. Solamente estos tres son responsables de su propia desgracia; o sería más correcto, quizá, decir que una extravagante acción de Enrique Slanning precipitó la muerte de las otras víctimas.

"Hallamos que Enrique Slanning es un hombre de gustos cultivados y refinados, adverso aun a la ocasional violencia de los deportes. La señora de Juan Diggle dijo de él, de Slanning, que era incapaz de aplastar un escorpión. Era astuto, sagaz, y un buen hombre de negocios. Heredó el poder del bienestar económico y no abusó de él. Trabajó fuerte y con humanidad y consideración para todos aquellos que empleaba. Era generoso, previsor y de corazón bondadoso; no le faltaba ambición más allá de su propia prosperidad y del bienestar de sus propios empleados, puesto que lo encontramos aceptando puestos oficiales en Barbada y dedicando no poco de su tiempo a trabajos honorarios por el bien general. Este es el hombre exterior y la personalidad familiar a su hermano, sus amigos y conocidos; pero hay otro Enrique Slanning; un intelectual de espíritu investigador, un incesante buscador de conocimientos extraños, un gran lector y un pensador sutil en ciertos temas. Se interesa en muchas cosas; pero determinados temas poseen para él una fascinación especial, y uno, por sobre todos los demás, parece intrigar permanentemente su espíritu. Es un tema mórbido, difícil de asociar con un hombre joven, próspero, vigoroso y popular, de treinta y cinco años; pero no puede haber duda sobre ello, puesto que no sólo se informó a su propósito a mi colega en más de una fuente, en el curso de su investigación independiente, sino que también lo encontramos como tema constantemente presente en los cuidadosos apuntes de Enrique Slanning. Se compromete en un juicio definido sobre ese asunto; escudriña en la literatura profana en busca de confirmación y también encuentra justificación para sus conclusiones en la historia cristiana.

"Volveremos sobre esto. Por el momento, es necesario demostrar cómo lo que poseía al principio no más que un interés académico para Enrique Slanning creció hasta convertirse en un problema y en una tentación personales. Había probado todo lo que la vida puede ofrecer, y alcanzado, aparentemente, el pináculo de sus propias ambiciones, cuando apareció en su vida una nueva y tremenda experiencia. Se enamoró por primera vez. Su hermano, que nunca se separó de él, nos asegura que antes no había declarado o revelado afecto alguno por ninguna mujer; y aunque no tenemos prueba absoluta de esto, puesto que en el caso de su afecto conocido el señor Amos Slanning lo ignoraba completamente hasta después de su muerte (y, por consiguiente, no podemos decir con convicción que Enrique

nunca amó antes), es razonable presumir que ninguna pasión dominadora lo abrumó hasta que se enamoró de May Warrender.

"Es seguro que sentía profundo afecto por ella, aunque su naturaleza sensitiva y reservada ocultaba el hecho a todos menos a la joven. La cortejó con la delicadeza, la humildad y el refinamiento que pueden esperarse de un hombre así; y podemos presumir que lo hacía confiado en el éxito, pues en su vida se había movido fácil y afortunadamente. Tenía mucho que ofrecer, y el objeto de su afecto, según sabemos, no tenía experiencia y declara que por largo tiempo no apreció el significado de su amistad. Pocas muchachas, que no supieran todavía el significado del amor, lo habrían rechazado, y ella, con total inocencia, había aceptado favorablemente sus insinuaciones, de modo que podemos presumir que él tenía pocas dudas de que sería aceptado.

"Insisto en la magnitud de la desilusión de Slanning cuando supo que su esperanza era inútil; y creo que el golpe del rechazo fue tan violento y completo que, como hombre que nunca había amado a la vida por ella misma, se rebeló en ese momento contra ella y encontró que su existencia era una tiranía intolerable. Teniendo en cuenta sus raras dotes intelectuales, es razonable suponer que habría sobrevivido a esta penosa experiencia, y se habría recobrado de su desilusión como un hombre normal, pero no se dio tiempo. Volvió al objeto de sus investigaciones filosóficas, y bajo este duro golpe de la suerte (una suerte que había sido bondadosa con él hasta entonces) encontró en ese tema no ya una mera preocupación para el pensamiento, sino una invitación a la acción.

"Este tema, la posesión siempre recurrente de su actividad mental, era el suicidio. Y el hecho aparece escrito por su propia mano mil veces. Cada vez que inicia un nuevo tema, como un fantasma a la luz del día, entre inteligentes consideraciones sobre el amor, la esperanza, la fe, el honor, el deber y otros temas dignos de un hombre magnánimo y altruista, la autodestrucción se insinúa, sin embargo, en el relato. No puede evadirlo; hay para él una fascinación en el tópico que lo hace volver una y otra vez. Vicia sus meditaciones; es un hilo negro en la madeja de sus pensamientos. Agota la literatura en su busca de altos ejemplos y de referencias significativas.

"Sostiene con los grandes paganos que vivir en la necesidad, el deshonor o el sufrimiento es una locura. Se hacía eco de Catón, Pomponio Ático, Epicuro. Lo hallamos citando a Séneca, *Malum est in necessitate vivere; necessitas nulla est* —És miserable vivir en la necesidad, pero no hay necesidad de hacerlo—. Está de acuerdo con Marco Aurelio en que si la cabaña humea, el hombre sabio la abandona. Dice con Quintiliano: *Nemo nisi sua culpa diu dolet* —Ningún hombre soporta el sufrimiento sino por su propia culpa—. Pero no se conforma con justificar la práctica del suicidio únicamente por medio de los paganos; no es suficiente que los medos y los persas, los griegos y los romanos estén con él, y que todas las naciones de la antigüedad provean admirables y laudables ejemplos de lo que los ojos cristianos miran generalmente como pecado. Busca ejemplos en la Biblia y encuentra, en los Libros Apócrifos, un ejemplo auténtico, cuando Razias, uno de los ancianos de Jerusalén, se mata (Macabeos 2) y el historiador lo aplaude por hacerlo. Lo encontramos ocupándose también en figuras distinguidas de la Iglesia Católica: Pelagia y Sofronia, canonizadas por su santo autosacrificio; y de hombres, especialmente Jacques du Chastel, aquel obispo de Soissons que cargó solo contra un ejército y cometió gloriosamente felo-de-se por su fe. Cita también en toda su extensión la famosa apología del suicidio de John Donne, *Biathanatos*.

"Entonces, habiendo concluido con Cicerón, que es agradable a la naturaleza que un sabio abandone la vida en el pináculo de su prosperidad, escribe un docto ensayo sobre un dicho de Josefo: aquel que muere antes o vive más allá de lo que debe es igualmente cobarde.

"Respecto de Enrique Slanning afirmo, pues, que después de su desencanto amoroso, la vida perdió su sabor, y llevado a ello por hábito mental y predisposición natural, resolvió

matarse, habiendo desde hacía tiempo convencido a su razón de que tal acto es justificado y conforme a la filosofía. Dejaremos al desventurado caballero en tal resolución por algunos momentos, y volveremos nuestra atención a las otras dos víctimas de la tragedia del Pelicano.

"En el caso de Juan Diggle, el guardián nocturno, no se presenta ninguna dificultad de carácter. Era un hombre recto, de mente simple, contra el cual nada malo podría adelantarse; buen marido, buen padre y sirviente honesto y leal. Continuaba la tradición legada por su abuelo y su padre y trabajaba con un solo propósito: el bienestar de sus empleadores. La relación de éstos con él era más que la de amos y servidor. Lo valoraban por sí mismo, y le revelaban de muchas maneras su interés personal y su estima.

"El deber de este negro era vigilar las plantaciones de caña de azúcar durante la noche, y encontramos, en relación con este trabajo, una vieja ley no escrita pero aceptada generalmente, acerca de que los ladrones robaban a su propio riesgo. No era extraño en los viejos tiempos que estos ladrones perdieran la vida como un cazador furtivo u otros rateros nocturnos han sufrido también la pena capital en Inglaterra. Pero, naturalmente, a medida que los principios de humanidad ganan terreno, el sentimiento humano se niega a métodos tan enérgicos. Hace cien años eran aprobadas bárbaras torturas físicas que, sin embargo, hoy han caído legalmente en el olvido. Así pasó con esta antigua prescripción en la época de los esclavos; y podemos dar por seguro que Juan Diggle no hubiera disparado contra un ladrón sino bajo la mayor provocación posible de parte de éste.

"A este respecto encontramos, sin embargo, que algunos días antes de su fin, se levanta una nube en la vida de Juan Diggle. Es menester dar a este incidente toda la importancia que merece, puesto que sobre él descansa toda la teoría que vamos a elaborar. Debemos, por consiguiente, considerar la declaración hecha por la señora de Diggle en Barbada. Si es necesario, la señora de Diggle puede ser interrogada aún más, aunque a mi juicio, ha dicho ya todo lo que necesitaba decirse.

"¿Qué dice? Que en cierta ocasión su esposo regresó triste a la hora del desayuno. Niega primeramente su turbación; pero ante la insistencia de su esposa insulta a los ladrones de caña, y dice que tiene que preocuparse por ellos porque el señor Enrique Slanning se está preocupando. El señor Enrique ha dicho a Diggle que está cumpliendo mal sus deberes y olvidando cómo debe tratar a los ladrones.

"Inmediatamente antes de la tragedia, por lo tanto, Juan Diggle ha sido reprendido por laxitud en su trabajo, y resuelve, salga lo que saliere, obedecer las órdenes al pie de la letra. Veremos cuáles son esas órdenes dentro de un momento; y no puede, creo, haber dudas de que las órdenes que Enrique Slanning dio a Diggle fueron de una naturaleza que éste no esperaba. Lo sorprendieron y podemos ver cuánto. En primer lugar, es muy improbable que Slanning se preocupara de los pequeños pillajes de caña o que le importara nada de tal futilidad; y en segundo lugar, es aún más improbable que intentara ponerles fin volviendo a anticuadas medidas drásticas que él mismo habría sido el primero en censurar. Así interpreto la preocupación de Juan Diggle, unida a su decisión. Va a obedecer, sin preocuparse de las consecuencias, va a hacer lo que se le dice, «pase lo que pasare». Tuvo, por lo tanto, conciencia de que algo podía pasar, pero estaba bajo órdenes y no intentó eludirlas, aunque las órdenes lo habían asombrado y casi espantado.

"Dejándolo también a él en el umbral del desastre, me vuelvo hacia Solly Lawson y encuentro un carácter que puede apreciarse muy bien mediante la información de que disponemos. Este joven mestizo aparece como un adolescente de fuertes pasiones animales, sin control, pero no malévolo. Valía poco, era sensual, perezoso e irascible; pero tenía ingenio y facilidad de palabra, y —lo único que importa— su actitud hacia sus amos era de resuelta y merecida devoción. El hecho de que Solly no tuviera escrúpulos en robar caña no disminuye su afecto por los caballeros que han perdonado tantos pecados y aun

empleado al pobre individuo poco antes de su muerte. Solly robaría hoy la caña de Enrique Slanning y moriría por él mañana. Esta confianza y afecto perrunos, manifestados por muchos negros y mestizos, es una parte de la naturaleza del joven Lawson. Había hablado a su madre mil veces de su consideración por sus dos amos.

"¿Qué dice la señora de Lawson? «Llevarse por delante las cosas». Solly es indisciplinado, impetuoso e impulsivo. Para bien o para mal se lleva por delante las cosas. Y hay aún una afirmación más notable registrada por la madre del muerto. Tal es el afecto de su hijo por sus patrones que hubiera muerto por ellos. Mucho surge de esta seguridad; pero también tenemos que admitir que Solly no tenía ningún rencor contra Juan Diggle. Aun en el caso de que Diggle lo hiciera encarcelar, Solly no hubiera permitido que su enemistad por el guardián inspirara sus actos al recuperar su libertad. Según él, para repetir las enérgicas palabras de su madre, «cuando una cosa estaba hecha, estaba hecha».

"He aquí, pues, el tercero en esta trinidad de muertos, y su personalidad se presenta clara ante nosotros. Si hubiera sido diferente, si Diggle hubiera sido diferente, si Enrique Slanning hubiera sido diferente, mi reconstrucción de los hechos que los destruyen no sería factible; pero está hecha sobre el único principio que queda para cualquier superestructura—el principio de la personalidad—, y con franca sorpresa mía, la encuentro amplia para nuestro propósito. Había sospechado que cualquier teoría basada solamente en la personalidad necesitaría modificaciones y algún alegato especial cuando se llegara a los detalles; había anticipado la necesidad de confiar en las probabilidades, la necesidad de ejercer no poca ingeniosidad en bosquejar la narración y reunir los enmarañados hilos en una madeja completa; hasta había temido que factores conocidos de su personalidad pudieran de pronto confundirme y hacer honestamente imposible desarrollar un relato coherente. Pero, para mi satisfacción, descubrí que éste no era el caso. Frente a los hechos, el efecto sigue a la causa, tal como es dada por la personalidad, directa y lúcidamente; el motivo es revelado al final, como el sol que aparece detrás de una nube, y la serie de acontecimientos se sucedió lógicamente, inexorablemente. Estas cosas tenían que ser y no hubieran podido ser de otro modo.

"Enrique Slanning es responsable por toda la concatenación de los hechos. Planeó una determinada acción y tomó cuidadosas medidas para asegurar su operación; pero una vez ejecutado debidamente el hecho proyectado por él, un accidente quiso que sirviera de preludeo a otros fuera de sus cálculos; hechos fatales para el segundo y el tercer actor en el drama.

"Así llegamos al umbral de nuestro misterio.

"Cuando la casa duerme, Enrique Slanning se levanta y se encamina hacia la plantación, eligiendo aquella región que Juan Diggle estará recorriendo, escopeta al hombro. Slanning va premeditadamente a su muerte. Desea morir, pero no por su propia mano. Es parte de su carácter que, aunque busca la muerte, no puede dársela él mismo. Sin embargo, ha intentado hacerlo. Ha dado los primeros pasos hacia ese fin; y el revólver hallado junto a su cadáver fue encargado por él a los señores Forrest, calle New Bond, Londres. Escribió, pidiéndolo, una semana después de su gran desilusión, y lo recibió debidamente con una caja de cien cartuchos. Pero no pudo usarlo. Por un momento había soñado hacerlo, cuando sufría bajo la amargura de su rechazo. Fue, sin embargo, una aberración de su personalidad la que lo llevó a encargar el arma, y mucho antes de que hubiera llegado a sus manos se había recuperado suficientemente para hacer imposible su uso.

"¿Por qué, entonces, lo llevó descargado a la plantación? Para asegurarse a Juan Diggle. Salió vestido con su pijama, una chaqueta liviana de alpaca, y un gran sombrero de paja, semejante a los que usan los negros. Así vestido, en tal lugar, a tal hora, debía naturalmente de confundírsele con un vulgar merodeador; y habiendo ya indicado a Diggle cómo cumplir con su deber en tal caso, y disparar a la vista de cualquier ladrón, confió en

que lo haría. Pero el revólver fue una inspiración, calculada para decidir a Diggle y desvanecer la menor traza restante de hesitación. Diggle lanzaría el «¿Quién vive?», y si no recibía respuesta y no se le rendía, dispararía. Con cuánta más seguridad, entonces, podría esperarse que tirara, y con cuánta más inflexible eficiencia en su puntería, si el ladrón le lanzaba el «¿Quién vive?» a él.

"Dos de estos hombres murieron en el claro del cañaveral, donde el corte estaba en progreso; y los planos del lugar muestran la senda extendiéndose a través de él a los acantilados vecinos. Al claro va Enrique Slanning y empieza a cortar caña con una de las pequeñas hachas usuales para este propósito. Sabe que en el silencio de la noche el ruido debe llegar pronto a oídos de Juan Diggle; y así es. El guardián, por consiguiente, se precipita al lugar y sucede que Solly Lawson, en camino a su casa por el atajo entre las cañas, llega algunos momentos después.

"Podemos ver lo que sigue con los ojos de Solly Lawson.

"Ve que Diggle es detenido y observa a un hombre que salta ante él. El ladrón se aproxima con la cabeza baja, y en contestación a la orden de rendirse de Diggle, saca un revólver y apunta al guardián. El acero brilla a la luz de la luna, y la respuesta de Diggle es disparar primero, si puede. Dispara y el desconocido cae. Solly ve a Diggle abandonar su escopeta y correr hacia adelante; pero ve más. Ve que el que ha caído es Enrique Slanning, que, a la luz de la luna, yace en la tierra con la cabeza descubierta. Todo lo que el muerto había sagazmente preparado y planeado, todo lo ve suceder Solly exactamente como Slanning había previsto que sucediera; pero la llegada del joven Lawson es fatal para él y para Diggle.

"Ha visto a su querido amo asesinado ante sus ojos, y el horrible espectáculo lo lleva a la venganza inmediata. Un momento de reflexión habría salvado a Diggle y a él mismo, pero no puede reflexionar. Ve al asesino correr hacia el hombre caído y, encendido de furor por la muerte de alguien a quien tanto quería, obra impulsivamente; no se detiene ni un segundo, sino que toma la escopeta de Diggle, probablemente grita algunas enfurecidas palabras de odio y dispara el segundo cartucho a poca distancia sobre el cuerpo arrodillado del guardián. Entonces arroja la escopeta, corre hacia adelante y descubre que ha matado a Juan Diggle. Corre a dar la alarma, mientras Diggle yace muerto sobre su amo y sus sangres se mezclan.

"Pero los pies de Solly corren cada vez menos y su pasión se abate. Su cerebro ardiente comienza a trabajar, y de pronto comprende lo que ha hecho. ¿Es un mal sueño del que despertará, o puede ser verdad que su amo y Juan Diggle yacen muertos en la plantación y que él mismo es un asesino? Comienza a apreciar su propia posición. ¿Qué ser viviente creería que Juan Diggle asesinó a Enrique Slanning? Tal acontecimiento reclamaría pruebas imposibles. ¿Cómo podría la palabra sin valor de Solly convencer a nadie?

"Podrían dedicarse páginas de psicoanálisis a las meditaciones de Solly en aquel trance; podría mostrarse cómo, gradualmente, agotó su ingenio y llegó a una situación desesperada. Pero se necesitaría un artista más que un agente de investigaciones para pintar adecuadamente el cuadro de su horror y su caída. Si hubiera regresado a su casa y pedido el consejo de su madre, podría haber surgido alguna luz; pero no lo hizo. Los pensamientos del muchacho se hicieron más y más oscuros y más desesperado le pareció el futuro.

"Un hombre más hábil, o un criminal, habría indudablemente guardado silencio y continuado su camino, conservando su acción en secreto y desafiando a que lo asociaran nunca con ella; pero este hombre era estúpido, impulsivo, y no criminal. Imagino que su inteligencia no pudo soportar la tensión a que estaba sometido, y sólo podemos imaginar por qué proceso de terror llegó a la conclusión de que, tarde o temprano, se le creería culpable de un doble crimen. Sus antecedentes estarían contra él y no habría nadie para decir una palabra a su favor. Había abandonado Bridgetown la noche anterior y caminado hacia la casa en las horas de la madrugada; y todo lo que podía decir era que había visto a

Juan Diggle matar a Enrique Slanning y que había tomado venganza con sus propias manos. Revelar tal desatino era condenarse a sí mismo.

"El resultado de estas reflexiones de Solly Lawson puede, en mi concepto, ser predicho con certeza. Siente, en las horas menos vitales de la mañana, que es mejor morir que vivir para lo que ahora le espera. Para entonces ya se ha dirigido hacia los acantilados, porque subconscientemente ha caminado hacia su casa. El mar se extiende bajo sus pies, y unos pocos minutos de sufrimiento terminarán con todo. Mejor perecer de esa manera que en la horca, escuchando la abominación de toda la humanidad.

"Nuevamente el impulso lo decide. No ve ni un rayo de esperanza, sino que desea ansiosamente terminar con su tortura mental lo más rápidamente posible. Débil ahora y agotado de cuerpo y alma, se arroja a su perdición decidido a desaparecer de la tierra para siempre y sin dejar ningún indicio que pueda conectarlo con los dos muertos de la plantación. Saltará al mar y desaparecerá de esa manera donde nadie pueda encontrarlo. Pero un instinto común en el suicidio, buscar la muerte de dos maneras a un tiempo, se manifiesta en Solly Lawson en este momento supremo. A menudo los hombres se destruyen a sí mismos en esa doble forma; y hay, indudablemente, un sutil instinto psicológico que tiende a hacer esta muerte menos terrible para un suicida. Un hombre beberá veneno y se disparará un tiro en la sien, o, como en el caso de este joven descentrado, se degollará y saltará por un precipicio con las fuerzas que le quedan.

"Así obró Solly, y de haber caído como había decidido, en las profundidades del abismo, ninguna explicación de estos incidentes habría llegado nunca a conocimiento de nadie; pero cayó en una saliente del acantilado; su cuerpo fue así recobrado, y su secreto, según creo, revelado, para desempeñar su parte intrínseca en el misterio mayor que nos concierne.

"Esto es, pues, en mi opinión, lo que sucedió; y si se arguye que ni una sombra de prueba real y tangible existe para apoyar tal conclusión, lo admito. Convengo en que no presento más que una teoría de los acontecimientos y la realidad no permite nada más; pero repito que el punto de vista que expongo está basado en hechos psicológicos, que son el fundamento más seguro de una acción; y puesto que estos tres hombres hacen exactamente lo que podía pronosticarse de ellos dadas las circunstancias, es difícil y para mí imposible ver cómo puede proponerse cualquier otra explicación razonable de su muerte.

M. DUVEEN."

Sólo falta agregar que mientras muchos aceptaron las conclusiones de Duveen, otros no lo hicieron y entre los últimos, tal como él lo profetizó, estaba Amos Slanning. Este juzgó que tal explicación de la muerte de su hermano era una mera fantasía; aunque, según llegué a saber explícitamente de varias fuentes en Barbada, la mayoría de los amigos y conocidos de Enrique Slanning en las Indias Occidentales creyeron que el asunto debió suceder así. Al principio también ellos protestaron; pero cuando se gastó la novedad de la idea, acabaron por creerla. La probabilidad, en realidad, creció en lugar de disminuir.

En cuanto a Miguel Duveen, no sintió ni sombra de duda sobre sus conclusiones, y aunque rehusó los generosos honorarios que se le ofrecían, puesto que provenían de un cliente que no estaba convencido, siempre mantuvo el caso como una de sus más puras hazañas analíticas.

—Es un ejemplo —solía decir— de cómo el motivo puede a veces ser descubierto mediante el estudio de la personalidad de un individuo, cuando cualquier otra vía posible está bloqueada por la muerte y no puede ser explorada. Por mi parte, he dudado siempre de las pruebas circunstanciales más claras si se oponen a características comprobadas del modo de ser y de actuar de un hombre. Es cierto que en muchos casos un individuo de sana reputación puede llegar al delito (la tentación puede quebrar barrotes de hierro tan bien como un hombre provisto de una sierra). Sin embargo, como principio general, si sabemos

lo que un individuo ha sido, y qué fuerzas han guiado y controlado siempre sus actos, podemos con serenidad juzgar como sospechoso cualquier cargo que contradiga abiertamente las pruebas de su conducta pasada y aceptar en cambio como dignos de detenido estudio los datos que las apoyen.

Un lugar junto a Edgware Road

Graham Greene

Craven pasó al lado de la estatua de Aquiles, bajo una fina lluvia de verano. Acababan de encenderse las luces, pero los coches ya hacían cola en dirección a Marble Arch. Rostros afilados y codiciosos escudriñaban la zona, listos para divertirse con cualquier cosa que se presentara. Craven caminaba con amargura, con el cuello de su impermeable apretado a la garganta. Era uno de sus días malos.

A lo largo del camino del parque, todo le recordaba a la pasión, pero se necesita dinero para el amor. Lo único que un hombre pobre puede conseguir es lujuria. El amor necesita un buen traje, un coche, un piso en alguna parte o un buen hotel. Tiene que estar envuelto con celofán. Constantemente, notaba la estrecha corbata debajo del impermeable y las mangas deshilachadas. Llevaba su cuerpo consigo como algo que odiase. (Tenía instantes de felicidad en la sala de lectura del museo Británico, pero su cuerpo lo volvía a llamar). Escarbó, como si fuera su único sentimiento, en los recuerdos de feos actos cometidos en los bancos del parque. La gente habla como si el cuerpo muriese demasiado pronto; ése no era, desde luego, el problema de Craven. Su cuerpo seguía vivo y, a través de la lluvia brillante, cerca de una glorieta, se cruzó con un hombrecillo que llevaba una pancarta: «El cuerpo se alzará de nuevo». Recordó un sueño del que había despertado tres veces temblando: estaba solo en una enorme y oscura galería que era el cementerio de todo el mundo. A través del subsuelo, las tumbas se conectaban: el mundo era una colmena de muerte y, cada vez que soñaba, descubría otra vez el horroroso hecho de que el cuerpo no se pudría. No hay gusanos ni putrefacción. Bajo el suelo, el mundo estaba lleno de masas de carne fresca, lista para alzarse de nuevo con sus verrugas, furúnculos y erupciones. Tumbado en su cama, recordaba —como si se tratase de «una gran noticia»— que el cuerpo, después de todo, era corrupto.

Llegó hasta Edgware Road caminando deprisa. Los guardas paseaban en parejas. Parecían grandes y lánguidas bestias alargadas. Sus cuerpos eran como gusanos en sus ajustados pantalones. Los odiaba, y odiaba su odio, porque sabía lo que era: envidia. Se daba cuenta de que cada uno de ellos tenía un cuerpo mejor que el suyo: la indigestión le retorcía el estómago y estaba seguro de que su aliento era asqueroso, pero, ¿a quién se lo podía preguntar? A veces, sin que nadie lo supiera, se ponía perfume aquí y allá. Era uno de sus secretos más terribles. ¿Por qué le pedían que creyera en la resurrección de este cuerpo al que quería olvidar? En ocasiones, de noche, rogaba (un resto de la creencia religiosa que se albergaba en su pecho, como un gusano en una nuez) que su cuerpo, a toda costa, no se alzase nunca de nuevo.

Conocía muy bien todas las callejuelas cercanas a Edgware Road: cuando estaba de malas, simplemente caminaba hasta cansarse, echando un vistazo a su imagen reflejada en los escaparates de Salmon & Gluckstein y el ABC. Fue así como vio los carteles de un teatro abandonado en Culpar Road. No eran extraños, ya que, a veces, la Sociedad Dramática del Barclays Bank alquilaba el local durante una noche o se proyectaban allí oscuras películas. El teatro había sido construido por un optimista en 1920, alguien que pensó que el bajo precio de las entradas compensaría, con creces, su desventaja de estar situado a más de un kilómetro y medio de la tradicional zona teatral. Pero jamás una obra tuvo éxito y, pronto, el local se llenó de agujeros de rata y telarañas. La tapicería de las butacas nunca se renovó y todo lo que allí ocurría era la falsa vida efímera de una obra de aficionados o de una proyección.

Craven se detuvo y leyó; parecía como si aún existiesen optimistas, incluso en pleno 1939, porque nadie, excepto el más ciego de los optimistas, podía tener la esperanza de ganar dinero con un lugar llamado «El hogar de la película muda». Se anunciaba: «La

primera temporada de primitivas» (una frase intelectual); jamás habría una segunda. En cualquier caso, las entradas eran baratas y, ahora que estaba cansado, quizá valía la pena meterse en algún sitio a salvo de la lluvia. Craven compró una localidad y entró.

Bajo la profunda oscuridad, un piano tocaba algo monótono que recordaba a Mendelssohn. Se sentó en un asiento de pasillo y enseguida pudo notar el vacío a su alrededor. No, nunca habría otra temporada. En la pantalla, una mujer grande, con una especie de toga, se retorció las manos y se dirigía, temblando con curiosas sacudidas, hacia un sofá. Allí, se acurrucó como un perro pastor ausente, mirando fijamente a través de su pelo suelto, negro y alborotado. A veces, parecía desintegrarse en forma de manchas, destellos y líneas onduladas. Un rótulo decía: «Pompilia, traicionada por su amado Augusto, busca un final a sus problemas».

Craven, por fin, empezó a ver. Butacas oscuras y vacías. El público no llegaba ni a veinte personas: unas cuantas parejas que susurraban con las cabezas juntas y algunos hombres solitarios como él, uniformados con el mismo impermeable barato. Estaban tendidos a intervalos como si fueran cadáveres. Otra vez, volvía la obsesión de Craven: el horroroso dolor de muelas. Tristemente, pensó: me vuelvo loco, los otros no sienten lo mismo. Incluso un teatro abandonado le recordaba aquellas interminables galerías, donde los cuerpos esperaban su resurrección.

«Esclavo de su pasión, Augusto pide más vino.»

En otra escena, un vulgar actor teutónico de mediana edad se apoyaba sobre un codo, mientras con el otro brazo rodeaba a una mujer grande. La Canción de Primavera seguía sonando con ineptitud y la pantalla chisporroteaba como una indigestión. Alguien que se abría camino en la oscuridad empujó las rodillas de Craven. Era un hombrecillo. Craven sintió la desagradable sensación de una gran barba rozándole la boca. Cuando el recién llegado ocupó la butaca vecina, se escuchó un gran suspiro. Mientras, en la pantalla, los acontecimientos se habían sucedido con tanta rapidez, que Pompilia ya se había clavado un puñal —o eso supuso Craven— y yacía quieta y exuberante entre sus sollozantes esclavas.

Una voz baja sin aliento susurró al oído de Craven:

—¿Qué ha pasado? ¿Está dormida?

—No. Muerta.

—¿Asesinada? —preguntó la voz, con vivo interés.

—Creo que no. Se ha clavado un puñal.

Nadie dijo «pst». Nadie estaba lo bastante interesado como para quejarse de una voz. Estaban tirados entre asientos vacíos, en actitud de cansada desatención.

La película no había terminado aún y, por alguna razón, aparecían niños. ¿Continuaba la cosa en una segunda generación? Pero el hombrecillo de la barba del asiento contiguo parecía interesarse sólo por la muerte de Pompilia. El hecho de que hubiera entrado justo en ese momento lo fascinaba. Craven oyó la palabra «casualidad» un par de veces. Aquel hombre seguía hablando de ello para sí mismo, en un tono bajo y sin aliento. «Si te paras a pensarlo, es absurdo». Después, oyó: «no hay ni rastro de sangre». Craven no escuchaba. Se acomodó con las manos apretadas entre las rodillas, afrontando el hecho, tal y como hacía habitualmente, de que podía volverse loco. Tenía que parar, tomarse unas vacaciones e ir al médico (sólo Dios sabe qué infección circulaba por sus venas). Se dio cuenta de que su vecino se dirigía a él directamente.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —preguntó impaciente.

—Habría más sangre de la que uno puede imaginar.

—¿Qué dice?

Cuando el hombre le hablaba, le rociaba con su húmedo aliento. Había un ligero balbuceo en su forma de hablar, como un defecto.

—Cuando matas a un hombre...

—Era una mujer —repuso Craven, expectante.

—No hay ninguna diferencia.

—Y, de todas maneras, esto no tiene nada que ver con un asesinato.

—Eso no tiene importancia.

Parecían haberse enzarzado en una estúpida pelea sin sentido en la oscuridad.

—Yo sé, ¿comprende?

—¿Sabe, qué?

—De estas cosas —respondió, con cautelosa ambigüedad.

Craven se volvió y trató de verlo con claridad. ¿Estaba loco? ¿Se trataba de una advertencia de lo que le podía suceder? ¿Acabaría hablando con desconocidos de forma incomprensible en los cines? Pensó: «Por Dios, no». Intentaba ver. «No enloqueceré. No enloqueceré.» Sólo podía distinguir un pequeño montículo negro de cuerpo. De nuevo, el hombre hablaba solo. Decía:

—Palabras. Sólo palabras. Dirán que todo pasó por cincuenta libras. Pero es mentira. Razones y razones.

Qué estúpidos —añadió otra vez, en ese tono de ahogada presunción.

Así que eso era la locura. Desde el momento en que podía darse cuenta de ello, él debía de estar cuerdo, relativamente hablando. Quizá, no tan cuerdo como los conserjes del parque o los guardas de Edgware Road, pero más cuerdo que eso. Era como darse un mensaje de ánimo, mientras el piano seguía sonando.

El hombrecillo se volvió y lo roció de nuevo.

—¿Dice que se ha suicidado? Pero, ¿quién lo sabe? No es sólo cuestión de qué mano empuña el cuchillo.

De repente, puso una mano con familiaridad sobre la de Craven: estaba húmeda y pegajosa. Craven le preguntó con horror:

—¿De qué está hablando?

—Lo sé —dijo el hombrecillo—. Un hombre de mi posición lo sabe casi todo.

—¿Cuál es su posición? —inquirió Craven, sintiendo aquella mano pegajosa sobre la suya e intentando establecer si estaba histérico o no; en realidad, había una docena de explicaciones: podía ser miel.

—Usted diría que muy desesperada.

A veces, la voz casi moría en la garganta. Algo incomprensible había sucedido en la pantalla. Uno apartaba la mirada un momento de esas películas antiguas y la trama ya había variado... Los actores se movían despacio y a sacudidas. Una mujer joven en camión parecía sollozar en brazos de un centurión romano. Craven no había visto a ninguno de los dos antes. «En tus brazos, Lucio, no temo a la muerte.»

El hombrecillo empezó a reír entre dientes, con complicidad. De nuevo, hablaba solo. Hubiera sido fácil ignorarlo totalmente, a no ser por aquellas manos pegajosas que ahora él retiraba. Parecía estar manoseando el asiento de enfrente. Su cabeza tenía la costumbre de ladearse, como la de un niño tonto. Claramente y fuera de lugar, dijo:

—Tragedia en Bayswater.

—¿Cómo dice? —preguntó Craven. Había visto esas palabras en un cartel, antes de entrar en el parque.

—¿Qué?

—La tragedia.

—Pensar que lo llaman Cullen Mews¹ Bayswater.

De repente, el hombrecillo empezó a toser, volviendo la cara hacia Craven y tosiéndole encima. Era como una venganza. La voz habló:

—A ver, mi paraguas.

¹ La palabra inglesa *Mews* se refiere a unas antiguas caballerizas reconvertidas en casas pequeñas. (N. del T.)

Ya se estaba levantando.

—No llevaba paraguas.

—Mi paraguas —repitió—. Mi... —y pareció perder la voz del todo. Pasó por encima de las rodillas de Craven.

Craven lo dejó ir, pero antes de que llegara a las polvorientas cortinas de la salida, la pantalla se quedó en blanco y brillaba. La película se había roto e, inmediatamente, alguien encendió una sucia lámpara sobre la platea. Iluminó lo justo para que Craven viera sus manos manchadas. No era histeria: era un hecho. Estaba cuerdo. Había estado sentado junto a un loco que, en unas caballerizas, cuál era el nombre, Colon, Collin... Craven saltó y salió de la sala. La cortina negra le rozó la boca. Pero era demasiado tarde. El hombre se había ido por cualquiera de las tres esquinas. Así que, se decidió por una cabina telefónica y marcó, con un sentimiento de cordura y determinación raro en él, el 999.

No tardó más de dos minutos en hablar con el departamento correspondiente. Estaban interesados y se mostraban muy amables. Sí, había habido un asesinato en unas caballerizas, Cullen Mews. Le habían cortado el cuello a un hombre, de oreja a oreja, con un cuchillo de pan; un crimen horroroso. Les empezó a contar que había estado sentado junto al asesino en un cine. No podía ser nadie más. Había sangre en sus manos y recordó, con repulsión mientras hablaba, aquella húmeda barba. Debe de haber habido mucha sangre. Pero la voz del policía lo interrumpió:

—¡Oh, no! —contestó—. Tenemos al asesino, no hay ninguna duda. Lo que ha desaparecido es el cuerpo.

Craven colgó. En voz alta, se dijo:

—¿Por qué tiene que pasarme esto a mí? ¿Por qué a mí?

Había vuelto al horror de su sueño. La sórdida calle oscura era uno más de los innumerables túneles que conectaban las tumbas entre sí, donde los cuerpos inmortales descansaban. Repitió:

—Era un sueño, un sueño.

Inclinándose hacia delante, vio en el espejo que había sobre el teléfono su propia cara, un rostro salpicado por pequeñas gotas de sangre, como rocío pulverizado. Entonces, empezó a gritar:

—No voy a volverme loco. No voy a volverme loco. Estoy cuerdo. No me voy a volver loco.

Al poco rato, un pequeño grupo de gente empezó a arremolinarse en el lugar y, pronto, llegó un policía.

Personas O Cosas Desconocidas

John Dickson Carr

I

-Después de todo -dijo nuestro anfitrión-, es Navidad. ¿Por qué no sacamos el esqueleto de la bolsa?

-O el gato del armario -dijo el historiador, que gustaba repetir con exactitud hasta las frases hechas-. ¿Habla usted en serio?

-Desde luego -le contestó-; quiero saber si estará segura una persona que duerma en el cuartito en lo alto de la escalera.

Acababa de comprar la propiedad, y nuestra reunión tenía por objeto inaugurarla. Yo había decidido que era necesario dar vida a la casa. Era una casa grande, húmeda, de ventanas altas, escondida tras una colina de Sussex. Después de comer, un grupo de nosotros se había juntado en torno del fuego, en la sala: una sala demasiado larga y llena de corrientes de aire; las paredes estaban recubiertas por hermosos paneles de nogal donde se reflejaban los muchos y siempre cambiantes fulgores de las llamas. Sin embargo, las corrientes de aire persistían.

A todos, por supuesto, nos gustaba la casa. Tenía las más modernas instalaciones de electricidad y calefacción; pero de las cañerías salían ruidos terroríficos cuando se abrían los grifos. El pasado se había apoderado de la casa, dando la sensación de que personas o cosas desconocidas la rondaban. Y cuando el dueño habló sencillamente de que pudiera estar hechizada, todos miramos a nuestras mujeres.

-¡Pero usted nunca nos contó -dijo la mujer del historiador, con bastante susto- que en la casa hubiera un fantasma!

-No estoy seguro de ello -contestó muy seriamente nuestro anfitrión-. Pero tengo muchas pruebas de que algo extraño ha sucedido una vez. No se alarme. Ningún amigo mío ha dormido aún en ese cuarto. De modo que abandonemos el tema, si ustedes lo prefieren.

-Ahora, después que usted ha despertado nuestra curiosidad, tenemos que proseguirlo -dijo el inspector, que era comisario de la Policía Metropolitana. Fumaba un grueso cigarro y contemplaba satisfactoriamente la posibilidad de un fantasma-. Son el sitio y la hora adecuados para que nos cuente lo sucedido. ¿De qué se trata?

-De algo de su especialidad -contestó lentamente nuestro anfitrión. Luego, fijando los ojos en el historiador: -Y de la suya. Es un relato histórico. Supongo que usted lo llamaría una fábula histórica.

-Quizás. ¿En qué año transcurrió?

-En 1660.

-Durante el reinado de Carlos II, ¿verdad, Will? -preguntó la mujer del historiador. A veces lo fatigaba con preguntas de esa clase-. Una época apasionante. Me encanta. Espero que en el relato figurarán una cantidad de personajes célebres. Ya sabe usted: Carlos II y Buckingham, y todos los demás. De chica, recuerdo haber visto a... -mencionó a un actor famoso- en el papel de David Garrick. Ese día estaba ansiosa. Esperaba encontrar en el programa los nombres de muchas celebridades como el doctor Johnson y Goldsmith y Burke y Gibbson y Reynolds y que aparecerían en escena a cada instante. No había ni uno solo. Me sentí estafada antes de que se levantara el telón.

Pero hablaba sin ninguna convicción. El historiador miró escépticamente por encima de sus anteojos.

-Le prevengo -dijo- que si usted pretende haber encontrado en un cajón documentos descoloridos por los años y escritos con letra temblorosa, los voy a examinar profesionalmente. Al primer anacronismo que descubra...

Pero también él hablaba sin convicción. Nuestro anfitrión demostraba tal seriedad que en el grupo se hizo un leve e incómodo silencio.

-No. No los encontré en un cajón. Me los dio el párroco. Y no están escritos con letra temblorosa. No puedo mostrárselos porque los estoy haciendo pasar a máquina. Es un diario íntimo, muy voluminoso. En su mayor parte, bastante aburrido, a pesar de que el siglo XVII me interesa mucho. Empieza en el verano de 1660, inmediatamente después de la Restauración, y concluye a fines del 64. Fue escrito por el señor Everad Poynter, dueño del solar de Manfred (a seis o siete millas de aquí), que en esa época era una granja. Conozco a Poynter -agregó mirando pensativamente el fuego de la chimenea-. Conozco su carácter, su ciática y sus opiniones sobre carneros y política. Sé por qué motivos fue a Londres a bailar sobre la tumba de Oliverio Cromwell, y puedo adivinar quién le robó las bolsas de cebada cuando estuvo ausente. El día de su casamiento llevaba un sombrero de castor y apostaría a que lo usó hasta el día de su muerte. En su diario, que me prestó el párroco, habla mucho de la gente que lo rodea. Los hechos verdaderos los conozco por el informe sobre la investigación del crimen.

-¡Un momento! -dijo el inspector incorporándose en su asiento-. ¿Murió Poynter enseguida de ver al fantasma?

-No, nada de eso. Pero fue uno de los testigos. Vio a un muerto, con trece puñaladas asestadas por una mano que no existía y por un arma que tampoco estaba allí.

Se hizo un silencio.

-¿Un crimen? -preguntó el inspector.

-Un crimen.

-¿Dónde?

-En el cuartito situado en lo alto de la escalera. Lo llamaban el tocador de las señoras.

Desde un departamento iluminado de la ciudad, está muy bien decir que la atmósfera de una casa nos hipnotiza. Podemos escuchar el paso de los automóviles que frenan bruscamente, podemos maldecir la radio del vecino. No oímos bramar el viento de las colinas, sabemos que en derredor no se levanta, en sentido figurado, un muro de sombras de tres millas de espesor; sabemos que a cierta hora no tendremos que retirarnos a nuestro dormitorio, apagar la luz y dar realidad a ese muro de sombra.

-Lamento decirles -continuó nuestro anfitrión- que en el relato no figuran nombres célebres. Salvo una excepción, los personajes no tenían mayor relación con la corte de Carlos II ni con la de Jorge VI. Vivían en un mundillo atareado, posiblemente ignorante. Casi todos partidarios, furiosos partidarios del rey, hicieron grabar de nuevo en sus chimeneas las armas de los Estuardo, y sólo viajaron triunfalmente a Londres para presenciar la ejecución de los regicidas en octubre de 1660. El diario de Poynter está atestado de esa genticilla. Entre ella se encuentra el hacendado Radlow, entonces dueño de esta casa y gran amigo de Poynter. También se menciona a la mujer de Radlow, Martha, y a su hija Mary. La señorita Radlow tenía dieciséis años. No era de las que se desmayan fácilmente. Poynter, a quien le gusta dar detalles, informa que tenía cinco pies de estatura y treinta y dos pulgadas de busto. "Bonita y delicada" -agrega-, de ojos castaños y boca pequeña, podía competir con cualquier mujer del condado en el manejo de la rueca; en cierta ocasión, para cumplir una apuesta, tomó de una vez una pinta de vino, y le divertía cualquier espectáculo intenso, ya fuese que cazaran un oso o ahorcaran a un hombre. No hablo por hablar. Sobre todo ello no caben dudas. También le gustaban los vestidos elegantes y los bailes. En el verano de 1660, la señorita Mary se comprometió con Richard Oakley, de Rawndene.

Acerca de Oakley no tenemos muchos datos. Poynter, aunque lo menciona con frecuencia, no logró conocerlo íntimamente. Oakley era mayor que la muchacha. Tenía buen carácter, se cortaba el pelo a lo puritano y leía muchos libros. Administraba eficazmente su hacienda de Rawndene, a pesar de que sólo apagaba la luz para dejar de leer a altas horas de la noche. También le gustaba vagar por los alrededores, sin que lo detuviera el calor o la nieve, silenciosa y sombríamente entregado a sus tóricos pensamientos. Todo habría hecho pensar que la señorita Mary hubiese preferido un novio más alegre. Pero Oakley, por lo que se deduce del diario, no era mal compañero y se adaptaba perfectamente a ella. Las mujeres pueden comprender esta situación. Y aquí empiezan las dificultades. Durante la Restauración, Oakley no era bien mirado. No se ponía en duda su lealtad, pero había adquirido su propiedad bajo el Protectorado de Cromwell. Si el nuevo gobierno anulaba las ventas realizadas en esa época, la ruina de Oakley era segura. Y también, dadas las costumbres de aquellos tiempos, fracasaban sus proyectos matrimoniales con la señorita Mary. Entonces aparece Gerald Vanning. ¡Qué éxito habrá tenido! Como formaba parte de la corte, había acompañado al rey en su exilio por Versalles, Colonia, Brujas, Bruselas, Breda. Era uno de esos jóvenes pagados de sí mismos de quienes tanto se quejaban los caballeros a la usanza antigua en los primeros años de la Restauración. Pertenecía a una familia de Kent, muy poderosa antes de las guerras civiles. Todos sabían que, producida la Restauración, gozaría de los favores del rey. Si esto fuera una novela, podría yo contarles que la señorita Mary olvidó a Oakley, enamorándose del joven y guapo caballero. Sin embargo, parece que Vanning nunca le fue simpático. Su cortesanía y su aire de superioridad molestaban también a Poynter. Es probable que la señorita Mary no lo entendiera mejor que Poynter. En el diario se describe una cena que dio Radlow, en esta casa, en honor de Vanning. Los caminos estaban desastrosos, pero Vanning llegó en su carroza atendido por doce lacayos. Aunque el nuevo régimen no le había reconocido sus servicios, esta llegada impresionó al hacendado. Vanning usaba ya el cabello largo, mientras que los demás se lo estaban dejando crecer. Han de haberle parecido extraños y poco atildados, como hombres con una barba de varios días, y lo bastante rústicos para divertirlo. Pero ahí estaba la señorita Mary. Vanning la miró, se apoyó en el respaldo de una silla, saludó, puso los ojos en blanco y empezó a asediarla en el estilo de un rey francés conquistando una ciudad. Modulaba lentamente los bons mots como si fueran caramelos; se aclaraba la garganta, se contoneaba, lanzaba miradas incendiarias. El hacendado Radlow y su mujer estaban embelesados. Les gustaba Oakley de Rawndene, pero quizás Oakley no tuviera un penique dentro de un mes. Mientras que Vanning, como todos sabían, iba a convertirse en un hombre poderoso. Durante la cena, Richard Oakley eludía mirar de frente, parecía desdichado. Después de la cena, cuando los hombres se embriagaron, Vanning habló francamente con el hacendado. Oakley, tambaleándose, salió a tomar un poco de aire bajo los manzanos. Estaba deprimido por el licor y los infortunios. El licor, en cambio, había sentado a Vanning y a su anfitrión. Con lágrimas en los ojos, se juraron amistad. Vanning afirmó que no se casaría con nadie que no fuera la señorita Mary, aunque su alma se condenara al infierno, como la de Cromwell. El hacendado estuvo severo, pero no demasiado severo. "Señor -le dijo-, abusa usted de mi hospitalidad. Mi hija está comprometida con el caballero que acaba de salir del comedor. Pero acaso dentro de algún tiempo podamos hablar nuevamente del asunto." Poynter, testigo del diálogo, comprende la sensatez de estas palabras. Sin embargo, vuelve turbado a su casa. Ahora bien, Gerald Vanning no era tonto. He visto su retrato, pintado pocos años después, cuando empezaron a usarse las pelucas. Es una cara inteligente, astuta, afilada. Vanning conocía bien a sus clásicos y tenía algún barniz científico, porque la ciencia era el juguete de moda en aquella época. Pero, por encima de todo, era bastante clarividente. En primer lugar, hagámosle justicia; lo habían seducido los ojos castaños y los demás encantos de la señorita Mary. En segundo lugar, la señorita Mary era un buen

partido. Cuando recompensaran a los fieles, el rey y sir Edward Hyde no olvidarían a Vanning de Mallingford. Sin embargo, todo es posible en la vida. Quizá lo olvidaran. En las tres semanas siguientes se dio por sentado que Vanning sería el yerno del hacendado. No se habló más del asunto desde luego, pero Vanning cenó en esta casa una docena de veces, bebió con el hacendado y regaló a la señora Radlow un prendedor que había pertenecido a Carlos I. La señorita Mary, indignada, se lo contó a Poynter. Después llegaron noticias imprevistas. Oakley estaba seguro de su casa y de sus tierras. Se aprobó una ley que confirmaba todas las ventas y los arrendamientos de propiedades realizados desde que comenzaron las guerras civiles. Oakley sería un yerno próspero. El hacendado no tenía ya objeciones que hacer al proyecto matrimonial. Tengo aquí el relato de cómo fue recibida esta noticia en la casa. No proviene del diario de Poynter, sino del informe de la investigación criminal. Lo que sorprende al leer estas crónicas es la franqueza brutal, la violencia, como de una ráfaga o de una pistola al pecho, con que la gente se lanza a conseguir lo que quiere. Porque, dos meses después, se cometió el crimen.

II

Nuestro anfitrión se detuvo y miró al cielo raso. El fuego de la chimenea se reflejaba en los paneles de nogal. Oíamos, tan sólo, los pasos de un sirviente que caminaba en el piso de arriba.

-Vanning -continuó- parece haber tomado las cosas con calma. Estaba en esta casa cuando Oakley llegó con la noticia. Eran las cinco o las seis de la tarde. La señorita Mary, el hacendado, su mujer y Vanning se hallaban reunidos en el cuartito junto a la escalera, llamado el tocador de las señoras. Era (y es) un aposento pequeño, cuadrado, con dos vitrales y sillas de roble y brocado. Había en él un bastidor para tapicería y un aparador encima del cual habían colocado una fuente con naranjas, una jarra con agua y algunos vasos. El cuarto estaba iluminado por una sola vela, a bastante distancia de Vanning, de modo que nadie podía distinguir claramente la expresión de su rostro. Usaba Vanning una casaca de montar, y la espada descansaba sobre su regazo. Cuando Oakley entró con la noticia, Vanning llevó la mano a la espada, pero luego hizo una reverencia y se retiró en silencio. Originariamente, el casamiento se había fijado para fines de noviembre, y tanto Oakley como la señorita Mary no quisieron postergar la fecha. La decisión fue aceptada alegremente por el hacendado, pues Vanning, en los meses transcurridos, no había obtenido ningún beneficio deslumbrante. Cierto es que había recibido una recompensa de quinientas libras por el flamante y conciliador Parlamento; sin embargo, era apenas más rico que Oakley. Los negocios son los negocios, decía el hacendado, y Oakley era su bienamado hijo. Nadie pudo saber qué hizo Vanning entre tanto, excepto establecerse en Mallingford. Pero desde entonces empezaron a circular curiosos rumores por el condado. Todos ellos relacionados con Richard Oakley. Poynter registra algunos en su diario, sin darse cuenta, al principio, a quién se refieren. Eran tan leves como vilanos, pero acaban por asentarse. ¿Quién era Oakley? ¿Qué se sabía acerca de él fuera de que había aparecido en la región y comprado tierras bajo el Protectorado de Cromwell? Era muy erudito y tenía más de cien libros en su casa. ¿Para qué los necesitaba? ¿Qué había sido antes? ¿Párroco? ¿Doctor en letras o en ciencias? ¿O acaso en ciencias ocultas? ¿Por qué hacía largas caminatas en el bosque, sobre todo al anochecer? Si alguien se lo preguntaba, contestaba diciendo que tales eran sus gustos. Pero un hombre decente, es decir, un hombre común, no concebía esos gustos. El bosque era tupido: imposible prever qué habría de encontrarse entre los árboles al caer la noche. Un hombre decente prefiere la taberna. Estas habladurías circulaban todavía más rápidamente en épocas agitadas. Los huesos de una revolución no se sueldan con facilidad. Además, hacía un tiempo extravagante. El invierno era poco menos que caluroso, los caminos estaban polvorientos, había montones de moscas, los rosales conservaban sus hojas en pleno mes de enero. Oakley no escuchaba o simulaba no escuchar estos rumores. Pero Jamy Achen, un muchacho simplón, y por lo tanto temerario, vio algo o alguien que seguía a Richard Oakley por el bosquecillo de Gallows. El muchacho confesó que apenas había podido distinguirlo, porque era al anochecer. Pero de cuando en cuando oía crujir el follaje, tras los pasos del señor Oakley, como si alguien o algo lo espicara. Le pareció una forma humana, pero no tenía la certeza de que fuese una persona viva. En la noche del viernes 26 de noviembre, Gerald Vanning vino a esta casa. Llegó a las siete, una hora tardía para hacer visitas en el campo. Kitts, el mayordomo, lo hizo pasar. Vanning preguntó por el hacendado. Kitts le contestó que el señor Oakley estaba arriba con la señorita Mary, y que el hacendado continuaba de sobremesa con el señor Poynter. No cabe duda de que Vanning no usaba espada. Kitts, sosteniendo el candelero en alto, lo examinó atentamente porque el recién llegado parecía muy nervioso mientras se quitaba los guantes, y no hacía sino mirar por encima del hombro. Llevaba botas hasta la rodilla, una casaca de montar a medias desabotonada, una chorrera de encajes y un sombrero de castor, de copa chata, adornado con una cinta dorada. Kitts

observó su nariz puntiaguda, su bigote fino. Observó que tenía la cara sudada. "Creo que el señor Oakley ha venido con un amigo", dijo Vanning. "No, señor, ha venido solo." "Pero estoy seguro de que su amigo lo ha seguido", replicó Vanning, volviendo nuevamente la cabeza y mirando por encima del hombro. Dio un brinco como si algo le hubiese rozado y, siempre volviendo una y otra vez la cabeza, escrutó los rincones como si jugara al escondite. "¡Bien! -agregó, resoplando-. Condúzcame hasta donde está la señorita Mary. No, un momento. Primero busque dos o tres mozos de la servidumbre para que nos acompañen." El mayordomo se alarmó y le preguntó qué sucedía. Vanning no quiso decírselo, pero le dio órdenes de que los sirvientes llevaran consigo garrotes y faroles. Cuatro sirvientes subieron. Vanning llamó a la puerta del tocador y le dijeron que entrara. Los sirvientes quedaron afuera. Los garrotes y los faroles temblaban en sus manos: más tarde no supieron explicar por qué. Al entrar Vanning, Kitts pudo distinguir a la señorita Mary sentada junto a la mesa, con el vestido de brocado rosa que usaba generalmente los domingos, y a Oakley a su lado, sentado sobre la mesa. Ambos se volvieron como sorprendidos. Ahora Kitts oía voces, pero tan bajas que no podía comprender lo que decían. Luego oyó hablar más ligero y hacer un ruido de pasos. Después le pareció que caía un candelero; oyó un golpe sordo, un sonido agudo, una respiración sofocada y esta vez golpes en el piso. Al mismo tiempo, gritos de la señorita Mary. Kitts y sus tres acompañantes quisieron abrir la puerta, pero alguien la había cerrado con llave. Entonces pretendieron forzarla, golpeándola con un estrépito que despertó al hacendado, quien dormitaba en el comedor situado en la planta baja; pero la puerta no cedió. Adentro, después de un silencio, nuevo ruido de pasos, esta vez muy confusos. como si alguien avanzara a tientas hacia la puerta. El hacendado Radlow y el señor Poynter subieron corriendo las escaleras en el preciso instante en que la puerta se abría. La señorita Mary estaba en el umbral, jadeando, con los ojos fuera de las órbitas. Sostenía el borde de su ancha falda que estaba manchado de sangre, como si alguien hubiera limpiado y lustrado con ella un puñal. Pedía gritando que trajeran luces, y uno de los sirvientes alzó un farol junto al vano de la puerta. Vanning, acurrucado contra la pared de enfrente, levantaba la cabeza para mirarlos, mostrando una cara blanca como el papel. Pero ellos no le prestaron atención. Miraban a Oakley, a los restos de Oakley. Estaba en el suelo, a los pies de la mesa, con un candelero hecho trizas junto a él. No era posible contar las heridas que tenía en el cuello y en todo el cuerpo. Más de una docena, pensó Poynter, y tenía razón. Vanning, tropezando, se acercó y trató de levantarlo. Estaba muerto. Ahora oigamos las palabras de Poynter: "El señor Radlow corrió hacia Vanning y gritó, sacudiéndolo: ¡Asesino! ¡Lo ha matado usted! El señor Vanning exclamó: Juro por Dios que no lo he tocado! ¡No tengo espada ni daga alguna! Efectivamente, era cierto. Lo arrojaron al suelo para registrarlo, junto a los despojos de su víctima, y no encontraron en sus ropas ni siquiera un alfiler. Yo había observado que las heridas del señor Oakley, extensas y abiertas, parecían infligidas por un cuchillo de hoja ancha. Pero el instrumento del delito continuó siendo un misterio, porque registramos el cuarto de arriba abajo y ni siquiera encontramos un alfiler en las ranuras del piso. El señor Vanning declaró que, mientras hablaba con Oakley, algo o alguien apagó la luz, echó por tierra al señor Oakley y se arrodilló sobre su pecho. Pero no podía decir qué o quién era y cómo había desaparecido cuando encendieron la luz".

III

Nuestro anfitrión, incinado junto al fuego, terminaba de leer el papel que tenía en las manos. Después lo dobló, lo guardó en el bolsillo, y nos miró.

La mujer del historiador, que se había acercado a su marido, se movió inquietamente.

-Ojalá no nos hubiera contado estas cosas -dijo con disgusto-. Pero, de cualquier modo, explíquenos. Todavía no comprendo. ¿Con qué mataron al hombre?

-Ese es el problema -contestó nuestro anfitrión, encendiendo su pipa-. Si aceptamos que este mundo está gobernado por leyes naturales, no había nada con qué matarlo. Miren. (Todos, en efecto, mirábamos al techo.) El hacendado rogó a la señorita Mary que le contara lo sucedido. Ella empezó a sollozar suavemente y, por primera vez en su vida, se desmayó. Su padre quiso arrojarle agua a la cara, pero Vanning, cargándola en brazos, la llevó al piso bajo, y le echaron unas gotas de coñac entre los dientes. Cuando recuperó el sentido, empezó a divagar; evidentemente, no podía relatar los hechos. Algo había apagado la luz. Había oído un golpe como de una caída y forcejeos de lucha. Después los pasos de alguien que se movía, y un olor a sangre se había expandido en la atmósfera enrarecida del cuartito cerrado. Algo tironeaba sus faldas. No recordaba nada más. Vanning fue, desde luego, puesto bajo custodia y llamaron a un magistrado. Todos se juntaron en esta sala, que por entonces era menos hospitalaria y más desnuda que ahora. Inmovilizaron a Vanning contra la chimenea. El hacendado desenvainó su espada y trató de atravesarlo con ella, mientras uno y otro lloraban según la costumbre de la época. Pero Poynter ordenó a dos de los sirvientes que sujetaran al hacendado, y más tarde escribe que dijo: "Procedamos con orden". Ahora bien: quisiera hacerles comprender que esa gente no era tonta. Hablaban y pensaban más imperfectamente que nosotros, pero estaban acostumbradas a enfrentarse con problemas reales: negocios de lana, carne y cueros. Y éste era un problema real. Oakley presentaba heridas de seis pulgadas de profundidad y una de ancho, producidas por una hoja gruesa y plana que, en ciertos lugares, había raspado el hueso. Pero no quedaban rastros del arma, y ellos lo sabían. Cuatro hombres permanecieron en el umbral sosteniendo luces con los brazos en alto, mientras ellos buscaban el cuchillo (si lo hubo); y no lo encontraron. Registraron el cuarto de arriba abajo; y no lo encontraron. Nadie podía haber sacado subrepticamente el cuchillo sin que lo advirtieran los cuatro sirvientes de guardia en el umbral. En la pared no había ventanas, sino vitrales que no se abrían. Había una sola puerta, del otro lado de la cual habían estado apostados los sirvientes. Algo hizo víctima a un hombre de una atroz carnicería, pero ese algo no estaba allí. Vanning, pálido, pero más tranquilo, repitió su declaración. Cuando le preguntaron por qué había acudido esa noche a la casa, respondió que tenía un asunto pendiente con Oakley. Preguntáronle entonces qué asunto era, y contestó que no estaba conforme con las condiciones que reinaban en su propia casa y que había ido a rogar al señor Oakley que pusiera término a ellas. El no le había hecho ningún daño, aparte de disputarle su prometida y, por lo tanto, iba a pedir al señor Oakley que retirara sus sabuesos. ¿Qué sabuesos? Vanning explicó que no se refería precisamente a sabuesos, sino a algo que penetraba todas las noches en el armario de su aposento, y que tenía razones para suponer que el señor Oakley era el responsable. La situación se prolongaba desde que Vanning empezó a hacer la corte a la señorita Mary. Estos hombres eran sencillamente seres humanos. Poynter ordenó al mayordomo que registrara nuevamente el cuartito. Y el mayordomo se negó a hacerlo. La semilla del terror había empezado a crecer como un mango de la India protegido por un género; ahora el árbol desgarraba la tela y dejaba asomar sus tentáculos. Era fácil olvidar la cara ancha y sonriente de Oakley y recordar su curiosa manera de no mirar de frente. Cuando se pensaba que Oakley le doblaba la edad a la señorita Mary, surgían dudas acerca de la persona a quien se había estado recibiendo y agasajando. Ni siquiera el hacendado Radlow quiso subir las escaleras de su propia casa. Vanning, sudando y retorciéndose junto

a la chimenea, reunió todo el coraje y se ofreció a registrar de nuevo el cuartito. Lo dejaron subir. Pero, no bien entró, retrocedió a la disparada cerrando violentamente la puerta tras de sí. Y los dueños de la casa estuvieron a punto de abandonarla.

Nuevamente, nuestro anfitrión hizo una pausa. El inspector rompió el silencio, examinando su cigarro. Hablaba con cierto escepticismo. Su voz tranquila disipó la nerviosidad de los demás.

-Oiga usted -dijo-, ¿nos está contando brujerías locales o exponiendo formalmente un crimen?

-Estoy repitiendo las declaraciones de la investigación.

-¿Declaraciones en las que podemos confiar?

-Supongo.

-Yo no -respondió el inspector, aspirando el aire con los dientes apretados-. Creo que, después de todo, tendremos que admitir que un hombre fue asesinado, desde el momento que hubo una investigación criminal, pero si murió a consecuencia de trece puñaladas, algún instrumento debió haberlas inferido. ¿Qué sucedió con esa arma? Usted nos dice que no estaba en el cuarto. Pero, ¿cómo lo sabemos nosotros? ¿Cómo sabemos que no estaba escondida en alguna parte y que, sencillamente, no pudieron encontrarla?

-Creo poder asegurarle -dijo nuestro anfitrión con lentitud- que ningún arma estaba oculta allí.

-Entonces, ¿qué diablos pasó con ella? Una hoja de seis pulgadas de largo, por lo menos, y una de ancho...

-Sí, pero nadie pudo verla.

-¿No estaba oculta en ninguna parte y, sin embargo, nadie pudo verla?

-Así es.

-¿Un arma invisible?

-Sí -contestó nuestro anfitrión, con un fulgor extraño en los ojos-. Un arma absolutamente y literalmente invisible.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó de improviso su mujer.

Hasta ese momento no había intervenido en la conversación, pero desde su mecedora lo había estado examinando con curiosidad. Como él vacilara, ella se le enfrentó, acusándolo orgullosamente.

-¡Pícaro! -le gritó-. ¡Redomado pícaro! Lo has estado inventando todo para que nos dé miedo acostarnos. Y como yo nada sé de este lugar, has contado una sarta de mentiras...

Pero él la detuvo.

-No; de haberlo inventado, les hubiese dicho que era un cuento.

De nuevo vaciló e hizo ademán de roerse las uñas.

-Admitiré que puedo haber tratado de engañarlos un poco. Pero es razonable porque tampoco yo, en realidad, he descubierto el misterio. Sólo puedo hacer conjeturas. Puedo adivinar cómo aparecieron las heridas, pero no es ése el verdadero problema. ¿No comprenden ustedes que no es eso lo que me preocupa?

Aquí intervino el historiador.

-Mi práctica de la literatura sensacionalista -dijo- me permite adivinar lo que usted piensa. Me resigno a que la víctima fuera acuchillada con un carámbano, como en varios cuentos que podría citarle, después de lo cual el hielo del carámbano se derritió, transformándose en un arma invisible.

-No -dijo nuestro anfitrión-. No era fácil encontrar carámbanos en un invierno tan benigno como ése. Y los carámbanos son quebradizos. No era fácil encontrar un carámbano chato y ancho, de una dureza de acero, y tan afilado como para asestar trece puñaladas, y algunas que rasparan los huesos de la víctima. Además, un carámbano no es invisible. Dadas las circunstancias, el arma utilizada, a pesar de su tamaño, era invisible.

-Tonterías -dijo la mujer del historiador-. Tal instrumento no existe.

-Existe si usted lo medita. Desde luego, es sólo una suposición mía y puedo equivocarme. También, como acabo de decir, no es ése el verdadero problema, pese a estar tan asociado con el verdadero problema que... Pero ustedes no han escuchado el final de la historia. ¿Quieren ustedes que...?

-Por supuesto...

-Temo que ya no les depare grandes sobresaltos -continuó nuestro anfitrión-. El simple nombre de Richard Oakley se convirtió en una pesadilla que impedía salir de noche a la gente. La expresión amigo de Oakley se utilizó para designar cualquier calamidad que podía caer sobre uno de improviso. Después del crimen, se vio a Oakley caminar por el bosque, con la cabeza inclinada hacia un costado. Aún mostraba las heridas... Un gran jurado compuesto por caballeros de Sussex, y presidido por sir Benedict Skene, absolvió de culpa y cargo a Gerald Vanning. El jurado de instrucción se había referido ya a "personas o cosas desconocidas", manifestando su simpatía hacia la señorita Mary y felicitándola de haber tenido, en cierta forma, una "desgracia con suerte". No les sorprenderá oír que dieciocho meses después de la muerte de Oakley, la señorita Mary se casó con Gerald Vanning. Nadie la obligó a casarse, pero había perdido toda su antigua vivacidad. En aquellos tiempos, las señoritas no se quedaban solteras de motu proprio. La señorita Mary sonrió, asintió, dio las respuestas adecuadas, pero es posible que nunca se repusiera de lo sucedido. Las cosas siguieron su curso monótonamente. Vanning se convirtió en un hombre próspero y respetable. He debido buscar en otras fuentes su actuación posterior, pues el diario de Poynter termina en el año 64. Un gobierno agradecido hizo barón a Vanning, que pasó a ser miembro prominente de la Royal Society y se divirtió jugando con trucos científicos. Sus mejillas se redondearon, la astucia abandonó sus ojos, una peluca adornó su cabeza y cuatro yeguas de Flandes condujeron frecuentemente su carroza a la casa solariega de Gresham. Cuando su suegro murió, a veces prefería ocupar esta casa, trasladándose de Gresham a Mallingford con aristocrática simplicidad. Rara vez visitaba el cuartito que causó tanto terror, pero nunca condenó su puerta. Su mujer se ocupó de que en el cuartito brillaran los zócalos de las paredes y las lajas del piso. Era una buena esposa. El, por su parte, era un buen marido. La trataba afectuosamente y bebía tan sólo para apagar su sed, a pesar de que ella lo instaba a menudo a que bebiera más de lo debido. Pero una nueva investigación irrumpió en ese hogar modelo. Vanning fue degollado en la noche del 5 de octubre de 1667. En un crepúsculo tempestuoso, él y su mujer llegaron a Mallingford. Vanning estaba de inusitado buen humor, porque había hecho negocios excelentes. Cenaron juntos, y Vanning bebió más que de costumbre. Su mujer lo acompañó. (¿No les conté que cierta noche, para ganar una apuesta, bebió de una vez una pinta de vino?) Le dijo que lo haría dormir profundamente, pues parece ser que Vanning acostumbraba hablar en sueños. Ella dice que se acostó a las ocho, mientras él continuaba sentado a la mesa... No sabemos a qué hora se retiró, y tampoco lo saben los sirvientes... Kitts, el mayordomo, cree haberlo oído tropezar en las escaleras a una hora tardía. También cree haber oído un grito, pero como soplaba el viento fuerte de octubre, no podía asegurarlo. En la madrugada del 6 de octubre un vaquero llamado Coats pasó junto a la casa. La tormenta acababa de escampar. El vaquero, que se dirigía al Oeste, se detuvo a beber agua de lluvia de un barril colocado justo debajo del cuartito del primer piso. Cuando iba a beber el primer trago, notó que el agua tenía un extraño color. Miró hacia arriba para descubrir la causa, y vio a sir Gerald Vanning que sacaba la cabeza por la ventana a la sombra de los árboles amarillentos. Pero sir Gerald no movía la cabeza ni los ojos. El vitral estaba en parte intacto, a pesar de que la cabeza lo había atravesado y...

A esta altura del relato, el inspector lanzó una exclamación.

Era una exclamación de triunfo. Nuestro anfitrión lo miró hoscamente e hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

-Sí -dijo-. ¿Ha descubierto ahora la verdad?

-¿La verdad? -repitió la mujer del historiador lanzando por poco un grito de extrañeza-. ¿La verdad de qué?

-La verdad acerca del primer crimen -dijo nuestro anfitrión-. Acerca de la treta que usó Vanning para asesinar a Oakley siete años antes. Estoy casi seguro de que fue el asesino - continuó moviendo reflexivamente la cabeza-. Nada encantaba tanto a la gente de entonces como la prestidigitación y los juguetes automáticos: un reloj que marchara haciendo rodar balas por un plano inclinado; una campana de bucear; una alarma contra los rateros. La Royal Society se interesaba en estos artificios. Y Vanning (observen su retrato algún día) aprendió esos trucos científicos durante su destierro. Inventó un cuchillo invisible...

-¡Un momento! ¡Veamos! -protestó el historiador.

-Planeó todo contra Oakley, por supuesto. Oakley no era más nigromante ni tenía más relación con los demonios que yo. Esas habladurías sobre su persona fueron difundidas por Vanning con una intención precisa. Una rica cosecha de habladurías, un muchachón simple, fácil de sobornar, la sugestión colectiva en marcha, y Vanning está listo para emprender su obra.

Esa noche llegó a la casa con un puñal en el bolsillo. Fingió haber sido perseguido por monstruos imaginarios y alarmó al mayordomo. Teniendo a los sirvientes de testigos, subió a ver a Oakley y a la señorita Mary. Echó llave a la puerta. Les habló amablemente. Cuando distrajo a la muchacha, volteó el candelero, hizo caer a Oakley de una zancadilla, se le echó encima blandiendo su puñal. Era necesario que hubiese muchas heridas y mucha sangre para justificar luego que la sangre lo hubiese salpicado. La muchacha estaba demasiado aterrorizada para moverse en la oscuridad. Vanning sólo tuvo que limpiar su cuchillo en el suave, pero rígido brocado, y luego lo dejó a la vista. Nadie lo advirtió.

El historiador pestañeó.

-Admirable -dijo-. Nadie lo advirtió. ¿Puede usted informarnos qué clase de arma puede dejarse a la vista sin que nadie la vea?

-Sí -dijo nuestro anfitrión-; una hoja de vidrio común y ordinario, colocada en la gran jarra de vidrio llena de agua que estaba sobre el aparador.

Hubo un silencio.

-Le hablé de la jarra de agua. Era un objeto familiar. Nadie examina una jarra de agua transparente. Vanning pudo haber fabricado un cuchillo con el vidrio más ordinario, y un cuchillo de vidrio puede ser un arma temible; fuerte, chata, filosa y tan puntiaguda como sea de desear. Recuerden que sólo había una vela encendida. Cualquier vestigio de sangre que quedara en la hoja desaparecía como un sedimento en el agua, mientras todos miraban sin ver el cuchillo sumergido en la jarra. Pero Vanning (también recordarán ustedes) impidió que el hacendado echara la jarra de agua a la cara de su hija cuando ésta se desmayó; la llevó en brazos hasta el otro piso. Luego contó una serie de cuentos terroríficos; encontró una excusa para volver solo al cuarto, deslizar el cuchillo en su manga y hacerlo desaparecer en la confusión.

El inspector frunció pensativamente el ceño.

-Pero el verdadero problema... -dijo.

-Es verdad. Si el crimen se llevó a cabo de tal manera, ¿lo sabía su mujer? Recuerden ustedes que Vanning hablaba en sueños.

Nos miramos unos a otros. La mujer del historiador, después de lanzar una ojeada en torno, articuló la pregunta que todos pensábamos: -¿Y cuál fue el resultado de esa investigación?

-¡Oh!, muy sencillo -dijo nuestro anfitrión-: muerte por accidente. Un hombre ebrio cae a través de un vitral y se degüella. Alguien observó que había rastros de tacos en el piso, como si lo hubiesen arrastrado hasta allí. Pero no se insistió en el detalle... La señora Mary continuó viviendo enteramente feliz y murió a la avanzada edad de ochenta y seis años;

llena de benevolencia y somnolencia. Estas son explicaciones naturales. Todo es natural. No hay nada malo en el cuartito del primer piso. Ahora lo hemos transformado en dormitorio. Les aseguro que es muy cómodo. Y cualquiera que desee dormir en él, puede hacerlo. Pero, al mismo tiempo...

-Sin duda -dijimos.

La tragedia del pañuelo

Michael Innes

Traducción de Eugenia Candelón.

El telón se levantó para la última escena de *Otelo*, de Shakespeare; aquella en que Desdémona muere estrangulada, escena que según el doctor Johnson no se puede soportar. Pero en esta representación, según le pareció al inspector Appleby, ese momento pasaría casi inadvertido para la concurrencia. Esta escena culminante se representaría en la forma desvaída, propia de compañías en gira, que subsisten gracias al apoyo que les presta la asistencia de grupos escolares. Ahora bien, si a éstos les producen mayor efecto los espectáculos truculentos, sus profesores piensan de otra manera. Si deben llevar a sus alumnos a presenciar un crimen abominable, aunque éste se cometa en nombre de Shakespeare, al menos que pase inadvertido en algún rincón oscuro del escenario.

Pero si el público no iba a sentirse horripilado, tampoco, al menos hasta entonces, estaba emocionado. Cualesquiera que fueran los sentimientos demostrados en ese escenario, nada tenían que ver con la intención del dramaturgo. O más bien, pensó el inspector Appleby, era como si el torrente de pasiones descrito por Shakespeare estuviera cruzado por pequeños ríos de pasiones privadas, borroneando y oscureciendo la idea central. Claro que uno está acostumbrado a estas cosas que suceden en las compañías teatrales formadas por aficionados, en las que los mutuos celos y envidias de sus componentes salen a relucir en forma incongruente durante la función. Naturalmente, esto no ocurre en las compañías profesionales; por esto, tal vez, el público se mostraba tan inquieto y poco convencido. El espectador más concentrado en la representación era probablemente Appleby, quien había entrado en aquel destartalado teatro de provincia sólo por no tener nada que hacer esa noche. En derredor, oía las risas de los chicos aburridos y el crujido constante de las bolsas de caramelos. A pesar de esto, Appleby se dedicó a mirar con atención el dormitorio de Desdémona.

Era el momento en que Otelo debía entrar con una vela en la mano, y decir:

Es la causa, es la causa, alma mía...

Pero Otelo no apareció. El escenario estaba vacío; la durmiente Desdémona era apenas visible tras las cortinas de su lecho, que estaba en un rincón alejado. Este atraso fue uno de los indicios de que no todo andaba bien detrás del escenario.

Los espectadores tuvieron otro indicio en una escena del cuarto acto. Otelo humilla a su esposa delante de extraños, pegándole una bofetada. El golpe dado con la mano abierta se simula perfectamente bien en el teatro; el que debe pegar, hace ademán, su víctima trastabilla, y alguien situado entre bastidores golpea las manos para producir el efecto deseado. En aquella ocasión se oyeron claramente dos golpes: el encargado de dar el efecto, y el otro en el escenario. Cuando Desdémona cayó, se le pudo ver una mejilla súbitamente enrojecida, y además le salía sangre por la nariz... Como en una tragedia vulgar (alguna crítica acerba ya la había calificado de tal), el héroe, en este caso Otelo, abofetea a su esposa y le aplasta la nariz. Las frases que siguieron resultaron algo borrosas, ya que Desdémona se llevaba continuamente el pañuelo a la cara para aliviar los desperfectos, y trataba de sobreponerse al shock recibido.

Claro es que algunos artistas se poseionan de su papel, pero el que un Otelo se deje llevar por este celo artístico resulta un poco peligroso. ¿Qué pasaría si se entusiasma en el momento de estrangular a Desdémona?

El inspector Appleby sacudió la cabeza mientras contemplaba el escenario vacío. Había vislumbrado otros indicios de pasiones contenidas que saltaban como chispas detrás de la conocida tragedia. La trama de Otelo está basada en las sospechas que concibe el personaje

central, quien, impulsado por su temperamento celoso, llega hasta el asesinato de su esposa. Otelo comete este crimen gracias a las intrigas de Yago, que presentan a Desdémona como una esposa adúltera. Pero entre los artistas de aquel escenario las sospechas no eran exclusivas de una persona, sino que estaban repartidas entre todas. Detrás de los dramáticos versos, detrás del tema central, una oscura y perversa cautela estaba en acecho; era como si cada uno de ellos tratara de adivinar lo que pensaban los demás. Appleby podía jurar que Desdémona estaba más aterrorizada de lo necesario para representar a la heroína de Shakespeare; Yago actuó como a la defensiva, cuando, en realidad, el carácter de su personaje es cruel y solapado. La mujer de Yago, Emilia, a pesar de representar con eficiencia su papel de criada honesta que quiere pasar inadvertida, manifiesta detrás de sus palabras y ademanes un ardiente deseo de mandar a algunos de sus compañeros al infierno. En cuanto a Michael Casio, demostraba estar más cansado y fastidiado de lo que su papel requería. Appleby, que nada sabía de estos actores sin nombre ni fama, malició que Casio era el director de la compañía; un director bien enterado de que la representación estaba resultando algo desfigurada.

A un lado de Appleby estaba sentada una niña que exhalaba un penetrante olor a pastillas de menta; al otro lado, un niño más pequeño aún se entretenía en convertir su programa en bolitas de papel que tiraba a las personas sentadas más adelante.

Al fin apareció Otelo, caracterizado en la forma que Paul Robeson puso de moda al triunfar en ese papel. Lo malo en aquel actor era su aire de cómico de la legua; desde un principio se había notado que la llama sagrada no ardía en su interior.

La sala quedó silenciosa al aparecer Otelo con la consabida vela encendida en la mano. Los ojos recorrían el escenario, se detenían en un punto, y los volvía a revolver, mientras con la mano libre hacía ademanes exagerados. Estaba violando en todas sus formas posibles los cánones del arte. Sin embargo, produjo una impresión, al menos de asombro. La niña sentada a la derecha de Appleby se atragantó con una pastilla de menta, y el niño de la izquierda dejó en paz sus municiones. En algún lugar de la galería un chico gritó asustado.

Otelo se adelantó unos pasos y quedó iluminado por un reflejo amarillo verdoso que le dio el aspecto de un cadáver en avanzado estado de descomposición.

La intolerable escena había comenzado con cuarenta y cinco segundos de atraso.

*Es la causa, es la causa, alma mía.
¡No la nombraré ante vosotras, castas estrellas!
Es la causa...*

Las misteriosas palabras se perdieron en las tinieblas del auditorio. Nada podía disminuir su grandeza, ni la luz amarilloverdosa, ni aun un Otelo que hiciera tales ridículos visajes mientras hablaba.

*Aunque no derramaré su sangre;
ni heriré su piel más blanca que la nieve...*

Ante esta terrible amenaza, Desdémona despertó; otra vez la luz amarillenta contrarrestó cualquier efecto escenográfico, por artístico que pretendiera ser.

¿Os acostaréis en el lecho, señor?

La escena proseguía con creciente tensión; Otelo, que al menos era alto, se inclinaba sobre la mujer.

Ese pañuelo que tanto apreciaba y que te di,

se lo diste a Casio...

Esta obra había sido llamada con desdén "La Tragedia del Pañuelo", y, según recordaba el inspector Appleby, la traducción francesa llevaba la palabra más delicada de *Bandeau*...

*¡Por el cielo!, que he visto mi pañuelo en su mano.
¡Oh mujer perjura! Has endurecido mi corazón;
y me haces llamar a lo que tengo intención de hacer
un crimen, que creí un sacrificio.
He visto mi pañuelo...*

Las luces disminuyeron, para alivio de la susceptibilidad de las maestras de escuela; Otelo era apenas visible cuando tomó un gran almohadón de sobre la cama. El eco de las palabras se había apagado; no se oían más que unos sonidos inarticulados. Parecía que, después de todo, los niños verían un espectáculo digno del dinero que habían pagado por la entrada. Los actores, en la semioculta alcoba, hacían lo imposible para que la escena resultara real: la respiración acelerada de Otelo, mientras apretaba la almohada, y las súplicas ahogadas de la moribunda Desdémona. En eso, los golpes dados en la puerta al lado del lecho, y los gritos de Emilia pidiendo que la dejen entrar; Otelo corre los cortinados de la cama, empieza a andar hacia atrás tropezando como un borracho, y se sumerge otra vez en su oratoria, mientras los gritos de Emilia van en aumento.

*¡Mi esposa! ¡Mi esposa! ¡Qué esposa?
No tengo esposa.*

Al darse cuenta de lo que ha hecho, su voz adquiere más volumen, al llegar a la cima de esa retórica teatral.

Tras las cortinas, se alcanzaban a distinguir los gemidos vacilantes de Desdémona.

*¡Oh insoportable! ¡Oh pesada hora!
Me parece estar en un terrible eclipse
de sol y de luna, y que el afligido globo
se abrirá...*

Emilia seguía llamando; Otelo juntó más las cortinas, y caminando vacilante hacia la puerta, la abrió. La mujer trae las desastrosas noticias por las que Otelo se entera de que su complot para asesinar a Casio ha fallado. Otra vez su voz se eleva con desesperación:

*¡No ha muerto Casio! Los crímenes no pueden ser.
La dulce venganza se amarga...*

De pronto, sobrevino un completo silencio en el escenario. Otelo y Emilia permanecían inmóviles, esperando algo... Otra vez, y con ansiedad, Otelo exclamó:

La dulce venganza se amarga...

El inspector Appleby se estremeció; el silencio continuaba, y la frase quedaba sin respuesta. Era entonces cuando Desdémona debía pedir auxilio, y cuando Emilia, apartando las cortinas del lecho, trataría en un supremo esfuerzo de evitar que la culpa cayera sobre su amo. Pero el silencio continuó.

El telón cayó con un golpe seco, quedando oculto el escenario. Los niños sentados junto a Appleby empezaron a llorar.

—¿Los nombres? —preguntó el inspector Appleby—. Por ahora nos atenderemos a los de Shakespeare para evitar confusiones. Creo que Casio es el director de la compañía, ¿no?

El sargento de policía asintió. No sabía si sentirse aliviado o fastidiado por aquella súbita y autoritaria ayuda de un inspector de Scotland Yard.

—Así es, señor, y aquí está —dijo el sargento.

Ráfagas de aire cruzaban el escenario moviendo el telón; a través de éste se oían los murmullos y correteos de los niños al ser sacados del teatro. El escenario parecía algo irreal con sus colgaduras y muebles chillones. La mujer muerta yacía en lo que aparentaba ser una cama; su *maquillaje* era tan oscuro como el de Otelo. Los actores, con sus trajes, barbas y pelucas, eran algo incongruente; se movían en un plano entre la fantasía y la realidad. En medio de ellos, Casio jugueteaba nerviosamente con la empuñadura de un florete; su rostro, de rasgos débiles y distinguidos, mostraba una desesperación bien estudiada.

El inspector Appleby se dirigió a él.

—Esta es su compañía, ¿no? —preguntó el inspector—. ¿Y la muerte de Desdémona le pondrá punto final?

—Así es, además de ser una horrible y... —miró en dirección al lecho— dolorosa desgracia.

—Por lo que veo, si alguien se propuso arruinarlo, buscó un método bien eficaz. ¿No es así?

—Muy eficaz. —El director pareció sobresaltado—. El público jamás gastará en una entrada para vernos... Pero no creo...

—Estoy de acuerdo. Es un motivo posible, pero no probable. Ahora deseo que me diga qué relaciones o lazos de parentesco existen entre los miembros de su compañía.

El director titubeó antes de contestar.

—Yo estoy casado con Blanca.

"Casi una maldición", pensó Appleby. Después dijo:

—¿La muerta estaba casada con Otelo?

—Sí; y Yago con Emilia.

—Ya veo. Sus lazos de parentesco resultan extrañamente iguales a los de la obra. ¿Ustedes van de ciudad en ciudad, y emplean sólo unos pocos extras?

Casio se humedeció los labios.

—Esa es la verdad. No podemos permitirnos mucho.

—Al menos no pueden permitirse un crimen —Appleby miró a los actores que lo rodeaban—. Supongo que se dieron cuenta de que su actuación de hoy fue mediocre, ¿no? —señaló a Otelo con un dedo—. ¿Por qué le pegó a su mujer? Hasta los niños estaban inquietos.

—Sí. ¿Por qué le pegó? —Emilia avanzó unos pasos; sus ojos, enrojecidos por el llanto, despedían chispas—. ¿Por qué la asesinó?

—¿Golpearla? —Otelo había estado mirando a Yago con ojos relampagueantes; al oír la acusación se encaró con la mujer de Yago—. Entrometida y...

—Basta —la voz de Appleby resonó tranquila en el escenario—. El estado emocional de ustedes seis (me refiero a Otelo y Desdémona, Yago y Emilia, y Casio y Blanca) saltaba a la vista esta noche, reflejando sórdidas pasiones que no pudieron controlar. Quiero saber de qué se trata; si no me dicen lo que les preocupa, algún miembro de la compañía me lo dirá.

— ¡Pero esto es inconcebible! —dijo Blanca, una hermosa mujer joven y que parecía tener dominio de sí misma—. No puede tratarnos así —miró con cierto desafío a la inmóvil figura del lecho, y después a su marido—. ¿No te parece?

Fue Yago y no Casio el que contestó. Era un hombre moreno de mirar inquieto. Al hablar le temblaban desagradablemente los labios.

—Claro que puede. Al interrogar a posibles testigos de un acto semejante debe atenerse a las reglas estrictas, hasta que un abogado...

— ¡Tonterías! —exclamó Emilia inesperadamente, dirigiendo una mirada de odio a su marido—. Dejen que este hombre haga lo que debe, y así terminaremos antes.

—Pero al menos deberíamos primero considerar la oportunidad material —Casio era una mezcla de cordura y nerviosidad—. ¿Cuándo sucedió? ¿Es posible que alguno de nosotros quede descartado en seguida?

El inspector Appleby asintió.

—Muy bien, primero la oportunidad y después el motivo —Appleby consultó la copia de la obra que le habían facilitado—. Al llegar a la línea 83, Desdémona estaba con vida. Al llegar a la 117, estaba muerta. Durante este lapso permaneció casi invisible, ya que, además de la oscuridad, las cortinas fueron corridas por Otelo. Lo más probable es que el propio Otelo la haya asfixiado cuando la acción lo requería, pero también hay otras posibilidades. El lecho está colocado en un lugar accesible por varios conductos. Detrás de la cabecera no hay más que una cortina; por lo tanto, cualquier persona pudo llegar hasta el lecho sin mayor inconveniente. Otelo dejó de tener a Desdémona bajo su vista más o menos desde la línea 85. Quedaban, pues, veinte líneas hasta la entrada de Emilia; éstas se dividen entre el desesperado soliloquio de Otelo y las llamadas de Emilia para que la dejen entrar. Emilia entra, y lo hace por la puerta que está junto a la cama. De esto se deduce que Emilia pudo asfixiar a Desdémona en el curso de esas veinte líneas, cinco o seis de las cuales le pertenecen a ella. Hay que reconocer que se necesita mucha sangre fría, pero no es un acto imposible. Existe otra posibilidad. Desde el instante en que Emilia entra hasta aquel en que Desdémona grita pidiendo auxilio, hay unas doce líneas inconclusas; ese lapso se llena sobre todo con mímica destinada a acrecentar la tensión. En ese rato, cualquier otro actor pudo cometer el crimen. De modo que la situación es la siguiente: Otelo y Emilia son definitivamente sospechosos en cuanto a la oportunidad; los demás están más o menos en la misma posición, siempre que hayan podido acercarse a la cama sin ser vistos, en el tiempo transcurrido entre esas doce líneas.

—Eso me deja libre de sospecha —dijo Casio, sin demostrar mayor alivio. No había duda que para él lo peor era el desastre que arruinaba su compañía—. Yo estaba con el electricista en el lado opuesto, cuando oímos el aviso para que entrara Emilia. Y no pude cometer el crimen.

—Pero su mujer pudo —interrumpió Emilia dirigiendo una mirada venenosa a Blanca—. Estaba no muy lejos de mí, cuando entré en el escenario.

—No lo pongo en duda, y también vi a su marido. —Blanca observaba una calma perfecta, y echando una ojeada que podía interpretarse como cargada de odio, agregó señalando a Yago—: Lo vi parado en uno de los pasillos, y me pregunté qué estaría haciendo.

Los labios de Yago se torcieron más violentamente que antes, y después se rió roncamente, y habló:

—Esto no le servirá de nada a la policía. ¿Qué hay de las convencionales preguntas, como quién vio a la víctima con vida por última vez?

De pronto, Otelo exclamó:

— ¡Mi Dios! —se dio vuelta y enfrentó a Emilia—. Usted sabe que yo no fui. Todos conocen esa costumbre suya.

—¿Qué quiere decir? —Emilia se llevó la mano al pecho; estaba pálida a pesar de la grasienta pintura.

—Siempre que entraba abría las cortinas a la cabecera del lecho, y se inclinaba sobre Desdémona, tal vez para susurrarle algo; no me imagino por qué, ya que la amistad que las unía no era muy estrecha. Pero lo hacía cada vez. Bien. ¿Estaba viva o muerta esta noche?

Emilia caviló un momento antes de contestar.

—Estaba con vida. No dijo nada, y estaba muy oscuro. Pero pude ver que estaba sollozando.

—Era muy natural después de la cachetada que le dio su marido —el sargento habló por primera vez—. Si me permiten...

Appleby lo interrumpió.

—¿Sollozando? ¿Tenía pañuelo?

—Claro —Emilia lo miró con ojos saltones.

Appleby fue hasta la cama, y en seguida volvió con un minúsculo pañuelo arrugado y húmedo.

—Es cierto, y estaba debajo del cuerpo. Pero no es el mismo que usaba al principio, y que estaba manchado de sangre de resultas del golpe. Ese debe de estar en su camarín, así que...

— ¡Sí! Es el talismán de amor, el pañuelo mágico de Otelo que Desdémona extravía —dijo Casio perdiendo momentáneamente su compostura.

El inspector Appleby asintió sombríamente.

—Claro —dijo en voz baja—. Hay algo en este pañuelo.

La investigación continuó implacable. Casio fue la última persona en tocar el pañuelo, pero al volver del escenario lo había tirado sobre una silla, y cualquiera lo pudo tomar. Tal vez la misma acongojada Desdémona.

La historia de Emilia era muy plausible, y si se pudiera comprobar, alejaría las sospechas de ella y de Otelo. ¿Y después? Parecía que los únicos en tener oportunidad de deslizarse hasta la cabecera del lecho fueron Yago y Blanca, y también de cometer el asesinato entre el momento en que Emilia va hacia el escenario y el brusco y desastroso final. Appleby, viendo que no conseguía nada más satisfactorio, se dedicó a estudiar los posibles motivos.

Los personajes centrales del drama eran: Otelo y Desdémona, Yago y Emilia, Casio y Blanca. Desdémona había sido asesinada. Casio no era el asesino. Y durante la representación de la tragedia shakespiriana los indicios de conflictos privados habían sido algo así como un telón de fondo. ¿Qué situación se desprendía de esos hechos?

Appleby pensaba que ésta no era una situación reciente; ya que la compañía debía de llevar un tiempo largo en aquellas giras. Lo que pasaba era que estos conflictos habían llegado al límite de lo soportable en el transcurso de esa noche. Tal vez alguna súbita revelación fue el toque final.

Se trataba de tres matrimonios que vivían juntos y con un *standard* de pobreza evidente. No era difícil adivinar lo que pasaba. El adulterio o alguna otra depravación, fruto de la constante promiscuidad, serían los motivos del asesinato de Desdémona. Appleby se sintió momentáneamente deprimido. Las investigaciones de esta naturaleza son algo más que el examen de las huellas dactilares o el análisis de colillas de cigarrillos. Este proceso requiere el arte de leer las mentes, estudiar los caracteres, y adivinar los sentimientos que anidan en los corazones. ¿Qué clase de emociones sentían estos actores en aquel momento?

Otelo demostraba horror y desesperación; para él, como para Casio, pero en forma más oscura, las cosas habían llegado a su fin. La mujer de Otelo había sido asesinada poco después de que su marido la golpeará brutalmente en la cara; en un sentido, Otelo tenía razón al mostrarse horrorizado.

¿Qué pasaba con Yago? Este estaba a la defensiva, y esto demuestra una especie de culpabilidad. Parecía encontrarse, de pronto, con más maldad de la que pensaba o sabía. Cualquiera que fuera su situación, poco consuelo recibía de su esposa. Emilia lo odiaba. ¿Databa este sentimiento de algún tiempo? Appleby juzgaba que no; era un odio nacido de una impresión repentina, o de la revelación que precedió a la catástrofe.

Blanca, la mujer de Casio, era un enigma; sus emociones permanecían ocultas. Su marido no tenía mucho que ver en ellas; era el tipo de hombre constantemente preocupado, y que emplearía sus ansiedades en vigilar las finanzas para mantener a flote a su compañera; aparte esto, desempeñaba pequeños papeles en las giras. No sería un modelo de marido para Blanca; las mujeres de este tipo necesitan algo más excitante.

El análisis estaba completo. Appleby meditó un poco más, y después dijo con calma:

—Voy a decirles lo que ha sucedido; sólo los actores principales se deben quedar.

Hubo un suspiro de alivio. Desaparecieron como sombras; algunos en forma rápida, como quien se ha sacado un peso de encima; otros se arrastraban con fatiga. Hacía mucho frío, y el telón se agitaba como una gran mortaja que fuera a caer para envolverlos a todos.

—Empezó con la infidelidad de Desdémona. ¿No es así? —Appleby miró a los presentes. Hubo un silencio absoluto—. ¿No es así? —repitió suavemente, pero el silencio continuó. Appleby se volvió a Otelo—. ¿No fue por eso que la golpeó?

De pronto, Otelo gimió; el rostro pintarrajeado se contrajo.

—Sí, le pegué porque había descubierto que me era infiel.

Appleby se volvió y enfrentó a Yago. —Usted sedujo a la esposa de este pobre hombre; el resultado ha sido un crimen brutal. ¿Sabía que los demás estaban al corriente de su intriga? ¿O fue usted el que la asesinó para impedirle que hablara?

Yago retrocedió y gritó:

— ¡No tiene pruebas contra mí, no diré nada! Desde este momento no diré una palabra más...

Appleby se encaró con Emilia.

—Su marido le era infiel, y usted lo había descubierto. ¿No la asesinó usted en el paroxismo de los celos?

Los rasgos de Emilia se endurecieron y contestó con altanería:

—Esas acusaciones no significan nada. Nadie sospecha quién la asesinó, y usted no lo sabrá nunca.

Hubo una pausa, después de la cual Appleby se dirigió a Blanca.

—¿Desde cuándo es usted la amante de Yago? ¿Qué hizo cuando vio que ya no significaba nada para él?

— ¡Nadal ¡No hice nada! Emilia tiene razón. Nadie vio nada, y nadie puede decir nada.

—¿Y el misterio quedará sin resolver? Tal vez tenga razón. Pero ya lo sabremos mañana —se volvió hacia Casio y le preguntó—: ¿Tenía Desdémona un camarín privado? Me gustaría echar un vistazo antes de irme.

—Tal vez no la ejecuten —decía el inspector Appleby al sargento a la mañana siguiente—. Fue un crimen cometido bajo un impulso violento, provocado por la infidelidad que acababa de descubrir —hizo una pausa y agregó—: ¿Será un consuelo para ella, cuando esté en la prisión, el saber que sienta un precedente en la medicina forense?

—Casi perfecto, y fuera de nuestro alcance, lo admito —dijo el sargento—. ¿Pero cómo supo usted que había sido Emilia?

—Fue por cambiar de parecer acerca de a quién había de culpar. Primero resolvió echar la culpa a Otelo, simplemente porque era la persona más a propósito. "¿Por qué la asesinó?", le dijo; pero después contó una historia que señalaba a Blanca o a su propio marido, Yago, al que odiaba. Según Emilia, Desdémona estaba con vida cuando miró por la cortina entreabierta; con eso Otelo quedaba descartado, ya que no tuvo más oportunidad de cometer el crimen. Yo me pregunté qué significaba este cambio de frente. ¿Era

simplemente porque Emilia no tenía nada contra Otelo y sí contra su marido infiel? Pero no me parecía que fuera por eso. De pronto, recordé el gesto de Emilia cuando Otelo habló de la costumbre que tenía de hablar a Desdémona antes de entrar en el escenario. ¿Se acuerda?

El sargento meditó antes de contestar.

—Me pareció que se llevaba la mano al pecho. En ese momento lo consideré un gesto demasiado teatral, como para demostrar que estaba nerviosa..., y no estaba representando en ese momento.

—No era exactamente eso. Lo que usted vio fue una mano que en forma rápida se acercó al lugar donde debía haber algo..., algo que se había extraviado. Ese algo era un pañuelo; el pañuelo que perdió mientras ahogaba a Desdémona. Esta verdad se me presentó de pronto... El pañuelo empapado en lágrimas, que encontré debajo del cuerpo. Por eso decidió el cambio de frente, para explicar la presencia de ese pañuelo.

—Ya veo —dijo el sargento—. Fue inteligente, pero peligroso el inventar esa mentira.

—Resultó fatal para ella. Pero antes noté varias cosas. Un hombre puede llorar, pero no usa un pañuelo pequeño. Emilia parecía haber llorado; en cambio, Blanca estaba tranquila. Así que lo sucedido me resultó claro. Emilia, habiendo descubierto la infidelidad de su marido, es presa de una emoción intensa. Sin darse cuenta toma el pañuelo de Otelo, el pañuelo mágico del drama; una vez en su camarín, llora sobre el pañuelo. Cuando la llaman a escena, se lo guarda en el pecho. Después, al asesinar a Desdémona obedeciendo a un impulso, se le cae el pañuelo, y éste queda oculto por el cuerpo de la víctima. Usted me preguntará cómo voy a probar esto. Como esa gente decía, tal vez nunca lo hubiera descubierto. Pero había una posibilidad de saber si Emilia había mentido. En medicina, la gente se divide en grupos según la sangre y las secreciones. Las lágrimas son una secreción. Por las lágrimas se puede saber a qué grupo sanguíneo pertenecen. Ahora bien, yo tenía un pañuelo con sangre de Desdémona y otro con lágrimas. Fui directamente al Instituto de Investigaciones Médicas. Allí me dijeron lo que esperaba saber. Esas lágrimas no podían provenir de una persona del grupo sanguíneo de Desdémona.

—Sí, está muy claro, realmente —dijo el sargento, maravillado.

—Y pronto sabremos, en cuanto la ley lo permita, que las lágrimas tienen que ser de Emilia, ya que Blanca permitió que se le sacara sangre para un análisis y quedó descartada.

El inspector se levantó diciendo:

—Se puede sacar una moraleja de todo esto.

—¿Una moraleja?

—La moraleja que un viejo y amargado crítico sacó de la obra de Shakespeare: "Las amas de llaves deben vigilar la ropa de casa..." En otras palabras, es peligroso perder pañuelos, sobre todo en la vecindad de un cadáver.

Las doce figuras del mundo

H. Bustos Domecq

A la memoria de José S. Álvarez

I

El Capricornio, el Acuario, los Peces, el Carnero, el Toro, pensaba Aquiles Molinari, dormido. Después, tuvo un momento de incertidumbre. Vio la Balanza, el Escorpión. Comprendió que se había equivocado; se despertó temblando.

El sol le había calentado la cara. En la mesa de luz, encima del Almanaque Bristol y de algunos números de *La Fija*, el reloj despertador Tic Tac marcaba las diez menos veinte. Siempre repitiendo los signos, Molinari se levantó. Miró por la ventana. En la esquina estaba el desconocido.

Sonrió astutamente. Se fue a los fondos; volvió con la máquina de afeitar, la brocha, los restos del jabón amarillo y una taza de agua hirviendo. Abrió de par en par la ventana, con enfática serenidad miró al desconocido y lentamente se afeitó, silbando el tango *Naipe Marcado*.

Diez minutos después estaba en la calle, con el traje marrón cuyas últimas dos mensualidades aún las debía a las Grandes Sastrerías Inglesas Rabuffi. Fue hasta la esquina; el desconocido bruscamente se interesó en un extracto de la lotería. Molinari, habituado ya a esos monótonos disimulos, se dirigió a la esquina de Humberto I. El ómnibus llegó en seguida; Molinari subió. Para facilitar el trabajo a su perseguidor, ocupó uno de los asientos de adelante. A las dos o tres cuadras se dio vuelta; el desconocido, fácilmente reconocible por sus anteojos negros, leía el diario. Antes de llegar al Centro, el ómnibus estaba completo; Molinari hubiera podido bajar sin que el desconocido lo notara, pero su plan era mejor. Siguió hasta la Cervecería Palermo. Después, sin darse vuelta, dobló hacia el Norte, siguió el paredón de la Penitenciaría, entró en los jardines; creía proceder con tranquilidad, pero, antes de llegar al puesto de guardia, arrojó un cigarrillo que había encendido poco antes. Tuvo un diálogo nada memorable con un empleado en mangas de camisa. Un guardiacárceles lo acompañó hasta la celda 273.

Hace catorce años, el carnicero Agustín R. Bonorino, que había asistido al curso de Belgrano disfrazado de cocoliche, recibió un mortal botellazo en la sien. Nadie ignoraba que la botella de Bilz que lo derribó había sido esgrimida por uno de los muchachos de la barra de Pata Santa. Pero como Pata Santa era un precioso elemento electoral, la policía resolvió que el culpable era Isidro Parodi, de quien algunos afirmaban que era ácrata, queriendo decir que era espiritista. En realidad, Isidro Parodi no era ninguna de las dos cosas: era dueño de una barbería en el barrio Sur y había cometido la imprudencia de alquilar una pieza a un escribiente de la comisaría 8, que ya le debía de un año. Esa conjunción de circunstancias adversas selló la suerte de Parodi: las declaraciones de los testigos (que pertenecían a la barra de Pata Santa) fueron unánimes: el juez lo condenó a veintiún años de reclusión. La vida sedentaria había influido en el homicida de 1919: hoy era un hombre cuarentón, sentencioso, obeso, con la cabeza afeitada y ojos singularmente sabios. Esos ojos, ahora, miraban al joven Molinari.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

Su voz no era excesivamente cordial, pero Molinari sabía que las visitas no le desagradaban. Además, la posible reacción de Parodi le importaba menos que la necesidad de encontrar un confidente y un consejero. Lento y eficaz, el viejo Parodi cebaba un mate en un jarrito celeste. Se lo ofreció a Molinari. Éste, aunque muy impaciente por explicar la aventura irrevocable que había trastornado su vida, sabía que era inútil querer apresurar a Isidro Parodi; con una tranquilidad que lo asombró, inició un diálogo trivial sobre las carreras, que son pura trampa y nadie sabe quién va a ganar. Don Isidro no le hizo caso;

volvió a su rencor predilecto: se despachó contra los italianos, que se habían metido en todas partes, no respetando tan siquiera la Penitenciaría Nacional.

—Ahora está llena de extranjeros de antecedentes de lo más dudosos y nadie sabe de dónde vienen.

Molinari, fácilmente nacionalista, colaboró en esas quejas y dijo que él ya estaba hartó de italianos y drusos, sin contar los capitalistas ingleses que habían llenado el país de ferrocarriles y frigoríficos. Ayer no más entró en la Gran Pizzería Los Hinchas y lo primero que vio fue un italiano.

—¿Es un italiano o una italiana lo que lo tiene mal?

—Ni un italiano ni una italiana —dijo sencillamente Molinari—. Don Isidro, he matado a un hombre.

—Dicen que yo también maté a uno, y sin embargo aquí me tiene. No se ponga nervioso; el asunto ese de los drusos es complicado, pero, si no lo tiene entre ojos algún escribiente de la 8, tal vez pueda salvar el cuero.

Molinari lo miró atónito. Luego recordó que su nombre había sido vinculado al misterio de la quinta de Abenjaldún, por un diario inescrupuloso —muy distinto, por cierto, del dinámico diario de Cordone, donde él hacía los deportes elegantes y el *football*—. Recordó que Parodi mantenía su agilidad espiritual y, gracias a su viveza y a la generosa distracción del subcomisario Grondona, sometía a lúcido examen los diarios de la tarde. En efecto, don Isidro no ignoraba la reciente desaparición de Abenjaldún; sin embargo le pidió a Molinari que le contara los hechos, pero que no hablara tan rápido, porque él ya estaba medio duro de oído. Molinari, casi tranquilo, narró la historia:

—Créame, yo soy un muchacho moderno, un hombre de mi época; he vivido, pero también me gusta meditar. Comprendo que ya hemos superado la etapa del materialismo; las comuniones y la aglomeración de gente del Congreso Eucarístico me han dejado un rastro imborrable. Como usted decía vez pasada, y, créame, la sentencia no ha caído en saco roto, hay que despejar la incógnita. Mire, los faquires y los yoguis, con sus ejercicios respiratorios y sus macanas, saben una porción de cosas. Yo, como católico, renuncié al centro espiritista Honor y Patria, pero he comprendido que los drusos forman una colectividad progresista y están más cerca del misterio que muchos que van a misa todos los domingos. Por lo pronto, el doctor Abenjaldún tenía una quinta papal en Villa Mazzini, con una biblioteca fenómeno. Lo conocí en Radio Fénix, el Día del Árbol. Pronunció un discurso muy conceptuoso, y le gustó un sueltito que yo hice y que alguien le mandó. Me llevó a su casa, me prestó libros serios y me invitó a la fiesta que daba en la quinta; falta elemento femenino, pero son torneos de cultura, yo le prometo. Algunos dicen que creen en ídolos, pero en la sala de actos hay un toro de metal que vale más que un *tramway*. Todos los viernes se reúnen alrededor del toro los akils, que son, como quien dice, los iniciados. Hace tiempo que el doctor Abenjaldún quería que me iniciaran; yo no podía negarme, me convenía estar bien con el viejo y no sólo de pan vive el hombre. Los drusos son gente muy cerrada y algunos no creían que un occidental fuera digno de entrar en la cofradía. Sin ir más lejos, Abul Hasán, el dueño de la flota de camiones para carne en tránsito, había recordado que el número de electos es fijo y que es ilícito hacer conversos; también se opuso el tesorero Izedín; pero es un infeliz que se pasa el día escribiendo, y el doctor Abenjaldún se reía de él y de sus libritos. Sin embargo, esos reaccionarios, con sus anticuados prejuicios, siguieron el trabajo de zapa y no trepido en afirmar que, indirectamente, ellos tienen la culpa de todo.

»El 11 de agosto recibí una carta de Abenjaldún, anunciándome que el 14 me someterían a una prueba un poco difícil, para la cual tenía que prepararme.

—¿Y cómo tenía que prepararse? —inquirió Parodi.

—Y, como usted sabe, tres días a té solo, aprendiendo los signos del zodíaco, en orden, como están en el Almanaque Bristol. Di parte de enfermo a las Obras Sanitarias, donde

trabajo por la mañana. Al principio, me asombró que la ceremonia se efectuara un domingo y no un viernes, pero la carta explicaba que para un examen tan importante convenía más el día del Señor. Yo tenía que presentarme en la quinta, antes de medianoche. El viernes y el sábado los pasé de lo más tranquilo, pero el domingo amanecí nervioso. Mire, don Isidro, ahora que pienso, estoy seguro que ya presentía lo que iba a suceder. Pero no aflojé, estuve todo el día con el libro. Era cómico, miraba cada cinco minutos el reloj a ver si ya podía tomar otro vaso de té; no sé para qué miraba, de todos modos tenía que tomarlo: la garganta estaba reseca y pedía líquido. Tanto esperar la hora del examen y sin embargo llegué tarde a Retiro y tuve que tomar el tren carreta de las veintitrés y veintiocho en vez del anterior.

»Aunque estaba preparadísimo, seguí estudiando el almanaque en el tren. Me tenían fastidiado unos imbéciles que discutían el triunfo de los Millonarios versus Chacarita Juniors y, créame, no sabían ni medio de *football*. Bajé en Belgrano R. La quinta viene a quedar a trece cuadras de la estación. Yo pensé que la caminata iba a refrescarme, pero me dejó medio muerto. Cumpliendo las instrucciones de Abenjaldún lo llamé por teléfono desde el almacén de la calle Rosetti.

»Frente a la quinta había una fila de coches; la casa tenía más luces que un velorio y desde lejos se oía el rumorear de la gente. Abenjaldún estaba esperándome en el portón. Lo noté envejecido. Yo lo había visto muchas veces de día; recién esa noche me di cuenta que se parecía un poco a Repetto, pero con barba. Ironías de la suerte, como quien dice: esa noche, que me tenía loco el examen, voy y me fijo en ese disparate. Fuimos por el camino de ladrillos que rodea la casa, y entramos por los fondos. En la secretaría estaba Izedín, del lado del archivo.

—Hace catorce años que estoy archivado —observó dulcemente don Isidro—. Pero ese archivo no lo conozco. Descríbame un poco el lugar.

—Mire, es muy sencillo. La secretaría está en el piso alto: una escalera baja directamente a la sala de actos. Ahí estaban los drusos, unos ciento cincuenta, todos velados y con túnicas blancas, alrededor del toro de metal. El archivo es una piecita pegada a la secretaría: es un cuarto interior. Yo siempre digo que un recinto sin una ventana como la gente, a la larga resulta insalubre. ¿Usted no comparte mi criterio?

—No me hable. Desde que me establecí en el Norte me tienen cansado los recintos. Descríbame la secretaría.

—Es una pieza grande. Hay un escritorio de roble, donde está la Olivetti, unos sillones comodísimos, en los que usted se hunde hasta el cogote, una pipa turca medio podrida, que vale un dineral, una araña de caireles, una alfombra persa, futurista, un busto de Napoleón, una biblioteca de libros serios: la *Historia Universal* de César Cantú, *Las Maravillas del Mundo y del Hombre*, la *Biblioteca Internacional de obras Famosas*, el *Anuario de "La Razón"*, *El Jardinero Ilustrado* de Peluffo, *El Tesoro de la Juventud*, *La Donna Delinvente* de Lombroso, y qué sé yo.

»Izedín estaba nervioso. Yo descubrí en seguida el porqué: había vuelto a la carga con su literatura. En la mesa había un enorme paquete de libros. El doctor, preocupado con mi examen, quería zafarse de Izedín, y le dijo:

»—Pierda cuidado. Esta noche leeré sus libros.

»Ignoro si el otro le creyó; fue a ponerse la túnica para entrar en la sala de actos; ni siquiera me echó una mirada.

»En cuanto nos quedamos solos, el doctor Abenjaldún me dijo:

»—¿Has ayunado con fidelidad, has aprendido las doce figuras del mundo?

»Le aseguré que desde el jueves a las diez (esa noche, en compañía de algunos tigres de la nueva sensibilidad, había cenado una buseca liviana y un pesceto al horno, en el Mercado de Abasto) estaba a té solo.

»Después Abenjaldún me pidió que le recitara los nombres de las doce figuras. Los recité sin un solo error; me hizo repetir esa lista cinco o seis veces. Al fin me dijo:

»—Veo que has acatado las instrucciones. De nada te valdrían, sin embargo, si no fueras aplicado y valiente. Me consta que lo eres; he resuelto desoír a los que niegan tu capacidad: te someteré a una sola prueba, la más desamparada y la más difícil. Hace treinta años, en las cumbres del Líbano, yo la ejecuté con felicidad; pero antes los maestros me concedieron otras pruebas más fáciles: yo descubrí una moneda en el fondo del mar, una selva hecha de aire, un cáliz en el centro de la tierra, un alfanje condenado al Infierno. Tú no buscarás cuatro objetos mágicos; buscarás a los cuatro maestros que forman el velado tetrágono de la Divinidad. Ahora, entregados a piadosas tareas, rodean el toro de metal; rezan con sus hermanos, los akils, velados como ellos; ningún indicio los distingue, pero tu corazón los reconocerá. Yo te ordenaré que traigas a Yusuf; tú bajarás a la sala de actos imaginando en su orden preciso las figuras del cielo; cuando llegues a la última figura, la de los Peces, volverás a la primera, que es Aries, y así, continuamente; darás tres vueltas alrededor de los akils y tus pasos te llevarán a Yusuf, si no has alterado el orden de las figuras. Le dirás: "Abenjaldún te llama", y lo traerás aquí. Después te ordenaré que traigas al segundo maestro; luego al tercero, luego al cuarto.

»Felizmente, de tanto leer y releer el Almanaque Bristol, las doce figuras se me habían quedado grabadas; pero basta que a uno le digan que no se equivoque, para que tema equivocarse. No me acobardé, le aseguro, pero tuve un presentimiento. Abenjaldún me estrechó la mano, me dijo que sus plegarias me acompañarían, y bajé la escalera que da a la sala de actos. Yo estaba muy atareado con las figuras; además esas espaldas blancas, esas cabezas agachadas, esas máscaras lisas y ese toro sagrado que yo no había visto nunca de cerca me tenían inquieto. Sin embargo, di mis tres vueltas como la gente, y me encontré detrás de un ensabanado, que me pareció igual a todos los otros; pero, como estaba imaginando las figuras del zodiaco, no tuve tiempo de pensar, y le dije: "Abenjaldún lo llama". El hombre me siguió; siempre imaginándome las figuras, subimos la escalera, y entramos en la secretaría. Abenjaldún estaba rezando; lo hizo entrar a Yusuf al archivo, y casi en seguida volvió y me dijo: "Trae ahora a Ibrahim". Volví a la sala de actos, di mis tres vueltas, me paré detrás de otro ensabanado y le dije: "Abenjaldún lo llama". Con él volví a la secretaría.

—Pare el carro, amigo —dijo Parodi—. ¿Está seguro de que mientras usted daba sus vueltas nadie salió de la secretaría?

—Mire, le aseguro que no. Yo estaba muy atento a las figuras y todo lo que quiera, pero no soy tan sonso. No le quitaba el ojo a esa puerta. Pierda cuidado: nadie entró ni salió.

»Abenjaldún tomó del brazo a Ibrahim y lo llevó al archivo; después me dijo: "Trae ahora a Izedín". Cosa rara, don Isidro, las dos primeras veces había tenido confianza en mí; esta vuelta estaba acobardado. Bajé, caminé tres veces alrededor de los drusos y volví con Izedín. Yo estaba cansadísimo: en la escalera se me nubló la vista, cosas del riñón; todo me pareció distinto, hasta mi compañero. El mismo Abenjaldún, que ya me tenía tanta fe que en lugar de rezar se había puesto a jugar al solitario, se lo llevó a Izedín al archivo, y me dijo, hablándome como un padre:

»—Este ejercicio te ha rendido. Yo buscaré al cuarto iniciado, que es Jalil.

»La fatiga es el enemigo de la atención, pero en cuanto salió Abenjaldún me prendí a los barrotes de la galería y me puse a espiarlo. El hombre dio sus tres vueltas lo más chato, agarró de un brazo a Jalil y se lo trajo para arriba. Ya le dije que el archivo no tiene más puerta que la que da a la secretaría. Por esa puerta entró Abenjaldún con Jalil; en seguida salió con los cuatro drusos velados; me hizo la señal de la cruz, porque son gente muy devota; después les dijo en criollo que se quitaran los velos; usted dirá que es pura fábula, pero ahí estaban Izedín, con su cara de extranjero, y Jalil, el subgerente de La Formal, y

Yusuf, el cuñado del que es gangoso, e Ibrahim, pálido como un muerto y barbudo, el socio de Abenjaldún, usted sabe. ¡Ciento cincuenta drusos iguales y ahí estaban los cuatro maestros!

»El doctor Abenjaldún casi me abrazó; pero los otros, que son personas refractarias a la evidencia, y llenas de supersticiones y agüerías, no dieron su brazo a torcer y se le enojaron en druso. El pobre Abenjaldún quiso convencerlos, pero al fin tuvo que ceder. Dijo que me sometería a otra prueba, difícilísima, pero que en esa prueba se jugaría la vida de todos ellos y tal vez la suerte del mundo. Continuó:

»—Te vendaremos los ojos con este velo, pondremos en tu mano derecha esta larga caña, y cada uno de nosotros se ocultará en algún rincón de la casa o de los jardines. Esperarás aquí hasta que el reloj dé las doce; después nos encontrarás sucesivamente, guiado por las figuras. Esas figuras rigen el mundo; mientras dure el examen, te confiamos el curso de las figuras: el cosmos estará en tu poder. Si no alteras el orden del zodíaco, nuestros destinos y el destino del mundo seguirán el curso prefijado; si tu imaginación se equivoca, si después de la Balanza imaginas el León y no el Escorpión, el maestro a quien buscas perecerá y el mundo conocerá la amenaza del aire, del agua y del fuego.

»Todos dijeron que sí, menos Izedín, que había ingerido tanto salame que ya se le cerraban los ojos y que estaba tan distraído que al irse nos dio la mano a todos, uno por uno, cosa que no hace nunca.

»Me dieron una caña de bambú, me pusieron la venda y se fueron. Me quedé solo. Qué ansiedad la mía: imaginarme las figuras, sin alterar el orden; esperar las campanadas que no sonaban nunca; el miedo que sonaran y echar a andar por esa casa, que de golpe me pareció interminable y desconocida. Sin querer pensé en la escalera, en los descansos, en los muebles que habría en mi camino, en los sótanos, en el patio, en las claraboyas, qué sé yo. Empecé a oír de todo: las ramas de los árboles del jardín, unos pasos arriba, los drusos que se iban de la quinta, el arranque del viejo Issota de Abd-el-Melek: usted sabe, el que se ganó la rifa del aceite Raggio. En fin, todos se iban y yo me quedaba solo en el caserón, con esos drusos escondidos quién sabe dónde. Ahí tiene, cuando sonó el reloj me llevé un susto. Salí con mi cañita, yo, un muchacho joven, pletórico de vida, caminando como inválido, como un ciego, si usted me interpreta; agarré en seguida para la izquierda, porque el cuñado del gangoso tiene mucho *savoir faire* y yo pensé que iba a encontrarlo bajo de la mesa; todo el tiempo veía patente la Balanza, el Escorpión, el Sagitario y todas esas ilustraciones; me olvidé del primer descanso de la escalera y seguí bajando en falso; después me entré en el jardín de invierno. De golpe me perdí. No encontraba ni la puerta ni las paredes. También hay que ver: tres días a puro té solo y el gran desgaste mental que yo me exigía. Dominé, con todo, la situación, y agarré por el lado del montaplatos; yo malicié que alguno se habría introducido en la carbonera; pero esos drusos, por instruidos que sean, no tienen nuestra viveza criolla. Entonces me volví para la sala. Tropecé con una mesita de tres patas, que usan algunos drusos que todavía creen en el espiritismo, como si estuvieran en la Edad Media. Me pareció que me miraban todos los ojos de los cuadros al óleo — usted se reirá, tal vez; mi hermanita siempre dice que tengo algo de loco y de poeta—. Pero no me dormí y en seguida lo descubrí a Abenjaldún: estiré el brazo y ahí estaba. Sin mayor dificultad, encontramos la escalera, que estaba mucho más cerca de lo que yo imaginaba, y ganamos la secretaría. En el trayecto no dijimos ni una sola palabra. Yo estaba ocupado con las figuras. Lo dejé y salí a buscar otro druso. En eso oí como una risa ahogada. Por primera vez tuve una duda: llegué a pensar que se reían de mí. En seguida oí un grito. Yo juraría que no me equivoqué en las imágenes; pero, primero con la rabia y después con la sorpresa, tal vez me haya confundido. Yo nunca niego la evidencia. Me di vuelta y tanteando con la caña entré en la secretaría. Tropecé con algo en el suelo. Me agaché. Toqué el pelo con la mano. Toqué una nariz, unos ojos. Sin darme cuenta de lo que hacía, me arranqué la venda.

»Abenjaldún estaba tirado en la alfombra, tenía la boca toda babosa y con sangre; lo palpé; estaba calentito todavía, pero ya era cadáver. En el cuarto no había nadie. Vi la caña, que se me había caído de la mano; tenía sangre en la punta. Recién entonces comprendí que yo lo había matado. Sin duda, cuando oí la risa y el grito, me confundí un momento y cambié el orden de las figuras: esa confusión había costado la vida de un hombre. Tal vez la de los cuatro maestros... Me asomé a la galería y los llamé. Nadie me contestó. Aterrado, huí por los fondos, repitiendo en voz baja el Carnero, el Toro, los Gemelos, para que el mundo no se viniera abajo. En seguida llegué a la tapia y eso que la quinta tiene tres cuartos de manzana; siempre el Tullido Ferrarotti me sabía decir que mi porvenir estaba en las carreras de medio fondo. Pero esa noche fui una revelación en salto en alto. De un saque salvé la tapia, que tiene casi dos metros; cuando estaba levantándome de la zanja y sacándome una porción de cascotes de botella que se me habían incrustado por todos lados, empecé a toser con el humo. De la quinta salía un humo negro y espeso como lana de colchón. Aunque no estaba entrenado, corrí como en mis buenos tiempos; al llegar a Rosetti me di vuelta: había una luz como de 25 de Mayo en el cielo, la casa estaba ardiendo. ¡Ahí tiene lo que puede significar un cambio en las figuras! De pensarlo, la boca se me puso más seca que lengua de loro. Divisé un agente en la esquina, y di marcha atrás; después me metí en unos andurriales que es una vergüenza que haya todavía en la Capital; yo sufría como argentino, le aseguro, y me tenían mareado unos perros, que bastó que uno solo ladrara para que todos se pusieran a ensordecirme desde muy cerca, y en esos barriales del oeste no hay seguridad para el peatón ni vigilancia de ninguna especie. De pronto me tranquilicé, porque vi que estaba en la calle Charlone; unos infelices que estaban de patota en un almacén se pusieron a decir "el Carnero, el Toro" y a hacer ruidos que están mal en una boca; pero yo no les llevé el apunte y pasé de largo. ¿Quiere creer que sólo al rato me di cuenta que yo había estado repitiendo las figuras, en voz alta? Volví a perderme. Usted sabe que en esos barrios ignoran los rudimentos del urbanismo y las calles están perdidas en un laberinto. Ni se me pasó por la cabeza tomar algún vehículo: llegué a casa con el calzado hecho una miseria, a la hora en que salen los basureros. Yo estaba enfermo de cansancio esa madrugada. Creo que hasta tenía temperatura. Me tiré en la cama, pero resolví no dormir, para no distraerme de las figuras.

»A las doce del día mandé parte de enfermo a la redacción y a las Obras Sanitarias. En eso entró mi vecino, el viajante de la Brancato, y se hizo firme y me llevó a su pieza a tomar una tallarinada. Le hablo con el corazón en la mano: al principio me sentí un poco mejor. Mi amigo tiene mucho mundo y destapó un moscato del país. Pero yo no estaba para diálogos finos y, aprovechando que el tuco me había caído como un plomo, me fui a mi pieza. No salí en todo el día. Sin embargo, como no soy un ermitaño y me tenía preocupado lo de la víspera, le pedí a la patrona que me trajera las *Noticias*. Sin tan siquiera examinar la página de los deportes, me engolfé en la crónica policial y vi la fotografía del siniestro: a las 0,23 de la madrugada había estallado un incendio de vastas proporciones en la casa quinta del doctor Abenjaldún, sita en Villa Mazzini. A pesar de la encomiable intervención de la Seccional de Bomberos, el inmueble fue pasto de las llamas, habiendo perecido en la combustión su propietario, el distinguido miembro de la colectividad siriolibanesa, doctor Abenjaldún, uno de los grandes *pioneers* de la importación de substitutos del linóleo. Quedé horrorizado. Baudizzone, que siempre descuida su página, había cometido algunos errores: por ejemplo; no había mencionado para nada la ceremonia religiosa, y decía que esa noche se habían reunido para leer la Memoria y renovar autoridades. Poco antes del siniestro habían abandonado la quinta los señores Jalil, Yusuf e Ibrahim. Estos declararon que hasta las 24 estuvieron departiendo amigablemente con el extinto, que, lejos de presentir la tragedia que pondría un punto final a sus días y convertiría en cenizas una residencia tradicional de la zona del oeste, hizo gala de su habitual *sprit*. El origen de la magna conflagración quedaba por aclarar.

»A mí no me asusta el trabajo, pero desde entonces no he vuelto al diario ni a las Obras, y ando con el ánimo por el suelo. A los dos días me vino a visitar un señor muy afable, que me interrogó sobre mi participación en la compra de escobillones y trapos de rejilla para la cantina del personal del corralón de la calle Bucarelli; después cambió de tema y habló de las colectividades extranjeras y se interesó especialmente en la siriolibanesa. Prometió, sin mayor seguridad, repetir la visita. Pero no volvió. En cambio, un desconocido se instaló en la esquina y me sigue con sumo disimulo por todos lados. Yo sé que usted no es hombre de dejarse enredar por la policía ni por nadie. Sálveme, don Isidro, ¡estoy desesperado!

—Yo no soy brujo ni ayunador para andar resolviendo adivinanzas. Pero no te voy a negar una manita. Eso sí, con una condición. Prométeme que me vas a hacer caso en todo.

—Como usted diga, don Isidro.

—Muy bien. Vamos a empezar en seguida. Decí en orden las figuras del almanaque.

—El Carnero, el Toro, los Gemelos, el Cangrejo, el León, la Virgen, la Balanza, el Escorpión, el Sagitario, el Capricornio, el Acuario, los Peces.

—Muy bien. Ahora decilos al revés.

Molinari, pálido, balbuceó:

—El Ronocar, el Roto...

—Salí de ahí con esas compadras. Te digo que cambies el orden, que digas de cualquier modo las figuras.

—¿Que cambie el orden? Usted no me ha entendido, don Isidro, eso no se puede...

—¿No? Decí la primera, la última y la penúltima.

Molinari, aterrado, obedeció. Después miró a su alrededor.

—Bueno, ahora que te has sacado de la cabeza esas fantasías, te vas para el diario. No te hagás mala sangre.

Mudo, redimido, aturdido, Molinari salió de la cárcel. Afuera, estaba esperándolo el otro.

II

A la semana, Molinari admitió que no podía postergar una segunda visita a la Penitenciaría. Sin embargo, le molestaba encararse con Parodi, que había penetrado su presunción y su miserable credulidad. ¡Un hombre moderno, como él, haberse dejado embaucar por unos extranjeros fanáticos! Las apariciones del señor afable se hicieron más frecuentes y más siniestras: no sólo hablaba de los siriolibaneses, sino de los drusos del Líbano; su diálogo se había enriquecido de temas nuevos; por ejemplo, la abolición de la tortura en 1813, las ventajas de una picana eléctrica recién importada de Bremen por la Sección Investigaciones, etc.

Una mañana de lluvia, Molinari tomó el ómnibus en la esquina de Humberto I. Cuando bajó en Palermo, bajó también el desconocido, que había pasado de los anteojos a la barba rubia...

Parodi, como siempre, lo recibió con cierta sequedad; tuvo el tino de no aludir al misterio de Villa Mazzini: habló, tema habitual en él, de lo que puede hacer el hombre que tiene un sólido conocimiento de la baraja. Evocó la memoria tutelar del Lince Rivarola, que recibió un sillazo en el momento mismo de extraer un segundo as de espadas de un dispositivo especial que tenía en la manga. Para complementar esa anécdota, extrajo de un cajón un mazo grasiento, lo hizo barajar por Molinari y le pidió que extendiera los naipes sobre la mesa, con las figuras para abajo. Le dijo:

—Amiguito, usted que es brujo, le va a dar a este pobre anciano el cuatro de copas.

Molinari balbuceó:

—Yo nunca he pretendido ser brujo, señor... Usted sabe que yo he cortado toda relación con esos fanáticos.

—Has cortado y has barajado; dame en seguidita el cuatro de copas. No tengas miedo; es la primera carta que vas a agarrar.

Trémulo, Molinari extendió la mano, tomó una carta cualquiera y se la dio a Parodi. Éste la miró y dijo:

—Sos un tigre. Ahora me vas a dar la sota de espadas.

Molinari sacó otra carta y se la entregó.

—Ahora el siete de bastos.

Molinari le dio una carta.

—El ejercicio te ha cansado. Yo sacaré por vos la última carta, que es el rey de copas.

Tomó, casi con negligencia, una carta y la agregó a las tres anteriores. Después le dijo a Molinari que las diera vuelta. Eran el rey de copas, el siete de bastos, la sota de espadas y el cuatro de copas.

—No abrás tanto los ojos —dijo Parodi—. Entre todos esos naipes iguales hay uno marcado; el primero que te pedí pero no el primero que me diste. Te pedí el cuatro de copas, me diste la sota de espadas; te pedí la sota de espadas, me diste el siete de bastos; te pedí el siete de bastos y me diste el rey de copas; dije que estabas cansado y que yo mismo iba a sacar el cuarto naipe, el rey de copas. Saqué el cuatro de copas, que tiene estas pintitas negras.

»Abenjaldún hizo lo mismo. Te dijo que buscaras el druso número 1, vos le trajiste el número 2; te dijo que trajeras el 2, vos le trajiste el 3; te dijo que trajeras el 3, vos le trajiste el 4; te dijo que iba a buscar el 4 y trajo el 1. El 1 era Ibrahim, su amigo íntimo. Abenjaldún podía reconocerlo entre muchos... Esto les pasa a los que se meten con extranjeros. Vos mismo me dijiste que los drusos son una gente muy cerrada. Decías bien, y el más cerrado de todos era Abenjaldún, el decano de la colectividad. A los otros les bastaba desairar a un criollo; él quiso tomarlo para risa. Te dijo que fueras un domingo y vos mismo me dijiste que el viernes era el día de sus misas; para que estuvieras nervioso, te hizo tres días a puro té y Almanaque Bristol; encima te hizo caminar no sé cuántas cuadras;

te largó a una función de drusos ensabanados y, como si el miedo fuera poco para confundirte, inventó el asunto de las figuras del almanaque. El hombre estaba de bromas; todavía no había revisado (ni revisaría nunca) los libros de contabilidad de Izedín; de esos libros hablaban cuando vos entraste; vos creíste que hablaban de novelitas y de versos. Quién sabe qué manejos había hecho el tesorero; lo cierto es que mató a Abenjaldún y quemó la casa, para que nadie viera los libros. Se despidió de ustedes, les dio la mano — cosa que no hacía nunca—, para que dieran por sentado que se había ido. Se escondió por ahí cerca, esperó que se fueran los otros, que ya estaban hartos de la broma, y cuando vos, con la caña y la venda, estabas buscándolo a Abenjaldún, volvió a la secretaría. Cuando volviste con el viejo, los dos se rieron de verte caminando como un cieguito. Saliste a buscar un segundo druso; Abenjaldún te siguió para que volvieras a encontrarlo y te hicieras cuatro viajes a puro golpe, trayendo siempre la misma persona. El tesorero, entonces, le dio una puñalada en la espalda: vos oíste su grito. Mientras volvías a la pieza, tanteando, Izedín huyó, prendió fuego a los libros. Luego, para justificar que hubieran desaparecido los libros, prendió fuego a la casa.

Pujato, 27 de diciembre de 1941

Nueve millas bajo la lluvia

Harry Kemelman

Hice el papel de tonto con un discurso que pronuncié, en la comida del *Good Government Association*; Nicky Welt me acorraló al día siguiente, mientras desayunábamos en el Blue Moon, lugar donde íbamos siempre que teníamos deseos de encontrarnos. Había cometido el error de salirme del discurso que llevaba preparado, para criticar una afirmación que hizo a los diarios mi antecesor en el puesto de fiscal. Saqué una cantidad de conclusiones de la tal afirmación, quedando así a merced de refutaciones que no tardaron en producirse; esto me dejó como un intelectual deshonesto.

Yo era nuevo en este asunto de la política; hacía apenas unos meses que había dejado la Law School para convertirme en el candidato del Partido Reformista al cargo de fiscal. Lo que antecede es a modo de disculpa, pero Nicholas Welt, que jamás abandonaba sus maneras pedagógicas (era profesor de Lengua y Literatura Inglesas en Snowdon), me contestó en el mismo tono que hubiera empleado para negar la petición de algún estudiante del curso secundario.

—No es una excusa —me dijo.

A pesar de no ser más de dos o tres años mayor que yo (y estamos doblando la curva de los cuarenta), siempre me trata como un profesor a un alumno particularmente estúpido. Y yo, tal vez por lo mucho más viejo que se ve con el pelo blanco y su parecido a un gnomo, soporto sus lecciones.

—Fueron conclusiones muy lógicas dije en tono suplicante.

—Mi querido muchacho —dijo quedamente—, aunque sea casi imposible no sacar conclusiones de lo que leemos u oímos, generalmente estas conclusiones son erróneas. En la profesión de abogado, estos errores se producen en un elevado porcentaje, ya que en este caso la intención no es descubrir lo que se desea comunicar, sino más bien lo que se desea ocultar.

Tomé mi cuenta y me levanté. Al hacer esto le dije:

—Me imagino que te refieres al interrogatorio de testigos en la sala de Tribunales. Bien en estos casos siempre está la parte contraria que rechazará cualquier conclusión ilógica.

—¿Quién habló de lógica? —replicó—. Una conclusión puede ser lógica, y no por eso ser verídica.

Me siguió hasta la caja, donde pagué mi consumición; después esperé impaciente mientras Nick rebuscaba en un monedero pasado de moda, y pescaba varias monedas una por una, colocándolas en el mostrador al lado de su cuenta; pero descubrió que el total era insuficiente. Las deslizó otra vez en su monedero y con un suspiro de pesadumbre sacó un billete del prehistórico monedero, y se lo dio al cajero.

—Dime una frase de diez o doce palabras —me dijo Nick—, y te armaré una cadena de conclusiones lógicas que ni soñaste al construir la frase.

Como el espacio era reducido, y seguían llegando clientes a la caja, decidí salir y esperar en la acera que Nick terminara su operación con el cajero. Me acuerdo que me divertió la idea de que Nick pensara que yo estaba todavía a su lado, escuchando su perorata.

Cuando se me reunió, le dije:

—El caminar nueve millas no es broma, especialmente si está lloviendo.

—No, no lo es —dijo distraídamente. De pronto, detuvo sus pasos, y me miró en forma inquisitiva—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Es una frase y tiene once palabras —dije repitiendo la frase, al mismo tiempo que contaba las palabras con los dedos.

—¿Y qué quiere decir?

—Me dijiste que si hacía una frase de diez o doce palabras...

—¡Ah sí! —me miró con desconfianza—. ¿De dónde la sacaste?

—Se me ocurrió. Vamos, saca tus conclusiones.

—¿De veras? —preguntó mientras los ojillos le brillaban—. ¿En verdad lo deseas?

Era muy de Nick el desafiar a alguien y después demostrar gozo cuando se le aceptaba. Esto me hizo enojar.

—Habla o cállate—le dije.

—Muy bien, no te enojés. Acepto. Hum... ¿Cómo era la frase? "El caminar nueve millas no es broma, especialmente si está lloviendo." No hay mucho material.

—Son más de diez palabras.

—Bien —su voz se fue haciendo brusca a medida que iba estudiando mentalmente el problema—. Primera conclusión: el sujeto está molesto.

—De acuerdo dije, aunque en realidad es una conclusión un poco rebuscada; la afirmación lo implica.

Nick asintió impaciente.

—Segunda conclusión: la lluvia no estaba prevista; si no, hubiera dicho: "El caminar nueve millas bajo la lluvia no es broma", en lugar de colocar la frase "bajo la lluvia" al final, precedida del adverbio "especialmente", que está indicando a las claras una idea que se le ocurrió después.

—Lo dejo pasar, aunque es obvio.

—Las primeras conclusiones deben ser obvias.

No dije nada; me pareció que se había metido en camisa de once varas, y no quería hacérselo notar.

—La siguiente conclusión es que el sujeto no es un atleta ni afecto al aire libre.

—Explícame eso.

—Otra vez la palabrita "especialmente". El sujeto no dice que una caminata de nueve millas no es broma bajo la lluvia, sino que la distancia, fíjate, no es broma. Ahora bien, nueve millas no constituyen una distancia tan larga; se camina más de la mitad de esa distancia en diez y ocho hoyos de golf, y el golf es un juego de viejos —y agregó con modestia—: Yo juego al golf.

—Eso está muy bien en circunstancias comunes—dije—, pero hay otras posibilidades. El sujeto puede ser un soldado en la jungla; en este caso, no sería ninguna broma, con o sin lluvia.

—Si —Nicky se puso sarcástico. También puede ser un individuo con una sola pierna; o un graduado que está escribiendo su tesis sobre gustos, y que empieza por anotar todas las cosas que no son divertidas. Antes de continuar te voy a confiar dos presunciones.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconfiado.

—Recuerda que tomo la frase tal como me la presentaste, sin pretender saber quién la dijo, ni en qué circunstancias. Generalmente, una frase encaja en el marco de una situación.

—Ya veo. ¿Cuáles son tus presunciones?

—En primer lugar, presumo que la frase no tiene una intención frívola; el sujeto se refiere a una caminata efectuada, y no con el propósito de hacer ejercicio, ni de ganar alguna apuesta, o algo por el estilo.

—Me parece lógico y razonable.

—También presumo que la caminata tuvo lugar par aquí cerca.

—¿En Fairfield?

—No necesariamente aquí, sino por esta zona.

—Probable.

—Entonces, si aceptas estas presunciones, tienes también que estar de acuerdo conmigo en la conclusión que saqué: el sujeto no es un atleta ni aficionado al aire libre.

—Bueno, muy bien; sigue.

—Mi otra conclusión es que la caminata se realizó a altas horas de la noche, o muy temprano por la mañana; digamos entre medianoche y las cinco o seis de la mañana.

—¿De dónde sacas eso?

—Por la distancia de nueve millas. Estamos en una zona bastante poblada; cualquier camino que tomes te llevará a algún pequeño pueblo, mucho antes de recorrer nueve millas. Por ejemplo, Hadley está a cinco millas; Hadley Falls, a siete millas y media; Goreton está a once, pero East Goreton está antes, y la distancia para llegar a este último lugar es de ocho millas. Hay trenes para Goreton; y para las demás localidades, hay servicio de autobús. Los caminos están siempre muy concurridos. Entonces dime: ¿Por qué tuvo alguien que caminar nueve millas bajo la lluvia, si no fue a altas horas de la noche, o por la madrugada, momentos en los cuales los medios de transporte son escasos, y en los que un conductor particular difícilmente hará subir a su vehículo a un desconocido?

—Tal vez no quiso ser visto —sugerí yo,

Nick me miró con lástima.

—¿Te parece menos visible ir solo por un camino, y no mezclado entre el público de un tren o de un autobús que generalmente está enfrascado en la lectura de algún diario?

—Está bien, no insisto —dije con brusquedad.

—A ver qué te parece esto, iba hacia una ciudad, más bien que de una ciudad.

Yo asentí.

—Es casi seguro. Si hubiera estado en una ciudad, le habría sido fácil combinar algún medio de transporte. ¿En eso te basas para tu conclusión?

—En parte —dijo Nick—, pero también saco una conclusión de la distancia. Recuerda que es una caminata de nueve millas, y nueve es un número exacto.

—Lamento no comprender.

El gesto exasperado del maestro de escuela apareció en la cara de Nick.

—Supongamos que dices que hiciste "una caminata de diez millas", o "un paseo en coche de cien millas". Yo puedo pensar que caminaste entre ocho o doce millas, o que manejaste un auto durante ochenta o ciento diez millas. Diez y ciento no son números exactos, puedes haber caminado exactamente diez millas o aproximadamente diez millas; pero cuando dices que caminaste nueve millas, yo tengo derecho a suponer que la distancia fue exactamente nueve millas. Ahora bien, podemos saber con más exactitud la distancia a la ciudad, desde un punto dado, que saber la que existe desde la ciudad a un punto dado. Por ejemplo, si le preguntas a una persona de aquí, a qué distancia está la granja de Brown, y siempre que la conozca bien, te dirá que hay unas tres o cuatro millas. Pero pregúntale al granjero Brown en persona cuánto hay desde su granja hasta la ciudad y te dirá: "Tres millas, seiscientas, y lo sé, porque más de una vez he medido la distancia con el cuentakilómetros".

—Es algo débil, Nick —dije.

—Pero en comparación con la tuya de que si hubiera salido de la ciudad, hubiera podido arreglar algún medio de transporte...

—Si, tienes razón; te dejo seguir. ¿Algo más?

—Ahora empiezo a dar en el clavo —se jactó—. Otra conclusión que saco es que debía estar en un lugar determinado a una hora exacta, no se trataba de ir en busca de ayuda porque su coche estaba estropeado, o su esposa enferma, o porque hubieran entrado ladrones en su casa.

—¡Por favor! La avería del coche me parece la conclusión más probable; la distancia la podía conocer muy bien, si había controlado el cuentakilómetros al salir de la ciudad.

—No; en un caso así, lo más probable es que se hubiera acomodado en el asiento trasero para dormir o, en el peor de los casos, parado al lado del coche con el objeto de llamar la atención del primero que pasara. Recuerda que se trata de nueve millas. ¿Cuánto tiempo dices que se necesita para recorrerlas a pie?

—Cuatro horas —contesté.

Nick asintió.

—Y nada menos, teniendo en cuenta la lluvia. Nos hemos puesto de acuerdo en un punto, y éste es que la caminata la realizó a altas horas de la noche o muy temprano por la mañana. Si el desperfecto del auto se produjo a la una de la mañana, no hubiera podido llegar a la ciudad antes de las cinco, a esa hora ya circulan muchos vehículos por los caminos. Los autobuses son los que empiezan a circular un poco más tarde, a eso de las cinco y media. Por lo demás, no tenía necesidad de caminar hasta la ciudad misma; lo más natural hubiera sido que llegara sólo al teléfono más cercano. No, no me cabe la menor duda que tenía una cita en una ciudad, y algo más temprano de las cinco y media.

—¿Y por qué no ir antes y esperar? Podía tomar el último autobús, llegar a eso de la una, y esperar el momento de la cita. En lugar de hacer eso, caminé nueve millas bajo la lluvia y, según dices, no es ningún atleta.

Íbamos a esta altura de nuestra conversación, cuando llegamos al edificio de la Municipalidad, donde está mi oficina. Generalmente, nuestras discusiones empezaban en el Blue Moon y terminaban a la entrada de la Municipalidad; pero como esta vez me encontraba realmente interesado en las demostraciones de Nick, le sugerí que subiera un momento a mi oficina.

Cuando nos sentamos, le pregunté:

—¿Qué me contestas, Nicky? ¿Por qué no pudo llegar más temprano, y esperar?

—Pudo, pero no lo hizo. Debemos presumir que, por alguna causa, perdió el último autobús; o si no, que debía esperar en el lugar en que estuviera alguna señal o una llamada telefónica.

—Según tú, tenía una cita entre la medianoche y las cinco y media...

—Podemos acercarnos mucho más a la hora exacta. Recuerda que la caminata le lleva cuatro horas; el último autobús deja de circular a las doce y media de la noche. Si él no lo toma, y empieza a caminar a esa hora, no llega antes de las cuatro y media. Por otro lado, si toma el primer autobús, llegará a las cinco y media aproximadamente. De esto se deduce que su cita se debía efectuar entre las cuatro y media y las cinco y media.

—Ya veo, quieres decir que si la cita era antes de las cuatro y media, hubiera tomado el último autobús, si era después de las cinco y media, hubiera tomado el primero de la mañana.

—Eso mismo. Y otra cosa más, si esperaba una señal o una llamada telefónica, éstas deben haberse producido no mucho más tarde de la una de la madrugada.

—Lo que significa que habrá empezado a caminar alrededor de la una de la mañana.

Nick asintió y se quedó silencioso; por alguna razón que no me pude explicar, no quise interrumpir sus pensamientos. En la pared colgaba un mapa del condado, y me acerqué a mirarlo.

—Tienes razón, Nick —dije por sobre el hombro—, no hay ninguna ciudad a nueve millas de Fairfield; éste es el centro de una cantidad de pequeños pueblos.

Nick se acercó a mirar el mapa.

—No tuvo que ser precisamente Fairfield dijo despacio; fíjate en otros lugares, Hadley por ejemplo

—¿Hadley? ¿Y quién pudo tener algo que hacer a las cinco de la mañana en Hadley?

—El *Washington Flyer* se detiene más o menos a esa hora en Hadley para cargar agua.

—Acertaste otra vez. Más de una noche en que no he podido dormir lo he oído cuando entra en la estación y casi en seguida el reloj de la Iglesia Metodista da las cinco —me acerqué a mi escritorio para consultar un horario de trenes—. El *Flyer* sale de Washington a las doce y cuarenta y siete de la noche y llega a Boston a las ocho de la mañana.

Nick estaba midiendo distancias en el mapa con un lápiz.

—Exactamente a nueve millas de Hadley está la hostería de *Old Sumter* —dijo Nick.

—La hostería *Old Sumter* —repetí haciendo eco—. Pero ahí pudo contratar un medio de transporte, como en una ciudad.

Nick negó con la cabeza.

—Los vehículos se guardan en un lugar cerrado; hay que hablar con un encargado que controla los pedidos; le sería muy fácil recordar a alguien que pidiera un auto a esa hora. Es un lugar un poco conservador. Mejor es que hubiera esperado en su habitación la llamada telefónica, tal vez de Washington, para darle el número de vagón y el de la litera. Todo lo que le quedaba que hacer era salir de la hostería y caminar hasta Hadley.

Lo miré como hipnotizado.

—Tampoco iba a ser muy difícil subir al tren mientras estaba detenido para cargar agua; entonces, si sabía el número del vagón y el de la litera...

—Nick —dije excitado—, a pesar de que como fiscal y miembro del Partido Reformista he propalado una campaña basada en un programa económico, voy a gastar un poco de dinero que pagan los contribuyentes en hacer una llamada de larga distancia a Boston. ¡Es ridículo, no lo puedo creer... pero lo haré!

Los ojillos azules relampaguearon, y se humedeció los labios.

—Manos a la obra —dijo roncamente.

Cuando terminé de hablar por teléfono, le dije a mi amigo:

—Nick, ésta es tal vez la coincidencia más notable en los anales de la investigación criminal: ¡Han encontrado a un hombre asesinado en una litera del tren que salió anoche desde Washington a las doce y cuarenta y siete! Hacía tres horas más o menos que estaba muerto, lo que viene a colocar el crimen a la altura de Hadley.

—Me imaginé algo por el estilo dijo Nick—. Pero estás equivocado al calificar esto de coincidencia. No lo es. ¿De dónde sacaste esa frase?

—Una simple frase; se me ocurrió y te la dije.

—¡No puede ser! Esa no es la clase de oración que se le ocurre a uno de pronto. Si tú hubieras enseñado gramática y composición como yo, sabrías que cuando se le pide a alguien que forme una frase de más o menos diez palabras, siempre resulta algo así como "Me gusta la leche...", y algunas otras palabras para darle más sentido, como, por ejemplo: "Es buena para la salud..." En cambio, la frase que tú dijiste se relacionaba demasiado con una situación particular.

—Pero yo no hablé con nadie esta mañana, y sólo tú me acompañabas en el Blue Moon.

—No estabas conmigo mientras yo pagaba dijo con brusquedad—. ¿No encontraste a nadie cuando me esperabas en la acera?

Sacudí la cabeza con desaliento.

—Te esperé menos de un minuto. Sólo recuerdo a dos hombres que llegaron mientras buscabas el cambio; uno de ellos me empujó y entonces pensé en esperar...

—¿Los habías visto antes?

—¿A quiénes ?

—A esos dos hombres —dijo en tono exasperado.

—Yo... no, no eran caras conocidas.

—¿Estaban hablando?

—Creo que sí; sí... Y parecían muy absortos en lo que hablaban; creo que por eso me empujó uno de ellos.

—No van muchos desconocidos al Blue Moon —me hizo notar Nick.

—¿Crees que se trata de ellos? dije esperanzado—. Me parece que los reconocería si los volviera a ver.

Los ojos de Nick se achicaron.

—Es posible, tienen que ser dos, uno para seguir a la víctima y comprobar el número de la litera, el otro para esperar aquí y hacer el trabajo. El de Washington tuvo que venir aquí, ya que si se trata de un crimen con fines de robo entre dos, se podían dividir el producto. Si fue solamente un crimen, el de allá tuvo que venir a pagar a su ayudante.

Me acerqué al teléfono.

—Hace menos de media hora que salimos del Blue Moon —Nick continuó—, en el momento en que ellos entraban, y el servicio en ese lugar es muy lento. El que caminó las nueve millas debe de estar hambriento y el otro probablemente viajó toda la noche desde Washington.

—Llámeme inmediatamente en cuanto haga un arresto —dije, y colgué, el receptor del teléfono.

Ninguno de nosotros habló mientras esperábamos la llamada. Ni nos atrevíamos a mirar, como si hubiéramos hecho algo vergonzoso.

La campanilla nos sacó de la situación. Escuché y colgué.

—Uno de ellos trató de escaparse por la cocina dije a Nick—. Pero Winn tenía un hombre estacionado en la puerta de atrás y lo pescaron.

—Eso parece que nos da la prueba —dijo Nick con una helada sonrisita.

Yo asentí, y Nick miró su reloj.

—¡Oh! —exclamó—. Quería empezar temprano esta mañana, y he perdido todo el tiempo contigo.

Lo acompañé hasta la puerta.

—Nick escucha —le dije cuando ya se iba—. ¿Qué querías probar?

—Que una cadena de conclusiones puede ser lógica y no verídica —me contestó.

—¡Ah!

—¿De qué te ríes? —me preguntó, y después también se echó a reír.

HUMO

William Faulkner

Anselm Holland llegó a Jefferson hace muchos años. De dónde, nadie lo sabía. Pero era joven entonces, y un hombre de variados recursos, o por lo menos, de presencia, porque antes de que hubieran transcurrido tres años estaba casado con la única hija de un hombre que poseía dos mil acres de las mejores tierras del distrito, y fue a vivir en la casa de su suegro, donde dos años más tarde su mujer le dio dos hijos, y donde a los pocos años murió aquél, dejando a Holland en total posesión de la propiedad, que estaba a la sazón a nombre de su mujer. Pero aun antes del hecho, los de Jefferson lo habíamos oído aludir, en tono algo más alto de lo conveniente, a "mi tierra, mi cosecha"; y aquellos de nosotros cuyos padres y abuelos se habían criado en el lugar lo mirábamos con cierta frialdad y recelo, como a un hombre sin escrúpulos, además de violento, según rumores oídos entre los colonos blancos y negros y entre otros con quienes había tenido algún trato. Pero por consideración a su mujer y por respeto a su suegro, siempre lo tratamos con cortesía, ya que no con afecto. Así, pues, cuando ella murió, siendo los mellizos todavía niños, consideramos que él era el responsable, y que la vida de la pobre se había agostado frente a la torpe violencia de aquel forastero ignorante. Y cuando sus hijos llegaron a la edad adulta, y primero uno y luego el otro dejaron para siempre el hogar, no nos sorprendimos. Por fin, cuando un día, hace seis, Holland fue hallado muerto, un pie trabado en uno de los estribos del caballo ensillado que acostumbraba cabalgar, y el cuerpo horriblemente destrozado, porque, aparentemente, el animal lo había arrastrado a través del cerco de palos, y eran todavía visibles, en el lomo y en los flancos del caballo, las marcas de los golpes que le había dado en uno de sus accesos de ira, ninguno de nosotros lo lamentó, por cuanto poco tiempo atrás había cometido un acto que, para los hombres de nuestro pueblo, nuestra época y nuestras creencias, era el más imperdonable de los ultrajes.

El día en que murió, se supo que había estado profanando las tumbas de la familia de su mujer; y aun la de ella, donde descansaba desde hacía treinta años. De esta suerte, aquel viejo trastornado y carcomido por el odio fue enterrado entre las tumbas que había intentado violar, y a su debido tiempo se presentó el testamento para su legalización. Nos enteramos de la esencia del testamento sin sorpresa alguna. No nos sorprendió saber que aun después de muerto, Holland había asestado un último golpe a los únicos a quienes podía herir y ofender: a su carne y su sangre que le sobrevivía.

En la época de la muerte de su padre, los mellizos tenían cuarenta años. El menor, el joven Anse, como lo llamaban, había sido, según decían, el predilecto de la madre, quizás por ser el más parecido al padre. Sea como fuere, desde que ella murió, siendo los mellizos casi niños, siempre teníamos noticias de dificultades entre el viejo y el joven Anse, con Virginius, el otro mellizo, actuando como mediador y recibiendo en pago de sus afanes las maldiciones de padre y hermano. Virginius era así. El joven Anse también tenía sus cosas, y poco antes de cumplir veinte años huyó de la casa paterna y no volvió en diez años. Cuando volvió, él y su hermano eran mayores de edad, y Anse, a fin de recibir su parte, solicitó formalmente a su padre la división de las tierras que, según se enteraba ahora, éste tenía solamente en custodia. El viejo Anselm rehusó violentamente. Sin duda, la solicitud había sido hecha con igual violencia, ya que ambos, el viejo y el joven Anse, eran tan parecidos. Oímos decir que, por extraño que parezca, Virginius se había puesto de parte de su padre. Lo oímos decir, eso es todo. Pero la tierra quedó intacta; y oímos decir cómo, en una escena de violencia inusitada aun para ellos, una escena de tal violencia que los sirvientes negros huyeron de la casa y se dispersaron hasta la mañana siguiente, el joven Anse partió, llevando consigo el par de mulas que le pertenecía; y desde aquel día hasta el

día de la muerte de su padre, aun después de que Virginius se viera a su vez obligado a abandonar el hogar paterno, Anse no volvió a hablar a su padre y a su hermano. Pero esta vez no salió del distrito, sin embargo. Se trasladó simplemente a las colinas, desde donde "podía ver qué hacían el viejo y Virginius" (según decíamos algunos de nosotros y lo pensaban todos). Y durante los quince años siguientes vivió solo en una choza de dos habitaciones, como un ermitaño, preparando sus comidas y yendo al pueblo con su par de mulas no más de cuatro veces por año. Algún tiempo antes lo habían arrestado y juzgado por destilar whisky. No se defendió, se negó a alegar en contra o en favor de la acusación; se le impuso una multa tanto por su delito como por haber desafiado a la justicia; y cuando Virginius se ofreció a pagarla, tuvo un acceso de ira exactamente igual a los de su padre. Trató de agredir a Virginius en la sala de audiencias, y por propia solicitud fue a la penitenciaría; lo indultaron ocho meses más tarde por su buen comportamiento, y volvió a su choza ese hombre moreno, silencioso, de rasgos aquilinos, a quien tanto vecinos como extraños dejaban severamente solo.

El otro mellizo, Virginius, permaneció en la propiedad, cultivando las tierras a las cuales su padre nunca había hecho justicia mientras vivió. Se decía, en verdad, que el viejo Anse, viniera de donde viniese y como quiera que hubiese sido educado, no lo había sido para agricultor. En vista de ello, solíamos decirnos, convencidos de estar en lo cierto: "Esa es la dificultad entre él y el joven Anse: ver a su padre maltratar la tierra que su madre había destinado para él y Virginius." Pero Virginius se quedó. Sin embargo, no podía pasar una vida muy agradable. Más tarde comentamos que Virginius debió prever que semejante arreglo no perduraría. Y aun más tarde dijimos: "Quizás lo sabía en realidad." Porque así era Virginius. Nunca se sabía, en ningún momento, en qué estaba pensando. El viejo y el joven Anse eran como el agua. Agua turbia, tal vez; pero todos conocían sus intenciones. En cambio, nadie sabía de antemano en qué pensaba o qué haría Virginius. No sabíamos siquiera qué había ocurrido en aquella oportunidad en que Virginius, que lo soportaba todo solo, mientras el joven Anse estuvo lejos, fue por fin expulsado del hogar. No lo dijo a nadie, probablemente ni a Granby Dodge. Pero conocíamos al viejo Anse y también a Virginius, de modo que podíamos imaginar algo como lo que sigue:

Durante el año siguiente a la partida del joven Anse con sus dos mulas hacia las colinas, contemplamos la furia del viejo Anse. Por fin un día se produjo el estallido. Probablemente, de la siguiente manera:

-Crees que ahora que se ha ido tu hermano podrás quedarte simplemente, y guardártelo todo, ¿no?

-No quiero todo -habría dicho Virginius-. Sólo quiero mi parte.

-¡Ah! Querrías que se dividiese ahora mismo, ¿no? ¡Recriminarme, como él, porque no se hubiese dividido cuando ustedes fueron mayores de edad!

-Preferiría tener una pequeña parte de la tierra y explotarla bien, a verla como está ahora -habría respondido Virginius, siempre ecuánime, siempre sereno; pues nadie en el distrito vio nunca a Virginius perder la compostura, o siquiera alterarse, ni aun cuando Anse intentó agredirlo en la sala de audiencias, en oportunidad de aquella multa.

-Querrías eso, ¿no? Aunque haya sido yo quien la ha mantenido todos estos años, pagando los impuestos, mientras tú y tu hermano ahorrabais dinero año tras año, libres de impuestos.

-Sabes muy bien que Anse nunca ahorró nada en toda su vida -decía Virginius-. Di lo que quieras de él, pero no lo acuses de avaricia.

-¡Tienes razón! Fue bastante hombre como para venir aquí y exigirme lo que consideraba suyo, y para irse cuando no lo obtuvo. En cambio tú... tú te quedas aquí, esperando que me muera, con esa maldita boca de aserrín que tienes. Págame los impuestos de tu mitad desde el día que murió tu madre, y es tuya.

-No -decía Virginius-. No pagaré.

-No. Naturalmente que no. ¿Para qué gastar tu dinero en la mitad de la tierra cuando algún día la tendrás toda sin poner un centavo?

A continuación veíamos mentalmente al viejo Anse, con su cabeza hirsuta y sus pobladas cejas, poniéndose bruscamente de pie, pues hasta ahora los habíamos imaginado conversando sentados, como dos hombres civilizados.

-¡Vete de mi casa! -y Virginius, sin moverse, de pie, observaba a su padre, mientras el viejo Anse iba hacia él con el puño levantado-. ¡Vete! ¡Fuera de mi casa! ¡Mira que *te...*!

Y entonces Virginius se fue. No se apresuró, ni corrió. Preparó todo lo que le pertenecía, mucho más de lo que llevara Anse. Bastantes cosas; y partió a cuatro o cinco millas de distancia, a vivir con un primo, hijo de una parienta lejana de su madre. El primo vivía solo, y en una buena granja, aunque abrumada de hipotecas; pues tampoco él era agricultor, sino mitad comerciante de caballos y mulas y mitad predicador; un hombre pequeño, rubio, sin ningún rasgo definido, a quien nadie podría recordar un minuto después de haber dejado de mirarlo, y probablemente no más eficiente en esas sus actividades que en la agricultura. Sin prisa se fue, pues, Virginius, y sin la inmensa y violenta decisión de su hermano; pero, por extraño que parezca, aunque fuera violento y lo mostrara, no teníamos en menos al joven Anse. En realidad, siempre miramos también a Virginius con cierta desconfianza; tenía demasiado dominio de sí mismo. Y es propio de la naturaleza humana confiar antes en quienes no saben depender de sí mismos.

Llamábamos a Virginius hombre reconcentrado; no nos sorprendió, pues, enterarnos de la forma en que había usado sus ahorros para levantar la hipoteca de la granja de su primo. Tampoco nos sorprendió cuando, un año más tarde, supimos que el viejo Anse se negaba a pagar los impuestos sobre su tierra y que, dos días antes de expirar el plazo, el oficial de justicia había recibido por correo y en forma anónima una suma en efectivo que saldaba la deuda de Holland hasta el último centavo.

-¡Siempre este Virginius! --dijimos, puesto que, según creíamos, el dinero no necesitaba ir acompañado por el nombre del remitente. El oficial de justicia había notificado al viejo Anse.

-¡Sáquela a la venta y váyase al diablo! -dijo el viejo Anse-. ¡Si cree que sólo tiene que sentarse a esperar, esa maldita cría que tengo...!

El oficial hizo avisar al joven Anse.

-La tierra no es mía -repuso éste.

A continuación notificó a Virginius, y éste vino al pueblo y examinó las planillas de impuestos con sus propios ojos.

-Traigo todo aquello de que puedo disponer en este momento -dijo-. Por supuesto, si él la abandona, espero poder obtenerla. Pero, no sé. Una buena granja como esa no durará mucho ni se desvalorizará.

Y eso fue todo. Ni enojo, ni asombro, ni sentimiento. Pero Virginius era muy reconcentrado; no nos sorprendimos al saber que el oficial de justicia había recibido un paquete de dinero con la siguiente nota anónima: *Importe de los impuestos de la granja de Anselm Holland. Enviar recibos a Anselm Holland, padre.*

-¡Este Virginius...! -comentamos. Durante el año siguiente pensamos mucho en Virginius, solo en una granja ajena, cultivando tierras ajenas, contemplando la ruina progresiva de la granja y de la casa donde había nacido y que por derecho eran suyas. En efecto, el viejo las estaba abandonando totalmente, ahora: año tras año los anchos campos se cubrían otra vez de maleza y de zanjas, a pesar de que cada año el oficial de justicia recibía invariablemente aquel dinero anónimo y enviaba el recibo al viejo Anse; porque ya éste había dejado de venir al pueblo, la casa misma se derrumbaba sobre su cabeza, y nadie, salvo Virginius, se detenía ya frente a ella. Cinco o seis veces por año Virginius solía llegar cabalgando hasta la galería del frente, y el viejo salía y le gritaba salvajes y violentos improperios, mientras Virginius permanecía tranquilo, conversando con los

pocos negros que quedaban; y luego de comprobar con sus propios ojos que su padre estaba bien, se alejaba nuevamente. Pero nadie más se detenía allí, a pesar de que, de vez en cuando, desde lejos, alguien veía al viejo recorriendo los campos desolados y cubiertos de maleza, en el viejo caballo blanco que habría de matarlo.

Por fin, el verano pasado nos enteramos de que estaba excavando las tumbas en el bosquecillo de cedros donde descansaban cinco generaciones de familiares de su mujer. Un negro mencionó el hecho, y el funcionario de sanidad del distrito fue hacia allí y halló el caballo blanco atado a un árbol, y al viejo saliendo del bosquecillo con una escopeta. El funcionario regresó, y dos días más tarde un oficial de la policía fue a su vez y halló al viejo tendido junto al caballo, un pie trabado en el estribo, y sobre el anca del animal las marcas terribles del palo; no una correa, sino un palo, con que lo había golpeado una y otra vez.

Lo enterraron entre las tumbas que profanó. Virginius y su primo asistieron al entierro. En realidad, formaban toda la concurrencia, porque el joven Anse no estuvo presente. Ni tampoco se acercó al lugar, a pesar de que Virginius permaneció en la casa el tiempo suficiente para cerrarla y despedir a los negros. Después regresó a casa de su primo, y oportunamente se presentó el testamento del viejo Anse al juez Dukinfield para su legalización. La esencia del testamento no era un secreto para nadie: todos nos enteramos de ella. Todo estaba en regla, y no nos sorprendió su regularidad, su contenido, ni su expresión... con excepción de aquellos dos legados: *...dejo y confiero mi propiedad a mi hijo mayor Virginius, siempre que pruebe a satisfacción del magistrado... que fue el antedicho Virginius quien ha estado pagando los impuestos de mis tierras... debiendo ser el magistrado el juez exclusivo e indisputado de dicha prueba.*

Los otros dos legados eran:

A mi hijo menor Ame... dejo dos juegos completos de arneses para mulas... con la condición de que Amelm utilice estos arneses para hacer una visita a mi tumba. De lo contrario, dichos arneses pasarán definitivamente a formar parte... de mis bienes, arriba señalados.

A mi primo político Granby Dodge dejo... un dólar en efectivo que deberá utilizar para la compra de un libro o libros de himnos religiosos, como testimonio de mi gratitud por haber alimentado y alojado a mi hijo Virginius desde que... Virginius abandonó mi techo.

Este era el testamento. Y nos mantuvimos a la expectativa para ver u oír qué haría o diría el joven Anse. No vimos ni oímos nada. Luego esperamos ver qué haría Virginius. Y éste tampoco hizo nada. No sabíamos, en fin, qué hacía, ni qué pensaba. Pero Virginius era así. De todas maneras, todo había terminado. Todo lo que debía hacerse era esperar que el juez Dukinfield legalizase el testamento. Luego Virginius entregaría a Anse su mitad, si en verdad pensaba hacerlo. Sobre este punto las opiniones divergían. "El y Anse nunca tuvieron diferencias", decían algunos. "Virginius nunca tuvo dificultades con nadie", decían otros. "Si te apoyas en eso, tendría que dividir la granja con todo el distrito." "Pero fue Virginius quien quiso pagar la multa que...", decían los primeros. "También fue Virginius quien se puso de parte de su padre cuando el joven Anse pidió la división de la tierra", argumentaban los segundos.

Así, pues, esperamos y observamos. Ahora observábamos, asimismo, al juez Dukinfield: de pronto, fue como si todo el asunto estuviese en sus manos, como si estuviese sentado como un dios sobre la risa vengativa y burlona de aquel viejo que aun después de muerto y enterrado se resistía a morir, y sobre aquellos dos hermanos irreconciliables que durante quince años parecían haber estado muertos el uno para el otro. No obstante ello, pensábamos que, en su último golpe, el viejo Anse había desvirtuado sus fines; que al designar al juez Dukinfield, la furia de Holland lo había derrotado porque en la persona del juez Dukinfield considerábamos que el viejo Anse

había elegido al único entre todos nosotros con probidad, honor y sentido común suficientes; con ese tipo de honor y sentido común que nunca ha tenido tiempo de confundirse ni dudar de sí mismo por excesivo conocimiento de la ley. El hecho mismo de que la legalización de un documento tan sencillo le llevase aparentemente tanto tiempo era para nosotros prueba adicional de que el juez Dukinfield era el único entre todos que creía que la justicia es cincuenta por ciento de conocimiento legal y cincuenta por ciento de serenidad y de confianza en sí mismo y en Dios.

A medida que se aproximaba el fin del plazo legal, observábamos al juez Dukinfield recorrer diariamente el trayecto entre su casa y su oficina, situada en el Ayuntamiento. Se movía lentamente, sin prisa, aquel viudo de sesenta años o más, majestuoso, de cabellos blancos, con ese porte erguido y altivo que los negros llaman "echado para atrás".

Poseía pocos conocimientos de la ley y un sólido sentido común; durante trece años y hasta la fecha no había tenido contrincantes para las elecciones; y aun aquellos que más se enfurecían por su aire de condescendencia serena y afable votaban por él cuando llegaba la ocasión, con una especie de confianza y fe infantiles. Lo observábamos, por lo tanto, con impaciencia, sabiendo que lo que hiciera finalmente estaría bien, no porque lo hiciera él, sino porque nunca permitiría a nadie, ni a sí mismo, hacer nada hasta que estuviera bien. Y todas las mañanas lo veíamos cruzar la plaza a las ocho y diez exactamente, y entrar en el edificio donde estaba su oficina, en la cual su sirviente negro lo había precedido exactamente diez minutos antes, con la precisión cronométrica con que la señal anuncia la llegada de un tren, a fin de abrir la oficina para la jornada. El juez entraba en la oficina, y el negro ocupaba una vez más su sitio en una silla de tijera remendada con alambre, en el corredor embaldosado que separaba la oficina del resto del edificio, y allí permanecía sentado, dormitando, todo el día, como lo hiciera durante diecisiete años. Luego, a las cinco de la tarde, el negro se despertaba y entraba en la oficina, quizás para despertar al juez, quien había vivido lo suficiente para saber que el apremio de cualquier actividad existe tan sólo en la mente de ciertos teóricos que no tienen actividades propias; finalmente, veíamos a ambos cruzando la plaza, en fila india, siguiendo la calle que conducía a su casa; los dos con la mirada al frente, y separados unos metros, caminando tan erguidos que las dos levitas confeccionadas por el mismo sastre a la medida del juez caían de los dos pares de hombros en un solo plano, como una tabla, sin insinuación de cintura ni caderas.

Una tarde, poco después de las cinco, la gente empezó de pronto a correr a través de la plaza en dirección al Ayuntamiento. Otras personas vieron esto y corrieron a su vez, con sus pesados pasos resonantes sobre el pavimento, entre carros y automóviles, las voces tensas, insistentes: ¿Qué? ¿Qué pasa...? ¡El juez Dukinfield!, corría la voz; y todos siguieron corriendo hasta llegar al corredor embaldosado entre el edificio y la oficina, donde el viejo negro, con su casaca heredada, estaba de pie agitando las manos en el aire. Pasaron junto a él y entraron rápidamente en la oficina. Detrás de su mesa estaba sentado el juez, echado algo hacia atrás en su asiento, muy cómodo. Tenía los ojos abiertos y un balazo exactamente sobre el puente de la nariz, de modo que parecía tener tres ojos en hilera. Era un balazo, sí, pero a pesar de ello nadie había oído ningún ruido en todo el día: ni la gente en la plaza, ni el viejo negro sentado en su silla en el corredor.

Aquel día Gavin Stevens estuvo ocupado mucho tiempo: Gavin, con su pequeña caja de bronce. En efecto, al principio el jurado no comprendía adónde quería llegar; si en verdad había en el recinto quien lo comprendiera, entre el jurado, los dos hermanos, el primo y el viejo negro. Por fin, el presidente del jurado le preguntó inopinadamente:

-¿Afirma usted, Mr Gavin, que hay una conexión entre el testamento de Mr. Holland y el asesinato del juez Dukinfield?

-Sí -repuso el fiscal del distrito-. Y afirmaré más que eso.

Todos se miraron: el jurado, los dos hermanos. Sólo el viejo negro y el primo no

levantaron la cabeza. En la última semana el negro había envejecido aparentemente cincuenta años. Su función pública databa del mismo día que la del juez; en verdad, era consecuencia del nombramiento del juez, a quien había servido durante tanto tiempo, que ya nadie recordaba cuánto. Era mayor que el juez, si bien hasta aquella tarde de una semana atrás siempre aparentó tener cuarenta años menos: una figura esmirriada, deforme con su voluminosa levita, que llegaba a la oficina diez minutos antes que el juez, y la abría y barría y quitaba el polvo de la mesa de trabajo sin mover un solo objeto, con experta prolijidad, fruto de diecisiete años de práctica, y por fin se instalaba a dormir en la silla remendada con alambre en medio del corredor. Aparentaba dormir, en realidad. La otra forma de llegar a la oficina era por la estrecha escalera privada que comunicaba con la sala de audiencias, utilizada solamente por el juez cuando presidía el tribunal durante el período de sesiones. Aun entonces debía cruzar el corredor y pasar a menos de dos metros de la silla del negro, a menos que siguiese el corredor hasta donde formaba una L, debajo de la única ventana de la oficina, y trepase por ella. En realidad, ningún hombre ni mujer había pasado nunca cerca de aquella silla sin ver abrirse instantáneamente los rugosos párpados del negro, y descubrir los ojos castaños sin iris, propios de la vejez. De vez en cuando nos deteníamos a conversar con él, para oír su voz, vertida en la elocuente pero defectuosa pronunciación de la fraseología legal, rotunda, sin sentido, que había adquirido inconscientemente, como quien recoge gérmenes de enfermedades, y que reproducía con aquella profundidad *ex cathedra* que, a más de uno de nosotros, nos hacía escuchar al juez con afectuoso regocijo. Pero a pesar de todo era muy viejo; a veces olvidaba nuestros nombres y nos confundía mutuamente; y al confundir nuestros rostros y también nuestras generaciones, solía despertar de su ligero sueño para llamar a visitantes que no estaban presentes, que habían muerto hacía muchos años. Aun así, no se sabía de nadie que hubiese logrado pasar inadvertido junto a él.

Pero el resto de los presentes observaba a Stevens: el jurado cerca de la mesa, los dos hermanos sentados en los extremos opuestos del banco, con sus rostros morenos, aquilinos, idénticos, los brazos cruzados en gestos idénticos.

-¿Afirma usted que el asesino del juez Dukinfield está presente? -preguntó el presidente del jurado.

El fiscal del distrito miró a todos los rostros que lo contemplaban.

-Estoy dispuesto a afirmar más que eso -dijo.

-¿Afirmar? -repetió Anselm, el mellizo más joven. Estaba sentado solo, en un extremo del banco, con toda la extensión de éste entre él y su hermano, a quien no había dirigido la palabra en quince años, mientras observaba a Stevens con una mirada dura, furiosa, sin pestañear.

-Sí -dijo Stevens.

De pie junto a un extremo de la mesa, comenzó a hablar, sin dirigirse a nadie en particular, con un tono ligero y anecdótico, refiriendo lo que ya sabíamos, y dirigiéndose de vez en cuando al otro mellizo, Virginius, como buscando corroboración. Habló acerca del joven Anse y su padre. Su tono era imparcial y agradable. Parecía estar preparando la defensa de los sobrevivientes. Relató cómo el joven Anse había abandonado el hogar en medio de una disputa, enojado, con un enojo natural frente a la forma en que su padre trataba la tierra que había sido de su madre y cuya mitad era en aquel momento legítimamente suya. Su tono era tranquilo, conciso, sincero; en todo caso, levemente parcial hacia el joven Anselm; eso es. Debido a esta aparente parcialidad, comenzó a surgir una imagen del joven Anselm que lo condenaba por algo a la sazón ignorado; lo condenaba en virtud de aquel mismo deseo de justicia y de aquel afecto por su difunta madre, malogrado por la violencia heredada del mismo ser que lo había agraviado. Y allí estaban sentados los dos hermanos, con un espacio de tabla, gastada por el uso, entre ellos; el menor, contemplando a Stevens con aquella mirada reprimida, intensa; el mayor, con

igual intensidad, pero el rostro inescrutable. A continuación Stevens contó cómo el joven Anselm, enojado, había abandonado el hogar, y cómo, un año más tarde, Virginius, el más tranquilo, el que siempre trataba de mantener la paz entre ellos, había sido expulsado a su vez. Y nuevamente pintó Stevens un cuadro plausible y franco de los dos hermanos separados no por el padre vivo, sino por lo que cada uno había heredado de él, y atraídos, alimentados, por aquella tierra que no sólo era legítimamente suya, sino donde además yacían los huesos de la madre.

-Y allí estaban ambos -prosiguió diciendo Stevens contemplando desde lejos la ruina gradual de aquellas buenas tierras, el derrumbe de la casa donde nacieron y donde nació su madre, por culpa de un viejo trastornado que, no pudiendo hacerles otra cosa, había intentado al fin privarlos definitivamente de su patrimonio, negándose a pagar los impuestos y exponiendo la propiedad a la subasta. Pero alguien lo derrotó en este punto; alguien con previsión y dominio de sí mismo suficientes como para callar acerca de algo que, de todos modos, a nadie incumbía, en tanto se pagasen los impuestos. Así, pues, todo lo que debió hacer fue esperar hasta que muriese el viejo. Era viejo, no hay que olvidarlo. Y aun cuando hubiese sido joven, la espera no habría sido dura para un hombre con dominio de sí mismo. Lo habría sido, en cambio, para un hombre violento y rápido de genio, especialmente si ocurría que aquel hombre violento conocía o sospechaba la esencia del testamento, y estaba además convencido, más aún, seguro, de haber sido irrevocablemente agraviado y despojado de su ciudadanía y su buen nombre por quien ya le había robado sus bienes, obligándolo a vivir como un ermitaño en una choza entre los montes. Un hombre así no habría tenido tiempo ni inclinación para preocuparse mucho, ni para esperar o dejar de esperar algo.

Los dos hermanos lo miraron. Parecían tallados en piedra, salvo los ojos de Anselm. Stevens hablaba serenamente, sin dirigirse a nadie en particular. Había sido fiscal del distrito tanto tiempo como el juez Dukinfield fuera magistrado. Era egresado de Harvard: un hombre desgarbado, con una mata de rebeldes cabellos de color gris acero, capaz de discutir la teoría de Einstein con profesores universitarios y de pasar tardes enteras entre los hombres que se instalaban junto a los rincones del almacén de ramos generales, conversando en el mismo idioma de ellos. Llamaba a esto sus vacaciones.

-Luego murió el padre, como lo habría previsto cualquier hombre poseedor de previsión y dominio de sí mismo. Y se presentó su testamento para su legalización, y hasta los habitantes de las colinas más apartadas se enteraron de su contenido: se enteraron de cómo, por fin, aquella tierra maltratada pasaría a su legítimo dueño o dueños; pues Anse Holland sabe tan bien como todos nosotros que Virge nunca aceptaría ahora más de la mitad que le corresponde, con o sin testamento; como no lo aceptó cuando su padre le dio oportunidad para ello. Porque si bien ambos eran hijos de Anselm Holland, también lo eran de Cornelia Mardis. Pero aunque Anselm no supiese ni creyese esto, habría sabido que la tierra que había sido de su madre y en la cual yacían sus huesos sería bien tratada ahora. Por ello, quizás, la noche en que se enteró de la muerte de su padre, quizás por primera vez desde niño, desde antes de morir su madre tal vez, cuando ella subía a su habitación durante la noche, lo miraba mientras dormía, y se retiraba luego nuevamente, quizás por primera vez desde entonces, Anse durmió. Todo estaba vengado ahora: el ultraje, la injusticia, el buen nombre perdido, y la mancha de su condena, todo había pasado como en un sueño. Un sueño que era menester olvidar ahora, porque todo estaba bien. Para aquella época, como imaginarán ustedes, Anse estaba ya habituado a ser un ermitaño, a vivir solo; no podría cambiar al cabo de tanto tiempo. Vivía más feliz donde estaba, solo en aquel paraje alejado. Le bastaba saber que todo yacía en el pasado como un mal sueño, y que la tierra, la tierra de su madre, su patrimonio y su mausoleo, estaban ahora en manos del único hombre en quien podía confiar, y confiaría, aun cuando no se hablaran entre ellos. ¿Comprenden?

Lo miramos, sentados en torno de la mesa, intacta desde que murió el juez Dukinfield, sobre la cual estaban todavía los objetos que, aparte del cañón de la pistola, había contemplado en sus últimos instantes; los cuales nos eran a todos familiares desde hacía muchos años: los papeles, el tintero sucio, la lapicera roída a la cual se aferrara el juez, la pequeña caja de bronce que fue su superfluo pisapapeles. Desde sus extremos opuestos en el banco, los mellizos observaban a Stevens, inmóviles, absortos.

-No, no comprendemos -dijo el presidente del jurado-. ¿Adónde quiere ir a parar? ¿Qué relación tiene todo esto con el juez Dukinfield?

-Lo siguiente: el juez Dukinfield debía legalizar el testamento, y entonces fue asesinado. Era un testamento extraño; pero todos esperábamos eso de Mr. Holland. Todo estaba en regla, y los herederos satisfechos; todos sabemos que la mitad de la tierra es de Anse en el momento en que la solicite. Así, pues, el testamento está bien. Su legalización debió ser una simple formalidad. A pesar de ello, el juez Dukinfield pospuso su decisión durante más de dos semanas, y entonces se produjo su muerte. Y así el hombre que creyó que todo lo que debía hacer era esperar...

-¿Qué hombre? -preguntó el presidente.

-Espere -dijo Stevens-. Todo lo que debía hacer el hombre era esperar. Pero no era la espera lo que preocupaba a quien había esperado ya quince años. Era algo más, que descubrió, o recordó, demasiado tarde. Algo que nunca debió haber olvidado, porque se trata de un hombre perspicaz, un hombre con dominio de sí mismo y previsión; un hombre con suficiente dominio como para esperar su oportunidad durante diez años, y con previsión suficiente como para haber previsto todas las contingencias, salvo una: su propia memoria. Y cuando era demasiado tarde, recordó que otro hombre sabía también lo que él había olvidado. Y este hombre que también lo sabía era el juez Dukinfield, y lo que el juez sabía era que aquel caballo nunca pudo haber matado a Mr. Holland.

Cuando calló la voz de Stevens, no se oyó un rumor en la sala. El jurado seguía sentado en torno de la mesa, los ojos fijos en Stevens. Anselm volvió su rostro hosco y torturado, miró a su hermano, y luego a Stevens nuevamente, y se inclinó hacia adelante. Virginius no se había movido, ni se observaba ningún cambio en su expresión grave, absorta. Entre él y la pared estaba sentado el primo, con las manos sobre las rodillas y la cabeza baja, como si estuviese en la iglesia. Sólo sabíamos de él que era una especie de predicador ambulante, y que, de vez en cuando, reunía tropillas de mulas y caballos estropeados y los llevaba a alguna parte para venderlos o cambiarlos. Como era hombre de pocas palabras, que en su trato con los hombres evidenciaba una timidez y falta de confianza lamentables, lo compadecíamos con esa especie de disgusto compasivo que inspira un gusano maltrecho, y hasta nos resistíamos a someterlo a la agonía de responder afirmativa o negativamente a una pregunta. No obstante ello, habíamos oído decir que los domingos, en el púlpito de las iglesias rurales, se transformaba en otro hombre, cambiaba; su voz era entonces bien timbrada, conmovedora y firme, y fuera de toda proporción con sus características y actitud habituales.

-Ahora imaginen ustedes la espera -dijo Stevens con este hombre sabedor de lo que ocurriría antes de que hubiese ocurrido, sabedor por fin de que la razón por la cual nada había ocurrido, por la que el testamento había desaparecido aparentemente de este mundo y del conocimiento de los hombres, era su olvido de algo que nunca debió olvidar. Y ello era que el juez Dukinfield sabía que Mr. Holland no era quien había golpeado al caballo. Sabía que el juez Dukinfield sabía que el hombre que había golpeado al caballo con el palo hasta dejar marcas en su lomo era el hombre que primero mató a Mr. Holland, y luego trabó su pie en uno de los estribos y golpeó al caballo con el palo para que se espantase. Pero el caballo no se espantó; el hombre lo sabía de antemano, lo sabía desde hacía años, pero lo había olvidado. Porque cuando aquel animal era todavía un potrillo lo castigaron tan severamente en una oportunidad, que desde entonces, al ver simplemente una correa en

manos del jinete, se echaba al suelo, como bien lo sabía Mr. Holland y como lo sabían los más allegados a la familia. El caballo se echó, pues, simplemente sobre el cuerpo de Mr. Holland. Y al principio, eso vino muy bien. Es lo que creyó el hombre durante una o dos semanas, acostado de noche en su cama y esperando, luego de haber esperado quince años. Porque era entonces, cuando era ya demasiado tarde y adivinó haber cometido un error, no recordó tampoco lo que nunca debió haber olvidado. Y recordó esto por fin, cuando era demasiado tarde, una vez descubiertos el cadáver y las marcas de! palo sobre e! caballo, marcas que fueron objeto de comentarios, y era demasiado tarde para borrarlas. Probablemente habían desaparecido ya para esa fecha, de todos modos. En cambio, tenía sólo un instrumento para borrarlas de la memoria de la gente. Imaginemos, pues, a este hombre; su terror, su furia, su sensación de haber sido objeto de una treta para la que no había represalias: ese furioso deseo de hacer retroceder el tiempo un minuto siquiera, para deshacer o completar algo cuando es ya demasiado tarde. Porque lo último que recordó cuando era ya demasiado tarde fue que Mr. Holland había adquirido el caballo del juez Dukinfield, del hombre que estaba sentado en un estrado, dispuesto a decidir la validez de! testamento por el cual se conferían dos mil acres de las mejores tierras del distrito. Y esperó, puesto que disponía de un solo instrumento para borrar las marcas, y no ocurrió nada. No ocurrió nada, y él sabía por qué. Y esperó tanto como se atrevía a esperar, hasta llegar a la conclusión de que estaba en juego algo más que unas cuantas varas y acres de tierra. En consecuencia, ¿qué otra cosa pudo hacer que lo que hizo?

Apenas cesó de oírse la voz, cuando habló Anselm. Su voz era áspera, hostil.

-Está equivocado -dijo.

Como una sola persona, todos lo miramos: inclinado sobre el banco, con las botas embarradas y las raídas ropas de trabajo, miraba a Stevens. Hasta Virginius se volvió y lo miró un instante. Sólo el primo y e! viejo negro no se movieron. Aparentemente no prestaban atención.

-¿En qué estoy equivocado? -preguntó Stevens. Anselm no repuso. Miró a Stevens con odio.

-¿Le corresponderá la propiedad a Virginius si..., si...? -¿Si qué? -repitió Stevens.

-Si... él...

-¿Si él... hubiera sido asesinado?

-Sí.

-Sí. Usted y Virginius recibirán la tierra sea o no válido el testamento, siempre que Virginius la divida con usted. Pero el hombre que mató a su padre no estaba seguro de ello, y no se atrevía a averiguarlo. Porque no deseaba esa solución. Quería que Virginius la tuviese toda. Por ello deseaba que el testamento fuese legalizado.

-Está equivocado -dijo Anselm, con su tono áspero y brusco-. Yo lo maté. Pero no fue por la maldita tierra. Ahora, llame al *sheriff*.

Y entonces fue Stevens quien, mirando fijamente el rostro furioso de Anselm, dijo en voz baja:

-Y yo afirmo que es usted quien se equivoca, Anse.

Durante unos instantes los que observábamos y escuchábamos permanecimos, en medio de esta inesperada revelación, en un estado de ensueño en el que se nos antojaba saber de antemano qué ocurriría, y conscientes a la vez de que no tenía importancia, porque pronto nos despertaríamos. Era como si estuviésemos fuera del tiempo, contemplando los acontecimientos desde afuera, siempre afuera y más allá del tiempo, desde aquel primer instante en que miramos nuevamente a Anselm como si no lo hubiéramos visto nunca. Se oyó un rumor, un rumor leve como un suspiro, un susurro, quizás de alivio: algo, en fin. Tal vez todos estábamos pensando que por fin había terminado la pesadilla de Anselm; era como si también nosotros hubiésemos retrocedido de pronto al punto donde, niño una vez más, Anselm estaba en la cama, y su madre, quien, según

decían, lo prefería, cuya herencia él había perdido y cuyas cenizas, largo tiempo dormidas, fueron profanadas en su lugar de reposo, entrase una vez más a contemplarlo antes de partir de nuevo. Muy lejos estaba aquello en aquel tiempo, pero el camino era recto. Y recto como era este camino del tiempo, el niño que durmió tranquilamente en aquella cama se había perdido en él, como nos ocurre a todos, como es inevitable que nos ocurra siempre; aquel niño estaba tan muerto como cualquier otro de su sangre en el bosquecillo de cedros profanado, y cuando mirábamos a ese hombre a través de aquel abismo insalvable, lo mirábamos con compasión, tal vez, pero no con misericordia. Por ello el sentido de las palabras de Stevens tardó tanto en penetrar en nuestras mentes como en la de Anse, y Stevens mismo debió repetir:

-Yo afirmo que está equivocado, Anse.

-¿Qué? -dijo Anse. Y entonces se movió. No se levantó, y sin embargo pareció lanzarse de pronto hacia adelante, violentamente-. ¡Miente! Usted...

-Se equivoca, Anse. Usted no mató a su padre. El hombre que mató a su padre es el hombre que pudo planear y concebir el asesinato del anciano que se sentaba aquí, detrás de esta mesa, día tras día, hasta que entraba el viejo negro, lo despertaba y le decía que era hora de regresar a casa; un hombre que nunca hizo sino bien a hombres, mujeres y niños, como él creía que Dios lo quería. No fue usted quien mató a su padre. Usted exigió de él lo que consideraba suyo; y cuando él se negó a dárselo, se fue, se alejó y nunca más le habló. Se enteró de cómo estaba maltratando la propiedad, pero no dijo nada, porque para usted era simplemente "la maldita tierra". Calló hasta que se enteró de que un hombre trastornado estaba excavando las tumbas donde reposaban la carne y la sangre de su madre y la suya propia. Entonces, sólo entonces, se acercó a su padre para recriminarlo. Pero nunca sirvió usted para protestar, y él, por su parte, no era hombre de escuchar a nadie. Y lo encontró allí, en el bosquecillo, con la escopeta. Me imagino que no hizo mucho caso de ella: supongo que se la arrebató, simplemente; luego lo castigó con sus propias manos, y lo dejó junto a su caballo, creyendo tal vez que estaba muerto. Entonces ocurrió que alguien pasó por allí, una vez que usted se fue, y lo encontró; puede que ese alguien haya estado allí todo el tiempo, acechando. Alguien que también deseaba su muerte. No por enojo ni por sentimientos ultrajados, sino por cálculo, o bien por deseo de lucrarse a través de un testamento. Este hombre llegó, pues, allí y vio lo que usted había dejado, y terminó la obra: enganchó el pie de su padre en el estribo y trató de espantar al caballo golpeándolo; pero, en su apuro, olvidó lo que no debió haber olvidado nunca. No, no fue usted. Porque usted regresó a casa, y cuando se enteró de que lo habían encontrado, no dijo nada. Y en aquel momento pensó algo que no se atrevió a decirse ni usted mismo. Cuando se enteró del contenido del testamento, creyó conocer la verdad.

Y se sintió satisfecho. Había vivido tanto tiempo solo, que había perdido su juventud y todo deseo de poseer bienes: sólo quería vivir tranquilo, y que las cenizas de su madre reposasen en paz. Y luego, ¿qué significaban la tierra y la posición para un hombre sin ciudadanía y con un nombre deshonrado?

Escuchamos en silencio, mientras el eco de la voz de Stevens moría lentamente en los ámbitos del pequeño recinto, en el cual nunca corría una brisa ni una ráfaga de aire, debido a su posición dentro del edificio.

-No fue usted quien mató a su padre y al juez Dukinfield, Anse. Porque si el hombre que mató a su padre hubiera recordado a tiempo que en una época el juez Dukinfield fue propietario de ese caballo, el juez Dukinfield estaría vivo hoy.

Respirábamos quedo, sentados junto a la mesa detrás de la cual estuvo también sentado el juez Dukinfield cuando se vio frente al cañón de la pistola. La mesa estaba intacta. Todavía reposaban allí los papeles, la lapicera, el tintero, la pequeña caja de bronce curiosamente tallada que le trajo su hija de Europa doce años atrás; con qué objeto, ni ella ni el juez lo sabían, ya que habría servido solamente para guardar sales de baño o tabaco, y

el juez no usaba ninguno de esos dos artículos. Por ello la había conservado como pisapapeles, uso también superfluo allí donde nunca soplabla una corriente de aire. Con todo, el juez la tenía sobre la mesa; todos nosotros la conocíamos y lo habíamos visto jugar con ella mientras conversaba: abriéndola y observando cómo se cerraba bruscamente la tapa de resorte al menor roce.

Cuando pienso en todo ello retrospectivamente, veo que el resto no debió llevarnos tanto tiempo. Siento ahora que debimos saberlo en seguida, y aún siento, asimismo, esa especie de disgusto sin piedad, que, después de todo, hace las veces de compasión; como cuando contemplamos un gusano blando traspasado por un alfiler y sentimos esa náusea de repulsión, mientras, como fascinados, nos disponemos a apretado con la palma de la mano, simplemente, pensando: .. ¡Vamos! Aplástalo. ¡Deshazlo de una vez!" Pero no era éste el plan de Stevens. Porque tenía un plan, y más tarde nos dimos cuenta de que, no pudiendo condenar al culpable, éste tendría que condenarse a sí mismo. El modo cómo lo logró fue muy tortuoso: nosotros se lo dijimos después.

-¡Ah! -dijo entonces-. ¿Acaso la justicia no es injusta siempre? ¿No se compone siempre de injusticia, suerte y lugares comunes en partes desiguales?

Sea como fuere, no advertimos en el momento adónde se dirigía, cuando comenzó a hablar nuevamente en aquel tono fácil, anecdótico, la mano apoyada ahora en la caja de bronce. Lo que ocurre es que los hombres son movidos siempre, en buena parte, por ideas preconcebidas. No son las realidades ni las circunstancias las que nos sorprenden; sino el choque de lo que debimos haber sabido, si no hubiésemos estado tan absortos en la creencia de lo que, más tarde, descubrimos haber tomado por verdad, sin otra base que el haberlo creído así en aquel momento.

Stevens estaba hablando una vez más del hábito de fumar: de cómo la gente no disfruta verdaderamente del tabaco hasta que comienza a creer que le hace daño, y cómo los no fumadores pierden una de las experiencias más gratas de la vida para un hombre sensible: la convicción de estar sucumbiendo a un vicio que sólo lo puede dañar a él.

-¿Fuma usted, Anse? -preguntó.

-No -repuso éste. -Usted tampoco, ¿no, Virge?

-No -repuso Virginius-. Ninguno de nosotros fumó nunca: ni mi padre, ni Anse, ni yo. Ha de ser de familia.

-Un rasgo familiar -comentó Stevens-. ¿Aparece también en la familia de su madre? ¿En su familia, Granby?

El primo miró a Stevens durante una fracción de segundo, y aunque no se movió, pareció que se retorció lentamente, dentro de su traje ordinario pero aliñado.

-No, señor. Yo nunca he fumado.

-Quizás por ser predicador --observó Stevens. El primo no repuso, sino que miró nuevamente a Stevens con su rostro benigno, tranquilo, desesperadamente tímido.

-Yo siempre he fumado --dijo Stevens-, siempre, desde que me repuse de una intoxicación de tabaco a los catorce años. Es mucho tiempo, el suficiente para haberme hecho exigente en materia de tabaco. Pero la mayoría de los fumadores son exigentes, a pesar de los psicólogos y de que se ha uniformado la calidad de los tabacos. O quizás sean los cigarrillos los que han sido uniformados. O quizás parezcan todos iguales a los legos, a los no fumadores. He notado, en efecto, que los no fumadores suelen marearse al oler tabaco, así como el resto de nosotros sentimos lo mismo frente a algo que no acostumbramos usar, que no nos es familiar. Y esto, porque el hombre es movido por sus ideas preconcebidas o, mejor dicho, tal vez, por sus prejuicios. Tenemos así a un hombre que vende tabaco, aunque él no fuma; que ve a un cliente tras otro abrir el paquete y encender un cigarrillo del otro lado del mostrador. Le preguntamos si todo tabaco huele igual, si no le es posible distinguir uno de otro por el aroma. O quizás por la forma, o el color del paquete; pues ni siquiera los psicólogos han podido decirnos exactamente dónde

cesa la visión y comienza el olfato, o dónde cesa el oído y comienza la visión. Cualquier abogado puede corroborar esto.

Nuevamente lo interrumpió el presidente del jurado. Nosotros lo habíamos escuchado en el mayor silencio, pero creo que todos conveníamos en que una cosa era mantener desorientado al asesino, y otra a nosotros y al jurado.

-Debió hacer todas esas indagaciones antes de convocarnos --dijo el presidente-. Aun cuando se trate de pruebas, ¿para qué sirven si no capturamos al asesino? Están muy bien las conjeturas, pero...

-Bien --dijo Stevens-. Permítanme hacer otras más, y si ven que no estoy avanzando, me lo dirán y yo desistiré de mi sistema y aceptaré el que me indiquen. Creo que al principio considerarán ustedes que me tomo demasiadas libertades, hasta en el uso de la conjetura. Pero encontramos al juez Dukinfield muerto, con un balazo entre los ojos, sentado en esta silla, detrás de esta mesa. Esto no es conjetura. Y el tío Job estuvo todo el día sentado en el corredor, donde cualquiera que entrase en esta habitación, salvo que utilizase la escalera privada de la sala de audiencias y luego la ventana, tendría que haber pasado a menos de un metro de distancia de él. Y nadie que nosotros conozcamos ha pasado nunca inadvertido junto a la silla del tío Job, en diecisiete años. Esto no es conjetura.

-Pero, ¿cuál es su conjetura?

Stevens estaba hablando de tabaco una vez más, del hábito de fumar.

-La semana pasada me detuve a comprar tabaco en la farmacia de West, y éste me habló de un individuo que también era exigente en materia de tabaco. Mientras sacaba el tabaco que yo fumo de un cajón, tomó una caja de cigarrillos y me la dio. Estaba polvorienta, desteñida, como si hiciera mucho tiempo que la tenía, y me contó que un viajante la había dejado hacía dos años. "¿Los ha fumado alguna vez?", me preguntó. "No -repuse-; han de ser cigarrillos de ciudad." A continuación West comentó haber vendido el otro paquete pocos días atrás. Estaba detrás del mostrador, con el diario abierto sobre la mesa; por momentos leía, pero a la vez atendía el comercio, pues el empleado había salido a almorzar. Dice que no vio ni oyó al hombre hasta que estuvo junto al mostrador, tan cerca de él que por poco lo hizo saltar con el susto. Un hombre menudo, con ropas de ciudad, según dice West, que quería una marca de cigarrillos de la cual él nunca había oído hablar. "No tengo esa marca", dijo West. "No trabajo con ella." "¿Por qué?" "Porque no tiene venta aquí", repuso West. Me describió luego al hombre de la ciudad, cuyo rostro parecía el de un muñeco lampiño, con ojos que miraban fijamente y una voz de timbre monótono. Dice West que cuando se fijó en los ojos del hombre y vio las aletas de su nariz comprendió lo que ocurría. En ese momento el hombre estaba ya intoxicado con drogas. "Nadie los pide", dijo, pues, West. "¿Y qué hago yo ahora?", preguntó el hombre. "¿Tratar de venderle papel cazamoscas?" En seguida el hombre compró el otro paquete de cigarrillos y se fue. Y dice West que él; por su parte; estaba enojado y con el rostro cubierto de sudor, como con deseos de vomitar. A mi me dijo: "Si hubiese algo malo que no me atreviese a hacer por mi mismo, ¿Sabes que haría? Le daría diez dólares a ese individuo, le indicaría dónde está el objeto de la mala acción y le diría que nunca más me dirigiera la palabra. Cuando salió sentí exactamente esa sensación. Como si estuviese por vomitar."

Stevens miró a su alrededor, hizo una pausa. Todos lo observábamos atentamente.

-Vino en un automóvil, un gran convertible, ese hombre de la ciudad. El hombre de la ciudad que se quedó sin cigarrillos de su marca habitual.

Una vez más se detuvo, y luego volvió la cabeza lentamente y miró a Virginius Holland. Transcurrió un minuto, y vimos como ambos se miraron fijamente.

-Y me dijo un negro que el automóvil estuvo detenido en el establo de Virginius Holland la noche que mataron al juez Dukinfield.

Durante otro intervalo observamos a ambos mientras se miraban mutuamente, sin el

menor cambio de expresión en sus rostros. Stevens hablaba con tono tranquilo, especulativo, casi un murmullo.

-Alguien trató de impedir que viniese aquí con el automóvil, ese vehículo tan grande, que cualquiera que lo viese una vez lo recordaría y reconocería. Tal vez ese alguien intentó impedirle que viniese en el automóvil y lo amenazó. Solo que el hombre de la ciudad a quien el doctor West vendió los cigarrillos no era persona de soportar amenazas.

-Y al decir alguien, se refiere usted a mi - dijo Virginius. No se movió, ni volvió la cabeza, ni desvió la mirada, fija en el rostro de Stevens. Pero Anselm, en cambio, se movió. Dio vuelta la cabeza y miró a su hermano. Reinaba un profundo silencio, y a pesar de ello, cuando habló el primo no lo oímos ni lo reconocimos inmediatamente; desde que habíamos entrado en la habitación y Stevens cerró la puerta, había hablado solo una vez. Su voz era débil, de nuevo, sin moverse, pareció retorcerse dentro de sus propias ropas. Hablaba con aquel susurro tímido, aquel desgarrador deseo de anonimato que nos eran tan familiares.

-El hombre de quien habla vino a verme.- dijo Dodge-. Se detuvo a verme a mí. Se detuvo en la casa al oscurecer, aquella noche, y dijo que buscaba caballos pequeños para utilizar en ese juego... ese juego...

-¿El polo?- dijo Stevens.

El primo no había mirado a nadie mientras hablaba; era como si se dirigiera a sus manos, que movía lentamente sobre sus rodillas.

-Sí, señor. Virginius estaba presente. Hablábamos de caballos. Al día siguiente sacó su automóvil y partió. Yo no tenía nada que le conviniese. No sé de dónde vino ni adónde fue.

-Ni a quién más vino a ver- observó Stevens-. Ni qué más vino a hacer. No puede decirnos nada.

Dodge no repuso. No era necesario, y una vez más se refugió bajo el caparazón de su timidez, como un animal salvaje débil y pequeño que se mete en su cueva.

-Esa es mi conjetura- dijo Stevens.

En aquel instante debimos haberlo adivinado. Estaba allí, visible como una mano desnuda. Debimos de haberlo sentido: a ese alguien presente en la habitación, que sentía que Stevens había provocado la aparición de ese horror, de aquella indignación, de aquel furioso deseo de hacer retroceder el tiempo un segundo, de desdecir, de deshacer. Pero quizás aquel alguien no lo había advertido todavía, no había sentido el golpe, el choque, así como durante un segundo o dos un hombre no sabe que ha sido herido de bala. Porque ahora fue Virge quien habló, brusca, ásperamente:

-¿Cómo va a probar eso?-

-¿Probar qué, Virge?-dijo Stevens. Nuevamente se miraron mudos, rígidos o, por lo menos, como hombres armados de pistolas-. ¿Quién contrató a ese gorila, a ese matón que vino aquí desde Memphis? No tengo que probarlo. El lo confesó. En el camino de regreso a Memphis atropelló a un niño cerca de Battenburg, pues todavía estaba bajo los efectos de una droga, y seguramente se había inyectado otra dosis cuando terminó su trabajo aquí. Lo atraparon y lo detuvieron. Y cuando comenzaron a pasar los efectos de la droga, dijo dónde había estado, a quién había visto: todo ello sentado en la celda de la cárcel, entre sacudidas y gruñidos, una vez que le quitaron la pistola con silenciador.

-¡Ah! -dijo Virginius-. ¡Muy bien! ¡Conque todo lo que debe probar es que estuvo en esta habitación aquel día! ¿Y cómo lo probará? ¿Dando otro dólar al negro para que recuerde otra vez?

Pero aparentemente Stevens ya no escuchaba. Estaba de pie junto a un extremo de la mesa, entre los dos grupos, y mientras hablaba tenía la caja de bronce en una mano, y la volvía, examinándola, mientras hablaba con tono tranquilo y reflexivo.

-Todos ustedes conocen las características especiales de esta habitación. En ella nunca

sopla una corriente de aire. Cuando alguien fuma aquí el sábado, digamos, el humo perdura hasta el lunes por la mañana, cuando el tío Job abre la puerta, y lo vemos apoyado contra el zócalo como un perro dormido. Todos lo han visto.

Como Anse, estábamos todos inclinados hacia adelante, contemplando a Stevens.

-Sí -dijo el presidente-. Lo hemos visto.

-En efecto -dijo Stevens, como si todavía no escuchase a nadie, en tanto daba vueltas repetidamente a la caja entre sus manos-. Ustedes me preguntaron cuál era mi conjetura. Hela aquí. Pero para llegar a ella es necesario un hombre inclinado a las conjeturas, un hombre capaz de acercarse a un comerciante de pie detrás de su mostrador, con un ojo en el diario que está leyendo y otro en la puerta, a la espera de parroquianos, antes de que éste advierta que ha entrado. Un hombre, en fin, de la ciudad, que quería cigarrillos de ciudad. Así, pues, este hombre salió del comercio y se dirigió al Ayuntamiento, entró y subió como lo habría hecho cualquiera. Quizás lo vieron una docena de personas. Quizás el doble de ese número no lo miró siquiera, ya que hay dos sitios donde los hombres no se miran las caras: en los santuarios de la ley civil y en los baños públicos. El hombre entró en la sala de audiencias, bajó por la escalera privada hasta el corredor, y vio al tío Job dormido en su silla. Probablemente avanzó por el corredor y entró por la ventana a espaldas del juez Dukinfield. O bien, quizás, pasó delante del tío Job, acercándose desde atrás, como ven ustedes. Pasar a dos metros de un hombre dormido en una silla no pudo ser muy difícil para quien podía acercarse inadvertido a un hombre apoyado en el mostrador de su propio comercio. Probablemente hasta encendió un cigarrillo del paquete que le vendió West, antes de que el juez Dukinfield advirtiese su presencia. O bien tal vez el juez estuviera dormido en su sillón, como ocurría a veces. Y quizás el hombre permaneció inmóvil y terminó su cigarrillo, contemplando el humo que se esparcía lentamente sobre la mesa y arremolinaba lentamente contra la pared, y pensando en la ganancia fácil, en la simpleza de la gente de campo, aun antes de extraer la pistola. Y ésta hizo menos ruido que el fósforo con que encendió su cigarrillo, porque al protegerse tanto contra el ruido, había olvidado el silencio. Por fin se fue como había venido, y una docena de hombres lo vio, y dos docenas no lo vieron, y a las cinco de la tarde el tío Job fue a despertar al juez y a decirle que era hora de volver a casa. ¿No es así, tío Job?

El viejo negro levantó la vista.

-Yo lo cuidaba, como le prometí hacerlo a la niña. Y me preocupaba por él, como le prometí a la niña. Entré aquí y primero creí que dormía, como a veces...

-Un momento -interrumpió Stevens-. Usted llegó y lo vio en el sillón, como siempre, y notó el humo contra la pared, detrás de la mesa, al acercarse. ¿No es eso lo que me dijo?

Sentado en su silla remendada, el negro comenzó a llorar.

Parecía un mono viejo, llorando quedamente con lágrimas negras, enjugando su rostro con el dorso de la mano nudosa, temblorosa de vejez o de otra cosa.

-Todas las mañanas iba yo allí a limpiar. Solía estar allí el humo, y él, que nunca en su vida fumó, entraba y olfateaba con esa nariz levantada que tenía, y decía: "La verdad, Job, es que anoche casi espantamos con humo a ese individuo del *corpus juris*."

-Bueno -dijo Stevens-. Cuéntenos acerca del humo que había allí aquella tarde, cuando fue a despertarlo para volver a casa, cuando nadie había entrado en la oficina, salvo Virge Holland, aquí presente. Y Mr. Virge no fuma, y el juez tampoco fumaba. Pero el humo estaba allí; cuente lo que me dijo.

-Estaba allí. Y yo creí que estaba dormido como siempre, y fui a despertarlo, y...

-Y esta cajita estaba en el borde de la mesa, donde el juez jugaba con ella mientras conversaba con Mr. Virge, y cuando usted extendió la mano para despertarlo...

-Sí, señor. Saltó de la mesa. Y yo creía que estaba dormido...

-La caja saltó de la mesa. Hizo ruido, y usted se preguntó por qué no había despertado al juez; y al mirar la caja caída en el suelo, en medio del humo, con la tapa abierta, creyó

que estaba rota. Y estiró el brazo para levantarla, pues el juez la apreciaba mucho por habérsela traído miss Emma de Europa, a pesar de que no hacía falta un pisapapeles en la oficina. Usted cerró la tapa y colocó nuevamente la caja sobre la mesa. Y entonces descubrió que el juez estaba más que dormido.

Stevens se detuvo. Apenas respirábamos, pero oíamos nuestra respiración. Stevens aparentaba estudiarse la mano mientras jugaba lentamente con la caja. Se había alejado ligeramente de la mesa al dirigirse al negro, de modo que ahora miraba el banco en lugar de mirar al jurado.

-El tío Job llama a esto la caja de oro, lo cual es tan apropiado como cualquier otro nombre. Mejor que muchos. Porque todos los metales son más o menos iguales: lo que ocurre es que la gente desea algunos más que otros. Pero todos tienen ciertos atributos, ciertas semejanzas. Uno de ellos es que aquello que se encierra en una caja de metal permanecerá inalterable más tiempo que en una caja de madera o de cartón. Podemos guardar humo, por ejemplo, en una caja de metal con una tapa ajustada como ésta; y una semana más tarde todavía estará dentro. Y no sólo eso, sino que un químico o un vendedor de tabacos, como el doctor Wese, podrá decir qué provocó el humo, qué clase de tabaco, especialmente si se trata de una marca especial, de un tipo que no se vende en Jefferson, del cual tenía sólo dos paquetes, y recuerda a quién vendió uno de ellos.

Nadie se movió. Estábamos allí sentados, y oímos entonces los pasos presurosos del hombre, que avanzó torpemente, antes de arrebatar la caja de manos de Stevens. Pero no lo miramos a él, especialmente. Como él, vimos que la caja caía en dos trozos al romperse la tapa, y salían de ella unas volutas perezosas que se disiparon lentamente. Simultáneamente nos inclinamos todos sobre el borde de la mesa, y vimos la desteñida, la desesperanzada mediocridad que era Granby Dodge mientras, de rodillas en el suelo, batía el humo ya esparcido con ambas manos.

-Pero todavía no entiendo -dijo Virginius. Estábamos afuera, en el patio del Ayuntamiento, los cinco, mirándonos algo atontados, como si acabásemos de salir de una caverna.

-Usted ha hecho testamento, ¿no? -dijo Stevens. Virginius se quedó inmóvil, mirándolo.

-¡Ah! -dijo por fin.

-Uno de esos testamentos de beneficio mutuo que cualquiera de los dos socios puede aprovechar -añadió Stevens-. Usted y Granby, beneficiarios y albaceas a la vez, en sentido recíproco, para la protección mutua de los bienes comunes. Es natural. Probablemente fue Granby quien lo propuso, diciéndole que lo había nombrado su heredero. Es mejor, pues, que rompa su propia copia. Si desea hacer testamento, nombre heredero a Anse.

-No tendrá que esperar eso -dijo Virginius-. La mitad de la tierra es suya.

Nueve millas bajo la lluvia

Harry Kemelman

Hice el papel de tonto con un discurso que pronuncié, en la comida del *Good Government Association*; Nicky Welt me acorraló al día siguiente, mientras desayunábamos en el Blue Moon, lugar donde íbamos siempre que teníamos deseos de encontrarnos. Había cometido el error de salirme del discurso que llevaba preparado, para criticar una afirmación que hizo a los diarios mi antecesor en el puesto de fiscal. Saqué una cantidad de conclusiones de la tal afirmación, quedando así a merced de refutaciones que no tardaron en producirse; esto me dejó como un intelectual deshonesto.

Yo era nuevo en este asunto de la política; hacía apenas unos meses que había dejado la Law School para convertirme en el candidato del Partido Reformista al cargo de fiscal. Lo que antecede es a modo de disculpa, pero Nicholas Welt, que jamás abandonaba sus maneras pedagógicas (era profesor de Lengua y Literatura Inglesas en Snowdon), me contestó en el mismo tono que hubiera empleado para negar la petición de algún estudiante del curso secundario.

—No es una excusa —me dijo.

A pesar de no ser más de dos o tres años mayor que yo (y estamos doblando la curva de los cuarenta), siempre me trata como un profesor a un alumno particularmente estúpido. Y yo, tal vez por lo mucho más viejo que se ve con el pelo blanco y su parecido a un gnomo, soporto sus lecciones.

—Fueron conclusiones muy lógicas dije en tono suplicante.

—Mi querido muchacho —dijo quedamente—, aunque sea casi imposible no sacar conclusiones de lo que leemos u oímos, generalmente estas conclusiones son erróneas. En la profesión de abogado, estos errores se producen en un elevado porcentaje, ya que en este caso la intención no es descubrir lo que se desea comunicar, sino más bien lo que se desea ocultar.

Tomé mi cuenta y me levanté. Al hacer esto le dije:

—Me imagino que te refieres al interrogatorio de testigos en la sala de Tribunales. Bien en estos casos siempre está la parte contraria que rechazará cualquier conclusión ilógica.

—¿Quién habló de lógica? —replicó—. Una conclusión puede ser lógica, y no por eso ser verídica.

Me siguió hasta la caja, donde pagué mi consumición; después esperé impaciente mientras Nick rebuscaba en un monedero pasado de moda, y pescaba varias monedas una por una, colocándolas en el mostrador al lado de su cuenta; pero descubrió que el total era insuficiente. Las deslizó otra vez en su monedero y con un suspiro de pesadumbre sacó un billete del prehistórico monedero, y se lo dio al cajero.

—Dime una frase de diez o doce palabras —me dijo Nick—, y te armaré una cadena de conclusiones lógicas que ni soñaste al construir la frase.

Como el espacio era reducido, y seguían llegando clientes a la caja, decidí salir y esperar en la acera que Nick terminara su operación con el cajero. Me acuerdo que me divirtió la idea de que Nick pensara que yo estaba todavía a su lado, escuchando su perorata.

Cuando se me reunió, le dije:

—El caminar nueve millas no es broma, especialmente si está lloviendo.

—No, no lo es —dijo distraídamente. De pronto, detuvo sus pasos, y me miró en forma inquisitiva—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Es una frase y tiene once palabras —dije repitiendo la frase, al mismo tiempo que contaba las palabras con los dedos.

—¿Y qué quiere decir?

—Me dijiste que si hacía una frase de diez o doce palabras...

—¡Ah sí! —me miró con desconfianza—. ¿De dónde la sacaste?

—Se me ocurrió. Vamos, saca tus conclusiones.

—¿De veras? —preguntó mientras los ojillos le brillaban—. ¿En verdad lo deseas?

Era muy de Nick el desafiar a alguien y después demostrar gozo cuando se le aceptaba. Esto me hizo enojar.

—Habla o cállate—le dije.

—Muy bien, no te enojés. Acepto. Hum... ¿Cómo era la frase? "El caminar nueve millas no es broma, especialmente si está lloviendo." No hay mucho material.

—Son más de diez palabras.

—Bien —su voz se fue haciendo brusca a medida que iba estudiando mentalmente el problema—. Primera conclusión: el sujeto está molesto.

—De acuerdo dije, aunque en realidad es una conclusión un poco rebuscada; la afirmación lo implica.

Nick asintió impaciente.

—Segunda conclusión: la lluvia no estaba prevista; si no, hubiera dicho: "El caminar nueve millas bajo la lluvia no es broma", en lugar de colocar la frase "bajo la lluvia" al final, precedida del adverbio "especialmente", que está indicando a las claras una idea que se le ocurrió después.

—Lo dejo pasar, aunque es obvio.

—Las primeras conclusiones deben ser obvias.

No dije nada; me pareció que se había metido en camisa de once varas, y no quería hacérselo notar.

—La siguiente conclusión es que el sujeto no es un atleta ni afecto al aire libre.

—Explícame eso.

—Otra vez la palabrita "especialmente". El sujeto no dice que una caminata de nueve millas no es broma bajo la lluvia, sino que la distancia, fíjate, no es broma. Ahora bien, nueve millas no constituyen una distancia tan larga; se camina más de la mitad de esa distancia en diez y ocho hoyos de golf, y el golf es un juego de viejos —y agregó con modestia—: Yo juego al golf.

—Eso está muy bien en circunstancias comunes—dije—, pero hay otras posibilidades. El sujeto puede ser un soldado en la jungla; en este caso, no sería ninguna broma, con o sin lluvia.

—Si —Nicky se puso sarcástico. También puede ser un individuo con una sola pierna; o un graduado que está escribiendo su tesis sobre gustos, y que empieza por anotar todas las cosas que no son divertidas. Antes de continuar te voy a confiar dos presunciones.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconfiado.

—Recuerda que tomo la frase tal como me la presentaste, sin pretender saber quién la dijo, ni en qué circunstancias. Generalmente, una frase encaja en el marco de una situación.

—Ya veo. ¿Cuáles son tus presunciones?

—En primer lugar, presumo que la frase no tiene una intención frívola; el sujeto se refiere a una caminata efectuada, y no con el propósito de hacer ejercicio, ni de ganar alguna apuesta, o algo por el estilo.

—Me parece lógico y razonable.

—También presumo que la caminata tuvo lugar par aquí cerca.

—¿En Fairfield?

—No necesariamente aquí, sino por esta zona.

—Probable.

—Entonces, si aceptas estas presunciones, tienes también que estar de acuerdo conmigo en la conclusión que saqué: el sujeto no es un atleta ni aficionado al aire libre.

—Bueno, muy bien; sigue.

—Mi otra conclusión es que la caminata se realizó a altas horas de la noche, o muy temprano por la mañana; digamos entre medianoche y las cinco o seis de la mañana.

—¿De dónde sacas eso?

—Por la distancia de nueve millas. Estamos en una zona bastante poblada; cualquier camino que tomes te llevará a algún pequeño pueblo, mucho antes de recorrer nueve millas. Por ejemplo, Hadley está a cinco millas; Hadley Falls, a siete millas y media; Goreton está a once, pero East Goreton está antes, y la distancia para llegar a este último lugar es de ocho millas. Hay trenes para Goreton; y para las demás localidades, hay servicio de autobús. Los caminos están siempre muy concurridos. Entonces dime: ¿Por qué tuvo alguien que caminar nueve millas bajo la lluvia, si no fue a altas horas de la noche, o por la madrugada, momentos en los cuales los medios de transporte son escasos, y en los que un conductor particular difícilmente hará subir a su vehículo a un desconocido?

—Tal vez no quiso ser visto —sugerí yo,

Nick me miró con lástima.

—¿Te parece menos visible ir solo por un camino, y no mezclado entre el público de un tren o de un autobús que generalmente está enfrascado en la lectura de algún diario?

—Está bien, no insisto —dije con brusquedad.

—A ver qué te parece esto, iba hacia una ciudad, más bien que de una ciudad.

Yo asentí.

—Es casi seguro. Si hubiera estado en una ciudad, le habría sido fácil combinar algún medio de transporte. ¿En eso te basas para tu conclusión?

—En parte —dijo Nick—, pero también saco una conclusión de la distancia. Recuerda que es una caminata de nueve millas, y nueve es un número exacto.

—Lamento no comprender.

El gesto exasperado del maestro de escuela apareció en la cara de Nick.

—Supongamos que dices que hiciste "una caminata de diez millas", o "un paseo en coche de cien millas". Yo puedo pensar que caminaste entre ocho o doce millas, o que manejaste un auto durante ochenta o ciento diez millas. Diez y ciento no son números exactos, puedes haber caminado exactamente diez millas o aproximadamente diez millas; pero cuando dices que caminaste nueve millas, yo tengo derecho a suponer que la distancia fue exactamente nueve millas. Ahora bien, podemos saber con más exactitud la distancia a la ciudad, desde un punto dado, que saber la que existe desde la ciudad a un punto dado. Por ejemplo, si le preguntas a una persona de aquí, a qué distancia está la granja de Brown, y siempre que la conozca bien, te dirá que hay unas tres o cuatro millas. Pero pregúntale al granjero Brown en persona cuánto hay desde su granja hasta la ciudad y te dirá: "Tres millas, seiscientas, y lo sé, porque más de una vez he medido la distancia con el cuentakilómetros".

—Es algo débil, Nick —dije.

—Pero en comparación con la tuya de que si hubiera salido de la ciudad, hubiera podido arreglar algún medio de transporte...

—Si, tienes razón; te dejo seguir. ¿Algo más?

—Ahora empiezo a dar en el clavo —se jactó—. Otra conclusión que saco es que debía estar en un lugar determinado a una hora exacta, no se trataba de ir en busca de ayuda porque su coche estaba estropeado, o su esposa enferma, o porque hubieran entrado ladrones en su casa.

—¡Por favor! La avería del coche me parece la conclusión más probable; la distancia la podía conocer muy bien, si había controlado el cuentakilómetros al salir de la ciudad.

—No; en un caso así, lo más probable es que se hubiera acomodado en el asiento trasero para dormir o, en el peor de los casos, parado al lado del coche con el objeto de llamar la atención del primero que pasara. Recuerda que se trata de nueve millas. ¿Cuánto tiempo dices que se necesita para recorrerlas a pie?

—Cuatro horas —contesté.

Nick asintió.

—Y nada menos, teniendo en cuenta la lluvia. Nos hemos puesto de acuerdo en un punto, y éste es que la caminata la realizó a altas horas de la noche o muy temprano por la mañana. Si el desperfecto del auto se produjo a la una de la mañana, no hubiera podido llegar a la ciudad antes de las cinco, a esa hora ya circulan muchos vehículos por los caminos. Los autobuses son los que empiezan a circular un poco más tarde, a eso de las cinco y media. Por lo demás, no tenía necesidad de caminar hasta la ciudad misma; lo más natural hubiera sido que llegara sólo al teléfono más cercano. No, no me cabe la menor duda que tenía una cita en una ciudad, y algo más temprano de las cinco y media.

—¿Y por qué no ir antes y esperar? Podía tomar el último autobús, llegar a eso de la una, y esperar el momento de la cita. En lugar de hacer eso, caminé nueve millas bajo la lluvia y, según dices, no es ningún atleta.

Íbamos a esta altura de nuestra conversación, cuando llegamos al edificio de la Municipalidad, donde está mi oficina. Generalmente, nuestras discusiones empezaban en el Blue Moon y terminaban a la entrada de la Municipalidad; pero como esta vez me encontraba realmente interesado en las demostraciones de Nick, le sugerí que subiera un momento a mi oficina.

Cuando nos sentamos, le pregunté:

—¿Qué me contestas, Nicky? ¿Por qué no pudo llegar más temprano, y esperar?

—Pudo, pero no lo hizo. Debemos presumir que, por alguna causa, perdió el último autobús; o si no, que debía esperar en el lugar en que estuviera alguna señal o una llamada telefónica.

—Según tú, tenía una cita entre la medianoche y las cinco y media...

—Podemos acercarnos mucho más a la hora exacta. Recuerda que la caminata le lleva cuatro horas; el último autobús deja de circular a las doce y media de la noche. Si él no lo toma, y empieza a caminar a esa hora, no llega antes de las cuatro y media. Por otro lado, si toma el primer autobús, llegará a las cinco y media aproximadamente. De esto se deduce que su cita se debía efectuar entre las cuatro y media y las cinco y media.

—Ya veo, quieres decir que si la cita era antes de las cuatro y media, hubiera tomado el último autobús, si era después de las cinco y media, hubiera tomado el primero de la mañana.

—Eso mismo. Y otra cosa más, si esperaba una señal o una llamada telefónica, éstas deben haberse producido no mucho más tarde de la una de la madrugada.

—Lo que significa que habrá empezado a caminar alrededor de la una de la mañana.

Nick asintió y se quedó silencioso; por alguna razón que no me pude explicar, no quise interrumpir sus pensamientos. En la pared colgaba un mapa del condado, y me acerqué a mirarlo.

—Tienes razón, Nick —dije por sobre el hombro—, no hay ninguna ciudad a nueve millas de Fairfield; éste es el centro de una cantidad de pequeños pueblos.

Nick se acercó a mirar el mapa.

—No tuvo que ser precisamente Fairfield dijo despacio; fíjate en otros lugares, Hadley por ejemplo

—¿Hadley? ¿Y quién pudo tener algo que hacer a las cinco de la mañana en Hadley?

—El *Washington Flyer* se detiene más o menos a esa hora en Hadley para cargar agua.

—Acertaste otra vez. Más de una noche en que no he podido dormir lo he oído cuando entra en la estación y casi en seguida el reloj de la Iglesia Metodista da las cinco —me acerqué a mi escritorio para consultar un horario de trenes—. El *Flyer* sale de Washington a las doce y cuarenta y siete de la noche y llega a Boston a las ocho de la mañana.

Nick estaba midiendo distancias en el mapa con un lápiz.

—Exactamente a nueve millas de Hadley está la hostería de *Old Sumter* —dijo Nick.

—La hostería *Old Sumter* —repetí haciendo eco—. Pero ahí pudo contratar un medio de transporte, como en una ciudad.

Nick negó con la cabeza.

—Los vehículos se guardan en un lugar cerrado; hay que hablar con un encargado que controla los pedidos; le sería muy fácil recordar a alguien que pidiera un auto a esa hora. Es un lugar un poco conservador. Mejor es que hubiera esperado en su habitación la llamada telefónica, tal vez de Washington, para darle el número de vagón y el de la litera. Todo lo que le quedaba que hacer era salir de la hostería y caminar hasta Hadley.

Lo miré como hipnotizado.

—Tampoco iba a ser muy difícil subir al tren mientras estaba detenido para cargar agua; entonces, si sabía el número del vagón y el de la litera...

—Nick —dije excitado—, a pesar de que como fiscal y miembro del Partido Reformista he propalado una campaña basada en un programa económico, voy a gastar un poco de dinero que pagan los contribuyentes en hacer una llamada de larga distancia a Boston. ¡Es ridículo, no lo puedo creer... pero lo haré!

Los ojillos azules relampaguearon, y se humedeció los labios.

—Manos a la obra —dijo roncamente.

Cuando terminé de hablar por teléfono, le dije a mi amigo:

—Nick, ésta es tal vez la coincidencia más notable en los anales de la investigación criminal: ¡Han encontrado a un hombre asesinado en una litera del tren que salió anoche desde Washington a las doce y cuarenta y siete! Hacía tres horas más o menos que estaba muerto, lo que viene a colocar el crimen a la altura de Hadley.

—Me imaginé algo por el estilo dijo Nick—. Pero estás equivocado al calificar esto de coincidencia. No lo es. ¿De dónde sacaste esa frase?

—Una simple frase; se me ocurrió y te la dije.

—¡No puede ser! Esa no es la clase de oración que se le ocurre a uno de pronto. Si tú hubieras enseñado gramática y composición como yo, sabrías que cuando se le pide a alguien que forme una frase de más o menos diez palabras, siempre resulta algo así como "Me gusta la leche...", y algunas otras palabras para darle más sentido, como, por ejemplo: "Es buena para la salud..." En cambio, la frase que tú dijiste se relacionaba demasiado con una situación particular.

—Pero yo no hablé con nadie esta mañana, y sólo tú me acompañabas en el Blue Moon.

—No estabas conmigo mientras yo pagaba dijo con brusquedad—. ¿No encontraste a nadie cuando me esperabas en la acera?

Sacudí la cabeza con desaliento.

—Te esperé menos de un minuto. Sólo recuerdo a dos hombres que llegaron mientras buscabas el cambio; uno de ellos me empujó y entonces pensé en esperar...

—¿Los habías visto antes?

—¿A quiénes ?

—A esos dos hombres —dijo en tono exasperado.

—Yo... no, no eran caras conocidas.

—¿Estaban hablando?

—Creo que sí; sí... Y parecían muy absortos en lo que hablaban; creo que por eso me empujó uno de ellos.

—No van muchos desconocidos al Blue Moon —me hizo notar Nick.

—¿Crees que se trata de ellos? dije esperanzado—. Me parece que los reconocería si los volviera a ver.

Los ojos de Nick se achicaron.

—Es posible, tienen que ser dos, uno para seguir a la víctima y comprobar el número de la litera, el otro para esperar aquí y hacer el trabajo. El de Washington tuvo que venir aquí, ya que si se trata de un crimen con fines de robo entre dos, se podían dividir el producto. Si fue solamente un crimen, el de allá tuvo que venir a pagar a su ayudante.

Me acerqué al teléfono.

—Hace menos de media hora que salimos del Blue Moon —Nick continuó—, en el momento en que ellos entraban, y el servicio en ese lugar es muy lento. El que caminó las nueve millas debe de estar hambriento y el otro probablemente viajó toda la noche desde Washington.

—Llámeme inmediatamente en cuanto haga un arresto —dije, y colgué, el receptor del teléfono.

Ninguno de nosotros habló mientras esperábamos la llamada. Ni nos atrevíamos a mirar, como si hubiéramos hecho algo vergonzoso.

La campanilla nos sacó de la situación. Escuché y colgué.

—Uno de ellos trató de escaparse por la cocina dije a Nick—. Pero Winn tenía un hombre estacionado en la puerta de atrás y lo pescaron.

—Eso parece que nos da la prueba —dijo Nick con una helada sonrisita.

Yo asentí, y Nick miró su reloj.

—¡Oh! —exclamó—. Quería empezar temprano esta mañana, y he perdido todo el tiempo contigo.

Lo acompañé hasta la puerta.

—Nick escucha —le dije cuando ya se iba—. ¿Qué querías probar?

—Que una cadena de conclusiones puede ser lógica y no verídica —me contestó.

—¡Ah!

—¿De qué te ríes? —me preguntó, y después también se echó a reír.

Julieta Y El Mago

Manuel Peyrou

De entre los países de habla española, la Argentina es, sin duda, uno de los que más, o el que más, se ha distinguido en el cultivo del género detectivesco, al que varias de las más calificadas plumas platenses han dedicado excelentes cuentos. He aquí uno de MANUEL PEYROU, nacido en 1902 y en San Nicolás de los Arroyos, periodista de nota y autor de numerosas novelas y libros de relatos: La espada dormida, El estruendo de las rosas, La noche repetida, Las leyes del juego, El árbol de Judas. Acto y ceniza, Se vuelven contra nosotros, etc.

EL mago Fang no se llamaba Fang, sino Prudencio Gómez. Era hijo del general Ignacio Gómez y nieto y bisnieto, respectivamente, del coronel y del sargento mayor del mismo nombre. Su tío, el general Carballido, era uno de los siete contusos de la batalla del Arsenal, y su primo, hijo de aquél, viajaba desde hacía años por Europa para curarse de un «surmenage» adquirido durante la campaña de la Sierra. Sería fácil deducir de esto que los militares, antiguos y contemporáneos, constituían el único orgullo de la familia Gómez; sería fácil, pero incorrecto, porque también contaba con curas en número suficiente para reforzar su vanidad.

La vida del niño Prudencio Gómez se dividió entre el asombro de los desfiles militares y la práctica de la religión. Ayudaba a la misa en la parroquia de otro de sus tíos, el padre Gómez, famoso por lo campechano y liberal. Esta liturgia precoz tuvo indudable importancia en su vida. Era un niño, no creía en símbolos, sino en realidades. Con el tiempo sospechó que todo eso se parecía a la magia, y quiso realizar experimentos más convincentes, con un resultado palpable. Sería alargar la historia (y no hay ningún motivo para ello) relatar las veces que fracasó en su intento de extraer un huevo de gallina de la boca del padre Gómez, ante la chanza benévola de éste; o recordar el dramático instante en que casi se asfixia por haber olvidado de pronto el sistema —aprendido por correspondencia— de salir de un baúl herméticamente cerrado. Es mejor llegar al día en que, convertido en Fang, debuta en su ciudad natal ante un público asombrado y entusiasta.

Prudencio era de piel cetrina, de ojos ligeramente almendrados y de nariz pequeña; unos toques elementales de maquillaje lo convirtieron en un chino aceptable. No sabemos por qué prefirió esa nacionalidad; imaginó, sin duda, que una pequeña farsa, sobre una mayor, ayuda a confundir al público, y que siempre es bueno disfrazar lo increíble.

A la muerte del padre Gómez heredó el equivalente en pesos de cinco mil dólares, depositados en la sucursal del Banco de Santa Fe; con inspiración profesional invirtió una suma grande en kimonos, pantallas, biombos y utensilios de bambú. Cuando desembarcó en Londres, todo el mundo admitió que llegaba de Shanghai. Trabajó durante años en los *music-halls* de Inglaterra y Escocia, y en 1930, perfeccionados sus trucos, apareció en el Palace, de París.

En París empieza el drama que nos interesa. En un teatro de Montmartre trabajaba el Grand Dupré, ilusionista, con su mujer, *La Belle Juliette*.

La Belle Juliette fue en su tarde de descanso a ver a Fang, y el destino del Grand Dupré quedó sellado: todo su poder de ilusionista no bastó a romper el biológico encanto tejido por

pequeñas glándulas, que se unieron para hacer latir más aceleradamente el versátil corazón de esa mujer. Un día de diciembre, Julieta se despidió de su amigo y se embarcó con Fang hacia Sudamérica. El aditamento de una mujer hermosa mejoró la apariencia y el efecto general del espectáculo; pero la pasión de Julieta duró poco. Cuando descubrió que Fang no era chino sufrió un ataque de furor y de vesánica exaltación. En realidad, no hacía hincapié en que no fuera chino; no le perdonaba que fuera sudamericano. Pero Fang se dio cuenta de que la discriminación racial era un pretexto de Julieta. La verdad era que ella había sobreestimado las ganancias posibles del mago. El dinero era el patrón sentimental de Julieta. Estaba sometida al último y más servil de los servilismos, según la expresión de Chesterton: el de la riqueza. Encontraba misteriosas cualidades en los poderosos por el mero hecho de serlo; el dinero llevaba implícitas la inteligencia y la simpatía y, a veces, hasta disimulaba el aspecto físico de los hombres.

En 1937 aparece el tercer personaje de esta historia. Por intrigas de Julieta, los ayudantes de Fang lo abandonaron. Puso avisos en los diarios, recurrió a agencias especializadas, probó infinitos postulantes, pero no encontró al hombre dócil y de rápida concepción que necesitaba. Una noche, en un café de la calle Corrientes, fue abordado por un individuo pequeño. «Necesito trabajar —dijo—; soy humilde y fiel.» Esta declaración inverosímil reflejaba la verdad, sin embargo. Además, el hombrecito lo probó con su muerte. Trabajaba de lavacopas en un restaurante de Lavalle y Montevideo. Estaba trastornado, enloquecido por la magia; había gastado los veinte pesos logrados con el empeño de una máquina fotográfica en entradas para ver los trucos de Fang. Además, era cetrino y bajito. Con unos toques ligeros de lápiz y una pátina suave de polvo ocre parecía chino. Se llamaba Venancio Peralta. Fang tuvo una humorada: «Seguirás llamándote Venancio; parecerá el sobrenombre porteño de un chinito.»

Julieta era fría, superficial y astuta. Consideraba que su casamiento con Fang era el fracaso de su vida y se vengaba de él en forma minuciosa. Fang, en cambio, encontró en Venancio devoción y un ayudante práctico y eficiente.

En diciembre de 1940 Fang estaba terminando una temporada en la capital y hacía quince días que había cambiado el programa. Entre los trucos incluidos estaba el muy difundido de escapar en pocos segundos de una bolsa, cerrada y sellada con la intervención del público. Fang era introducido en una bolsa de seda azul; la boca de ésta era cerrada y se colocaban lacres en el lazo y en el nudo. Luego caía sobre Fang una vistosa cortina circular, como una carpa, y al retirarla aparecía el mago liberado, exhibiendo el nudo y los sellos intactos. Las personas del público que habían colaborado en el acto revisaban la bolsa y verificaban el buen estado del cierre.

Aquella noche, tres hombres, dos que estaban con sus mujeres en la platea y otro que ocupaba un palco, subieron a invitación de Julieta, que estaba muy escotada, con traje negro de baile. Fang se sacó el kimono y quedó con pantalón y blusa de seda azul. La bolsa fue exhibida al público y los tres hombres la revisaron detenidamente; no tenía falsas costuras ni agujeros. Fang entró en ella sus piernas y los demás le ayudaron a introducir el cuerpo. Venancio exhibió una cinta y la anudó alrededor de la boca de la bolsa; uno de los hombres vertió lacre sobre el nudo y pusieron un sello. La situación de las personas que rodeaban a Fang era la siguiente: dando la espalda al público estaban los dos espectadores que habían subido en primer término al escenario; luego estaba Venancio; luego, el hombre que había descendido de un palco, y luego, Julieta. Cuando terminaron de colocar el lacre, Venancio dijo: «El pájaro escapó.» Un instante después se llevó la mano al corazón, caminó unos pasos por el escenario y diciendo: «Continúen: bajen el biombo», desapareció entre bastidores. Julieta lo miró como con extrañeza, pero bajó la cortina sobre Fang. A los diez segundos la subió y Fang apareció con la bolsa azul en la mano y saludó al público.

En ese instante salió un hombre corriendo de entre bastidores y gritó algo que no pudo ser comprendido. El telón bajó y hubo un desconcierto en el escenario. Fang, Julieta y los

tres hombres del público caminaron consternados hacia el foro y encontraron a Venancio en el suelo. Uno de los hombres dijo que era médico y lo revisó. Tenía un estilete clavado en el corazón. Sus últimas palabras fueron: «No culpen a nadie; yo mismo me maté.»

Se comunicó la novedad al empresario; éste apareció muy sofocado ante el público, anunció que la función quedaba suspendida y pidió calma. Pidió, además, que nadie se retirara. El bombero de guardia corrió a la calle y volvió con un agente, que perdió diez minutos anotando fruslerías en una libreta. Finalmente, apareció un oficial de policía y adoptó las primeras providencias. Las primeras providencias fueron casi exclusivamente llamadas por teléfono en requerimiento de órdenes. Una hora después llegó el doctor Fabián Giménez, juez de instrucción. El doctor Giménez era un hombre de cincuenta años, con las huellas de la buena vida y de la buena bebida, displicente y resignado a las molestias de su cargo. Lo habían sacado de una comida en el Círculo de Armas y maldecía moderadamente al criminal que elegía semejante hora para su atrocidad. Llegó acompañado de su secretario, el joven doctor García Garrido.

Los tres hombres que habían subido al escenario a requerimiento de Julieta eran el doctor Ángel Cóppola, médico de un hospital municipal; Manuel Gómez Terry, escribano sin registro, y Máximo Liliensfeld, periodista. El doctor Cóppola era un hombre grueso, con esa elegancia envarada de los que parecen recién salidos de la sastrería; tenía el pelo blanco, pero su rostro era joven y bien rasurado. Hizo una rápida exhibición de conocimientos científicos y dejó apabullado a Gómez Terry, que sólo sabía de folios, medianeras, particiones y escrituras, además de fútbol. Durante su conversación fueron observados con cierta ironía por Liliensfeld, que era bajo, delgado, rubio, de pestañas casi blancas y estaba vestido con ropa de confección. En un momento dado el doctor Cóppola se preguntó con extrañeza cómo ese hombrecillo insignificante ocupaba tan orondo un palco *avant-scène*; ignoraba que era periodista.

El doctor Giménez tomó declaraciones a todo el mundo, las cuales fueron resumidas y anotadas por el doctor García Garrido. El espectáculo se había desarrollado en forma rutinaria, salvo en dos aspectos: la posición de Venancio y Julieta en el momento de sellar la bolsa y la frase del primero pocos segundos antes de sentirse herido. Según uno de los hombres de la compañía, para facilitar el trabajo, Venancio ocupaba siempre el mismo sitio, hacia la derecha del escenario, y Julieta se colocaba en el lado opuesto, hacia el centro del mismo. Si en esta ocasión hubieran ocupado sus sitios habituales, el orden hubiera sido el siguiente: Cóppola y Gómez Terry, en primer lugar, dando la espalda al público; luego, rodeando a Fang, Julieta, Liliensfeld y, finalmente, Venancio. En cambio, el orden fue el que ya hemos indicado: primero el médico y el escribano; luego, por la izquierda de ambos, Venancio; luego, Liliensfeld, y en último término, Julieta.

Fang había pedido permiso para retirarse a su camarín, alegando estar afectado por la muerte de su ayudante y amigo; allí fue a buscarle el doctor Giménez, constituyendo un improvisado despacho entre kimonos de seda floreada, espadas sin filo, palomas ambulantes y varias gallinas. El asesinato de Venancio había introducido el desorden en la compañía; impasible, Julieta se ocupaba con afectación de su traje y de su arreglo personal. El doctor García Garrido, humillado por tener que escribir sobre un biombo, la miraba con sofocado interés.

El doctor Cóppola, con pomposidad científica, tomó la palabra y dijo:

—Le sugiero, señor juez, que observe este detalle...

Era de los que dicen a cada rato «le sugiero» sin emplear el tono de sugerencia. El juez lo escuchó pacientemente y ordenó tomar nota de sus palabras. Cóppola decía que, según sus conocimientos científicos, la única forma de que un estilete entrara en el ángulo observado era procediendo en línea recta de la bolsa azul, es decir, de Fang.

El doctor Giménez concedió algún crédito a la sugestión de Cóppola, pues llamó a Fang e inició su interrogatorio. Este se manifestó reticente ante las preguntas relativas a su profesión, lo que es explicable; y empezó a ponerse nervioso cuando notó que una teoría sobre el crimen flotaba en el ámbito del camarín.

—Yo estaba dentro de una bolsa, cerrada y lacrada con intervención del público —dijo Fang en enfático castellano, exento ya de matices chinos.

El doctor Giménez exigió la presentación de la bolsa, y un ayudante fue a buscarla.

Estaba aún con la cinta anudada en la boca y tenía los sellos intactos. Estos fueron rotos por el juez, con el objeto de practicar una revisión interior. La tela era compacta y no había huellas de haber sido perforada. Entonces intervino nuevamente el doctor Cóppola.

—Desde mi más tierna infancia —dijo— me ha interesado la magia. Ahora mismo, cargado de trabajo y de responsabilidades, suelo practicar con mis sobrinos y los niños del barrio. Si el señor juez me lo permite, le diré que es completamente inútil revisar esa bolsa.

El juez volvió el rostro y lo miró con extrañeza.

—Queremos saber si hay dentro algún indicio. ¿Por qué no vamos a revisar la bolsa?

—Yo dije *esa* bolsa —arguyó el doctor con pesada ironía.

—¿Por qué acentúa lo de *esa* bolsa?

—Porque hay otra.

Fang miró al médico como si quisiera fulminarlo.

—¿Es algo referente al truco empleado? —interrogó el juez.

—Señor juez, yo mismo he hecho este truco varias veces. Hoy vine para estudiar sobre el terreno y corregir algunos defectos. Efectivamente, hay dos bolsas. Cuando Fang se introduce en la que es exhibida al público, lleva en un bolsillo interior otra bolsa idéntica, plegada. Una vez adentro, antes de que su ayudante haya anudado la cinta en la boca de la primera bolsa, Fang saca la segunda de su bolsillo y hace asomar su borde superior, de modo que la cinta rodee éste y no el de la primera. Para esto se requiere la complicidad de un ayudante avezado, que simule facilitar la fiscalización de las personas del público que han subido al escenario, pero que practique por sí mismo esa parte fundamental del truco. Cuando baja la cortina, Fang no tiene más que desprender una bolsa de otra, las que han quedado apenas ligeramente unidas por los bordes, salir de la primera, plegarla rápidamente y guardarla en el bolsillo, y exhibir la segunda al público con los sellos intactos.

—¿Entonces, esta bolsa es la que guardaba inicialmente Fang en su bolsillo?

—Así es —respondió el médico—. Hay que encontrar la otra.

Ante las palabras del médico, Fang hizo un gesto como de una persona sorprendida en un engaño y sacó de su bolsillo la bolsa buscada, entregándola al juez. Este la revisó detenidamente, pero estaba tan libre de indicios como la anterior.

—Puede no ser ésta —dijo el médico—; generalmente estos hombres tienen tres o cuatro repuestos.

El juez ordenó una busca por todos los rincones del teatro. Durante una hora fueron revisados los baúles de Fang, los camarines en todos sus rincones y los decorados, que se amontonaban en el escenario, pero el resultado fue infructuoso.

Además, la seguridad de que Fang utilizaba sólo esas dos bolsas para su truco fue certificada por el empresario, por los obreros del teatro y por Julieta. En ese momento el periodista Lilienfeld habló por primera vez.

—¿Por qué Venancio habrá dicho: «El pájaro escapó»?

Luego agitó sus pestañas casi blancas y se quedó mirando a Fang. Este se adelantó a explicar el motivo.

—Yo no escuché bien la frase —dijo—, pero generalmente Venancio decía algo cuando estaba listo a recibir la punta de la bolsa para anudarla.

—Sí; pero él dijo «el pájaro escapó» cuando la cinta ya estaba atada y sellada...

El juez se había quedado silencioso, con la mirada perdida en lo alto del camarín.

El doctor García Garrido sabía que estaba pensando en la comida del Círculo de Armas, pero los demás creyeron que se concentraba en el misterio del crimen. Al rato pareció reaccionar.

—Hay un hecho importante —dijo el juez—: Venancio Peralta exclamó antes de morir: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.» Esto es atestiguado por los señores Cóppola, Gómez Terry y Máximo Lilienfeld, además de la esposa de Fang. Esto no se puede destruir con nada. No se me escapa que un hombre tiene que estar muy trastornado para clavarse un estilete en pleno escenario. Es espectacular, indica una clara morbosidad, cuya caracterización será motivo de un dictamen científico. Por todo esto creo que no debemos detenernos. Solicito a cada uno de ustedes su palabra de honor de no alejarse de la capital hasta que termine la instrucción del juicio. No veo la necesidad de detener a nadie por el momento.

Fang agradeció efusivamente las palabras del doctor Giménez, y en los ojos melancólicos, ligeramente metálicos de Julieta, brilló una luz, como un rayo furtivo. Todos juraron mantenerse a disposición del juez y éste se despidió y salió seguido de su secretario. El oficial de policía dispuso el traslado del cuerpo de Venancio, de acuerdo con la orden del juez, e inició los trámites complementarios del sumario.

A las tres de la mañana el doctor Cóppola, Manuel Terry y Máximo Lilienfeld se encontraron en la calle. Las esposas de los dos primeros habían esperado en la puerta del teatro y se unieron a ellos. Lilienfeld tenía el estómago vacío y propuso tomar algo. El doctor Cóppola observó al periodista, con aire del que practica un examen científico, y vaciló unos minutos. Creía que Lilienfeld ensayaba hacerle pagar una comida; además, exhibirse en un lugar público con un individuo de las trazas del periodista le resultaba vagamente incómodo. El encuentro, a pocos pasos, de una cervecería alemana, le sacó ese peso de encima; allí no podría encontrarle nadie.

Lilienfeld pidió una cerveza; Gómez Terry, un café, y el doctor Cóppola, una soda. Las mujeres tomaron café. Parecía un concurso de economía. Al rato Lilienfeld pidió otra cerveza y un *sandwich*. El doctor Cóppola tenía un apetito atroz, pero se contuvo; pensaba que si comía, el periodista aprovecharía para hacerle cargar con la cuenta total.

—Menos mal que fue un suicidio —empezó Gómez Terry, por decir algo.

Lilienfeld pidió otra cerveza y otro *sandwich*, y mientras masticaba con avidez, en medio de un incansable batir de pestañas, exclamó:

—¡Qué locura! ¡Es seguro que no es suicidio!

—Pero él dijo: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.»

—Por eso mismo —continuó Lilienfeld—. El dijo: «Yo mismo me maté»; es decir, yo cometí un error fatal, yo me busqué esto, yo tengo la culpa, o cualquier otra cosa por el estilo. Nadie ha buscado una relación lógica entre los hechos y las palabras de esta noche.

—Entonces, ¿usted tiene una versión? ¿Por qué no habló? —interrogó el médico con reproche.

—Usted hablaba todo el tiempo y no me dejó ni un resquicio; además el juez me miraba con lástima —dijo Lilienfeld. Pidió otra cerveza, ante la alarma del médico, y continuó—: Hay tres cosas insólitas, que rompen la rutina de esta noche: Venancio dice: «El pájaro escapó», y Fang miente sobre el momento en que escuchó estas palabras. La verdad es que

no comprendió bien la frase, pues de ser así, el drama no hubiera ocurrido. En segundo lugar, el orden de las personas que rodeaban a Fang fue alterado a último momento y Julieta ocupó el puesto de Venancio. En tercer término, Venancio dice: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.» La solución es ésta: Fang estaba enloquecido por las injurias de Julieta y proyectó asesinarla. Sin embargo, no podía cometer un crimen común: todo el mundo sabía sus peleas y sería sospechado de inmediato. La única solución consistía en un crimen a la vista de todo el mundo, con una coartada eficaz. Necesitaba un cómplice, del mismo modo que lo necesitaba para sus trucos. Venancio era su aliado, prácticamente su esclavo. Acogió con entusiasmo la idea porque su devoción hacia Fang lo llevaba a imitarlo en sus odios y simpatías. Quedaron en que Venancio, después que Fang se introdujera en la bolsa, le pondría un estilete en la mano, por la parte de afuera del género, el que sería fácilmente disimulado en un pliegue del mismo. Hacía años que practicaban el truco y siempre Julieta ocupaba el mismo sitio. En el momento de lacrar la bolsa todos estaban muy cerca de Fang, hasta que terminaba la operación. Este podía calcular exactamente la altura del corazón de Julieta. La mujer intuyó que algo se preparaba contra ella; quizá Venancio demostró excesiva nerviosidad. En el momento en que iba a colocar el lazo, Julieta se deslizó y ocupó su sitio; aquél no pudo hacer otra cosa que ocupar el sitio de la mujer. Para avisar a Fang, dijo: «El pájaro escapó», pero el mago, nervioso por primera vez en un truco, escuchó la voz, pero no entendió el sentido. El pobre Venancio pagó su fidelidad con la muerte.

El doctor Cóppola y Gómez Terry lo miraban por primera vez con respeto.

—Hay que avisar al juez —dijo Cóppola.

—Yo que usted no lo haría; no me gusta meterme en líos con la justicia —repuso Lilienfeld—. Además, Fang está condenado. Julieta sabe que él la quiso matar y lo tiene en su poder. Al pobre no le queda más que el recurso de suicidarse; quizá invente un buen truco para eso.

Ante el asombro de Cóppola y de Gómez Terry, Lilienfeld sacó un flamante billete de cien pesos y llamó al mozo.

Había tomado diez medios litros.

—Discúlpenme, pero tengo que hacer —dijo, pagando la cuenta.

—¿Se va a dormir? —interrogó el médico.

—No; tengo que tomar unas cervezas con un amigo —repuso.